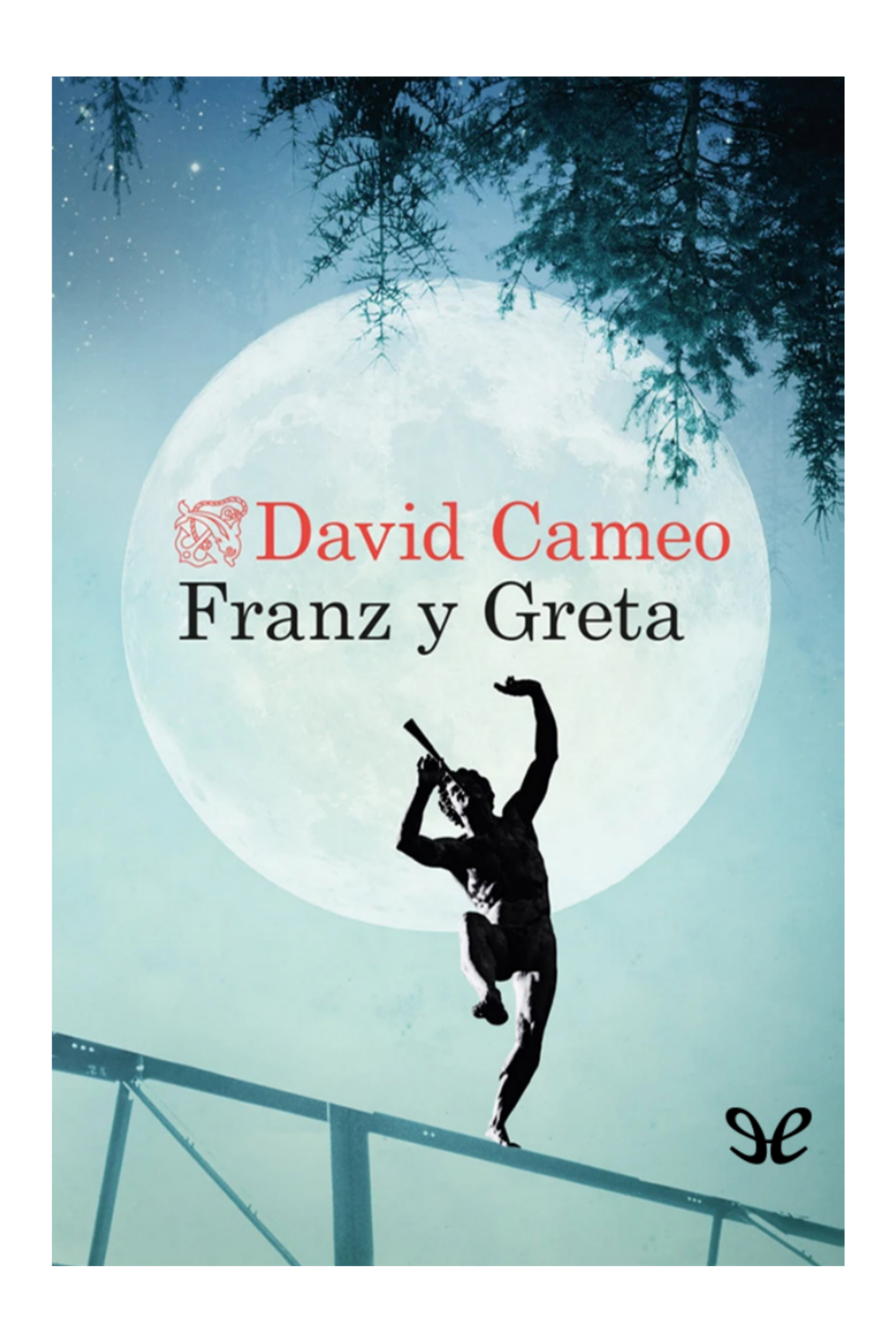


David Cameo
Franz y Greta

Franz y su hermana pequeña Greta se han perdido en un centro comercial. Franz intenta controlar la situación: a punto de dejar de ser un niño, está aprendiendo a transitar desde su mente infantil al pensamiento adulto, el descubrimiento más relevante de los últimos meses que le está procurando grandes y extraordinarios hallazgos. Así que se dirige al Departamento de Niños Perdidos del centro.

Las normas absurdas de ese lugar, regentado por sor Fauna y sor Flora, espolean la rebeldía de Franz, que no ve el momento de abandonarlo, pero la única huida posible pasa por adentrarse en los llamados Territorios Asombrosos, de donde se dice que nadie ha vuelto nunca en su sano juicio. Comienza entonces una aventura que sitúa a Franz y a Greta en una dimensión fantástica, fuera del mundo real, y que sin embargo les ofrece como nunca antes han tenido claves más certeras y significativas para descifrar su propia historia y encontrar el camino de regreso a casa.

Esta experiencia es la vuelta de tuerca a la que recurrirá años después un Franz que hace demasiado tiempo que olvidó el valor, la osadía y el sentido de la belleza del niño que una vez fue.

Como un Murakami a la europea, David Cameo bebe de las tradiciones cultas y los iconos pop, del videojuego y del cuento popular, de referentes cinematográficos y musicales, y construye una imaginativa novela que desborda atrevimiento y libertad.



David Cameo

Franz y Greta

Áncora & Delfín - 1295

ePub r1.0

Titivillus 22.10.2023

Título original: *Franz y Greta*
David Cameo, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



PRELUDIO

ÉRASE una vez, en un país muy lejano, un gran centro comercial de piedra color marfil y ventanas que reflejaban la luz del cielo, rojiza en los ocasos de verano y gris en las mañanas lluviosas de invierno. Tan grande era el edificio que contenía dos hoteles, y tres supermercados, y un jardín con columpios y camas elásticas y un tiovivo, y docenas de oficinas, restaurantes, puestos de golosinas y franquicias de moda juvenil. Pero sobre todo había en lo más recóndito de su interior un hall altísimo, como un estómago de ballena monumental en el que, cierta vez, se expuso un vetusto coche de doce caballos engalanado con festones, y aunque los caballos eran de cartón, tenían la talla y la encarnadura de los de verdad, con crines albinas de pelo natural y ojos de rubí esmerilado. Según decía una pequeña tarjeta explicativa, el coche se construyó para transportar el féretro de una infanta que murió siendo niña, cuando un escorpión se escondió en su camisa de dormir y los médicos de su desconsolado padre, el rey, no llegaron a tiempo con el antídoto. Por eso el coche y los caballos no eran negros sino blancos, y por eso llevaban las crines tachonadas de perlas, y cinchas nacaradas, y penachos de plumas de cisne sobre la testa que los hacían parecer aún más grandes y majestuosos.

Tal fama alcanzó aquel centro comercial que a él acudían gentes de todo el reino para admirar el coche de la infanta difunta, el carromato de unos cómicos ambulantes, quién sabe si una escuadra de Harley Davidson *vintage* de la policía neoyorquina. Pero los carromatos y las motocicletas eran para los días ordinarios, en mitad de esas semanas aburridas de principios de febrero o mediados de octubre en que sólo atravesaban el centro comercial los oficinistas en su hora del almuerzo; en otras ocasiones, en

especial al empezar las vacaciones escolares, larguísimas colas de niños esperaban turno para entrar en las mazmorras del castillo medieval, o visitar el templo de Deltas, o subir al faro del *Finis Terrae*, o pasear por la superficie de una luna herida por las botas de los astronautas. Tantos visitantes acudían que se formaban en las avenidas aledañas los más irresolubles atascos de tráfico, y entonces los semáforos palpitaban en ámbar y un guardia con silbato se apostaba en cada cruce, pero ni aun los guardias lograban controlar la confusión de vehículos y transeúntes empeñados en ocupar el mismo espacio en las calzadas. En esas tardes sonaban las bocinas como trompetas heráldicas y miles de villanos de toda condición se dirigían a las numerosas bocas de acceso al vientre de la ballena donde nunca hacía frío ni calor, sólo era invierno por el trineo de renos que surcaba el cielo estrellado del hall, y verano por la ropa ligera de los maniquís y los carritos de refresco apostados en los corredores.

Así era el edificio del centro comercial: sólido e imponente por fuera, laberíntico y bullicioso por dentro cuando se llenaba de niños, papás, mamás, abuelitas y empleados eventuales que llegaban a centenares para reforzar el staff ordinario. Sin embargo, lo que muy pocos visitantes —y aun muy pocos empleados— sabían era que en el lugar que ocupaba el gigantesco edificio hubo antes un convento y una escuela, y también una inclusa y una iglesia, y que en el centro de todos ellos se abría el viejo cementerio donde se enterraba a las monjas y a los niños de la inclusa malogrados por la neumonía, la tos ferina o el tétanos. Tampoco muchos sabían que los obreros que cavaron el descomunal subterráneo para el aparcamiento habían visto aparecer pequeños montones de huesos bajo las palas de sus excavadoras, diminutas falanges de las manos y los pies, fémures y tibias, cráneos que rodaban entre la grava y los cascotes profiriendo un ferrete de sonajeo infantil. Los obreros habían hablado con los capataces, los capataces con los ingenieros y los ingenieros con los funcionarios de urbanismo, pero nadie supo qué podía hacerse más que seguir llenando contenedores cuyo escombro terminó quizá bajo el asfalto de una pista de aterrizaje, porque ni a los huérfanos ni a las ancianas sin descendencia se les concede reposo definitivo, y sus huesos sin estirpe permanecen siempre expuestos a rodar por el mundo hasta confundirse con la

tierra baldía.

Sin embargo hubo alguien que lloró y maldijo aquella profanación. No fue, como algunos creen, una de las monjas del convento, pues las últimas que allí vivieron no recordaban ya por qué se llora y por qué se maldice; cuando llegó el momento de abandonar su hogar subieron en silencio al microbús y, sin mirar atrás, se dejaron conducir a su última morada en un lugar apartado del reino, donde les habían prometido celdas con calefacción y wifi, y una pantalla de plasma en la que los domingos podrían ver la misa en latín por YouTube.

Tampoco lloraron ni maldijeron ninguno de los huérfanos, y no solo porque son pocos los niños que saben maldecir de forma eficaz, sino también porque cuando se construyó el centro comercial hacía mucho que los huérfanos escaseaban, y los que aún nacían en el reino estaban en manos de las autoridades gubernativas y no vivían en inclusas ni conventos sino en edificios monitorizados por webcam, siempre vigilados por psicólogos atentos a cualquier desviación de la conducta que pudiera poner en riesgo su futura integración social.

Así que fue en realidad la cocinera del convento la única que lloró y maldijo. Y lloró más por ella que por los huesos profanados, porque muchos, muchísimos años atrás, ella había sido la última niña abandonada que había crecido en la inclusa, y una vez se convirtió en una adolescente de mejillas sonrosadas ya no quiso salir de allí, quizá porque jamás desarrolló gran interés en conocer a ningún apuesto caballero, y celebrar con él esponsales, y alojar algún día un feto movedizo en el vientre. Para ella, a medida que iba entrando en años y en kilos, el mismo convento fue convirtiéndose en su propio vientre, por eso cuando llegaron las excavadoras sintió que aquellos monstruos feos y ruidosos hollaban su ser más íntimo, y percibió a los obreros y capataces como bárbaros sin corazón que la violaban metódicamente, sin piedad ni lujuria, sucediéndose en equipos de trabajo sometidos a estrictos plazos de entrega. Sea como fuere, con lágrimas en los ojos y sin alzar la voz, sólo articulando las palabras con fría determinación, la cocinera concentró su mirada en lo poco que quedaba del cementerio y del convento y profirió la terrible maldición que desde entonces pesaría sobre el futuro edificio de marfil y cristal:

«En adelante —vino a decir—, los niños felices que visiten el centro comercial se extraviarán entre la multitud, y durante largas horas de sufrimiento sin nombre sus madres sabrán lo que significa no tener un hijo que les prometa consuelo en la vejez, y los niños perdidos sabrán lo que es encontrarse desamparados en un mundo confuso y hostil.»

Se cuenta que después de eso la cocinera enloqueció definitivamente, que durante días vagó zurumbática por las calles cercanas al viejo convento hasta encontrar su final en las vías del metro, a las que se arrojó cuando las luces de la locomotora asomaron desde el túnel, algunos sostienen que a conciencia, otros que hipnotizada por el destello de los faros como una liebre noctámbula sorprendida en la carretera. Pero aún otros añaden que cuando el tren hubo pasado sobre ella y las chirriantes ruedas la hubieron partido en dos, la mitad de su cuerpo que se quedó con la cabeza trató de arrastrarse y hablar, porque de pronto, en un último arrebato de lucidez que debió de atravesar su demencia como un rayo, recordó que había olvidado ponerle coto a la maldición, que había olvidado decir, y pensar y desear, en qué momento debía romperse el maleficio.

Por desgracia una cocinera demediada difícilmente puede decir algo coherente; así se comprende que nadie entendiera sus palabras balbuceantes y que ni siquiera los pocos visitantes del centro comercial que habían oído contar esta historia y evitaban aparecer por allí con sus hijos pequeños —en especial si eran niños aparentemente felices— tuvieran la más remota idea de cómo podía romperse aquel hechizo malhadado, o siquiera de si había manera, mágica o no, de ponerle algún fin.

Después pasaron los meses y los años. El departamento de marketing del centro comercial contrató a tramoyistas profesionales para decorar el hall, las franquicias de moda instalaron tienda, los árboles engrosaron sus frondas en el jardín y todo quedó olvidado, pareció que para siempre.

Franz y Greta

Cae una lluvia fina. Franz observa desde el asiento de atrás cómo el limpiaparabrisas barre agua. Parece el reloj de bolsillo de un hipnotizador: zip, zap, zip, zap. Más allá de la zona de barrido, las gotas sobre el cristal despedazan las luces de los otros vehículos detenidos en el atasco. Penetra el amarillo de la tarde a través del techo solar y reverbera sobre la tapicería de cuero claro. Es una luz extraña, legañosa, de invernadero. Dentro del habitáculo suenan amortiguadas las bocinas y se añade a ellas otro ruido rítmico que procede del mismo interior. Al lado de Franz, a su derecha, está Greta en su sillita de seguridad. Balancea alternativamente las piernas y golpea con la punta de sus pequeños zapatos rojos el respaldo del asiento delantero. Está concentrada mordiendo y masticando un palito de regaliz, pero no olvida asegurarse de que sus zapatos golpeen el respaldo, toc-toc, toc-toc… De pronto se oye una voz irritada: «¿Quieres estarte quieta de una vez?». Procede del asiento que queda delante de Franz, el del conductor, pero Franz sólo alcanza a ver la parte alta de la cabeza de Úrsula, que se ha vuelto hacia Greta para reconvenirla y en esa posición sus gafas de sol parecen un gran lazo negro en lo alto de su cabeza —como el de Minnie Mouse, aunque Úrsula no se parece en nada a Minnie—. Esta tarde está de especial mal humor, inquieta, a cada movimiento de su cuerpo hace rechinar el cuero negro de su chaqueta contra el cuero claro del asiento. Golpea el centro del volante para hacer sonar la bocina largamente. No es un sonido de aviso, es de frustración por el atasco; «Mierda», dice. Otros automóviles cercanos hacen sonar también sus bocinas y durante unos segundos parecen una orquesta afinando sus instrumentos. Cuando vuelve la calma se oyen otros dos golpecitos de los zapatos de Greta contra el

asiento delantero, toc-toc. Quizá habría sonado otros dos pero Úrsula no da lugar a ello: se vuelve de pronto y le da un manotazo a Greta en la pierna, «Te he dicho que pares ya, niña del demonio.» Greta se lamenta de manera exagerada; el golpe no ha podido hacerle tanto daño pero se frota y lloriquea, sólo para ver si es capaz de sacar completamente de quicio a Úrsula: «Me has arañado con las uñas», dice quejumbrosa. Úrsula luce unas perfectas uñas pintadas de rojo oscuro, el mismo bello color de las manzanas, que Greta aprovecha como pretexto para quejarse cada vez que Úrsula la toca. Así ha conseguido que vestirse por las mañanas para ir al colegio sea un verdadero calvario; tiene que hacerlo ella sola y a su ritmo, porque si Úrsula trata de apresurarla ayudándola, Greta dice que le pincha con las uñas. «No seas embustera —quizá le dice entonces Úrsula—, todavía no te he tocado», y Greta llora amargamente porque Úrsula la ha llamado embustera, una palabra que a Greta le parece malsonante e indigna, así que Úrsula se cuida de no pronunciarla demasiado, lo que a su vez da oportunidad a Greta de mentir con profusión sin que Úrsula se atreva a acusarla de hacerlo.

El coche avanza un poco más, otros dos metros, y se detiene. El inconsciente de Franz decide que es momento de contribuir al contubernio fraternal y pulsa el botón que baja la ventanilla de su portezuela. De inmediato llega nítido el sonido de la calle, entra una ráfaga de aire frío, empieza a llover sobre los botones eléctricos instalados en el reposabrazos. Úrsula ha oído el zumbido del mecanismo y alza de nuevo la voz: «¿Se puede saber qué demonios hacéis ahora?, ¿queréis estaros quietos de una vez?» Franz no se arredra: «Jooo, es que hace calor, y huele mucho a tu perfume…» Lo ha dicho con una voz ridículamente lastimera, propia de un niño mucho más pequeño. Naturalmente no hace calor, es una tarde de sábado de finales de octubre, afuera está lloviendo y el climatizador del coche está programado a 22 grados; en cuanto al perfume, Franz tiene sus propios métodos para sacar de quicio a Úrsula. «Eres un… psicópata —dice ella—, ¿no ves que está lloviendo?, ¿no ves que está diluviando, pedazo de… psicópata?» En realidad cae una simple llovizna que parece desmayarse sobre la calle, pero Úrsula ya ha empezado a exagerar ridículamente cualquier cosa.

Franz le da al botón de cierre de la ventanilla. Tiene el

antebrazo mojado y la piel de gallina. Mira a Greta y ella le devuelve la mirada. La niña levanta casi imperceptiblemente las cejas, y eso, en su lenguaje de hermanos, equivale a un guiño de complicidad. De pronto se oyen otros dos golpes de los zapatos rojos sobre el respaldo, toc-toc, y Úrsula estalla a voz en grito, «¿Es que queréis volverme loca?», trata de situar la palanca en punto muerto para poder darse la vuelta en el asiento y gritarles mejor a los dos, «¿Es eso lo que queréis, volverme loca?», el coche de delante se mueve, los de atrás empiezan a hacer sonar la bocina con saña, Úrsula tiene que contener su ira para empuñar el cambio y avanzar otros dos metros en el atasco. «Mierda, mierda, mierda», dice. Detrás, Franz y Greta vuelven a mirarse, se están aguantando la risa; Greta se tapa la boca, en el gesto se le cae el palito de regaliz en la alfombrilla, por alguna razón eso hace que a los dos les entre aún más risa. «No os riáis —Úrsula los mira por el retrovisor interior—, ni se os ocurra reíros —dice—, sois unos… niños ricos y… psicópatas»; por el sonido de su voz se nota que tiene los dientes apretados. Greta abre la mano con la que sujetaba el regaliz, manchada de rojo brillante y pringoso; mira a Franz y pone cara de asco sacando la lengua y cruzando los ojos. A Franz se le escapa una pedorreta nasal cuando trata de reprimir la carcajada; a Greta le pasa lo mismo, pero a ella le salen disparadas dos lenguas de moco blanquecino y ambos alcanzan el paroxismo, imposible de reprimir ya. Greta se sorbe la nariz ruidosamente y Úrsula golpea el volante con fuerza, una, dos, tres veces; suenan sus sortijas sobre el plástico que imita madera de raíz pero todo ese ruido no le parece suficiente y vuelve a pulsar la bocina, ya no por el tráfico sino para amonestar más severamente a los dos… psicópatas que lleva detrás. El vehículo de delante avanza, Úrsula arranca y acelera para superar el cruce al que llevan cinco minutos tratando de llegar. Parece que van a conseguirlo pero el guardia de tráfico con caperuza impermeable hace sonar su silbato. Úrsula hunde el freno y siente un relámpago de satisfacción al hacerlo; el veto del guardia le ha dado ocasión de escarmentar a los psicópatas con la sacudida del frenazo; es una forma de sanción física que a ella no se le hubiera ocurrido jamás sin la ayuda del guardia. Quizá ha encontrado una nueva manera de mantenerlos a raya en el coche, ¿quién podrá acusarla de frenar bruscamente porque se ha cruzado un gato, una

paloma, cualquier cosa? Mira a los psicópatas por el retrovisor: han dejado de reír en seco, y Greta tiene una deliciosa expresión de susto en la cara.

«¿Veis lo que pasa cuando uno se porta mal en el coche?», les dice.

Qué broma cruel. Justo ahora que soy un simple guardia de tráfico ataviado con esta capa fosforescente que me equipara al mobiliario urbano, sólo un poco más respetable que el semáforo que parpadea, aparece mi reina de cuero. Ahí está, delante de mí, viéndome húmedo como un sapo bajo este babero relumbrante, sin sexo ni edad ni atributo alguno que pueda suscitar su segunda mirada. Cuán deplorable resulto, qué patética figura debo de componer bajo la llovizna. Tras el parabrisas en vaivén de su automóvil arribo a sus ojos violeta iluminados por esta extraña luz otoñal, y veo sus labios y sus uñas color sangre, afiladas con esmero para hincarse en carne más afortunada que la mía. Ah, si pudiera librarme de esta caperuza ridícula y revelarle mi lobuna condición; me acercaría a ella tal como soy, hermoso y brutal, con todos los músculos tensos, con los colmillos jóvenes y relucientes. Ay, y si pudiera hablarle… De poco me valió domeñar mi natural para impostar la lengua de los literatos —esos mansos repugnantes con pupas en la piel— si cuando se me alcanza un bocado no puedo arrimar el hocico ni como alimaña feroz ni como joven diplomado en la escuela nocturna municipal. Heme aquí, triste y subalterno, preguntándome qué varón, qué mujer catará esta noche ese cuello blanquísimo, cómo será ese mortal bendecido por Fortuna. ¿Quizá será un dentista de caderas anchas y pequeños ojos porcinos, el mismo patán de torso lampiño que eligió el feo coche que ella conduce, tan grande y tan tétrico y tan caro? Pero no: ha de ser un poderoso lobo de pelo gris el que disfrute de semejante máquina de follar, no hay dentista que pueda permitirse tanto lujo. Mas, atención, ¿son dos niños lo que veo moverse en el asiento de atrás?, ¿acaso mi reina de carmín y cuero es una matrona transfigurada por el sortilegio de algún cirujano? No es posible… Quizá la niña podría ser retoño suyo si hubiera sido precoz concediendo sus favores, pero no ese caballerete desgarbado que no acierta a desenredar el nudo

gordiano de sus auriculares. Ni la una ni el otro, informa mi ojo experto. Esos senos no dieron nunca leche pues aún prometen miel en abundancia; y qué miel, amigo mío, casi me alegro de tener que dar ya paso a este feo coche cargado de albricias, y aun diría que me alegro de vestir este sayo luminiscente, pues su holgura me dispensa de mayor vergüenza ante los transeúntes que esperan de mí otras señales.

Adiós pues, princesa canalla que el azar ha dispuesto para humillarme. Ahora escapas porque soy yo el que lleva la caperuza; quizá no tendrás tanta suerte la próxima vez que nos encontremos.

No es justo. No lo es… ¿Qué estoy haciendo en mitad de este atasco? Tengo veintitrés años, soy guapa, soy lista, tengo un porvenir brillante… Lo tenía… No: todavía lo tengo: a los veintitrés años una mujer tiene el futuro intacto: casi intacto: en excelente estado. El problema es la maldita palabra. *Prostitución*. Pero no tengo por qué usarla: no soy una prostituta, no he llegado a serlo, nadie puede decirlo, ¿por qué me empeño en darle vueltas a esa palabra? Es absurdo: nunca lo he sido; y aunque lo hubiera sido alguna vez, qué, ni aun así tendría obligación de soportar noche y día a dos niños que me odian. Me odian, me odian. Son unos horribles niños ricos y… psicópatas, como su padre, ese viejo carnero libidinoso. ¿Por qué he asumido que tengo que cuidar de ellos?, ¿por qué me odian, por qué?

Me odian porque saben que miento. Poseen ese infalible olfato infantil. Soy una embustera. Embustera, embustera. Es verdad que es una palabra fea, *embustera*, pero no soy una prostituta, no soy una puta, solo una embustera, como todas las mujeres, ¿no es eso lo que somos?, ¿cómo podría ser la puta de un hombre al que no veo hace meses? Es ridículo: soy una amiga que cuida a sus hijos mientras él está dedicado a sus negocios, eso es todo. Es un hombre muy ocupado, viaja constantemente, nadie pondrá en duda eso. Sin embargo los niños me odian porque saben que miento, saben que no soy una amiga de su padre, saben que lo detesto y que le tengo miedo, como ellos. ¿Por qué le tengo miedo? Es absurdo, sé que no tengo nada que temer de él, es un caballero, siempre ha sido un caballero. Pero estos horribles niños…, ¿por qué tienen que

torturarme? He intentado ser una hermana mayor para ellos, no tengo la culpa de lo que les pasa, ¿qué culpa tengo yo?, sólo dejé que el viejo carnero se acercara a mí. Es cierto que le dejé porque es rico, influyente, porque tiene contactos que pueden sacar adelante una carrera como la mía, una carrera de actriz, no de prostituta, nada de eso, sólo soy un poco embustera como todas las mujeres, es ley de vida, hay que atraer a los hombres y ponerlos al servicio de una causa que ellos no entienden, no son más que niños grandes, siempre con sus fantasías, y sin embargo tienen cosas que nosotras necesitamos, que nuestros verdaderos niños necesitan, así que es natural y es bueno que seamos así, esta es la manera en que rueda el mundo, si no fuera por nosotras, si no fuera por nuestras estrategias, el mundo se habría terminado antes de empezar.

Me engaño. Es estúpido convertirse en la madrastra de unos niños que te odian. Las mujeres mienten y maquinan para proteger a hijos que las quieren, no a hijos que no han parido ellas y que además las odian. Eso quizá lo hacen las monjas, no las p… Otra vez esa palabra, ¿por qué? No soy una prostituta, soy una mujer atrapada en una pesadilla, eso es, yo solo quiero tener algún día hijos que me quieran, mis propios hijos que me quieran, ¿es eso tan horrible?

Quizá debería dejar que él me preñara.

A él no le importaría, ya ha preñado a no sé cuántas.

Al menos a las dos madres de estos… psicópatas.

¿Qué clase de mujeres serían?

¿Mujeres jóvenes y hermosas, como yo?

Él se lo puede permitir, desde luego.

Sí, quizá yo también podría conseguir que me preñara y entonces tendría la vida solucionada. Si jugara bien mis cartas podría ser la madre de un niño rico, muy rico. Estudiaría en los mejores colegios y su padre el viejo carnero le abriría todas las puertas, todas, y algún día sería tan poderoso como su padre y entonces la pesadilla sería completa: me estaría dando a mí misma el castigo que merezco, por puta y por embustera. Embustera, embustera.

El frenazo les ha cortado de golpe el ataque de risa. Franz no lleva

el cinturón de seguridad ceñido y se ha dado de narices contra el respaldo delantero. Sabe que Úrsula ha frenado así adrede, está seguro, pero sería humillante quejarse ante ella por algo que le duele de verdad. Sólo lamentos fingidos, esa es la consigna, uno no debe revelar al enemigo sus verdaderas debilidades.

Ahora le apetece sumergirse en su pensamiento adulto. Franz llama así a algo que parece estar revelándosele como un paisaje tras la neblina que se disipa: su pensamiento adulto. Es un descubrimiento reciente, tiene el brillo excesivo de un juguete nuevo, apareció casi al mismo tiempo que esa otra sensación que conmovió su cuerpo una tarde en su habitación, en un episodio que constituye su primer secreto vergonzante. No alcanza a comprender qué relación hay entre lo uno y lo otro, pero su coincidencia en el tiempo los emparenta ya de alguna manera. No hay duda de que algo en él está cambiando, se está abriendo camino; alguna vez, en los últimos días, ha imaginado que la parte alta de su frente se está abultando bajo dos cuernecillos que pugnan por emerger, incluso ha adquirido el tic de acariciarse de vez en cuando esa zona, por encima de las sienes, como si quisiera aliviar un picor recurrente. Sí: algo fundamental ha cambiado y Franz es consciente de ello. Su pensamiento adulto ya le ha servido por ejemplo para leer un libro que antes le había resultado ininteligible. Lo había encontrado el curso anterior en la biblioteca del colegio, era uno de los Cien de Linda pero en traducción española, lo tomó del estante y trató de leerlo sin éxito, incapaz de encontrarle sentido. En cambio en un segundo intento reciente, con dificultad y resignándose a que algunos pasajes se le escaparan, había podido con él. Al terminarlo —y mientras lo leía— se dio cuenta de que la lectura lo había perturbado; era un libro extraño que no narraba las aventuras de un superhéroe ni de un niño mago, sino las de un adulto extraviado, torpe, acosado por problemas que él mismo imaginaba. ¿En eso consistía ser adulto, en retorcerse, en conflictos inasequibles a la inteligencia práctica como los que presentaba el libro? Si era así producía miedo, y también curiosidad, o una mezcla difícil de discernir, la excitación de entrever el paisaje del propio futuro extendiéndose hacia una lejanía insondable. Y coincidiendo en las fechas con todo eso, ese otro asunto, esa otra sensación que lo había dejado con las piernas temblando.

Greta está distraída mirando por la ventanilla y Úrsula conduce maldiciendo en silencio. Franz desenreda los auriculares de su reproductor de MP3, quiere hacer un experimento. Aquella tarde en su habitación, hace unas pocas semanas, sonaba una melodía extraña, algo que simplemente estaba en una lista pública de Linda en YouTube. Franz miró el título de aquella pieza, *Preludio a la siesta de un fauno*, el autor era un tal Claude Debussy. Franz buscó en la Wikipedia: la música estaba inspirada en el poema de alguien llamado Stéphane Mallarmé, pero el poema era completamente ininteligible, ni siquiera leído con su pensamiento adulto logró sacar nada en claro de él. La pieza de Debussy, sin embargo, mantenía su magia cada vez que volvía a escucharla tomando la precaución de correr el pestillo de su habitación, y la figura mítica del fauno, del que encontró abundantes ilustraciones en Google Images, había inspirado su idea de los cuernecillos imaginarios brotando de su cabeza, y también había visto ninfas de los bosques, mujeres desnudas que forcejeaban por escapar al asedio de faunos sin querer zafarse del todo. Semanas después aquella melodía de Debussy era ya una campanilla de Pávlov para su joven virilidad, y ahora Franz quiere escuchar esa misma tonada turbia en otro contexto, en el interior del coche iluminado como un invernadero, bajo la fina lluvia que apresura a los transeúntes y complica el atasco. Eso, la simple idea de hacerlo aquí, aquí y ahora, justo detrás de Úrsula, oliendo su perfume, le produce otra vez ese temblor que entorpece sus dedos al tratar de desenredar los auriculares.

Qué extraña, qué excitante emoción.

Cuando la música empieza a sonar, primero la llamada de la flauta solitaria y enseguida los oboes y el arpa, siente una gran necesidad de aspirar aire y le parece que una rara ingravidez eleva su cuerpo entero sobre el asiento. Es también la primera vez que escucha la pieza con los auriculares, a un volumen y con una nitidez mucho mayores que en sus audiciones privadas siempre furtivas, amortiguadas, culposas. Ahora la voz del fauno suena con todo su color y sus matices y el mundo exterior se transforma: la lluvia, el atasco, el asfalto mojado, los semáforos en ámbar intermitente, todo queda impregnado de un aire de maravilla. Una exhalación del perfume de Úrsula le llega a la nariz y cree estar a

punto de hallar la clave de algo, pero no tiene tiempo de formularlo en palabras, queda en puro pensamiento y se disuelve, porque a través de la zona de barrido del limpiaparabrisas el mero espectáculo de la realidad gana tal fuerza que Franz sólo puede recordar haber sentido algo aproximado el día que Alicia los llevó a ver una película en 3D.

Cuando la tensión de su sexo se vuelve molesta se mueve en el asiento hasta apoyarse en el reposabrazos central, en parte también para acercarse al parabrisas y ver mejor. Zip, zap, zip, zap, el reloj del hipnotizador y, más allá, el edificio del centro comercial elevándose en un escorzo vertiginoso hacia el cielo amarillento. Greta está igualmente absorta en la visión, inclinando la cabeza desde su sillita. Qué magnífica parece de pronto esa mole, con las altas murallas de piedra color marfil y un ejército de ventanas en formación que refleja luz violeta, inexplicable puesto que no hay nada violeta alrededor salvo los ojos de Úrsula. Es un castillo fabuloso y los transeúntes caminan hacia él como ratones siguiendo al flautista invisible, sin duda el mismo que llega a sus propios oídos a través de los auriculares. Va a disputarse allí un memorable certamen cuyo resultado cambiará el destino de todo aquel gentío indiferenciado bajo los paraguas, y todos, niños, adultos y ancianos, quieren ser testigos directos de la contienda, como si desconfiaran de que un relato de terceros pueda darles cuenta cabal del acontecimiento. Durante unos minutos se complace en elaborar esta idea y fantasea con que de algún modo es él, Franz, el héroe destinado a revelarse vencedor en el desafío de ingenio y coraje que se prepara, y que algún día su gesta merecerá ser musicada por alguien comparable a Claude Debussy, o pudiera ser que más famoso todavía.

El atasco aligera, los paraguas con cuerpo humano se apresuran, todo parece precipitarse con la música hacia la pendiente del aparcamiento, que succiona una fila doble de coches por su embocadura. Se detienen en la línea de sombra profunda que separa el interior del exterior; Úrsula abre la ventanilla para recoger el tique; se levanta la barrera automática y el coche, ella y los niños se hunden en la oscuridad de la rampa, hacia las entrañas de la fortaleza.

Nosotras las Moiras nos deslizamos silenciosas por el aparcamiento, que es nuestra morada subterránea. No somos una ni somos tres, somos todas en una y al momento nos dividimos en miles. Como sombras huimos del brillo de los faros, de las luces y los anuncios, y nadie nos verá nunca cerca de la cabina de los vigilantes; a cambio, podemos reptar por los techos oscuros, enroscarnos en el dorso de los pilares donde se apostan los Canguros Azules y los Delfines Amarillos, nuestros más grandes enemigos. Suena el rechinar de los neumáticos sobre el suelo de cemento pulido, el bluf hermético de las portezuelas, el *bib* de los cierres centralizados, esa es la banda sonora de nuestras correrías, y saltando de aquí para allá nos las arreglamos para pasar inspección a todos los vehículos que atraviesan las fauces del aparcamiento. Recorremos sus tapicerías y proyectamos largos dedos para acariciar la carita asustada de los niños pequeños, amarrados a sus sillas como reos de electrocución. Nos gusta con delirio su piel suave y el blanco azulado de sus ojos tan abiertos; niños de pantorrillas tiernas cuya carne rebosa la goma de un diminuto calcetín, esos son nuestros predilectos. Cuando las portezuelas se abren y la luz nos ahuyenta volvemos a la faceta oculta de los pilares, pero entonces ya sabemos quién ha llegado en este coche, y en aquel, y en el otro, nadie escapa a nuestro mudo escrutinio.

Mmm, aquí llega un vehículo interesante, grande, del tipo familiar, de una marca muy cara, el perfecto estuche para traernos alguna joya. Parece que va cargado con un niño ya crecido y una niñita más pequeña; acerquémonos a ver, ahí tenemos una sombra que nos da entrada. Qué guapos, los dos, qué perfectos candidatos al Departamento de Niños Perdidos. Un apuesto varoncito que ya frisa la salida de sus nieblas infantiles y una deliciosa damita de pelo dorado; que conmovedores sus zapatitos rojos con las punteras peladas, es todavía tan inocente que casi puede vernos. Ambos llegan custodiados tan sólo por una joven niñera distraída en sus propios pensamientos, tan bella como los niños a los que acompaña, aunque sin duda demasiado avezada en nuestros juegos como para que resulte divertido asustarla.

En cambio los dos cachorritos… Qué gusto da recorrer sus perfiles, lamerles los párpados y resbalar por sus orejitas aterciopeladas.

Sigámoslos a distancia prudente; parecen despabilados, pero nunca se sabe qué les podría ocurrir en un descuido de su madrastra.

Mierda, ni un aparcamiento libre en toda la planta. Quiero salir de este horrible coche, quiero salir ya. Si he de cargar todo el sábado con este par de psicópatas debería tener a alguien que se ocupara de conducir, ese viejo carnero avariento podría permitírselo. ¿Acaso no dispone él de un chofer allá a donde vaya, y de un guardaespaldas, y de ese abogado con aliento de hiena que lo sigue a todas partes? Me pregunto cuánto dinero tendrá en realidad el viejo. Es tan desconfiado con las facturas, y los contratos, y esas misteriosas sociedades… Pero no pensará que un hijo mío iba a conformarse con lo que me da para mantener a sus dos bastardos; sólo en ellos se me va casi la mitad, contando el apartamento y la asistenta y esos colegios tan caros. Si quiere que tenga un hijo de él tendrá que rascarse el bolsillo; y no creo que podamos vivir todos en un apartamento, por elegante que sea. Lo que me pasa es que soy demasiado desinteresada, eso es, ahí está el problema. Ah: una luz verde, un hueco…, mierda, otro que se me adelanta. Desde luego el viejo tendría que firmar algún papel que dejara las cosas bien claras; y no es que me oponga a que estos dos reciban su legítima, pero si quiere que yo le dé un verdadero heredero va a tener que dejarlo todo bien atado, está muy equivocado si cree que puede tratarme como a las madres de estos dos… psicópatas. La del mayor parece que murió, eso me dijo una vez, y la de esta niña endemoniada creo que se volvió medio loca; no me extraña. Seguro que no eran ni la mitad de atractivas que yo, ni desde luego la mitad de listas. Pobres desgraciadas; ya conozco a los tipos como él, sacan lo que pueden de una y después, ahí te quedas. Tuve a uno en casa día y noche, sé de lo que hablo, cuando se cansan de la madre empiezan a visitar el cuarto de la hija, vaya si los conozco. Pero ya no: ninguno de esos carneros libidinosos volverá a sacar partido de mí, ya no soy una niña de ocho años que se deja hacer, se acabó la presa fácil, queridos, ahora sé lo que valgo y por el camino he aprendido un par de trucos.

Mierda, ¿es que no queda ya ningún caballero dispuesto a

cederme una plaza?, ¿tienen que abalanzarse todos hacia el hueco en cuanto lo ven, como cerdos motorizados?

Ha terminado el *Preludio a la siesta del fauno* y Franz se desprende de los auriculares. Hace una madeja con ellos para guardarlos en su mochila y abre la ventanilla otra vez; Úrsula no se queja ahora, está ocupada maquinando sus planes y maniobrando por los pasillos. Los sonidos contrastan con la música de Debussy todavía fresca en la memoria de Franz, que ahora escucha chirridos, pitidos, zumbidos, portazos bruscos con los que juega el eco; no es la música de los bosques sino una anterior, la del caos primigenio. A Franz le gusta la palabra *primigenio*, la buscó en Word Reference para saber qué significaba y desde entonces procura usarla mentalmente a menudo. Por desgracia es una de esas palabras que no pueden emplearse para hablar con la gente si uno no quiere parecer raro, lo mismo que ocurre con embriagador, o catarsis, o impío, y con muchas otras que ha empezado a incorporar al ámbito de su pensamiento adulto, que tiene algo de secreto.

Asoma un poco la nariz más allá de la ventanilla. Huele a goma, a gasolina quemada, a plástico caliente, por este orden; es el olor corporal de los coches, tan particular como el olor de los caballos en una cuadra. Hay destellos de naranja reflectante en el suelo y largas filas de luces piloto sobre las plazas —todas de color rojo—, pero quedan enormes espacios en sombra en los techos recorridos por gruesas toberas, retorcidas como hidras de aluminio. Se fija en los delfines de color amarillo fosforescente pintados en los pilares, con su número debajo. A Franz le gustan los delfines, en eso al menos se parece a todos los niños que él conoce; los delfines siempre sonríen, y eso ha de ser reflejo de su bondad animal. Mira a Greta; tiene los ojos muy abiertos, y la boca también un poco. ¿Qué mira? Parece que ve algo en la oscuridad del techo, entre las sombras. Franz se acerca despacio a ella procurando que la tapicería de cuero no rechine. Cuando su boca está a menos de un palmo del oído de la niña hace *Uh* y se retira. Greta brinca en su sillita; berrea, lanza manotazos contra Franz, que se arrincona y protesta con su voz impostada de niño pequeño: «Ay, Greta me está pegando…»

Otro frenazo brusco termina con la disputa. Franz vuelve a golpearse contra el asiento delantero; Greta, amarrada a su silla, siente cómo se le clavan los arneses en los hombros. El coche se ha detenido en seco y entre los dos asientos aparece la cara de Úrsula vuelta hacia ellos. Parece que sus ojos violeta refulgen en la oscuridad: «Éste es el último aviso: a la próxima os bajaré a rastras del coche y aquí os quedaréis hasta que llame a vuestro padre y él en persona se encargue de venir a buscaros, ¿lo habéis entendido?» Ni Franz ni Greta contestan a una pregunta que parece retórica, pero transcurridos dos segundos Úrsula vuelve a hablar, esta vez en tono aún más alto y amenazante: «He preguntado si lo habéis entendido.»

El sí de los dos niños es breve, compungido. Después vuelve la calma, se oyen chasquidos lejanos y los roces de la chaqueta de Úrsula cada vez que maniobra enroscando el volante. No hay más coches recorriendo el bucle recóndito en el que se han metido, sólo luces rojas que señalan plazas ocupadas. A Franz le gusta buscar deportivos y descapotables entre las filas —de pequeño pensaba que los coches dormían en los aparcamientos, y que uno debía acercarse a mirarlos sin hacer ruido—, pero aquí hay muchos menos modelos interesantes que en Ginebra, casi todos son familiares o utilitarios vulgares. Eso de los deportivos lo echa un poco de menos, como los bollos rellenos de frambuesa, aunque sobre todo echa de menos la nieve.

Llegan a una bifurcación; todo son luces rojas. A la izquierda aparece de entre los coches inmóviles una figura que les hace señas. Es un hombre; de lejos se distingue que lleva un gabán parduzco y, en su cara, el borrón de una barba entrecana. La seña que hace hacía ellos es la de *venid, acercaos*, y luego señala los coches que quedan a su lado. Franz desea que Úrsula haga caso y se acerque al hombre, y lo mismo le pasa a Greta. Es extraño que una figura con gabán que aparece entre las sombras les resulte tranquilizadora, pero así es. En realidad tanto Franz como Greta se sienten siempre más seguros cuando hay alguien con ellos además de Úrsula.

Úrsula se sabe rodeada de cámaras de seguridad y no teme girar el volante hacia el hombre del gabán que hace señas, y entonces él empieza a actuar como un guardia de tráfico, guiando la conducción para que el morro del coche se sitúe en un determinado

punto. Visto de cerca se ve que es un vagabundo, un pordiosero, un sintecho, un mendigo, un pedigüeño, un pobre, alguien con un gabán arrugado y una barba desigual que aparenta unos cincuenta años, aunque a ojos de Franz y de Greta —incluso de Úrsula— es un viejo, un viejo desaliñado. Sin embargo sonríe con mucha amabilidad, y por lo poco que se ve de sus dientes los conserva bastante enteros. En un recorte de la maniobra el vagabundo queda cerca de la ventanilla de Greta y la saluda con la mano. Greta devuelve el gesto y se queda mirándolo. Franz también lo observa mientras él sigue dando instrucciones para que el coche encaje marcha atrás en la plaza libre.

Cuando Úrsula apaga las luces y detiene el motor, el vagabundo se acerca para abrirle la portezuela. Ella le habla mientras sale, meliflua: Muchas gracias, qué amable, tenemos cita con el médico de la niña y no había manera de encontrar un hueco, si no hubiera sido por usted… Franz y Greta saben que lo del médico es mentira, pero el tono resulta igualmente encantador, Úrsula sabe serlo cuando quiere. No es nada —contesta el vagabundo—, a veces se estropea alguna luz y no se ve el hueco libre. Ha señalado el piloto luminoso que queda sobre el techo del coche, que no muestra destello ni rojo ni verde. Franz, con la incipiente malicia mundana que ya le otorga su pensamiento adulto, se pregunta si no habrá sido el propio vagabundo el que habrá estropeado la luz; quizá esa sea su forma de ganarse unas monedas de agradecimiento. Se fija en que sus manos parecen bastante limpias, y su dicción, como sus dientes, es más blanca de lo que cabía esperar. No es que él haya oído hablar a muchos mendigos pero ni siquiera en las películas lo hacen tan bien, y además suelen tener las manos roñosas y los dientes hechos una pena. De hecho habla como el profesor de literatura de Franz —el mismo que el curso anterior le daba Lengua, cuando aterrizaron en la ciudad y en el colegio a mitad del segundo trimestre—, y en cierto modo también como Linda aunque en otro idioma; se percibe esa compostura fonética que no permite adivinar mucho acerca del que habla, excepto quizá que es una persona bien educada. Algunas veces Franz ha tratado de imitar esa pronunciación transparente, filtrada de todo lo que pudiera caracterizarlo como individuo para hacerlo invisible tras las palabras. Quizá esto forma parte también de la compleja

constelación de su pensamiento adulto, pero no está muy seguro.

Mientras Úrsula se ocupa de liberar a Greta de sus arneses —milagrosamente no está protestando por el asunto de las uñas—, el vagabundo se mantiene retirado, en silencio, mirando hacia otra parte. Su compostura es la de un camarero que espera, o la de un empleado servicial como Nicolás, el portero de tarde de su edificio de apartamentos. Adiós y gracias de nuevo, le dice Úrsula una vez los tres han salido del coche y se disponen a alejarse hacia las escaleras mecánicas. Disculpe que la moleste otra vez, dice el mendigo tendiendo su mano que parece un cuenco, ¿No podría ofrecerme alguna ayuda?, cualquier moneda suelta me servirá. Ay, lo siento, no llevo monedas, dice Úrsula, quizá traeré alguna a la vuelta, recuérdemelo si aún está usted por aquí…

Franz siente una punzada de vergüenza ajena, y aunque Greta no es todavía capaz de sentir algo semejante ambos saben que Úrsula miente otra vez. Los bolsos de Úrsula están siempre llenos de monedas tintineantes. Es impaciente, paga con billetes y deja caer las monedas del cambio en el bolso, no se ocupa de ellas hasta que le estorban y entonces las usa para pagarle a Alicia lo que ella ha adelantado en la compra del día: vuelca el bolso en la mesa de la cocina y se las hace contar. De hecho cualquiera de los muchos bolsos que Úrsula amontona en su vestidor es una excelente fuente de monedas para Franz y Greta, que de vez en cuando organizan una requisa para comprar chucherías, sin abusar, porque si ella llegara a darse cuenta podrían pagarlo muy caro. Ese es uno de sus secretos fraternales.

Por una u otra razón ambos niños se dan la vuelta para mirar al mendigo cuando ya se han alejado del coche y Úrsula se les ha adelantado caminando hacia las escaleras automáticas. Ahí está todavía él, parado. Sonríe y los saluda agitando la mano. Greta devuelve el saludo; Franz también, pero aborta el gesto acariciándose uno de sus cuernos imaginarios cuando su pensamiento adulto le informa de que quizá resulta infantil por su parte mostrar tanto entusiasmo. Úrsula los apremia sin volverse: Vamooos, que hay prisa, y haced el favor de andar de la mano, que siempre os lo tengo que decir…

Franz se arrepiente de no haber saludado al vagabundo con toda franqueza. ¿Por qué no lo ha hecho? Sin duda él se ha dado cuenta

de que ellos no son de la misma calaña que Úrsula, eso es seguro. Suben las escaleras mecánicas hacia la planta baja sin hablar. *Calaña* es otra palabra que a Franz le gusta usar mentalmente, en especial referida a Úrsula. Ha descubierto que es una palabra con truco. Según los diccionarios que ha consultado no es un término insultante o grosero —no del mismo modo que cuando Linda decía que algo era *estúpido*—, porque la calaña es simplemente la manera de ser de alguien, buena o mala, y ese es un concepto que no puede considerarse ofensivo. Sin embargo la gente usa a veces las palabras según el restringido significado que les confiere el contexto en que las han escuchado, y como han escuchado muchas veces algo como *No hay que mezclarse con gente de esa calaña* tienden a deducir que calaña es algo malo. Por eso, otra vez con cierta malicia mundana por su parte, Franz la emplea a menudo para referirse a Úrsula en un juego que consiste en decir algo sin decirlo, dejando sólo que los demás lo entiendan —aunque en realidad no hay más interlocutor que él mismo en este juego solitario—. Lo malo es que esa misma lógica da lugar a numerosos equívocos; no todo el mundo ha escuchado las mismas palabras en el mismo contexto, y el resultado es que gran parte de las discusiones que Franz tiene en el colegio se basan en un malentendido de este género. ¿Para qué demonios sirven entonces los diccionarios? Desde luego no para entender a la gente, y sin embargo a él le resultan muy útiles —¿cómo saber lo que significa *concupiscente* sin consultarlo en un diccionario?—, aunque más allá de una utilidad directa ha empezado a sospechar que estudiar las palabras, hacerse cargo de sus connotaciones, seguir su rastro, atender a sus usos apropiados o aberrantes, equivale a comprender el pensamiento de la gente, de modo que el lenguaje y sus tramoyas se le están revelando ya como la matemática de las ideas y las emociones humanas. El hecho de que él mismo maneje de una u otra forma varios idiomas —los rudimentos de los dos que aprendió de muy niño, luego el que hablaba con Linda y en el que aprendió a leer, y ahora esta otra lengua que habla y lee y que está conformando su incipiente pensamiento adulto—, la comparación y traducción entre todos ellos, le ayudan a darse cuenta de hasta qué punto el lenguaje construye universos ligeramente distintos, ligeramente irreductibles el uno al otro.

Todo esto tiene por otro lado un aspecto inquietante. Franz puede entender que sus compañeros de clase discutan inútilmente a causa de un malentendido; en su mayoría no manifiestan más que atisbos de pensamiento adulto, son casi tan niños como Greta, que cree que la palabra *embustera* es un insulto abstracto y puro, desconectado de la acción específica de mentir puesto que ella no conoce la palabra *embuste*, sólo la palabra *mentira*. Lo inquietante del caso es el gran número de adultos a los que oye hablar —incluso en la televisión— y que sólo manifiestan trazas de pensamiento adulto. Eso le da a la misma expresión *pensamiento adulto* cierta inconsistencia, a tal punto que a veces se siente tentado de substituirla por *pensamiento inteligente*. El error, según Franz ha considerado como hipótesis, deriva de que hace muy poco tiempo pensaba que todos los adultos eran muy inteligentes, podían resolver problemas que a él se le resistían y tenían respuesta para casi cualquier cosa que se les preguntara; pero sin duda esa era una conclusión precipitada —¿pensamiento infantil?—, porque lo cierto es que hay adultos muy inteligentes, como Linda o su profesor de Literatura, y adultos que no lo son tanto —Úrsula, por ejemplo, suele apañárselas para salirse casi siempre con la suya, pero no es un adulto… especialmente adulto—. Franz por su parte está convencido de que va a ser un adulto bastante inteligente —ha tenido algunas ocasiones de percibirlo así—, pero una vez vino a cuento decirlo en el recreo y después fue objeto de burla durante días, y el caso es que no dijo *muy inteligente*, solo dijo *bastante*, y su intención no era presumir sino constatar un hecho: creía sinceramente que iba a ser bastante inteligente del mismo modo que creía que iba a ser bastante perezoso, y sin duda alguien podía poner en duda lo uno o lo otro, cabía discutirse, pero después de aquel episodio supo que el hecho mismo de ponderar la propia inteligencia era algo que no convenía hacer en público, aunque por el contrario de la propia pereza podía hablarse tanto como se quisiera, y tampoco estaba mal visto presumir abiertamente de casi cualquier otra cosa, de lo rápido que uno corría los cien metros, de lo potente que era el coche de su padre, de los muchos goles que marcaba su equipo favorito.

Así pues la inteligencia es un tema tabú —otro tema tabú—, pero Franz se plantea otro problema de rango superior: ¿qué va a

ocurrir cuando, en un futuro, tenga que discutir de temas importantes con adultos? ¿Va a ser tan difícil como discutir con niños en el recreo? ¿Quizá su inteligencia será una permanente fuente de conflictos con el mundo? ¿Será su pensamiento adulto —por seguir usando la expresión original— un bien del que sólo podrá gozar en privado, otra actividad a la que tendrá que entregarse en secreto, encerrado con pestillo en su habitación?

De nuevo todo parece estar unido por una especie de mágica conexión.

Los Delfines Amarillos hemos detectado gran movimiento entre las Moiras y todos sabemos lo que eso significa. Las seguimos de pilar en pilar y oímos cómo cuchichean en las sombras: hablan de dos hermosísimos niños, de un varoncito ensimismado y de una dulce niña de cabellos de oro. Como siempre, debemos mantener a la mayoría de nuestros efectivos en el aparcamiento, no podemos permitir que las familias extravíen sus automóviles y cunda el pánico un sábado por la tarde, pero hemos conseguido reunir a un comando de vigilancia especial: doce Delfines Amarillos en formación triangular, y nuestro primer capitán de turno navega a buen ritmo a la cabeza, saltando de pilar en pilar hacia las escaleras mecánicas. Ah, cómo disfrutamos del viento en contra, de las zambullidas, del poderoso batir de nuestras colas; qué placer remontar los escalones que caen como una cascada metálica, trepar hacia los destellos de la superficie sorteando los pies de los humanos, sus cómicas piernecillas gemelas. Qué torpes nos parecen, qué desvalidos en este mar que nosotros navegamos como flechas relumbrantes; son tan bonitos y simpáticos que nos mueven a la sonrisa, son nuestras mascotas más populares; pero de entre todos los humanos nos enternecen sobre todo los niños, porque siempre piden a sus padres que aparquen en nuestra zona del subterráneo, donde vigilamos en rigurosa guardia fingiéndonos pintados. Pero lo que más, lo que más, lo que más nos gusta a los Delfines Amarillos es nadar a toda velocidad como torpedos ondulantes, más rápidos aún que los Canguros Azules. Nuestro capitán nos guía saltando en cabeza, buscando siempre los objetos más amarillos; así es como nuestra carrera fulgurante pasa desapercibida, y nadamos también

cerca del brillo de las bombillas o, llegados a la planta baja, donde los humanos se apelotonan frente a los escaparates, navegamos los dorados de la tienda de marcos y los reflejos inoxidables de la relojería, siempre siguiendo el camino más luminoso, aquel del que las Moiras huyen despavoridas.

Pero, atención, nos habla nuestro capitán por telepatía, sí, a la escucha Delfín Nueve, parece que hemos avistado a los dos niños acosados por las Moiras, eureka, ponemos rumbo hacia ellos antes de que vayan a dar con sus piernecillas en el Departamento de Niños Perdidos.

Qué locura, cuantísima gente, ¿es que nadie trabaja los sábados? Y todos estos horribles niños por todas partes, qué escándalo. Franz: haz el favor de no soltarle la mano a tu hermana, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? Solo me faltaría que se perdiera esa mocosa, con la de cosas que tengo en la cabeza. Hay que concentrarse, esto parece un laberinto. ¿Dónde estaba la lencería? Ah, justo allí, delante de la perfumería donde compré aquella crema de noche tan cara y… apestosa. Ah, hay novedades en el escaparate… ¿Será tendencia esa forma de copa?, no he visto nada parecido en las revistas. Entremos a ver. Hola, cariño… Chica, no me hables, que gentío. ¿Has recibido ya el conjunto que te pedí? ¿Dónde se han metido estos malditos niños? Franz, ¿quieres hacer el favor de ocuparte de tu hermana…? No, quedaos ahí afuera, donde yo os vea. Uf, qué calor de repente, con toda esa muchedumbre en los pasillos… ¿Ah sí?, estupendo, me lo pruebo por si acaso, pero creo que me gusta también el del escaparate, ¿no lo tendrás en rojo? Qué pesados están estos críos… ¿Qué quieres ahora, no ves que estoy ocupada?… ¿Golosinas?, ni hablar, no pienso daros más dinero, estáis todo el día pidiendo. Ah, en rojo es monísimo, y yo diría que es de mi talla. ¿Otra vez?, ¿no te he dicho que no tengo dinero, pesado?… ¿Con tu paga?… Pero ni se te ocurra soltar a tu hermana, y no tardéis, en un minuto quiero veros de vuelta ahí afuera, ¿lo has entendido? Qué harta estoy, se pasan todo día… ¿El mismo en violeta oscuro?, a ver… No está mal, y me hace juego con los ojos; deja que me lo vea en el espejo.

Franz dispone de un billete de cinco para gastar, su paga semanal íntegra. Como Greta todavía no tiene paga asignada por su padre, Franz sabe que tendrá que compartir con ella lo que compre, sobre todo si son gominolas o cualquier otro comestible. Ambos salen de la lencería y les cuesta incorporarse a la corriente que discurre por el eje principal de las galerías. Cuando escapan de la zona de visión de Úrsula se toman de la mano, un gesto automático que inician en cuanto se saben solos. El puesto de golosinas está en un pasillo lateral paralelo, no muy lejos pero entre tanta gente cuesta caminar. Franz le suelta la mano a Greta, la toma por el pescuezo del anorak y la dirige por delante de él. Su estatura de niño le impide ver por encima de las cabezas de los adultos que van delante; se arrima a los escaparates y trata de avanzar por el margen, como ha visto que hacen las ambulancias cuando encuentran un atasco. En el primer cruce hay una glorieta con una palmera en el centro, después tienen que girar a la derecha no parece una geometría difícil, Franz la imagina como una simple cuadrícula aunque no lo sea. Se detienen en el escaparate de las maquetas que hay en la glorieta, exhibe pequeños helicópteros que vuelan de verdad y centenares de automóviles a escala, metidos en sus cajitas transparentes. Lástima que Greta se cansará enseguida de estar ahí parada, no le interesan ni los coches ni nada de lo que ve; ojalá pudiera quedarse él solo un rato, tratando de localizar alguno de los modelos que anda buscando. En realidad ya ha encontrado alguno en eBay, por ejemplo el Ford Capri MKI de 1973 de color rojo con el capó blanco; era el favorito de su antigua colección, pero no puede comprarlo en internet porque no tiene tarjeta de crédito, y aunque dispusiera de ella o ahorrara su paga semanal para comprarlo en una tienda, ¿qué garantía tiene de que su habitación vaya a ser su habitación durante mucho tiempo? Se ha acostumbrado a no encariñarse de nada que no quepa en su mochila, y semejante extraña precaución en un niño de su edad le parece a él del todo natural, del todo sensata aunque no haya sido informada por su pensamiento adulto, simplemente la copió de Sarah Connor en *Terminator II*, una vieja película que ha visto una y otra vez en su ordenador portátil. De modo que comprar golosinas o bolsas de fritos, cosas que se comen y desaparecen y nunca ocuparán valioso espacio en su mochila, es una buena manera de garantizarse la

fruición completa del bien adquirido, incluso contando con que hay que compartirlo con su hermana, porque su hermana es en cierto modo parte de él.

Greta se impacienta, le tironea de la manga, quiere llegar al puesto de golosinas cuanto antes. Franz transige, podrá echarle otra mirada a los coches a la vuelta, Greta estará entretenida masticando y no dará la lata. Echan a andar y de pronto ambos reconocen al vagabundo del aparcamiento, ahí mismo, tras un grupo de gente que se aparta coreográficamente. Está sentado en el suelo, junto a la esquina roma de una agencia de viajes, las piernas cruzadas ante un cartón sobre el que brillan unas pocas monedas pequeñas; ahora es plenamente un mendigo más que un vagabundo. *Regálate una aventura por poco dinero*, dice un anuncio de la tienda de viajes justo encima de su cabeza. Greta lo saluda con la mano, el mendigo responde. Franz finge que no lo ha visto; es una pretensión vana porque han pasado a tres metros escasos de él, pero no se ha sentido capaz de dedicarle el saludo adecuado. Se rasca un cuerno imaginario, fuerza un gesto para dirigir a Greta hacia el pasillo oportuno, caminan, se alejan.

Franz examina su propia reacción en el trecho que queda hasta la tienda de chucherías; no consigue explicársela de forma coherente. Ha sentido otra vez algo parecido a la vergüenza, pero no la vergüenza ajena de antes, en el aparcamiento, ésta de ahora le atañe sólo a él y al mendigo. Franz es un niño rico —eso cree que es, ése es su título otorgado— y el mendigo se ve obligado a humillarse pidiendo monedas, expone su cartón en el suelo como un triste comedero vacío.

¿Por qué eso le produce vergüenza a él?

Franz no ha recibido educación religiosa y no conoce la parábola del camello y el ojo de la aguja, ni tampoco la de *los últimos serán los primeros*, pero bajo el paradigma moral de las películas que ha visto, ser pobre equivale a ser bueno y a menudo objeto de alguna injusticia; en cambio los niños ricos siempre son antipáticos y muchas veces malvados. Así son las cosas en las películas con una sola excepción que él recuerde: Batman, que es rico pero lo redime el haber perdido a sus padres de niño. La conclusión de que sólo un rico desgraciado puede ser bueno *—el rico debe expiar su culpa—* es la que casi cualquier niño extraería de este habitual *dramatis*

personae, y sin embargo Franz se resiste a ello, implica una contradicción en la que hay que reparar. Por un lado la opulencia se presenta como catalizador de todos los demás pecados capitales, el rico siempre armoniza bien con el avaro, el lujurioso, el perezoso, el soberbio, el iracundo…; por otro lado los adultos trabajan y se esfuerzan por dinero, muchos incluso lo codician abiertamente, afirman desear que les toque la lotería, heredar fortunas, tener un sueldo muy alto, obtener grandes beneficios de sus negocios. La malicia adulta de Franz no es todavía capaz de encontrar explicación a semejante contrasentido: amar el dinero y odiar al rico le parece todavía algo tan extravagante como amar la música y odiar a los músicos.

De modo que él sigue sintiendo ante el vagabundo esa vergüenza que no entiende, carga con ella porque entiende que le ha tocado por nacimiento, es su particular pecado original.

No hay tanta gente como era de esperar en el puesto de golosinas, sólo una discreta cola de padres y madres pagando en la caja. Empieza el problema de siempre, Greta no llega a ver los caramelos que están en las cubetas altas, Franz tiene que tomar las gominolas con las pinzas y mostrárselas para que ella diga si quiere alguna de esas. El sistema de reparto es fácil, Franz introduce una golosina en su propia bolsa por cada una que entra en la de su hermana, aunque Greta tiende a elegir chuches grandes como palos de regaliz o plátanos azucarados y su bolsa siempre termina pesando más. Hay que tener cuidado de no superar el valor de su billete de cinco y eso estresa bastante a Franz; en su imaginación le parece una situación muy embarazosa la de haber llenado las bolsas demasiado y no poder pagarlas en caja, y la simple solución de devolver algunas chucherías a su cubeta y regresar al pesaje le parece inaceptable, o por lo menos muy poco digna —si fuera pobre al menos tendría una excusa razonable; los niños ricos, en cambio, nunca son inocentes—. De modo que calcula con tiento y la mayoría de los sábados el peso total de las golosinas no suele pasar de los cuatro euros, incluso menos si Greta no se empeña en meter plátanos y más plátanos en su bolsa. Pero esta vez está siendo un poco más prudente aún, quiere asegurarse de que le devuelvan al menos una moneda grande y alguna otra pequeña. Amonesta a Greta cuando ella introduce un cuarto plátano en su bolsa, *Ne soyez*

pas si avide, le dice en la lengua de Linda, que a veces todavía emplean en frases frecuentes. *Un de plus, un de plus*, dice Greta repicando en el suelo con sus zapatitos rojos.

El total son 2,85, más barato que ninguna otra vez, aunque sólo gracias a que Franz ha metido en su bolsa bastantes menos golosinas que Greta en la suya. La niña se suelta de la mano para poder dar cuenta del primer plátano azucarado. Franz la atrapa por el cuello del anorak y la encara en la dirección correcta. Sostiene las monedas del cambio con la otra mano. Las mira. Su decisión final consiste en entregarle al mendigo las dos monedas grandes. No es que las pequeñas le sirvan para comprar nada, sólo pueden ir a parar al bote donde guarda sus escasos ahorros —aderezados con las monedas que le rapiñan a Úrsula—, pero le parece más elegante, incluso más respetuoso, darle sólo las monedas grandes al mendigo. El razonamiento es claro: ¿sería correcto invitar a alguien a comer de tus sobras?; no: la gente bien educada ofrece lo mejor que puede al invitado, eso es lo que hacen en las películas, y un mendigo al que das unas monedas no deja de ser en cierto modo tu invitado. Franz, igual que la mayoría de los adultos aunque quizá por razones distintas, piensa que es fundamental ser bien educado, y hasta ha vislumbrado las buenas maneras como la solución a todos los problemas del mundo. ¿Cómo alguien bien educado podría hacer estallar una bomba en un edificio lleno de gente? Imposible. Franz no ha visto todavía ninguna película de nazis cultos y refinados ni de doctores caníbales que escuchan las *Variaciones Goldberg*, sólo conoce malos feos y poco amables, como el Jocker de *Batman*, los zombis y todos esos pandilleros suburbanos, soeces hasta la náusea. Es cierto que el terminator de mercurio líquido no es especialmente feo o malcarado puesto que puede adoptar diferentes formas —incluso la de la madre adoptiva de John Connor—, pero se delata como maleducado cuando roba el camión y avanza golpeando coches por las calles. Un terminator líquido debe quizá perseguir a John Connor si realmente esa es su misión —aunque cabría abrir un debate sobre la cuestión—, pero de ninguna manera perjudicando a terceros ajenos al litigio. Según Franz, los delincuentes deberían siempre delinquir de buenas maneras, y aunque él mismo comprende lo estúpido del razonamiento, ha logrado convencerse de que cualquier asesino furioso que aprenda a saludar

correctamente dejará de alguna manera mágica de desear matar a la gente. Ése es el inmenso poder de la buena educación.

Cuando se acercan de vuelta a la glorieta de la palmera el humor de Franz ha cambiado. Su pensamiento adulto le ha ido confiriendo en las últimas semanas un aire sombrío, caviloso, y de pronto quiere tomarse un respiro, un descanso de verdadera alegría infantil, eso es lo que le apetece sentir ahora. Está en el centro comercial y podrá mirar a su gusto las maquetas, y luego se hará de noche y podrá ver una película en el canal de ciencia ficción, porque Úrsula sale los fines de semana y es Alicia la que tiene autoridad sobre ellos hasta que Úrsula regresa, y ella siempre les deja ver una película en la pantalla grande de la sala, incluso aquella noche en vacaciones los llevó a un cine de verdad sin que Úrsula lo supiera, a ver una película de estreno en 3D, y compartió con Greta una enorme bolsa de palomitas. Pero aun antes de todo eso, de ver la película en el canal de ciencia ficción y de detenerse un rato en la tienda de maquetas, Franz vencerá su vergüenza injustificada y dejará dos brillantes monedas sobre el cartón del vagabundo, una acción generosa como las que practican los personajes buenos en las películas. Tratar de ser bueno todavía lo hace sentirse feliz, liberado de las oscuras incertidumbres con que lo atormenta su pensamiento adulto; la bondad, la buena educación y la felicidad han sido para Franz las tres caras de una misma figura, la trinidad resplandeciente de su universo moral infantil construido a partir del ideal que promueven las películas gratuitas de la televisión por cable, un completo catecismo poscristiano que cuenta con sus propias parábolas —el buen robot, el mesías tentado por el lado oscuro de la Fuerza—, y esta tarde Franz se va a permitir regresar a ese mundo nítido y va a tratar de ser simplemente bueno, bien educado y, por tanto, feliz.

Ahí sigue el mendigo, sentado ante su cartón. Franz se acerca tirando de la manga de Greta, absorta en sus gominolas. El gesto le sale bastante bien, con naturalidad, se agacha un poco y deposita las monedas sin mirar a la figura barbada más que un momento. Ya se ha vuelto y se aleja tirando de Greta cuando oye a su espalda la voz del vagabundo, su pulida dicción:

—Gracias, niño rico —le dice.

Franz no se detiene, sigue alejándose; se ocupa de dirigir a Greta

de vuelta hacia el escaparate de las maquetas y ahora resulta fácil porque la niña ya no tiene más voluntad que la de masticar dulces. Pero la voz que ha oído ha sido como una puñalada en la espalda. *Gracias, niño rico*. Esta vez no ha sonado como cuando lo dice Úrsula —niños ricos y… psicópatas—, ha sido una burla atroz, de las más cruentas que se pueden recibir porque ha sido su pensamiento infantil el herido. Ha sentido un dolor casi físico, un frío estilete que le ha entrado por la espalda y le ha llegado hasta el corazón. Le tiemblan las piernas. ¿Es furia eso que siente?; no, es miedo, por lo indefenso que se ha comprendido, por su incapacidad para encontrar respuesta a semejante crueldad, sólo ha podido seguir caminando y alejarse. Pero sí, también es furia, lo es. Desea que un montón de pandilleros de los más soeces rocíen al vagabundo con gasolina y le prendan fuego. Eso desea mientras se encara a las maquetas sin soltarle la manga a Greta, y todos esos pequeños coches metidos en sus cajitas transparentes siguen ahí pero Franz ya no puede mirarlos, su vista se nubla y los atraviesa. ¿Por qué no se le ha ocurrido nada que contestar?, ¿tan estúpido es, pese a toda su pretendida inteligencia?, ¿no puede responder siquiera a una burla tan inicua? Su tarde de alegría infantil, la película de la noche, todo ha quedado arruinado en unos segundos, arrasado por un tsunami de ira y autocompasión. Qué estúpido ha sido, qué inocente y qué pretencioso en su voluntad de ser bueno. Ahora todas sus consideraciones sobre el significado de las palabras y el pensamiento adulto y las buenas maneras le parecen infantiles y petulantes. Qué ridículo orgullo el suyo, no es más que un niño rico y presuntuoso que se cree muy inteligente. Siente una honda congoja, ganas de llorar; su voluntad más firme se concentra en tratar de evitarlo, no sería más que otro signo de estupidez y debilidad, y sobre todo está con Greta, no puede dejar que su hermana lo vea llorar —no debe, bajo ningún concepto—, y sin embargo sería tan consolador ponerse a llorar. Trata de serenarse, de pensar. ¿Por qué se culpa a sí mismo?, ¿no ha sido mil veces más depravado que él ese vagabundo?, ¿no es su crueldad mucho peor pecado que la ingenuidad o incluso que la petulancia en las que él, sin duda, ha incurrido? ¿Quién se ha creído ese viejo que es? Sí: su padre es rico, y qué, siempre hay alguien más rico que uno, y uno siempre es más rico que alguien, es absurdo acusar a nadie de eso,

¿acaso no se podría acusar a ese mendigo estúpido exactamente de lo mismo? De pronto Franz ha encontrado una idea y la idea tiene imagen. Es la de una fotografía que vio en un mural del colegio y quedó grabada en su memoria: un niño negro acostado sobre unas parihuelas, con los ojos y la boca entreabiertos, llenos de moscas. Es una visión terrible que parece no venir muy a propósito hasta que Franz encuentra la clave, y entonces ya no se entretiene en elaborar la idea para darle palabras precisas, porque sabe que en cuestión de segundos perderá todo su coraje, pasará este momento de furia vengativa y ya no sabrá de dónde sacar la energía que necesita.

—Ven, le dice a Greta. Vuelve a tirar de su manga para dirigirse a la esquina del vagabundo. Ahora le tiemblan aún más las piernas. Este va a ser un enfrentamiento cara a cara, el primero que tiene con un adulto, y en territorio adulto además.

Cuando llega ante el viejo sentado en el suelo lo mira y le habla así:

—Hay niños que se mueren de hambre. Ellos podrían llamarle a usted viejo rico, y… viejo gordo glotón.

Eso es exactamente lo que le dice. El vagabundo lo escucha y a Franz le parece que la expresión con que lo hace no es la adecuada —demasiado amable, sonriente—, pero es sólo una impresión fugaz que dura lo que Franz tarda en darse la vuelta para alejarse por segunda vez, y sus piernas tiemblan tanto que ha de apoyarse en el hombro de Greta para no tambalearse.

—Eh, niño rico, no olvides mirar en tus bolsillos —dice la voz del mendigo.

Franz ha vuelto a escucharlo a su espalda como antes y esta vez su cerebro estaba preparado para ignorar la previsible insidia de sus palabras. Sin embargo no ha podido evitar entenderlas. *No olvides mirar en tus bolsillos*. ¿Qué clase de respuesta es esa?, ¿otra burla? Pero no importa demasiado en este momento, ha de marcharse de allí y tratar de calmar el tembleque. Greta apenas ha hecho caso al episodio, tiene sus regalices y sus plátanos y eso es suficiente, así que se deja conducir dócilmente en la dirección que Franz le marca al azar, preocupado de alejarse cuanto antes.

Camina y camina tirando de la manga de su hermana. Al rato se da cuenta de que está buscando un lugar donde pararse y reflexionar. ¿No es cierto que ha vencido? Se acuerda de su fantasía

en el coche sobre el certamen de valor e ingenio en el que él resultaba el héroe campeón, y ahora le parece una prefiguración de lo que acaba de ocurrir, ¿no es eso lo que acaba de ocurrir? Ha devuelto el golpe, ha sido inteligente y valiente, lo ha sido, y ahora se siente extraordinariamente bien. Ah, qué satisfactoria es la venganza. Todavía le tiemblan un poco las piernas, pero ahora es como una vez que tomó café, se lo preparó a escondidas en la cafetera de cápsulas que hay en la cocina y lo bebió sin azúcar y de un solo trago; después sintió unas irreprimibles ganas de moverse, de correr y saltar, y eso es lo que le pasa ahora, por eso apresura el paso tirando de Greta y se complace esquivando a los transeúntes como un deportivo entre utilitarios que sólo están ahí para darle emoción al circuito. Greta por su parte está experimentando un pico de glucemia en sangre y también se siente activa, excitada, se olvida por un momento de la bolsa de golosinas y secunda gustosa a su hermano agarrándose al faldón de su anorak.

Ríen y jadean al desembocar en otra glorieta, donde les llama la atención una máscara de marciano metida en una urna de cristal. Se acercan. Hay una tarjeta informativa al lado: es un elemento de atrezo usado en la película *Mars Attack*. A Franz no le gustó esa película, no era seria, le pareció más bien irónica —o quizá sarcástica, ha de acordarse de consultar la diferencia en algún diccionario—, pero la máscara es sin duda vistosa, hasta Greta se queda pasmada mirándola. Hay otras urnas de cristal formando un círculo en el cruce de pasillos, sobre una plataforma que gira muy lenta. La gente sigue el movimiento para admirarlas una a una, mientras va leyendo las tarjetas informativas. En la segunda está el guante de Eduardo Manostijeras, y en la tercera el de Freddy Krueger. Según las tarjetas son adminículos originales, se han usado en el rodaje de las películas, han estado en contacto con la piel de los actores, a tiro de la cámara, y eso les otorga un poder especial, casi los eleva a la consideración de reliquia. Está la máscara de *Scream* y la de un gorila de *El planeta de los simios*, y también un pedazo de kryptonita de *Superman*. Pero una urna en particular deja a Franz completamente maravillado: un busto de silicona de Arnold Schwarzenegger en el papel de terminator bueno, con un desgarro en la piel que deja a la vista un ojo y parte de la osamenta facial mecánicos.

Guau.

Es difícil saber cuánto tiempo se queda Franz mirando el busto desde todos los ángulos posibles, el tiempo se comporta de manera caprichosa cuando algo nos fascina, pero seguramente es muy poco, quizá un par de minutos durante los que Greta ha vuelto a concentrarse en su bolsa de golosinas, sabe lo mucho que le gusta a su hermano esa película y está dispuesta a concederle todo el tiempo que necesite. Franz emerge de su profunda concentración cuando ve otra cara más allá del terminator, pegada al otro lado de la vitrina manchada de reflejos. Enfoca la mirada a través del cristal para verla mejor: es una sonriente mujer madura, un rostro regordete rodeado de cabellos pajizos que asoman bajo un gorro de criada decimonónica; podría ser una cara afable pero los ojos están levemente desorbitados y eso asusta un poco, acelera el corazón. Franz se aparta del cristal; la mujer levanta también la vista y lo mira de reojo, sonriendo; no dice nada, sólo deja escapar una risita inaudible, da media vuelta y se aleja. Franz sigue mirándola: camina un poco zamba, su figura chaparra está embutida en un vestido marrón con una tosca costura que le atraviesa todo el cuerpo, desde un hombro hasta la cadera contraria. Después mira a Greta; la niña está tranquila ultimando su bolsa de golosinas, pero él no afloja la mano sudorosa con que le sujeta el anorak. Cuando alza otra vez la mirada la mujer rechoncha ha desaparecido entre la gente que fluye por el cruce de corredores. ¿Por cuál de ellos han llegado?, son cinco los que desembocan en esta glorieta, y la máscara de *Mars Attack* no sirve como referencia porque ha estado girando todo el tiempo sobre una plataforma móvil.

Ahora Franz no tiene ni idea de hacia dónde echar a andar para volver a la tienda de maquetas, y mucho menos a la lencería donde los espera Úrsula. Así que técnicamente se han perdido, y no es una constatación dramática, no produce verdadero miedo —Franz se sabe con recursos suficientes como para salir del apuro—, pero puede tardar algún tiempo en conseguirlo y Úrsula se pondrá furiosa si tiene que esperarlos, una perspectiva lo bastante desagradable como para acelerarle otra vez el corazón. Sin pensarlo mete la mano que le queda libre en el bolsillo de su anorak. Dentro nota el tacto de algo que parece una tarjeta de visita. La extrae del bolsillo y la examina. Tiene un texto escrito a máquina:

Bien dicho lo de antes, fauno orgulloso.
A ver cómo sales ahora de ésta.
El viejo glotón.

Después de leer el mensaje tres veces Franz comprende que es una nota del mendigo. *No olvides mirar en tus bolsillos*, le ha dicho hace un rato. Pero eso es completamente absurdo, no tiene explicación ni siquiera como truco de magia: lo llama *fauno orgulloso*, ¿qué prestidigitador sabría eso de él?

En el ánimo de Franz se contraponen dos emociones muy diferentes inducidas por hechos que se han producido casi al tiempo aunque, aparentemente, en distintos planos de la realidad. Por un lado está la nota que acaba de leer; por otro, la circunstancia de haberse —técnicamente— perdido. El primer hecho pertenece a una dimensión que escapa a su pensamiento adulto y resulta por eso mismo misterioso y fascinante; el segundo es la materialización de una posibilidad cierta, la de perderse en el centro comercial, un fenómeno conocido y hasta trivial. Sin embargo el simple suceso trivial reclama con apremio una respuesta, y la clave aquí es de nuevo Greta, porque si Franz se hubiera perdido sin ella se habría inclinado por disfrutar un rato del problema antes de buscarle solución. En la mente de Franz, estar perdido es estar solo y estar solo es ser libre, lo que constituye otro de sus descubrimientos recientes. Hace cosa de un mes, una mañana de sábado, se ofreció a Alicia para ir a buscar el pan por ella, y a Alicia le vino bien porque apenas da abasto para ultimar las tareas que le encarga Úrsula. Desde entonces Franz va a la panadería todos los sábados por la mañana y ha de caminar varias manzanas porque no hay panaderías en los alrededores. Su idea inicial era reivindicarse como niño mayor que ya puede ir a comprar, pero gracias a estas pequeñas excursiones —cinco excursiones hasta el momento para ser exactos—, cuya ruta Franz ha ido variando ligeramente a fin de pasar por distintas calles, de cruzarse con distintos transeúntes y de admirar distintas maravillas ordinarias, también ha descubierto lo mucho que le gusta deambular solo entre la gente. Gente desconocida que no le dirá cómo tiene que comportarse, ni a quién tiene que tomarle la mano, ni qué puede y qué no puede hacer; gente a la que, no sólo

no debe acato, sino que además no espera nada de él, ni siquiera que se comporte del modo acostumbrado, porque los desconocidos no saben cuál es su modo acostumbrado de comportarse, así que, en cierto modo, Franz puede transformarse, ser otro, y ese es un interesantísimo experimento que le está vedado, por ejemplo, cuando se encuentra con sus compañeros del colegio, entre los que tiene fama de decir cosas extrañas —cosas raras, dicen ellos—, y lo más irritante es que él ha terminado por ceñirse a ese papel, como si por alguna misteriosa razón no quisiera o no osara decepcionarlos, incluso ha llegado a sorprenderse a sí mismo diciendo algo deliberadamente estrafalario para ratificar su posición en el grupo, para remacharla a fondo. Estar solo en su habitación también lo libera de ser quien se siente obligado a ser en público, cierto, pero equivale a estar metido en su cabeza, en su propio interior; en cambio estar solo en la calle, en una calle cualquiera entre desconocidos, es estar en el ancho mundo, un lugar en el que hay tantas cosas que ver, tantas conversaciones a las que atender subrepticiamente, tanta información que procesar más tarde, quizá en la tranquilidad de su habitación y de su cabeza, que cada viaje a la panadería se ha convertido en una aventura mucho más interesante que las de su juego de ordenador *Gotham City*, que ya le parece un sucedáneo de la vida —el juego supremo—, porque siendo Batman en pantalla basta un simple método de prueba y error para alcanzar uno tras otro todos los objetivos que propone el sistema, y en cambio en el mundo real, en la calle, la dinámica es mucho más complicada, la misión a resolver es en sí misma un misterio que nadie conoce, y por si fuera poco los gráficos son mucho, mucho más sofisticados y envolventes. Con este ánimo es con el que Franz se adentra los sábados por la mañana en un hipermundo virtual de espléndidos paisajes urbanos en 3D, sonido direccional de 360 grados, infinidad de olores que se mezclan entre sí, objetos que se pueden tocar y personajes siempre interactivos e imprevisibles, exactamente como si tuvieran vida propia, tan propia como la suya misma. En esos momentos de éxtasis peripatético es plenamente consciente de cuánto le gusta vivir fuera del ordenador y explorar el mundo, sólo a condición de poder hacerlo a su aire, casi invisible entre la gente, exactamente con la misma libertad con que dirige a Batman por Gotham City pero inmerso en este mundo

mucho más denso que todos llamamos *real*. Esta misma mañana, en su quinta y hasta ahora última excursión a la panadería, se ha atrevido a demorarse diez largos minutos entrando en un supermercado; era un explorador extraterrestre investigando a los humanos, y su misión consistía en observar lo que compraban para hacerse una idea de cómo era su vida: chocolate, lejía, papel higiénico, una botella de vodka, tres latas de atún…

Por todo ello, al contrario que otros niños, Franz hubiera preferido seguir perdido un buen rato, vagar a sus anchas por el edificio y, en caso de que finalmente no encontrara a Úrsula —y que el coche ya no estuviera en el aparcamiento de los delfines amarillos—, siempre podía salir al exterior, tomar un taxi y dar la dirección de su bloque de apartamentos. Nunca había hecho nada parecido pero teóricamente era posible; Nicolás el portero se pasaba el día abriendo y cerrando portezuelas de taxis, y a menudo los pagaba él mismo con dinero de una caja cerrada con llave que guardaba en el mostrador. Después habría que enfrentarse a la ira de Úrsula y quizá pedirle el dinero para que Nicolás lo devolviera a la caja —no sabía cómo funcionaban los pormenores—, pero en cualquier caso era un inconveniente asumible porque siempre hay que enfrentarse a la ira de Úrsula, no cambian tanto las cosas si uno se porta bien, regular o mal.

Sin embargo está con su hermana y eso lo desbarata todo. Pesa sobre él una solemne encomienda: cuidar de Greta. Nadie se lo ha pedido, pero si no la cuida él, ¿quién va a cuidarla? Sólo puede delegar en el colegio o en Alicia, el resto del tiempo él es su guardián. Ahora la niña está tranquila y satisfecha, atiborrada de azúcar como un osezno goloso, pero tarde o temprano tendrá sed o calor o ganas de hacer pipí, se aburrirá o estará cansada de caminar, y además es posible que se asuste si llega a enterarse de que están —técnicamente— perdidos, y entonces llorará y se acordará de su madre, de Linda, de la amable Linda de la que Franz, en defensa propia, para no arriesgarse al vértigo de una melancolía sin fondo, prefiere no acordarse tan consciente y directamente en este preciso momento. De modo que lo más sensato es resolver el problema cuanto antes, encontrar el camino de vuelta y subirse de nuevo a la tarde de sábado sin más contratiempos.

Franz toma un corredor al azar mientras elabora una estrategia.

Puede entrar en una tienda y preguntar cómo llegar a la lencería, aunque seguramente habrá más de una en las galerías. También puede preguntar por la tienda de maquetas o la glorieta de la palmera, pero lo mismo tendrá que llamar la atención de un empleado muy ocupado y explicarse ante él. Greta tironea un poco al ver en un escaparate a una niña maniquí vestida de hada. Lleva un ridículo traje de tul con una varita iridiscente, pero al lado hay un disfraz de astronauta con casco de espejo, así que ambos hermanos se quedan mirando eso y otras cosas. De pronto al pensamiento adulto de Franz se le ocurre una idea perturbadora: qué pasa si Úrsula ya se ha cansado de esperarlos en la lencería; la opción de volver a casa en taxi es mucho más complicada si va con Greta. Quizá lo mejor es renunciar a encontrar el punto de partida y buscar a un policía, a un guardia de seguridad de las galerías, a alguien que lleve uniforme, quizá una de esas parejas formadas por un hombretón corpulento y una mujer de busto prominente y caderas estatopígeas, fenotipos protectores que Franz ha visto mil veces patrullando juntos, con gorras de plato y transmisores colgados del cinturón. Sí: la mamá guardia le acariciaría el cabello a Greta y el papá guardia quizá le enseñara a él cómo funciona el transmisor, para que se les pase el susto y se distraigan mientras localizan a Úrsula por megafonía y todo se resuelve con la mayor diligencia.

La solución le transmite una tranquila euforia, como siempre que una iniciativa de orden práctico viene acompañada de una promesa de satisfacción infantil. Pero, ah, ahí está otra vez el mendigo, el vagabundo, el pobre, el pedigüeño, apoyado de pie en otra sucursal de la misma agencia de viajes. *No esperaba menos de ti, fauno orgulloso*, dice la nota escrita en el bolsillo de Franz. No era eso lo que dice literalmente, pero es lo que Franz recuerda, ha añadido mentalmente la idea de que el mendigo espera algo de él, y eso es significativo porque contradice su deseo genérico de que nadie espere nada de su parte. Quizá el truco de prestidigitación lo ha impresionado de verdad, o su cuidada dicción lo inviste de una autoridad a la que Franz es sensible, o simplemente se ha dejado fascinar por la idea de que un desconocido pueda leerle el pensamiento.

Esta vez tiene las manos metidas en los bolsillos de su gabán

arrugado; en el cartel de la agencia de viajes se ve la Tour Eiffel coronada por la bandera del Reino Unido. *No todos los viajes son iguales*, dice el slogan. Sería de cobardes dar media vuelta, y además Greta ya lo ha saludado. El vagabundo devuelve el gesto de la niña, pero es a Franz a quien habla. Su voz suena extrañamente nítida entre el barullo de la gente:

—Os habéis marchado muy rápido antes.

—Sí, teníamos un poco de prisa. —Franz mismo se sorprende de poder dar tan buena respuesta, tan automática y en un tono tan adulto.

—¿Teníais prisa por perderos? —pregunta el mendigo, y sin duda eso es una impertinencia (¿ironía o sarcasmo?), pero Franz ya ha demostrado que tiene valor para responder, así que no le parece oportuno darse por muy ofendido esta vez, bastará con ser un poco descarado.

—¿Cómo sabe usted si estamos perdidos? —dice, consciente de que deber usar en la pregunta un *si* que sugiera hipótesis y no un *que* delator.

—Es fácil saber cuándo un niño está perdido. Pero supongo que se te habrá ocurrido ya algún plan al respecto pareces un joven fauno bastante inteligente.

Al margen de la nueva mención al fauno, Franz detecta otra trampa agazapada en la pregunta implícita. Tiene un plan al respecto, sí, pero si dice que sí, solo que sí, estará dando por buena también la afirmación respecto a su inteligencia, y eso sería un error porque hablar de la propia inteligencia es un conocido tabú que no piensa volver a transgredir justamente en este momento.

—Sí, tengo un plan —contesta, y en el acto se da cuenta de que buscar a una pareja de guardias que le solventen el problema es sin duda una solución infantil y vergonzante.

—Bien, y qué plan es ese, a lo mejor yo puedo ayudaros.

Franz desvía la mirada un momento para poder pensar.

—Seguramente daré aviso al departamento de niños perdidos —dice confiando en que exista cosa semejante; al menos en alguna película que él ha visto, existe. Por lo demás suena perfectamente adulto: daría aviso.

—Creo que no te gustará mucho el departamento de niños perdidos que tienen aquí; dicen que recae sobre él una horrible

maldición —agranda los ojos—; claro que a lo mejor tú no crees en esas cosas.

A Franz no le gusta el comentario. ¿Tiene aspecto de ser un niño que todavía cree en maldiciones?

—Hace años que no creo en esas cosas —dice su pensamiento adulto.

—Eso es porque no conoces los Territorios Asombrosos. Yo trabajo allí, ¿sabes?, y te aseguro que si pasaras tanto tiempo como yo en aquellos andurriales no te tomarías a broma lo de ese departamento de niños perdidos.

Franz decide obviar el comentario; tiene la incómoda sensación de que está siendo objeto de otra burla que no llega a entender, debe mostrarse ante todo resolutivo.

—¿Usted podría indicarme dónde está? —Eso es: resolutivo.

—No es fácil de explicar pero podría acompañaros si queréis, no queda muy lejos.

Eso pilla desprevenido a Franz.

—Muy amable de su parte —dice, una frase que ha oído en alguna parte y que suena tremendamente educada, pero es la primera vez que la emplea fuera de sus diálogos imaginarios (cuando fantasea con que le hacen una entrevista y agradece los elogios previos del periodista), y al usarla de verdad se da cuenta de que cuando no es la respuesta a un elogio sino a una invitación, implica la aceptación de ésta.

—Será un placer acompañar al joven fauno y a la bella infanta —dice el vagabundo haciendo una reverencia de mosquetero, o quizá de comediante que quisiera parecerlo.

A Greta la halaga que se incline ante ella, y aunque no conoce la palabra *infanta* le suena como si la hubieran llamado *princesa*. Se pisa los zapatos, se muerde la punta de un índice y deja que toda la mano cuelgue de él.

A Franz no le gusta tanto la pantomima. Se pregunta si es razonable desde un punto de vista adulto seguir a un vagabundo cuya conversación está plagada de trampas y burlas veladas. Por otro lado no parece peligroso, solo un poco impertinente —lo que en cierto modo lo convierte en un interlocutor interesante—, y ni siquiera un vagabundo peligroso de verdad es muy temible ante centenares de testigos, de modo que mientras no se queden en

ningún momento a solas con él, todo irá bien.

Linda

Una corriente de aire fresco empujaba hacia el interior las cortinas del balcón y atravesaba todo el apartamento para escapar más tibia por la ventana del dormitorio principal. Había nevado durante toda la mañana y ahora la tarde de otoño parecía de primavera, albergaba un engañoso espíritu pujante, como en una de esas ilusiones ópticas que nos hacen percibir como ascendente un tramo de carretera en bajada. Linda estaba fumando sentada a la mesa de la cocina, jugando con esa idea de cómo el declive puede confundirse con un ascenso; en ropa interior, descalza, agradecida a la corriente de aire que corría entre sus pies. Había dormido al fin, se había retirado a su habitación solo un rato después de amanecer, cuando la paz de la nieve empezó a caer; se acostó sin tomar nada, tampoco el Nimbiax, y solo recordaba haberse acomodado en la cama como un gato arrellanándose y enseguida la imperiosa atracción del sueño succionó su conciencia, la hundió como una piedra que ella misma hubiera colocado cuidadosamente sobre la superficie de una laguna profunda. Al despertar, la calefacción había calentado demasiado el piso, abrió las ventanas de la terraza nada más levantarse y el movimiento ondulante de las cortinas dejó entrever el pináculo verdoso de la catedral de Saint-Pierre por encima de los tejados. El sol manchaba de amarillo la nieve que resistía esponjosa y goteante sobre las mansardas; algo en la estampa hacía posible imaginar también que la tarde era una mañana, que el sol no declinaba sino que se encaminaba imperceptiblemente a su mediodía. Impostando esta convicción, Linda se preparó un café largo con una nube de leche caliente y galletas de avena y pasas; después encendió el delicioso cigarrillo y expulsó las zapatillas de sus pies para notar el aire fresco corriendo

por el suelo entre sus dedos.

Se sentía tan bien, tan descansada y serena. Le quedaba el recuerdo de haber soñado algo, no podía precisar qué, pero le había dejado una sensación de concordia, de recogimiento, de árboles inmortales bajo la nieve; sin embargo la verdadera bendición era el simple hecho de haber dormido quizá diez horas seguidas, un maravilloso descanso al final de meses de duermevela agitada —meses que parecían años—, y después despertar a esta tarde espléndida, capaz por sí sola de derribar la barrera de espinos que la había separado del mundo durante su sostenido letargo.

Era increíble encontrarse tan bien.

Tan fuerte y segura.

No había despertado sólo de un sueño reparador, había emergido de un insomnio de meses cuyo preludio fue aquella idea estúpida de seguir la terapia cognitiva. Recordó aspirando con fruición el cigarrillo el experimento de los perros de laboratorio. Se elige a un perro A para someterlo a descargas eléctricas que puede evitar accionando una palanca, y el perro aprende a hacerlo; se somete a otro perro B a descargas eléctricas que no puede evitar por mucho que mueva palancas, brinque o gimotee. Después se toma a los dos perros, A y B, y se les somete a un tercer experimento en el que sólo han de cambiar de lugar para evitar la descarga, dar un pequeño salto y salir de allí. El perro A lo hace sin problema; el perro B se queda quieto, resignado a un dolor que él supone inevitable. A eso que mantiene al perro B inmóvil en su sufrimiento se le llamaba *indefensión adquirida*, y al parecer, según el joven psicólogo que atendió a Linda, todo eso encajaba como un guante en lo que le ocurría a ella: a veces los humanos vivimos como inevitable un dolor del que fácilmente podríamos escapar, le dijo, pero debido a experiencias pasadas hemos aprendido a resignarnos, a no defendernos de él. A veces, erróneamente, los humanos nos atribuimos defectos y carencias con las que nos explicamos nuestra incapacidad para ser felices; a veces, erróneamente, vivimos en la convicción de que el mundo es inevitablemente cruel, y entonces creemos que nos está vedado un futuro mejor.

Exactamente como el perro B.

En cambio el perro A, que es listo y se mueve, consigue librarse de la electrocución.

Moraleja: no hay que resignarse a sufrir sino que hay que probar a buscar soluciones eficaces en pos del propio bienestar.

Linda lo recordaba ahora, desde la cima del camino andado, con una ligera tensión en la comisura de los labios que parecía apuntar a una sonrisa, pero cuando aquel muchacho —no era más que un muchacho— le contó el experimento de los perros sentado a la mesa del consultorio como quien le explica un cuento a un niño, no pudo dar crédito a lo que oía. Al parecer —no había otra explicación—, el muchacho daba por supuesto que todos sus pacientes eran como el perro B en el segundo experimento, estúpidamente inmóviles sobre el suelo electrificado, incapaces de saltar y librarse. Es cierto que Linda no esperaba gran cosa de la terapia en sí misma, sólo había creído que visitar a un psicólogo podía procurarle un aliado en la trama que le impedía batallar por la custodia de Greta, y según su abogada Martha si conseguía presentar batalla por Greta era posible darla también por Franz, porque los jueces son reticentes a separar a dos hermanos que han permanecido siempre juntos. Se trataba de ganar puntos de cara al recurso mientras Martha viajaba por medio continente en busca de pruebas de la inadecuación del padre para ejercer la custodia. Martha la había convencido también de que era inútil que Linda negara su condición de alcohólica, por mucho que le pareciera equivocado y mojigato y estúpido el procedimiento por el que se estableció, porque su alcoholismo, cierto o no —eso al parecer era lo de menos—, había sido ya peritado y probado según criterios sanitarios estándar, de modo que lo sensato era someterse a un tratamiento de desintoxicación y presentarse como rehabilitada, algo mucho —muchísimo— más sencillo que tratar de poner en crisis el concepto mismo de alcoholismo que los médicos y los jueces manejaban. Así que Linda le hizo caso a su abogada —por aquel entonces todavía no la consideraba una amiga— y dejó de beber por completo, sin hacer trampas, renunciando al pequeño consuelo de tomar un par de copas en La Republic y respirar. Y después de ese pesado sacrificio le pareció que visitar a un psicólogo voluntariamente y obtener de él un informe favorable quizá no ayudara mucho, pero tampoco requería gran esfuerzo ni podía perjudicarla, así que lo hizo. Entonces aquel muchacho le contó la historia de unos perros A y B a los que ni siquiera se

habían molestado en dar un verdadero nombre, la mínima muestra de respeto que se le debe a un perro, y a Linda todo aquello le pareció poco menos que insultante. Dejó hablar al psicólogo de lo que iban a hacer en las próximas sesiones y después, cuando él le dijo si tenía alguna pregunta, Linda le hizo unas cuantas. ¿Qué pasa cuando el perro B está en el primer experimento, cuando no existe palanca que corte la corriente y no le queda más remedio que sufrir? Porque sin duda había en alguna parte un perro B al que unos psicólogos habían decidido atormentar sin remedio, quizá porque eran tan estúpidos que sólo se les había ocurrido justificar una beca de investigación por el método de torturar a un pobre animal, y todo para ilustrar una obviedad que cualquiera con un poco de sentido común ya comprende sin necesidad de experimentos. ¿Es esto lo que llamáis terapia cognitiva?, le preguntó al psicólogo, ¿es ésta la clase de ayuda que tú ofreces?, pues quizá esté bien para esos pobres diablos incapaces de construirse a sí mismos con un poco de dignidad, pero a veces, aunque quizá tú eres demasiado joven o demasiado afortunado para saberlo, no hay palanca para detener lo horrible porque lo horrible ya ha ocurrido, o no ha ocurrido aún pero tú ya no puedes hacer nada por evitar que ocurra; a veces la única duda que queda es cuánto tiempo van a tardar los torturadores en aburrirse del dolor que infligen; a veces puede ocurrir que no seas tú sino tus hijos los que caen en manos de un monstruo. ¿Tú tienes hijos?, ¿no?, bien, te diré algo: si los tuvieras y un día pensaras que están en peligro, en peligro grave, lo último que te preocuparía sería buscar *soluciones eficaces en pos del propio bienestar*, porque el propio bienestar es a veces irrelevante, así que te agradecería que para la próxima sesión hubieras leído algún libro un poco más interesante sobre qué es y cómo se puede intentar mitigar el sufrimiento humano, y si no se te ocurre por dónde empezar con mucho gusto yo puedo recomendarte un par de títulos.

Todo eso le dijo al psicólogo, sin alzar la voz pero usando estas palabras duras, y el joven, profundamente herido en su autoestima, encontró la palanca para librarse de la electrocución concluyendo que la paciente había resultado estar más deteriorada emocionalmente de lo que se había diagnosticado en un principio, que su patología podía haberse visto agravada por una fuerte

depresión reactiva tras las experiencias recientes —sin olvidar su larga dependencia del alcohol y el tabaquismo compulsivo que apuntaban claramente a una etiología anterior y endógena—, y no podía por tanto descartarse que lo que acababa de presenciar fuera un episodio hipomaníaco en el contexto de un trastorno afectivo bipolar no especificado, de modo que lo prudente era pasársela a la psiquiatra del mismo gabinete para que ella la diagnosticara y, en su caso, le recetara algo que le bajara un poco los humos.

Ahí empezó la segunda etapa del viaje de Linda, del camino ascendente y neblinoso. Entonces se dio cuenta de que su historial médico era para siempre, no se podía borrar, pasaba de un médico a otro y de los médicos a un juez y a otro; una vez inaugurado sólo había un camino: adelante, en ascenso por la espiral, porque el historial médico de alguien es el *curriculum vitae* de su deformidad, de su ineptitud para la vida, y cualquier tentativa de revocar ese historial será interpretada como un intento de huida que generará una anotación más en el expediente. Así que Linda aceptó la recomendación de visitar a una psiquiatra y siguió subiendo por la espiral; después de todo nunca había probado esas pastillas de las que había oído hablar más bien que mal; quizá le sirvieran para infundirle fuerzas, para ayudarla al menos a no desfallecer.

Terminó el café con leche y el cigarrillo y se levantó de la silla abandonando las zapatillas bajo la mesa. El apartamento estaba escrupulosamente limpio y ordenado después de los casi dos días —con la mayor parte de sus noches insomnes— que había dedicado a limpiar antes de caer derrengada en el profundo sueño del que acababa de despertar. Faltaba poner en marcha el lavavajillas con los últimos platos, vasos y ceniceros que había recopilado por todo el apartamento; después ver si había algo en la nevera que debiera tirarse a la basura, revisar el armarito de los medicamentos, deshacerse de todo lo que no quena dejar allí y pensar también en lo que quería llevarse. Le hubiera gustado poner unas flores en un jarrón, crisantemos blancos, pero eso requería bajar a la calle a comprarlos y temía romper el hechizo, así que se resistió a dejar de sentirse descalza sobre los tejados nevados, viendo las cortinas ondular en esta maravillosa tarde. A cambio de los crisantemos pasó una mano por la superficie de la mesa del comedor para sentir su suavidad, y después se agachó un poco sobre ella para aspirar el

olor a ciprés del producto con que había frotado la madera hasta darle un brillo encerado.

En el armario del baño estaba en primer término el bote de Nimbiax, sus últimas provisiones en la etapa final de la escalada. Detestaba el violeta de esa etiqueta; era el color asociado a la salud mental y por tanto teóricamente coherente, pero no inspiraba confianza en un medicamento. En realidad no era necesario un buen departamento de diseño de etiquetas para vender eso, pensó, nadie elegía comprarlo en un supermercado atraído por su color, sólo tenía que gustar a los psiquiatras que lo recetaban, a alguien como Hannibal Lecter, quizá. La psiquiatra que a ella le tocó en suerte le había recetado primero sertralina, y por aquellos días Linda, novata en drogas de farmacia, cometió el error de leer en internet la advertencia sobre el aumento de ideas y planificaciones suicidas en personas tratadas con antidepresivos, y también aprendió y olvidó al poco el significado de palabras como *hipotensión ortostática* o *disquinesia tardía*. Pero como a las tres semanas de tomar el fármaco no hubo mejoras substanciales en la tristeza, en la sensación de abatimiento que la paralizaba cuando lo que necesitaba era luchar, y como además le costaba cada vez más quedarse dormida por las noches, la psiquiatra, la nueva mentora que el destino le había deparado —al menos era mujer y tenía hijos y no parecía tan estúpida como el muchacho de los perros A y B—, decidió que pasara de la sertralina a la fluvoxamina, que en efecto le permitió a Linda dormirse sin muchos problemas aunque no más de un par de horas seguidas, de modo que tres o cuatro semanas después ya parecía justificado pasar al Nimbiax, y para entonces —quizá tres meses después del intento de terapia cognitiva— Linda ya había decidido que, puestos a redecorar la realidad con psicotrópicos, su amigo el alcohol seguiría seguramente funcionando tan bien como siempre, era un excelente remedio casero que por alguna estúpida razón los psiquiatras nunca recetaban y sin embargo había hecho más tolerable la vida de millones de personas durante miles de años, y quizá esas personas murieron antes y más enfermas, pero al menos lo hicieron apaciguadas, reconciliadas con sus propias almas odiosas, cobardes, espeluznantes como un retrato que hay que apartar de la curiosidad ajena. Sí: volvió al viejo y buen alcohol que se toma en forma de

simple vino de mesa, de cerveza fresca en una terraza soleada, en sofisticados cócteles con hielo pilé y guarnición de alquejenje; era relativamente barato, no requería ni de la sumisión a una receta ni de la audacia de aventurarse en el mercado negro; se podía tomar a solas en casa —un trago de vodka helado para catar el veneno y perder la pereza de salir a la calle a por más—, o se podía tomar en compañía, diseccionando los sapos del mundo con un barman bien escogido, entre bulliciosos amigos de una noche, flirteando con un extranjero distinguido en el bar de algún hotel elegante, solo para poner a prueba sus oxidadas armas de mujer, y, de vez en cuando, cuando el día había sido especialmente violeta, podía entregarse a las ceremonias de madrugada de cierta sentina de perfume caro que descubrió en la Rive Gauche, entre luces láser, música electrónica a todo volumen y cuerpos jóvenes, bellos y desinhibidos; allí podía abandonarse, perder la cabeza, se quitaba los zapatos y bailaba como si también ella fuera todavía joven y bella, como si el mundo todavía tuviera remedio. Bailar. Bailar. Bailar. Linda descubrió durante ese tramo del camino ascendente que todavía podía hacerlo, aun con el cuerpo abotargado por la medicación, la falta de entrenamiento y la dieta desordenada, todavía podía bailar, y eso fue lo más consolador de todo. Pero aunque bebiera y bailara no dejó el Nimbiax, le iba bien en cierto modo, le proporcionaba esa nube sobre la cabeza, una sombrilla violeta que la cobijaba del ataque del sol y la ayudaba a vivir de día del mismo modo que beber y bailar la ayudaban a vivir de noche. Así que siguió tomándolo, y eso, por alguna otra estúpida razón bioquímica, invalidó gran parte del poder somnífero que siempre había obtenido del alcohol, y le produjo las bajadas de tensión que había que compensar con café cargado, con un poco de cocaína si alguien la invitaba —pero el café y la cocaína la hacían dormir todavía peor— o, como descubrió finalmente, comiendo algo dulce, de modo que se acostumbró a llevar algunas golosinas en su bolsito de noche, un par de esos deliciosos plátanos azucarados que tanto le gustaban a Greta, golosa como su madre.

Ahora había llegado al final del letargo espiral; acababa de dormir horas y horas seguidas, hundida en la cama como un saco de piedras, y se sentía bien, del todo bien, completamente bien, como si la larga pesadilla hubiera terminado produciendo una flor que se

abría en esta extraña mañana vespertina de otoño primaveral.

Con el gesto de quien se desprende de un alga morada y pegajosa, Linda tomó el frasco de Nimbiax y el de Zoloft y los demás y los arrojó al fondo de una bolsa de basura gris, que es el color de la autosuficiencia y el rechazo a los compromisos impuestos. Ya estaba casi todo hecho, faltaban los platos, darse una ducha para limpiar minuciosamente su cuerpo como había limpiado el apartamento y después preparar un somero equipaje con todo lo que quería llevarse. Encendió otro cigarrillo en la cocina y pensó de nuevo en su abogada mientras ponía la pastilla de detergente en el lavavajillas, algo que Martha había hecho por ella una vez, cuando Linda no tuvo fuerzas siquiera para meter los platos sucios en el aparato y hacer girar la rosca del programa. Ese había sido un gesto de verdadera amistad, a la vez sencillo y útil, algo que jamás hubiera hecho por ella ni su psiquiatra ni quizá ninguna otra persona en el mundo. Martha había sido su única amiga durante aquellos meses demenciales, la única que había parecido creerla y tomarla en serio; una no puede ser amiga de alguien que no la toma en serio, en el mejor de los casos una puede convertirse en su mascota humana, pero no en su amiga. Su psiquiatra parecía lo bastante inteligente como para entender las sencillas palabras con que Linda había tratado de explicarse al principio, pero no la había terminado de creer nunca, había visto siempre en ella un caso clínico, le hizo aquellas preguntas torpes que transparentaban con exactitud lo que tenía en mente, las categorías en que trataba de encajarla, sus hipótesis de trabajo, el sudoku de fantasmas infantiles y fracasos emocionales que intentaba componer para convertirla en una paciente coherente con algún trastorno conocido. De modo que Linda consideró oportuno mentir al narrarle, siempre con vaguedad, que todo era aproximadamente normal en su pasado, aunque para darle verosimilitud a su novela familiar habló de un padre en exceso protector, cónsul en Ginebra, y de una madre algo melancólica y pusilánime —pudo eludir la verdad de su muerte bajo el subterfugio convencional que había convencido también a su padre—, y después de eso, de sentir tan claramente que debía mentirle a su psiquiatra para protegerse a sí misma —y a los niños, sobre todo a los niños—, quedó convencida de que aquella mujer era quizá inteligente, sí, pero pertenecía por entero al universo de

su historial médico, no al universo de su vida real, y el triunfo de Linda habría sido la derrota de ella, porque invalidaría todos esos mezquinos retratos mentales que se había hecho de la paciente, se los devolvería como espectros de una mente que sólo veía arquetipos, tan parecida a la de una pitonisa que sólo ve arcanos. Su psiquiatra no era más que otro agente enemigo, alguien incentivado para procurar que Linda fracasara en sus intentos, y lo más escandaloso del caso era que, bajo la autoridad inquisitorial de médicos y jueces, un alcohólico o depresivo resistente a tratamiento quedaba automáticamente desprotegido de cualquier injusticia administrativa, puesto que una reclamación por su parte sería siempre interpretada como una excrecencia paranoica de su enfermedad. Eso, llegó a pensar Linda en algún momento de su largo sueño insomne, era la prueba definitiva de la demencia de ese mundo, del universo de los que ni siquiera les ponen nombre a los perros que torturan, de los que pretenden curar a los locos y a los desgraciados pero jamás los toman en serio, y aun menos les dan un abrazo o ponen en marcha para ellos el maldito lavavajillas.

Linda procuró relajar el conato de enfado, no quería estropear su tarde, al menos no tan pronto y por una razón tan anodina. Para apaciguarse pensó en Martha, que había sido una aliada plena. Como abogada estaba acostumbrada a bregar con la injusticia, con la mentira, con el atropello, con la incompetencia del sistema judicial, con hechos que no tenían nada que ver con los diferentes cubos de Rubik que se pudieran componer con las infancias de los implicados. Pero sobre todo Martha llegó a conocer al padre de los niños, llegó a reunirse una vez con él y su abogado, y eso por sí solo habría sido suficiente para ponerla de su parte, no había más que ver aquellos ojos glaucos, de pez, para comprender que cualquier cosa era posible detrás de ellos. Después de eso, de seguir el rastro al pasado de aquel hombre oscuro, de buscar los brillos de la línea de baba que todos dejamos en el mundo —hurgando en registros, preguntando a vecinos, presentando instancias y haciendo cábalas casi detectivescas—, Martha había llegado a dar con el paradero de la primera hija de él, una señora ya madura, y había tomado un avión para viajar a Budapest, la ciudad en la que vivía. Se reunió con ella en un café no demasiado cercano a su casa, según pidió la propia señora. Al margen de las dificultades que tuvieron para

entenderse en un idioma que no era el de ninguna de las dos, Martha no consiguió ninguna ayuda concreta de aquella mujer que se describió a sí misma como *esperanzada de silencio*, una expresión confusa, la mala traducción de una frase que podía significar casi cualquier cosa en su idioma original y que, a pesar de todo, trasladaba una emoción honda. Pero al menos Martha se trajo de vuelta en el avión la convicción definitiva de que Linda tenía razón, de que no habían sido ni su depresión ni su alcoholismo ni su desgraciado sudoku familiar los que le habían hecho sospechar lo que había sospechado.

Mientras atisbaba de nuevo tras las cortinas ondulantes y fumaba otro cigarrillo descalza, Linda pensó que quizá debería enviarle un mail a Martha, algo que sirviera como reconocimiento de la deuda contraída —todo el dinero que tuvo que dejar de pagarle cuando ya no le quedó ningún amigo o conocido al que acudir, cuando ya ni siquiera Dominique y Jean Pierre se ponían al teléfono al reconocer su número—, pero sobre todo debería escribirle un mail que expresara toda la sincera gratitud que sentía por su apoyo. Sin embargo, desde el mismo momento en que a Linda se le ocurrió la idea de hacerlo, supo que iba a descartarla, que sólo necesitaba encontrar algún razonamiento en el que apoyar su negativa visceral a escribir semejante nota venenosa.

Se metió en la ducha después de encontrar ese razonamiento y terminar el cigarrillo, y le pareció que el agua tibia resbalando sobre su piel tenía una reminiscencia musical. Sólo el agua y la música podían envolverla así; ambas sensaciones eran la misma, un contacto total sentido dentro o sentido fuera. Se demoró en esa delicia y al salir se puso el albornoz y las zapatillas de toalla para volver a la sala. Las cortinas seguían cabalgando la corriente de aire, aún más fresca sobre la piel húmeda; sacó el portátil de su hibernación y buscó en sus listas de reproducción de YouTube. Eligió la que había titulado *Tarde de faunos*, con algunas piezas de Debussy y otras al piano de Brahms o de Chopin, fragmentos que en los buenos tiempos, cuando los niños no habían vuelto todavía del colegio y ella dedicaba un rato a leer en casa, la ayudaban a crear una atmósfera bucólica, asilvestrada pero siempre suave como una ducha tibia.

De vuelta al baño con el aire ya poblado de oboes que se

expandían como una bocanada de humo, se desembarazó de las zapatillas y el albornoz para enfrentarse al espejo. No había pensado en eso, en que tarde o temprano debería asomarse a las ruinas de una guerra que había transcurrido también sobre su cuerpo. Pensaba —hubiera pensado si alguien la hubiera invitado a hacerlo— que su belleza estaría del todo malograda, por los kilos y las copas y las pastillas y el sueño insomne, y las miradas rápidas con que había preguntado al espejo en alguna ocasión se lo habían confirmado vagamente. Pero no se lo parecía ahora, quizá gracias al sereno *adagio* que llegaba desde la sala, o al trampantojo euforizante de la tarde en ascenso. Podía reconocer a la Linda de siempre, el cabello rubio casi inmune a las canas, el rostro ahora demasiado redondo pero todavía bonito, lindo como su nombre, que significaba *bonita* en español. El espejo reflejaba hasta un poco más abajo de sus senos lastrados por el helado de chocolate devorado de madrugada, cuando volvía hambrienta y exhausta y borracha, aunque casi nunca muy borracha, lo suficiente para que la noche no se hiciera tan larga, para que el sopor del alcohol y el helado de chocolate que le llenaba el vientre le permitiera echarse en la cama a medio desvestir y dormir un rato, un par de horas seguidas, hasta que el Nimbiax empezaba a despertarla intermitentemente, porque la misma nube violeta que de día la protegía del sol, por la noche se enrarecía hasta devenir mefítica y causarle un ahogo del que sólo se podía zafar despertándose, a veces agitando las manos en el aire como para aventar un gas tóxico.

Se secó bien el cabello con la toalla y se lo peinó hacia atrás con las manos untadas en un poco de gel fijador. Después consideró si maquillarse o no. Decidió primero que no, hubiera sido un gesto en exceso teatral, casi ridículo, pero explorando su cara descubrió un saludable color rosado en las mejillas —sin duda tenía que ver con la ducha caliente y la tarde y la música— y pensó que no había nada de ridículo en realzar ese rubor, la coquetería sólo era ridícula cuando pasaba de subrayar a subvertir, se dijo con ese gusto que en otros tiempos había sentido por expresar con precisión cada idea que se le ocurría. Respaldada por el poder de convicción de esa máxima, se aplicó un diminuto punto de *rouge* en lo alto de cada pómulo y los difuminó usando la yema de los pulgares y enseguida

la falange de los meñiques, que movió en círculos cada vez más amplios. Después consideró que ese rubor discreto pero perceptible reclamaba un poco más de profundidad en su mirada y buscó en el neceser la sombra gris en polvo y un pincel que no había usado en meses. Primero se pintó la línea superior bien pegada a las pestañas, en un solo trazo desde el lagrimal hacia el exterior, sin enfatizar con una segunda pasada que hubiera corrido el riesgo de deponer su propia máxima recién acuñada; cedió después a la tentación de estirar un poco la línea al llegar al final, sabiendo que sus ojos eran bonitos pero quizá no tan grandes como había llegado a desear en algún momento de su vida, cuando su belleza le parecía tan trascendente como cualquiera que pudiera ofrecer el mundo —la música, la danza, la literatura— y se tomaba veinte minutos para pintarse antes de ir a leer a la biblioteca pública, a catar libros como paso previo a la decisión de compra, una ingeniosa manera de conciliar el presupuesto para libros y para maquillaje y, al tiempo, un gesto de radical feminidad que se complacía en exhibir en unos tiempos en los que ser femenina no estaba de moda. Terminado el trazo gris magistral, lo difuminó con el pincel para pegarlo bien a las pestañas y empezó con el párpado inferior, cuidando de que las dos líneas se unieran en los extremos como picos de garza que se tocaran delicadamente. Por último se pintó la raya negra en el interior del párpado, exponiendo la delicada carne rosada al lápiz que sujetó muy cerca de la punta, justo como no había que hacerlo cuando se usaba para dibujar. Después de repetir la operación en el otro ojo con cierta delectación en su propia habilidad redescubierta, no pudo resistirse a revolver otra vez en el neceser en busca del brillo de labios, aunque sí renunció a darse un toque de rímel que habría desbaratado cualquier esperanza de transmitir naturalidad.

Ya maquillada, todavía descalza y desnuda, fue al dormitorio en busca de ropa interior. Eligió un conjunto blanco —ante la duda, el blanco— y volvió al baño para un soplo de perfume antes de elegir la ropa principal. Se pulverizó con los restos olvidados de un agua de colonia unisex que olía a lima, sólo una vez detrás de cada oreja, levantándose el cabello sobre ellas, y luego una vez más sobre las muñecas. Su atención habitaba ya en el guardarropa y, lo que era peor, en la contrariedad de que seguramente había engordado demasiado para lucir alguna de sus piezas preferidas. Por lo pronto,

ante la evidencia de que la lencería, el maquillaje y el efecto mojado de su cabello entraban en conflicto con la pieza de Saint-Saëns que empezaba a sonar, volvió a la sala para cambiar la lista por otra de jazz vocal, más ajustada al sol urbano de atardecer que atravesaba las cortinas, aunque pudiera interpretarse como un sol de amanecer en una tarde inversa.

Para darse tiempo se le ocurrió ocuparse del equipaje antes de elegir indumentaria. Tenía que ser una impedimenta ligera, no quería cargar con el lastre de una maleta, bastaría con un bolso cómodo de llevar. Esta determinación inapelable simplificaba también las cosas en lo referente a la elección del vestido: sería el bolso el que marcaría la pauta, y se acordó de pronto de su viejo bolsón de cuero blanco con hebillas plateadas. Había sido durante mucho tiempo suficiente para cargar con el neceser y las mallas y las zapatillas de ballet, y además era en sí mismo un objeto que podía llevarse en homenaje a algo, a los tiempos en que su vida acababa de despegar del suelo y todavía podía ver un paisaje definido debajo de las alas. Era definitivamente el bolso para la ocasión; lo encontró en el armario, sabía con toda precisión dónde estaba; se lo colgó en bandolera sobre la piel desnuda y fue hacia las habitaciones de los niños. Primero entró en la de Franz y le sorprendió ver que seguía siendo alegre, luminosa, como todo aquella tarde. Su ventana era la única del apartamento desde la que se veía el Jet d'Eau, y Linda comprobó que seguía ahí, alzándose a lo lejos. Después dejó el bolso vacío sobre la cama y miró alrededor. Allí habían quedado los juguetes, los libros, los patines de hielo que nunca usaba colgados de la pared, todo tal como Franz lo había dejado. Se acercó al closet y lo abrió. Allí estaba también la mayor parte de su ropa, y en el estante de arriba cajas con los juguetes de cuando era más pequeño, aunque ya a los tres años, cuando su padre lo trajo una tarde de primavera parecida a esta de otoño, callado y observador, parecía un niño mayor, con pasado; se dio cuenta al oírle responder brevemente a las preguntas de su padre en ruso —del todo ininteligible para Linda— con una prudencia que se transmitía en el tono, aunque por aquel entonces Linda no sabía mucho de cómo hablaban los niños de esa edad, y menos aún en ruso. A modo de bienvenida había consultado un vídeo en internet para aprender a decir *Hola, me llamo Linda*, algo que transcrito

sonaba como *Pri-vet, mye-nya za vút Linda*, y que por alguna razón del corazón Linda todavía recordaba. Pero lo que Franz contestó aquella primera tarde fue *Hallo, tch heiße Franz,* y Linda lo reconoció como alemán, que según supo después era la lengua de su madre y de la matrona que lo estuvo cuidando cuando su madre murió. Durante los primeros días y semanas, mientras se aclimataba y aprendía palabras sueltas en francés, el niño siguió dirigiéndose a ella en alemán cuando no le alcanzaba el nuevo idioma, nunca le habló en ruso, como si pensara que no era la lengua en que convenía hablarle a las mujeres, y Linda se arrepintió de no haber prestado más atención a sus lecciones de alemán en la escuela. Después, cuando empezó a tomar confianza, se reveló como un niño dócil y bueno, muy educado y, al tiempo, tremendamente orgulloso, con un sentido de la dignidad que llamaba la atención en un crío tan pequeño y que fácilmente se podía confundir con orgullo. Se dio cuenta en ese momento de que jamás lo vio llorar, o por lo menos no recordaba haberlo visto, y eso era raro en un niño, a Greta podía recordarla llorando en mil ocasiones distintas.

Pensó qué podía escoger de todo aquello. Algún juguete. Los favoritos de Franz eran los coches a escala, los tenía sobre una estantería que había encima de la cama y nunca en cuatro años había dejado de jugar con ellos. Estaban muy usados, aparcados en batería sobre una lámina de cartulina gris en la que él mismo había dibujado con cera amarilla unas líneas discontinuas que separaban las plazas; los coches necesitaban un aparcamiento para irse a dormir, le dijo una vez. Linda se acercó y tomó uno con el que le veía jugar a menudo, con la pintura roja y blanca descascarillada en los lugares más golpeados. Le dio la vuelta: *Ford Capri MKI (1973),* decían las letras troqueladas en el metal. Trató de recordar el día en que lo había comprado, pero no supo ni cuándo ni por qué había elegido éste precisamente; a Franz le gustaban los coches en general y a Greta los muñequitos en general —aunque sobre todo las golosinas—, así que de vez en cuando, si un sábado por la mañana amanecía soleado y estaba de buen humor, pasaba por la Migros al volver del gimnasio y compraba flores y un pequeño obsequio para los niños, no algo grande como cuando cumplían años, algo simbólico para celebrar que todo iba bien, o quizá a modo de amuleto para que todo siguiera yendo bien. Los juguetes y

las flores hacían que una casa pareciera más bonita y alegre, y seguramente su influjo hacía también que la gente que vivía en ella fuera más feliz. Eso pensaba Linda entonces.

Apretó un momento el cochecito en el puño y lo depositó en el fondo del bolso blanco. Después de eso no quiso demorarse más en la habitación; mientras cerraba la puerta le echó una última mirada que recorrió las paredes y dio un salto por la ventana hasta el surtidor del lago. Necesitó ir a la cocina a buscar otro cigarrillo antes de entrar en la habitación de Greta, y una vez encendido fumó sentada a la mesa, con el bolso colgando a un costado. Temió que la magnífica tarde se hubiera estropeado; algo revelaba ya que su brío era ilusorio, una tramoya inestable, y supo también que tenía que darse prisa porque aquella maravillosa sensación de control y fuerza había entrado ya en reflujo, la nube violeta solo le estaba dando una tregua que ella debía aprovechar.

Dejó el cigarrillo apoyado en el cenicero y, descalza y con el bolso colgando, recorrió el pasillo y entró en la habitación de Greta. Estuvo allí unos pocos minutos, quizá uno solo, y cuando reapareció encorvada no volvió a la cocina, se metió en el baño. Había sido una idea estúpida maquillarse. Abrió el grifo y se echó agua fresca en la cara. Lo hizo una, dos, tres veces, llenándose las manos de agua, y siguió haciéndolo un rato, hasta que notó el picor del cloro en los ojos.

La bossa nova que sonaba en la lista de reproducción no era suficiente. Intentó saltar a otra cosa pero nada en aquella lista era suficiente, así que escribió *Rave Music* en el cajetín. Eligió la primera opción de la lista de coincidencias, subió el volumen y fue a la cocina, donde el cigarrillo olvidado se había consumido. Lo apuró antes de encender otro y abrió el armario de los vasos marcando el ritmo con una rodilla. Sacó un vasito de shot, buscó la botella de vodka en la nevera; llenó el vaso con la puerta abierta, lo bebió de un trago y devolvió la botella al estante. Dejó entonces que el ritmo terminara de apoderarse de su cuerpo, cerró los ojos, asintió con la cabeza dejando que las puntas de sus manos empezaran a temblar como las de una saltadora olímpica concentrándose en el objetivo. Fue al ropero bailando, avanzando en pequeñas coreografías improvisadas con el bolso colgado en bandolera sobre sus nalgas y el ardor del vodka palpitando a ritmo

en su interior. Cuando abrió el armario empezó a sonar un maravilloso chirrido de sirena que repetía una frase rápida; entonces supo qué ropa tenía que elegir: ropa cómoda con la que se pudiera bailar, sus pantalones pirata blancos y la camiseta de tirantes de color naranja, no importaba que no fuera primavera sino otoño, no importaba que sus brazos estuvieran un poco fofos y sus tetas gruesas y caídas, que sus caderas ensancharan demasiado la tela elástica de los pantalones: cuando una puede bailar toda la noche no importa absolutamente nada.

Pero hay que darse prisa, el sol no tardará en desaparecer de la vista detrás de los tejados, y entonces el contrahechizo dejará de surtir efecto y volverá el profundo sopor de los espinos. Ahora elijo los zapatos casi planos, blancos, me los llevo puestos a la sala y me los quito otra vez al llegar al recibidor, bailando, siempre bailando, todavía puedo disfrutar un rato de la música, unos minutos para encender otro cigarrillo y dar un paseo por la casa y ver qué otra cosa me quiero llevar. Lo importante ya está dentro del bolso en el que un día llevé mis zapatillas de baile y mis sueños de juventud, aunque también habrá que meter algunas cosas prácticas y razonables las llaves, el monedero con las fotos, las tarjetas de crédito, el pasaporte, y quizá podría también tomar otro shot de vodka.

Linda se detuvo ante la librería marcando el ritmo sólo con las piernas. Había exactamente cien libros en ella, sus cien libros favoritos, la mayoría novelas aunque también cuento, teatro y ensayo, y algún tomo extemporáneo como una guía de Nueva York, un diccionario francés-alemán y un ejemplar de la Biblia, volúmenes que no había leído nunca enteros pero quería que estuvieran entre sus Cien. Era exactamente el cupo máximo de libros que en un momento determinado de su vida, cuando creyó que su futuro iba a ser un viaje constante, se permitió conservar de entre todos los libros que había comprado hasta entonces o fuera a comprar en el futuro: sólo podía quedarse con los cien que cabían exactamente en tres cajas apilables de plástico, una biblioteca portátil que podría seguirla a cualquier parte. Cumplió a rajatabla durante años, aunque cada vez fue siendo más raro que cambiara un volumen viejo por otro nuevo, y más de la mitad de los que tenía la habían seguido desde la adolescencia. Ahora se dio cuenta de que

su precaución, aquella estricta eugenesia literaria en aras del canon de la portabilidad, había sido vana, porque en esta ocasión ni siquiera podía llevarse tres cajas de libros.

Sin embargo sí podría llevarse uno solo, pensó: un solo libro de entre los cien, uno para reunirlos a todos.

Pasó la mirada sobre los lomos y le pareció que la música era demasiado trepidante para elegir el Libro Único —la música siempre lo tiñe todo de su propio color—, así que volvió a poner una lista de clásica, algo de Sibelius que cambió la atmósfera de inmediato. Encendió un nuevo cigarrillo y tomó otro shot de vodka antes de volver a enfrentarse a su biblioteca de los Cien. Estaba ante una tarea inabordable; una cosa era decidir si un nuevo candidato era mejor que alguno de los Cien —y eso ya costaba a veces gran esfuerzo— y otra muy distinta elegir a uno solo. No había criterio que pudiera dar respuesta correcta a eso, excepto quizá el humor, o una salida excéntrica. Sus ojos se posaron en una traducción al francés de los cuentos de los Grimm encuadernada en tela azul, quizá el libro más bonito que tenía y también de los más viejos; se lo había regalado de niña algún pariente, nunca pudo recordar cuál, quizá había sido su madre antes de enfermar. Muchos años después lo leyó para Franz, que a su vez hizo con él sus propias primeras lecturas fingiendo a ratos descifrar lo que en realidad sabía de memoria; y aún más tarde, cuando nació Greta, Linda y Franz lo leyeron también para ella. Era pues un hermoso y venerable superviviente, con sus tapas de tela azul —seguramente más verdoso de lo que fue un día— manchadas con unas gotas de café con leche antiguo que probablemente había tomado ella misma, en algún momento remoto de su vida.

Reparó entonces en que, por añadidura, la elección no carecía de humor más bien negro. Tomó el libro y buscó la página de inicio de *La Belle au Bois Dormant*:

> *Il était une fois un roi et une reine. Chaqué jour ils se disaient:*
> *—Ah! Si seulement nous avions un enfant.*
> *Mais d'enfant, point. Un jour que la reine était au bain, une grenouille bondit hors de l'eau et lui dit:*
> *—Ton voeu sera exaucé. Avant qu'une année ne soit passée, tu mettras une fillette au monde.*

Situó el punto de lectura de tela en esa primera página y cerró el libro sonoramente para meterlo en el bolso.

¿Algo más?

Se le ocurrió ponerse un reloj y algún abalorio. Una mujer debe llevar siempre algún abalorio: una pulsera, un collarcito, pendientes; no es una frivolidad, hace que una se sienta definitivamente vestida. Fue al ropero y eligió un reloj de correa blanca como el bolso, un collar de falso coral que quedaba bien con la camiseta naranja y por último una pulsera de cuentas blancas para la muñeca que no llevaba reloj. Se miró en el espejo del recibidor bajo el que había dejado los zapatos y se los calzó mientras se contemplaba.

No estaba mal.

Había sido más guapa, mucho más Linda, pero no estaba mal.

Entonces, como una idea llegada de la nada que la hizo sonreír ante su imagen, se le ocurrió que el joven psicólogo quizá tenía razón: el perro B siempre puede liberarse, siempre puede dar un salto hacia afuera y acabar para siempre con la electricidad que le corre bajo las patas.

En el aparador que había bajo el espejo vio la libreta de apuntar recados. Tomó el bolígrafo y escribió en una hoja nueva:

> *Le chien A s'appelle* Albinoni.
> *Le chien B s'appelle* Berlioz.

Iba a dejarlo así, pero añadió:

> *Mes fils s'appellen Franz et Greta.*
> *Je m'appelle Linda.*

Dejó el bolígrafo y en el último momento se dio cuenta de que no necesitaba para nada los zapatos.

Se los quitó, apagó la música con un clic del mouse y salió al balcón.

En la espesura

I

Ni Franz ni Greta estaban asustados cuando siguiendo al vagabundo llegaron hasta la puerta del Departamento de Niños Perdidos.

No había por qué tener miedo, nada malo podía pasarles entre tanta gente.

El cartel que indicaba el acceso era una discreta placa sin iluminación en la que se habían grabado las siglas DNP, no muy grandes, seguramente nadie que no fuera buscándolas las habría visto. Al lado de la placa estaba la puerta contra incendios de color rojo, con una barra antipánico que la recorría en toda su anchura. Franz le dio las gracias al vagabundo y, con Greta de la mano, empujó la barra. El portón metálico se abrió sin dificultad, con un chasquido de mecanismo preciso y bien aceitado. Dentro estaba oscuro, pero una vez abierto ese umbral ya no había vuelta atrás; Franz se sabía observado, hubiera sido humillante explicitar la menor sombra de cobardía ante el vagabundo, que se había quedado mirando.

—¿Estáis seguros de que queréis entrar ahí? —aún les preguntó él desde afuera, y ese fue el empujón definitivo que decidió a Franz.

A la luz que entraba desde las galerías pudo ver un largo pasillo de piedra, pero no era la misma piedra de la fachada reluciente del edificio, ésta era de verdad, con juntas gruesas e irregulares, y el suelo estaba también empedrado de adoquines. En cuanto la puerta se terminó de cerrar tras ellos con otro chasquido, metálico y resonante, todo quedó en tinieblas excepto una fuente de luz a lo lejos, al final del pasillo cuyas paredes ya no se veían.

Greta emitió un quejido.

—No seas miedica —le dijo Franz—, sólo es un poco de oscuridad.

—No soy miedica; huele mal —dijo Greta.

—No huele mal, huele a…, no sé a qué huele, pero no es *mal*.

Olía a tierra húmeda, a profundidad rezumante, a lecho primordial. Franz empezó a caminar tirando un poco de su hermana; a los pocos metros se hizo audible un sonido amortiguado que procedía de la zona luminosa, al final del pasillo. Era un llanto desprovisto de énfasis, el berrinche monótono que un niño obstinado podría mantener durante horas. Greta pareció contagiarse, empezó a gimotear y por un momento se clavó en el suelo como un cachorro al embocar la calle que conduce al veterinario.

—No pasa nada, es un niño pequeño que llora. Tú ya no eres una niña pequeña de las que lloran —le dijo Franz en un susurro.

—Tengo frío.

—No hace nada de frío; siempre tienes cosas que no hay que tener.

A medida que avanzaban las paredes parecían estrecharse en la oscuridad; Franz tocó la que quedaba a su lado y notó en la piedra un tacto suavón que le hizo retirar la mano enseguida. Al final del largo pasillo, tras apartar unas gruesas cortinas entreabiertas, llegaron a una habitación luminosa. Franz no pudo hacerse una idea inmediata de cómo era, estaba cegado, y además alguien, una enorme figura que se plantó ante ellos a contraluz, les habló puesta en jarras.

—¿Más niños perdidos? —dijo con potente voz femenina—, ¿es que no tenéis otra cosa que hacer los sábados por la tarde?

Franz no tuvo tiempo de contestar a la pregunta porque la mujer ya le estaba lanzando otra:

—¿Tenéis piojos?

—No, no tenemos piojos —dijo con todo el aplomo del que fue capaz. Estuvo tentado de añadir: «¿Y usted?», pero no logró reunir el valor suficiente. Distinguió a contraluz la silueta de la cabeza desproporcionadamente grande y cuadrada de la mujer, y la brasa de un cigarrillo en su boca que de pronto se avivó como una pequeña flor de fuego.

—No, no tenéis piojos, ¿verdad? Parecéis niñitos ricos. Hum…, sí, ricos y bastante guapos, hay que reconocerlo. Tenéis suerte, pero no creáis que aquí vais a ser diferentes a los demás. ¿Sois hermanos?, ¿de padre y de madre?, no os parecéis mucho.

—Somos hermanos —dijo Franz creyendo notar en el aire un ligero olor a cebollas.

—Bien, tendré que fumigaros y cortaros el pelo de todas maneras, siempre acabáis llenos de piojos en cuanto os juntáis unos cuantos. Pero primero hay que inscribirse en el registro; allí está sor Flora, ella os tomará los datos. —Señaló con el pulgar hacia su izquierda y, tal como había aparecido delante de ellos, se apartó con su sombra y los dejó expuestos a la luz directa del fluorescente.

Franz miró hacia donde le indicaban y vio a otra mujer sentada tras un pupitre verde. Era de tamaño normal, llevaba hábito y un velo de monja que le cuadriculaba la cabeza. Leía un libro que apoyaba en el pupitre como si estuviera estudiando. Franz se acercó tirando de Greta y cuando estuvieron a unos pasos sor Flora, ésta levantó la vista para mirarlos por encima de sus pequeñas gafas redondas.

—Dejadme adivinar: ¿niños perdidos? —preguntó pasando un momento los ojos del uno al otro.

Franz respondió que sí por los dos, más con la cabeza que con la voz. Greta estaba fascinada mirando a un niño pequeño sentado en una silla, el mismo que había dejado de berrear al verla a ella. El vacío sonoro que siguió era ostensible. Sor Flora puso el punto en la página del libro, lo cerró sobre el pupitre y buscó algo en el cajón que había debajo. Mientras lo encontraba, Franz le echó otro vistazo a la habitación, grande como una lavandería de sótano, toda embaldosada de blanco. El niño que había dejado de llorar estaba sentado en una silla dispuesta junto a otras vacías, todas pegadas a la pared; llevaba una bata de rayas azules y blancas abrochada hasta el último botón, y parecía tan absorto en Greta como Greta en él. Pero había otro niño al que no se le veía la cara, sentado de espaldas en una trona de madera alrededor de la que se movía la mujer gigante. Ahora, a favor de la luz del fluorescente, Franz vio que ella también llevaba velo y hábito de monja, con un delantal de cuero por encima.

Sor Flora había sacado un mamotreto grande pero seguía

buscando algo más en el cajón, y Franz tuvo tiempo de leer el delgado lomo de su libro de lectura. *Edgar and Emma*. Aquel no era uno de los Cien de Linda pero el título se parecía a *Franny and Zooey*, que sí que lo era.

—¿Nombre? —preguntó sor Flora, abriendo el mamotreto y empuñando un bolígrafo vulgar y una regla transparente.

—Franz y Greta —dijo Franz.

—Fran Cigreta —repitió sor Flora, y lo escribió debajo del último nombre apuntado a bolígrafo—. ¿La niña es tu hermana?

—Sí.

—¿Y se llama?

—Greta.

—¿Greta Cigreta? —preguntó sor Flora mirándolo por encima de las gafas.

—¿Perdón?

—Os llamáis Fran y Greta Cigreta, ¿no es eso?

—¿Franigreta Cigreta? —preguntó Franz, desconcertado.

Sor Flora coló una mano por debajo de las gafas y se frotó los ojos.

—No perdamos la calma. Primero, ¿estás seguro de que hablas mi idioma?

—Bastante seguro —dijo Franz.

—Bien, vamos a comprobarlo. Ahora dime muy despacio cómo te llamas, primero el nombre y después el apellido.

Franz se disponía a hacerlo cuando los interrumpió la monja gigante desde el otro extremo de la habitación.

—¿Están registrados esos niños guapos? —gritó.

—En cuanto encontremos algún idioma común —respondió sor Flora.

—Ya los registrarás después. Que vengan, he terminado con el último.

Parecía referirse al niño sentado en la trona de madera, al que la monja gigante le estaba retirando la capa de barbería de alrededor del cuello.

—Ya lo habéis oído: sor Fauna os tiene reservada una sesión de *coiffure* —dijo sor Flora—, disfrutadla ahora que sois jóvenes.

Por el camino hacia sor Fauna, Franz cruzó la mirada con el niño que acababa de bajar de la trona. Era un poco más joven que

él, con el cabello recién rapado al dos, y llevaba una bata de rayas azules y blancas; había un montón de ellas, azules o rosas, que pendían de un colgador corrido en la pared. Franz vio en sus ojos algo que ya había visto en otras personas, algo entre la tristeza y el miedo. Pensó que debería existir la palabra *trisiedo*, o *mietreza*, sin reparar en que la palabra *desesperanza* se aproximaba ya lo suficiente al concepto. En cualquier caso no inspiraba buenos presagios.

—Ahí sentado hasta que te digan, y que no os oiga llorar más —le dijo sor Fauna al niño recién rasurado, sin quitarse el cigarrillo de la boca. Luego eligió una bata azul y otra rosa del colgador y se dirigió a Franz y Greta—: Y vosotros, poneos esto —les dijo.

Franz tomó las dos piezas. La tela de ambas estaba suave por el desgaste, sobre todo la de color rosa, muy desteñida. Mientras evaluaba ese tacto y esos colores pastel ligeramente deprimentes consideró también si el trato que les estaba dando la monja gigante excedía ya los límites de la autoridad que un adulto cualquiera tiene sobre un niño cualquiera. Uno debe ceder el asiento a una persona mayor, incluso soportar en silencio que le riña si hace algo prohibido —algo como jugar al balón en el césped del jardín comunitario—, pero ¿debía ponerse una vieja bata a rayas por orden de cualquier monja a la que se le antojara? Cierto que él no estaba en la posición de un niño cualquiera: era un niño perdido con su hermana pequeña en el centro comercial, y cierto que el adulto en cuestión no era tampoco cualquiera, sino alguien del Departamento de Niños Perdidos que llevaba uniforme —y los uniformes solían otorgar a quien los vestía una autoridad superior a la de simple adulto—. Sin embargo había algo en el tono de sor Fauna que no le gustaba a Franz. No era insultante exactamente, ni irrespetuoso, sólo insuficientemente educado para que él pudiera considerar que le estaban haciendo una petición amable, y si no se trataba de una petición amable sólo podía ser una orden. Por lo pronto se avino a quitarse el anorak, colgar la mochila y ponerse aquella estúpida bata en espera de alguna explicación que a lo mejor sor Fauna le daría enseguida, en cuanto terminara de barrer el pelo que rodeaba la trona; entonces seguramente la tensión se disiparía y todo se encauzaría en una relación normal entre adultos con uniforme y niños perdidos, Ayudó a Greta a acertar en sus

mangas rosas y luego se puso él las suyas azules, pero no abrochó ni un solo botón, ni de su propia bata ni de la de Greta, que hubiera necesitado asistencia. Eso sería suficiente, pensó Franz: no abrocharse era su forma educada de manifestar reticencia a obedecer sin más ni más.

—Abrochaos la bata hasta arriba —dijo entonces sor Fauna—. Venga, venga, a qué esperáis…

El tono era casi amable —dentro del estilo recio de una inmensa monja con delantal de cuero—, pero Franz comprendió que sor Fauna acababa de cruzar un invisible Mississippi. Le empezaron a temblar un poco las piernas. Era el miedo anticipado por enfrentarse a las consecuencias de la desobediencia; le pasaba siempre, aunque con Úrsula ya no porque desobedecerla a ella se había convertido en un hábito desprovisto de pasión, un débito con el que cumplía protocolariamente. Esto era otra cosa. Miró a Greta. A pesar de no disponer de muchas palabras, ella sabía en esencia lo que se estaba cocinando en la cabeza de su hermano —reconoció el aroma de ese guiso—, y con los ojos le dijo que todavía no era momento de complicarse la vida, que quizá en breve encontrarían alguna salida cómoda a la situación; todo eso se leía en las cejas de Greta, que se mantuvieron bajas como unas manos pidiendo calma. Llegaron a un acuerdo tácito: Franz empezó a abotonarse desde abajo y Greta lo imitó a su manera más torpe, aunque a Franz no solo le temblaban las piernas sino también los dedos y estaba tardando tanto como ella.

—Bueno, bueno, ¿cuál de estos dos niños ricos y guapos va a ser el primero, la rubita o el morenito? —dijo sor Fauna. Llevaba en la mano un rasurador de cabello eléctrico que hizo sonar pulsando el botón intermitentemente. El tono seguía siendo bienhumorado, pero tarde o temprano habría que ponerle coto a aquella deriva. Todavía abrochándose, Franz carraspeó para poder pronunciar como su profesor de literatura.

—No necesitamos un corte de cabello ahora, gracias —dijo.

Le salió bastante bien, muy adulto, pero sor Fauna volvió a ponerse en jarras y se rió sonoramente. Sus grandes senos parecieron cobrar vida, como dos mapaches saltando dentro de un saco. El humo de la colilla que llevaba en la boca la hizo toser y se lo retiró de la comisura mostrando un antebrazo recio y velludo

como la pata de un jabalí.

—Eh, Flora, ¿has visto qué niño tan bien educado tenemos hoy? —dijo gritando.

—Sí, debe de ser extranjero —contestó sor Flora en su tono ligeramente guasón. Eso tranquilizó un poco a Franz, aunque aún temblaba mientras se abrochaba los últimos botones de la bata.

—¿Crees que debería comérmelo ahora mismo? —siguió preguntando a gritos sor Fauna.

—Ya sabes que no te sienta bien la comida exótica, y esta tarde no estoy de humor para uno de tus accesos de aerofagia.

—Ya sé qué haré: fingiré que no lo he escuchado.

—Buena suerte —dijo sor Flora—, pero me temo que has tropezado con *un jeune contestataire*.

Sor Fauna no le hizo caso y señaló a Franz con el índice:

—Tú —le dijo—: tú vas a ser el primero. Venga, a la trona. —Hizo un gesto con el pulgar hacia ella.

Franz tembló de arriba abajo. Había terminado de abrocharse hasta arriba y ahora no sabía qué hacer con las manos.

—No, gracias —dijo.

Sor Fauna dobló el torso hacia él y, cuando Franz tuvo la inmensa testa cuadrada justo un poco por encima de su altura, no pudo evitar dar un paso atrás, como un torero acobardado por la magnitud de la bestia. Sor Fauna se llevó una mano a la oreja para ampliar su pabellón auricular:

—¿Qué has dicho?, me parece que no te he oído, debo de estar un poco sorda esta tarde.

La situación era sumamente complicada. Franz se hallaba en mitad del ruedo, había público y se había creado un silencio de expectación, claramente distinto al de aburrimiento porque va *in crescendo*, marcado por una dinámica de transición que reclama resolverse de alguna forma. De menor a mayor influencia emocional sobre Franz, estaba el niño pequeño que antes lloraba, apenas a tener en cuenta, luego el niño algo mayor que acababa de bajarse de la trona, cuyo juicio ya merecía alguna consideración, y después venía un grupo formado por Greta —Franz era su guardián, tenía que ser valiente por ella— y sor Flora, que parecía un adulto bastante inteligente. Pero sin duda el espectador clave era la bestia misma: sor Fauna. Claudicar ahora ante ella significaba claudicar

quizá para siempre, porque algo valioso se rompería en su autoestima si cedía esta primera vez, se sentiría vencido y el recuerdo de una derrota no infunde precisamente valor para perseguir victorias futuras, pero aún peor: se sentina sometido sin haber intentado siquiera luchar, de modo que la derrota no contendría enseñanza alguna, sería una derrota supuesta, infundada, infantil, y entonces sólo podría destilarse en el matraz de su joven alma en forma de miedo puro, desprovisto de la forma útil que llamamos precaución.

Temblaba como un flan cuando dijo:

—No voy a sentarme en la trona.

—¿Cómo?, ¿qué has dicho?

Franz dio otro paso atrás. Hubiera querido repetir su negativa pero no encontró saliva suficiente en su boca. Sor Fauna volvió a alzarse y a ponerse en jarras para hablarle a sor Flora:

—¿Has oído eso? —le preguntó.

En ese momento Franz supo que había vencido. Si la represalia no había sido inmediata, fulminante, podría soportar lo que viniera después. Esta era sin duda una bestia imponente, pero basaba su poder en la amenaza de su tamaño más que en la violencia efectiva.

—¿Sabes lo que vamos a hacer?, vamos a llevar a estos dos niños ricos con la cocinera, a ver si ante ella en persona son tan gallitos.

Sor Fauna pronunció estas palabras mientras los tomaba a los dos del brazo y los obligaba a caminar hacia alguna parte, y Franz, agotado por el esfuerzo del combate, sólo pudo dejarse arrastrar tensando apenas el cuerpo para no desmadejarse del todo. Sentía la enorme mano de la monja que le aprisionaba el brazo y el intenso olor a cebollas que provenía de sus axilas. Las cosas iban mal, aquella no podía ser la manera habitual de recibir asistencia del Departamento de Niños Perdidos, y por un momento Franz se pregunto cómo diablos había pasado de cruzar aquella puerta roja a ser arrastrado por una monja monumental. Cuando en algún momento del periplo por la habitación pasaron cerca de sor Flora, Franz buscó sus ojos y los encontró mirándolo por encima de las gafas. Supo que en esa mirada encontraría una opinión sobre el espectáculo que acaba de presenciar, aquella lidia desigual con la bestia de la que Franz había salido victorioso aunque quizá sólo

provisionalmente indemne, porque no se ha descrito todavía una batalla en la que el vencedor sea arrastrado a empujones por el vencido. Lo que encontró en la expresión de sor Flora fue condescendencia, pero como Franz no conocía todavía esa palabra vio una extraña combinación de benevolencia y desaprobación, y no supo identificar el discreto brillo de admiración por el *jeune contestataire* que se colaba por la junta entre ambas impresiones, algo que procedía de los tiempos remotos en que sor Flora había sido *une étudiant à Paris*.

De pronto, el periplo por la habitación pareció terminarse.

—Y ahora id a buscar a la cocinera —les gritó sor Fauna—, y cuando os pregunte cómo es que estáis en su cocina con el pelo tan largo y lleno de piojos, le contestáis. A ver qué le parece a ella.

Con estas palabras los situó a ambos más allá de una puerta basculante que los dejaba fuera de la habitación para introducirlos en alguna otra parte.

A Franz le pica la cabeza, y Greta se está rascando.

—No te rasques —le dice Franz—, no tenemos piojos.

—Me pica —dice Greta.

—A mí también y me aguanto. Y además no te pica, te lo estás imaginando.

Se miran. Franz se ha quedado atrapado en la idea de si hay alguna diferencia relevante entre que algo te pique o que imagines que te pica. Greta se da cuenta y levanta un poco las cejas. Eso significa: «No le des tantas vueltas a esa hormigonera que tienes por cabeza; ahora qué hacemos, esa es la pregunta». Están en un espacio difícil de denominar de forma genérica, no es algo como el hall de un hotel o el interior de un submarino, parece una zona de paso con las misma baldosas blancas que el salón de *coiffure* de sor Fauna, pero es demasiado amplia para ser un simple pasillo, y hay cosas apiladas junto a las paredes, tetrabrics de leche, sacos de arroz, botes de legumbres en cajas enteras. Después el espacio retranquea y no se ve nada más. Franz avanza sin tomar a Greta de la mano; sería absurdo, están completamente solos, aunque se oye un cacharreo de vajilla. Franz asoma la cabeza confiado por la lejanía del ruido. Greta se asoma también, pero es más audaz que Franz

cuando se trata de explorar espacios reales —siempre que no estén muy oscuros— y se adelanta a su hermano. Lo que ambos ven sí podría recibir un nombre genérico: es una cocina grande, como la de una casa de campo antigua, tanto Franz como Greta las han visto parecidas en las películas. Más allá de la enorme mesa de madera gris con dos bancos corridos hay alguien de espaldas, parece que fregando platos —de ahí procede el cacharreo—, y es también alguien fácil de describir: una criada con gorro de criada y vestido de criada. También podría ser la cocinera, cierto, pero el comedido volumen de su trasero no remite fácilmente a la idea de una cocinera canónica. Greta vuelve a mirar a Franz. Ahora sus cejas dicen: «¿Vamos a seguir aquí sin hacer ruido, como dos ratones que merodean?»

Hay que hacer algo para darse por presentes, está claro, pero ¿qué? Greta, que se ha estirado para mejor olfatear algo que les llega a ambos —es un olor que Franz recuerda vagamente—, pierde el equilibrio y ha de dar un paso rápido y sonoro para estabilizarse. Franz se queda mirando el zapato rojo de su hermana con cara de catástrofe y Greta se tapa la boca porque, de pronto, todo eso le da mucha risa. A Franz también —la risa de Greta siempre le da risa a Franz y viceversa—, pero frunce los labios para reprimirse y hace una señal de silencio con el índice. Su mueca es tan estrambótica que a Greta, con la boca tapada, se le escapan los dos cocodrilos de moco que aloja en la nariz.

Todo se va al garete.

—Eh, ¿quién está ahí…? —dice la figura del fregadero. Tiene una voz joven y su tono es de protesta lánguida. Ha vuelto el torso pero no ha alcanzado a ver a los niños, que han retrocedido hacia la entrada y están riéndose lo más en silencio que pueden, que no es mucho. La situación es de una falta de tacto imperdonable por parte de ellos, según valoración rápida del propio Franz, pero no puede evitar reírse, es como tratar de no respirar, sólo se consigue acabar explotando en bocanadas ansiosas. No han pasado más que unos segundos cuando ven aparecer a la criada, que ha dejado los platos para ir en busca de los merodeadores secándose las manos con un paño grisáceo.

—Ah, os habéis po-portado mal, ¿no es eso?… Sor Fauna siempre envía a los niños a la cocina cuando se po-portan mal.

No es mucho mayor que las niñas de los cursos superiores que estudian en el colegio de Franz y Greta, y tiene la nariz redonda y muy colorada, como si estuviera resfriada. Franz ha recobrado la compostura mejor que su hermana, que apenas se siente intimidada ante la escasa prestancia de este adulto a medio cocer.

—Nos han encargado que preguntemos por la cocinera —consigue decir Franz bastante serio.

—No se puede molestar a la cocinera ahora, está matando co-conejos para la comida de mañana… Tendréis que esperar hasta que te-termine.

Dicho esto mirando al techo ligeramente por encima del hombro de Franz, la muchacha se desentiende de ellos y da media vuelta para regresar a sus platos. Los niños la siguen en gran parte por curiosidad, les apetece husmear un poco por esa cocina de película que sin embargo es de verdad. En cuanto entran, Franz queda paralizado por una palabra que le viene de pronto a la mente: *Sauerkraut*: huele a *Sauerkraut*, esa es la palabra, y Franz sólo la conoce en su idioma más antiguo, no en el de Linda, tampoco en el de su pensamiento adulto, sólo en su viejo idioma olvidado, pero no hay duda de que es eso, *Sauerkraut*. El potente olor está mezclado con otro casi más penetrante aún: el de la leña y las brasas de encina, algo que ni Franz ni Greta han olido jamás y que sin embargo pulsa algún resorte en su memoria atávica. El origen de aquella amalgama mágica está más allá de la mesa de madera gris, donde se abre un hogar con el fuego encendido, tan grande que Franz podría meterse bajo la campana de piedra sin necesidad de agacharse. Un caldero tiznado pende a un palmo de las brasas y ese es el primer centro de atención de los dos niños, que se acercan a ver qué hay dentro tomando precauciones, como gatos aproximándose a algo que se mueve. Lo que hay en el interior de cobre martillado del caldero son unas grandes salchichas puestas a hervir lentamente sobre la col pochada, y también costillas de cerdo ahumadas, y tiras de bacón muy oscuro, todo ordenado en filas sobre la superficie bullente de caldo de col y vino blanco.

A Greta no le gusta nada el olor del chucrut, se tapa la nariz mientras se asoma al caldero, pero Franz siente una punzada de hambre, hambre de algo que no ha comido ni olido ni recordado en largos años, desde antes de que su vida fuera lo que él recuerda que

es su vida, y necesitaría pensar durante horas para seguirle el rastro a ese aroma y extraerle todo lo que contiene.

—Ya he dormido el fuego y el hogaril está limpio —dice la joven criada sin que nadie le haya preguntado—. Lo que tengo que hacer ahora es se-separar las habichuelas para mañana, eso es. Siempre me mandan separar las habichuelas po-porque lo hago muy bien, eso dicen: Nula, tú sí que sabes separar las habichuelas, me dicen, no es que yo quiera presumir…

Nula da un soplido para apartarse el mechón de cabello que se le escapa de la cofia. Luego saca dos cuencos grandes de una alacena y los trae a la mesa. Después vuelca sobre ella un saco grande de alubias blancas y rojas mezcladas.

—Primero hay que preparar dos cuencos —dice—: las rojas se echan en un cuenco y las blancas en el otro, es lo-lógico, ¿no es así?…

Greta apoya una rodilla en el banco y los codos en la mesa para atender aquellas instrucciones.

—A veces te equivocas, pero no pasa nada si caen una o dos habichuelas rojas en el cuenco de las habichuelas blancas, la co-cocinera no te grita por eso, porque to-todo el mundo se equivoca a veces, ¿no es así? …

Franz también la mira, de pie con las manos a la espalda. En cierto modo es como uno de esos vídeos de YouTube en los que alguien te enseña a hacer algo, sólo que en YouTube no puede oler a *Sauerkraut*. En realidad el aroma se va desvaneciendo a medida que la exposición a él se alarga, se empequeñece rápidamente en su propia omnipresencia.

—Puedo hacerlo más deprisa o más despacio —dice Nula—, pero ahora no quiero hacerlo muy deprisa porque hay mucho tiempo y po-pocas habichuelas.

A Greta le hace gracia eso, lo ha tomado como un chiste que Franz no entiende. Nula los mira a los dos alternativamente, celebrando su propia ocurrencia con risas sonoras. Sus dientes son feos, oscuros y desiguales, y Franz siente una pequeña punzada en el corazón por ellos. Greta, muy interesada en aquel juego sencillo pero meritorio, se atreve a estirar el brazo para tomar una alubia roja y depositarla en el cuenco correspondiente. Eso da lugar a nuevas risas de complicidad entre las dos. Franz no está seguro de si

debe sentarse a la mesa y ayudar también, no ha sido ni requerido ni invitado a ello, y él no puede comportarse como Greta, que hace siempre lo que se le antoja sin pedir permiso. Tampoco se muere de ganas de clasificar legumbres por colores, casi prefiere observar las calabazas que hay en el centro de la mesa e imaginar algo en torno a ellas. Una es enorme y bastante redonda, como la cabeza de *Sleepy Hollow*, y hay otras con forma de pera gigante y piel de monstruo de los pantanos, con manchas de un vitíligo verdoso que cualquiera podría calificar de venusiano.

—Ahora tú rojas y yo blancas —le propone Greta a Nula.

Nula se la queda mirando, pensativa y con la boca ligeramente abierta, hasta que entiende el juego. No ha de coger una habichuela cualquiera y meterla en su cuenco correspondiente: ha de escoger sólo las rojas y Greta sólo las blancas, y así cada una puede adueñarse de un cuenco y trabajar más rápido. Nula vuelve a reír y a enseñar los dientes, y hasta parece que se embarca en una carrera de velocidad contra Greta.

Franz, siempre con las manos a la espalda, tiene una idea mejor:

—Si las dos recogierais sólo alubias rojas las que quedaran en la mesa serían todas blancas y os habríais ahorrado la mitad del trabajo.

Naturalmente ni Greta ni Nula le hacen caso, es más divertido competir a blancas contra rojas.

—Vosotros sois niños perdidos en el centro comercial, ¿no es eso?… —dice Nula, como si de pronto sacara del bolsillo del delantal un puñado de sus pensamientos.

—No exactamente… —dice Franz, pero ha tardado demasiado en contestar.

—Sí, somos niños perdidos —le corrige Greta, muy tranquila. Quizá no entiende qué significa estar perdido, quizá sólo entiende que es mejor estar separando habichuelas con su nueva amiga que andar correteando de tienda en tienda detrás de Úrsula.

—Yo una vez salí al centro comercial —dice Nula—, so-solo para mirar, y entonces la co-cocinera me dijo: «¿Qué miras tú, Nula?», y volví a adentro. —Se queda un momento pensando—. Había padres y madres allí… Vosotros tenéis padres y madres, ¿no es eso?…

—Sí, y mi madre es muy guapa —dice Greta—. Se llama Linda, que significa bonita.

Nula ríe y sacude una mano.

—Ya lo sé, y mi madre también se llamaría Linda —dice como si se tratara de una elección obvia.

—Y mi madre es bailarina —especifica Greta.

Eso le parece a Nula del todo inverosímil:

—No, no es bailarina —se ríe mientras niega con la cabeza—. Las madres no son bailarinas, son reinas.

—Pues mi madre es una reina bailarina. —A Franz—: ¿A que es bailarina?

Franz asiente casi imperceptiblemente, sólo para Greta, porque sospecha que la bailarina que Nula está imaginando es muy distinta a Linda. En el fondo Nula tiene razón: las madres no son bailarinas, son reinas, y así es exactamente cómo Franz recuerda a Linda, voluptuosa y algo pesada. Desde algún lugar remoto de su memoria emerge en ese momento su estampa embarazada de Greta, con una gran barriga, el ombligo salido hacia afuera y unos pechos enormes con los que después, cuando Greta nació, le daba de mamar a veces delante de Franz. Pero la imagen ¡cónica que tiene de Linda no es esa, es su figura sentada en el sofá de la sala, leyendo arrellanada en forma de cuatro contra el reposabrazos, casi como un árbol de grandes raíces, con los pies descalzos sobre los cojines y abrazándose a sí misma en el gesto de sujetar el libro. Ese es el trono en el que Linda ha sido retratada para Franz, y en los meses, muchos meses que son casi años, que han transcurrido desde la última vez que confrontó ese icono con la imagen real, su recuerdo ha moldeado a Linda todavía más redonda, más alejada si cabe de la bailarina de caja de música que seguramente Nula imagina, diminuta y andrógina. En realidad Franz no ha visto nunca bailar a Linda, salvo cuando alguna vez, para importunarlo, pretendía hacerlo con él improvisando un vals en mitad de la sala, o con Greta en brazos, que se prestaba gustosa y reía con las vueltas. En cambio Franz sí había visto muchas fotos de cuando Linda era una joven estudiante de danza en Nueva York. Casi no parecía ella salvo por la expresión de la cara. Se la veía ensayando entre otros bailarines, las mujeres con camisetas de tirantes y pantalones piratas —mujeres sólo a los ojos de Franz, muchachas en realidad —, y los hombres —casi niños— con pantalones largos o cortos y a veces con el torso desnudo, todos detenidos en un salto o en una

composición no necesariamente feliz, desenfocada, o a contraluz, y siempre con un fondo de otras personas multiplicadas por los espejos, mochilas, zapatos, ropa apilada en los márgenes del suelo de parqué sobre el que todo aquello sucedía. Pero la foto que más recuerda es la de Linda vestida de camarera, con un traje de color naranja y gorro de barquillo; se sabe incluso el nombre de los que aparecían apiñados y sonrientes a su alrededor: Brian, Paloma, Melisa, los dos pinches, todos los compañeros de trabajo *Ázdinner*, y sabe que la foto la hizo Mr. Molinaro, el encargado de la mañana, que se teñía el pelo y al que a veces le caía un chorrete negro por la frente, y que aquello fue justamente el día del desfile de los astronautas, por eso Mr. Molinaro había llevado su cámara de fotos al trabajo, aunque Linda no pudo salir a la avenida a verlos, y eso sí que le daba rabia. A ojos de Franz, esa era la única pena que albergaba el corazón de Linda: no haber visto el gran desfile de los astronautas en Nueva York, y él habría hecho cualquier cosa por poder viajar en el tiempo e ingeniárselas para satisfacer aquel deseo insatisfecho. Linda le habló muchas veces de la ciudad, un lugar maravilloso en el que los días nublados los edificios perdían la cabeza entre las nubes, y esa era la imagen que Franz empezó a usar también para imaginarse Camelot, sólo que en Camelot había tejados rojos de capuchón sobre los rascacielos y la gente no iba en taxi sino a caballo. En aquellos días, viendo una y otra vez las viejas fotos con Linda, Franz se prometió a sí mismo visitar tanto Nueva York como Camelot en cuanto fuera mayor y le dieran su pasaporte, que era un salvoconducto del que sólo podría disponer llegado el momento preciso, como si de un legado artúrico se tratara.

Pero ese era el mundo anterior al pensamiento adulto de Franz. Desde entonces todo ha cambiado mucho.

Se frota un poco su cuerno izquierdo imaginario para despertar al presente. Greta y Nula siguen recogiendo habichuelas de la mesa pero a un ritmo más lento, como si el juego ya no les pareciera tan divertido.

—Pues yo tengo un hada madrina —dice Nula, que ha estado recorriendo las nieblas de su propio mundo—. Me lo dijo so-sor Flora.

—Las hadas madrinas no existen —dice Greta en tono copiado de algún niño actor en una *sitcom*.

—Sí existen —dice Nula —dice Nula, mirando algún lugar del techo, en algún lugar del techo.

—No… ¿A que no existen, Franz?

Franz ha estado últimamente tratando de abrirle los ojos a su hermana respecto a unos cuantos asuntos. No se ha atrevido todavía con *Papá Noel* pero sí ha discutido con ella la naturaleza de otras criaturas como Batman —que a Greta no le interesa en absoluto, para ella no es más que un hombre con orejas de gato, ni siquiera de murciélago— y también de las brujas y las hadas. Según la tesis de Franz —de su pensamiento adulto en plena dispersión proselitista de sus esporas—, las hadas son seres fantásticos, lo cual quiere decir —y eso era lo más difícil de hacerle entender a Greta— que no existen. A Greta esta teoría de Franz le parece igual de mágica que cualquier otra sólo que más complicada, un galimatías que él mismo apenas sabe explicar —si alguien no existe, ¿a quién estamos negando?, se pregunta el pensamiento infantil de Greta, para el que cualquier cosa que hubiera recibido un nombre existe ya de hecho—, y ahora, a modo de desafío, está forzando a su hermano a poner a prueba sus argumentos con una niña mayor que él, casi una adulta, a ver cómo se las arregla con ella.

Pero para Franz la pregunta en este contexto no es: ¿Existen las hadas? sino: ¿Debo mentir *para hacer feliz a Nula*?, y su pensamiento adulto con todas sus esporas meméticas no le ayuda mucho a encontrar una respuesta.

—Para algunas personas sí existen las hadas —dice.

Nula ríe y enseña los dientes. Aquel niño con aspecto de ser muy listo acaba de confirmarle la llegada inminente de su hada madrina. Eso la hace inmensamente feliz por un breve momento, pero resulta que Greta se ha enfurruñado. Le da un manotazo al cuenco de habichuelas, se cruza de brazos, tuerce los labios. Los ojos le brillan, está a punto de llorar.

—¿Qué te pasa ahora? —le pregunta Franz.

—Ah, ¿sí?, ¿eh?… —Greta solloza, no puede hablar. Nula ha perdido su sonrisa y se queda mirándola con la boca abierta, como si nunca antes hubiera asistido a esta modalidad de disgusto infantil, tan audaz y del todo fascinante.

—No llores, ¿por qué lloras? —Franz no lo entiende.

—Ah, sí… Ella puede tener un hada madrina y yo no…

Franz no sabe qué contestar pero le parece que Greta está siendo golosa, aunque sospecha que debería buscar otra palabra mejor. *Avide*.

—Tú tienes madre, y además es bailarina —le dice—. Nula no tiene nada de eso, así que tiene una hada madrina que es como su madre invisible. Es justo, ¿no?

A Nula sin duda le parece justo, porque asiente.

Greta contesta sin dejar de lloriquear.

—No, porque las hadas hacen magia y las madres, no.

En un momento terrorífico a Franz se le ocurre pensar que seguramente Linda se ha convertido para Greta en un ser tan invisible como el hada madrina de Nula, con la diferencia de que Greta no puede, en efecto, confiar en que Linda se le aparezca revoloteando con una varita mágica para cumplir sus deseos. Porque las madres son reinas, no hadas.

—Bueno, a lo mejor tú también tienes un hada madrina —le dice Franz.

—No, porque tú siempre dices que no existen…

—Te dije que no existía Batman, pero tu hada madrina puede que exista.

—No —dice Greta, pero se le está pasando el berrinche, ya no sabe lo que está negando, su tristeza ha quedado disuelta con el llanto y se limpia las lágrimas con la manga de la bata. Franz cree entonces que va a tener un poco de tiempo para pensar en todo lo que acaba de revelársele cuando Nula le hace una pregunta tremenda.

—¿Tú tienes madre o hada madrina? —le dice, y se queda mirando al techo con la boca un poco abierta. Greta en cambio levanta la cara para mirar a Franz a los ojos, esperando una respuesta que tarda en llegar: Franz nunca llamaba directamente *mamá* a Linda, la llamaba Linda, aunque era claramente *mamá* para ella.

—Yo no necesito ningún hada madrina —dice Franz, y toma su primera alubia roja para meterla en el cuenco de Nula.

Lo primero que le ha pasado por la cabeza tras la pregunta ha sido la imagen de Sarah Connor en *Terminator II*. Viste una camiseta de tirantes, pantalones militares, gafas oscuras, lleva un fusil de asalto en una mano, sostiene un cigarrillo con la otra: todos

esos detalles recuerda de ella. Pero mientras sigue metiendo alubias rojas en el cuenco pasa a otra película, *Al Este del Edén*, la vio no hace mucho mientras ponía a prueba su pensamiento adulto en el canal de clásicos, y aunque no captó la inspiración bíblica del argumento entendió el profundo drama de Cal, el protagonista, que no sólo descubre que fue abandonado por su madre, a la que creía muerta, sino que en algún momento llega a pensar que él es tan malo como ella, y entonces empieza a actuar como si realmente lo fuera.

¿Los piojos imaginarios te pican, o crees que te pican?

—*Franz, je veux aller aux toilettes* —dice Greta.

—*Maintenant?*

En realidad es extraño que haya tardado tanto en tener pipí, y eso precisamente hace que de pronto le parezca tan urgente y empiece a representar la comedia de estar orinándose encima, retorciendo las piernas y todo lo demás.

—¿Dónde están los lavabos? —le pregunta Franz a Nula.

Nula no parece entender.

—Para hacer pipí.

—Ah, quieres ir a los corrales, ¿no es eso?…

Franz supone que es eso.

Salen de la cocina por una puerta que se abre en dos partes, con una gatera redonda en el batiente bajo. Fuera hay un patio de piedra en el que se amontonan aperos cuya utilidad Franz es incapaz de imaginar, excepto la de una carretilla llena de mondas vegetales y restos de comida. Desde allí han de seguir las indicaciones de Nula: pasar junto al pozo y girar después a la derecha. Todavía hay luz en el cielo, la suficiente para ver por dónde caminan. Hace fresco, echan de menos sus anoraks, pero Greta está más preocupada por el pipí que por la temperatura. Franz se detiene en el pozo, que también despierta la curiosidad de Greta; la simple palabra *pozo* pronunciada por Nula ha tenido gran poder evocador para los dos. Como jamás han visto uno de verdad, éste les decepciona: no es como los pozos de los cuentos, no tiene polea ni tejadillo de paja, sólo una soga atada a una argolla en el borde del brocal. Franz se asoma; el agua está cerca, a dos metros, y

le devuelve la silueta de su cabeza recortada contra el cielo; es como un espejo redondo enmarcado por culantrillos que crecen en las juntas de la piedra. Durante un momento, por efecto de su cabello despeinado de manera caprichosa, a Franz le parece ver en su reflejo la testa de un fauno como los de Google Images, con las orejas gachas y dos cuernecillos apenas prominentes. Enseguida desaparece la ilusión. El cubo para subir el agua está hundido bajo la superficie; Franz tira un poco de la soga y el espejo emite ondas concéntricas, pero el cubo no sube. Debe de ser grande, lleno de agua pesará mucho. Tira con más fuerza, primero con una mano, después con las dos; Greta se pone de puntillas para ver qué está sucediendo allí abajo, no alcanza a ver el agua, sólo las manos de su hermano que tiran de la cuerda. Franz se emplea a fondo y consigue que el cubo ascienda, pero cuando está a punto de salir la circunferencia de su borde, aparece un lomo negro que se remueve y transmite la sacudida a lo largo de toda la soga hasta sus manos. Franz grita de aprensión, suelta la soga, retrocede dos pasos. Greta no ha visto nada pero se asusta del miedo de su hermano, que se frota las manos en la trasera de los pantalones como si quisiera limpiárselas de algo que le repugna.

—¿Qué hay? —pregunta Greta.

—No sé, algo.

—El qué.

A Franz le ha parecido una nutria como las que ha visto en los documentales, pero no puede haber nutrias pescando en los pozos, debe de ser una rata grande y oscura, y no quiere pronunciar la palabra *rata* delante de Greta.

—No lo sé. Vamos, ¿no tenías tanto pipí?

Después del pozo el paso se estrecha y en las paredes crecen plantas que apenas se puede evitar rozar. Franz sabe que no se deben tocar las ortigas y éstas no parecen ortigas, pero preferiría no tocarlas tampoco, en especial se cuida de evitar un gran gordolobo azul de hojas gruesas y velludas, vagamente alienígenas. Greta ha buscado su mano y ambos caminan agarrados. En el cielo puede verse ya la luna grande y casi llena, un fantasma que se revela sobre el azul todavía claro. Pasan entre paredes altas con ventanas y llegan al huerto, palabra que Nula también ha pronunciado en sus confusas indicaciones. No es tan grande como Franz imaginaba; en

su diccionario interno, un huerto equivale a una plantación, y aquí hay sólo unos pocos bancales con una vegetación apretada en la que sólo reconoce los repollos, compactos como pelotas de fútbol, sabe que con eso se hace el *Sauerkraut*. El olor se va enrareciendo a medida que siguen el camino de tierra; primero son aromas herbales, romero, tomillo, salvia, una miscelánea vegetal que uno tiende a aspirar con fruición; después les llega el olor sulfuroso y repelente de la gallinaza, y al pasar junto a unos cajones de madera basta les asusta la espantada de los pollos ya crecidos que hay dentro. Tienen los picos cortados a tijera y pequeñas crestas sonrosadas que parecen cicatrices recientes. Franz siempre ha sentido repugnancia hacia las aves galliformes, son espasmódicas e inquietantes incluso en fotografía, y el olor sigue complicándose con el vaho que llega de los corrales y la pocilga, hasta que todo se une en un hedor nauseabundo que induce a imaginar una papilla de excrementos y secreciones animales. Al paso de los niños, las bestias estabuladas se adivinan corpulentas como humanos adultos, algunas más grandes aún, inmensas criaturas de ojos rojos que resuellan en la oscuridad y proyectan su calor corporal a distancia. Se oyen movimientos sobresaltados sobre la paja de los pesebres, resoplidos, gruñidos, balidos, cloqueos. Resulta perturbador para quien sólo ha visto animales de granja en los dibujos animados; Franz y Greta no podrán ya imaginar a todas estas criaturas de otra manera que como las están entreviendo ahora, echadas sobre sus propios detritos en la tiniebla de los cobertizos, condenadas a la humillación de una mazmorra pestilente hasta el mismo día de su ejecución. Pero más que piedad por los animales que van espantando a su paso, por encima de esa emoción descorazonadora, ambos sienten miedo por ellos mismos, por que alguien pudiera hacerles a ellos algo así, encerrarlos en una jaula diminuta antes de ser sacrificados y cocidos y devorados, y no ayuda a tranquilizarlos el que estén pisando un barro gomoso que se hunde bajo los zapatos y les atrapa las suelas como la mucosa de una planta carnívora.

Las ganas de hacer pipí de Greta empiezan a ser urgentes de verdad, y no han llegado a ningún lugar parecido a una *toilette*, aunque después del breve paseo bajo el esbozo de luna ninguno de los dos espera encontrar un cuarto de baño convencional, ni siquiera unos aseos viejos y feos y sucios como los del colegio.

—¿No podrías hacer pipí por aquí? —dice Franz. También él empieza a tener ganas.

Greta no contesta, mira alrededor en busca de algún lugar propicio. Todo lo que ve puede asimilarse a un gran estercolero en el que un poco de orina humana no cambiaría mucho las cosas, pero sus merceditas rojas están embarradas, tienen briznas de paja adherida, y eso le produce una intensa sensación de desamparo.

Solloza, se lleva una mano a los ojos.

—¿Qué te pasa? —le dice Franz.

—Quiero ir a casa.

—¿No querías hacer pipí?

—No —dice Greta—. Tengo frío.

Es la estrategia de siempre: pedir algo imposible de obtener en ese momento para hacer estallar la situación; cualquier cosa vale, lo importante es forzar un cambio. Pero él sabe que hay que solucionar el tema del pipí, cuanto más tarden tanto peor. Mira alrededor. Los lavabos, sean como sean, tienen que estar ahí mismo, Nula ha dicho que justo enfrente de los corderos, quizá en ese recoveco que tiene el edificio principal, bajo la arcada que sostiene una escalera. Una cortina de tela de saco separa el interior del exterior; está descorrida pero no se ve qué hay dentro, la oscuridad lo impide. Al lado de la cortina hay algo que podría ser un interruptor; no hay que pulsarlo sino girar una llave de porcelana, así se enciende una débil luz al fondo del pequeño espacio cubierto de paja, con una letrina turca de loza. Franz ve colgajos de telaraña por todo el techo, la bombilla es el centro de una constelación de ellas, y algunas están habitadas por esas criaturas espectrales de cuerpo diminuto y largas patas articuladas. Comprende que el hallazgo ha sido una fatalidad, hacer pipí en algún rincón discreto del lodazal exterior sería del todo preferible a meterse en ese cubículo infecto, pero ya no es posible orinar en ninguna otra parte ahora que ha encontrado la *toilette*, aun cuando a Franz jamás se le hubiera ocurrido que pudiera llamarse *toilette* a algo así. Greta no tiene problemas con las arañas, pero Franz las detesta, sólo puede imaginar algo peor que una gallina: una gallina cubierta de arañas. Entra tras tomar a Greta de la mano, obsesionado por no mirar al techo. El olor es extraño, no tan fétido como cabría esperar, sólo áspero, rancio, el olor tan humano como impersonal de una fosa

séptica, pero Franz no dispone de esas palabras para describirlo. La loza tiene restos de heces detenidas en su camino hacia el agua, como un río de lava fría; un gancho de hierro oxidado en la pared sirve para pinchar unas tiras de papel de periódico cuya presencia sólo se explica atribuyéndoles funciones de papel higiénico, pese a que Franz no puede considerarlo lo bastante higiénico para recomendarle a su hermana que lo use. Otro problema es cómo debe situarse la niña encima de la letrina para orinar. Greta parece intuirlo y se coloca de cara a Franz, con un zapatito rojo sobre cada estribo de la porcelana, pero para estar sobre los estribos debe mantener las piernas demasiado abiertas y eso le impide bajarse los leotardos y las bragas hasta donde necesita. La solución es que coloque los dos zapatos sobre el mismo estribo y se sitúe de perfil, Franz la sujeta por el hombro para que no pierda el equilibrio. Cuando Greta termina le deja espacio a su hermano, que no encuentra problema salvo que mientras orina dispone de unos segundos muertos para acordarse de las arañas que penden sobre su cabeza, y ha de forzar los músculos abdominales para terminar cuanto antes.

Ya han salido al fango de los corrales cuando oyen un alarido que los sobresalta. No es humano, es demasiado horrísono, chirriante, pero es un chillido, un grito. Se repite a intervalos cortos y encuentra ecos en las jaulas y los establos, como si aquella fuera una alarma que todos los animales entienden, incluso los dos cachorros humanos que andan por ahí. Greta busca la mano de Franz. Lo sensato sería volver a la cocina con Nula, pero no es posible vivir el resto de la vida sin saber qué criatura es la que grita así y por qué lo hace. No resisten la curiosidad, caminan guiados por su propio miedo hacia el lugar del que procede el sonido. Poco más allá de los últimos establos hay otro patio de piedra con un abrevadero. Ahí está la mujer rechoncha que Franz ha visto en las galerías, la reconoce por el vestido marrón cosido en diagonal, con un delantal puesto encima. Los chillidos proceden de algo que sujeta con las manos, o bajo el brazo, algo que se agita y berrea. Franz no reconoce que es un conejo parduzco hasta que la mujer lo sostiene por las patas traseras y todo su cuerpo cuelga bocabajo, con las grandes orejas al final. Lo mantiene alejado de su cuerpo y el grueso brazo extendido se balancea debido a las violentas

sacudidas del animal, que sigue chillando con su voz bronca y potentísima. La mujer ha tomado con la mano libre una maza de mortero y le sacude un golpe en la cabeza. Suena a madera contra madera, como una nota grave de xilófono, pero el conejo no deja de chillar y agitarse como un pez prendido del anzuelo. Recibe un segundo y un tercer golpe, el último el más violento, y su movimiento se apacigua al fin. Queda un silencio enorme y la mujer, con la punta de un cuchillo, hurga en los corvejones del animal, separa los tendones y usa los agujeros que ha creado para colgarlo de dos clavos que sobresalen de la pared de ladrillo, cerca de una bombilla que ilumina el denso pelo pardo del conejo. Después emplea una mano para tensar hacia abajo las orejas y con el filo del cuchillo saja profundamente la nuca, con más fuerza y precisión que velocidad. Durante el viaje de la hoja metálica puede percibirse que un temblor recorre toda la piel del animal parece un gato estremecido bajo una caricia. Salta un chorro de sangre y vuelve a convulsionarse todo el cuerpo; la cocinera contrarresta el movimiento tirando de las orejas hacia abajo y abriendo aún más la herida; después lo suelta y permite que palpite en pequeños estertores mientras termina de desangrarse. Se aleja dos pasos y se queda mirando como el brillantísimo caldo cubre la cabeza, fluye a contrapelo, chorrea por el morro hacia el suelo.

Franz y Greta están sobrecogidos, hipnotizados por la visión. Nunca han visto sangre en esa cantidad, tan caliente que su olor tarda sólo unos segundos en llegarles, y lo más turbador es que no saben si les produce repugnancia o les abre el apetito, es quizá una inesperada mezcla de ambas cosas.

Pero la mujer parece olfatearlos a ellos. Se vuelve y los sorprende mirando.

—Ah, tenemos aquí a dos niños escondidos —dice.

Franz ha de decir algo. Rápido.

—Sor Fauna nos ha enviado a buscar a la cocinera —no puede evitar un tono de disculpa.

—¿No sabéis que no se me puede molestar cuando estoy matando conejos?, ¿acaso os divierte que los animales sufran más de lo necesario?

—Lo siento —dice Franz.

—Espero que sea verdad que lo sientes, porque todavía quedan

dos conejos por matar y puede que tengas que ayudarme, pequeño entrometido.

—Sólo hemos salido un momento de la cocina para ir al baño…

—¿Al baño? Vaya, que niño tan bien educado tenemos aquí. —Se vuelve de espaldas y se agacha para enjuagarse las manos en una jofaina con agua que hay en el suelo—. Acercaos a la luz y dejad que os vea.

Franz analiza la última frase a toda prisa. ¿Puede considerarse una petición amable? Puede: hay un *por favor* elíptico en el *dejad que os vea*, de modo que se aproximan a la bombilla hasta que el conejo moribundo les queda a dos pasos. Visto de cerca es un animal monstruoso, terminado en un muñón de sangre del que cuelgan dos orejas que parecen alas rudimentarias. Hay una jaula con otros dos conejos vivos encima de un poyete; husmean el aire asomando la nariz por la reja y de pronto saltan para darse la vuelta en el interior de la jaula, vuelven a husmear y vuelven a saltar hacia atrás. La cocinera se sacude las manos mojadas sobre la jofaina y se vuelve hacia los niños mientras se seca en el delantal, ligeramente rosado.

—Mmm, qué niños tan guapos —dice—. Os habéis portado mal con sor Fauna, ¿no es eso?

—Es que no necesitamos un corte de pelo —dice Franz—. No tenemos piojos.

—Claro que no, sois dos niños guapos y bien educados. —La cocinera adelanta una mano para acariciar el cabello de Greta, que no llega a apartarse pero se pega aún más a su hermano—. Qué bonitos cabellos dorados, ¿cómo se le ha ocurrido a sor Fauna cortártelos? —adelanta la otra mano hacia Franz y le acaricia la mejilla con el dorso—. Sois tan guapos y oléis tan bien que podríais ser mis niños favoritos; ¿os gustaría ser mis niños favoritos?

Franz da un paso atrás fingiendo que piensa detenidamente en la pregunta. No le gusta mentir, pero a veces lo hace:

—En realidad tenemos un poco de prisa, hemos venido de compras con nuestros padres y seguramente estarán preocupados por nosotros…

La risa de la cocinera lo interrumpe.

—¿Quién te enseñó a hablar así, niño guapo?

—Pues…

—¿No tenéis hambre?, ¿no queréis que os prepare algo sabroso en la cocina? Si vais al comedor con el resto de los niños no tendréis un postre tan rico; seguro que os gusta más mi pastel de chocolate.

Greta asiente. Franz le aprieta la mano. Greta niega, pero la cocinera se agacha hacia ella y le habla.

—Mmm —se relame—, un buen pedazo de pastel de chocolate y frambuesas, ¿o a lo mejor os gustaría más con cerezas?

Franz está apretando tanto la mano de Greta que la niña se queja. Se adelanta a contestar por los dos.

—Muy amable de su parte, pero le hemos prometido a sor Fauna que iríamos al comedor…

La cocinera baja la voz para hablar casi en susurros:

—Entonces podéis pasar por la cocina después de la cena y comer un buen pedazo de ese pastel que voy a preparar. Sor Merryweather siempre se duerme leyendo y hay una escalera junto al lavabo de las niñas; cuando yo era pequeña como vosotros siempre bajábamos por allí para ir a la cocina.

—Sí, eso podríamos hacer —dice Franz—. Pero si ahora pudiera indicarnos dónde está el comedor; se nos ha hecho un poco tarde…

Naturalmente no hay más remedio que echar a andar con Greta hacia donde les indica la cocinera, atravesar todos los patios hasta llegar al claustro, como les ha dicho señalando. Franz no tiene ni la más remota idea de qué puede ser un *claustro*, pero algo con ese nombre tiene que ser reconocible a simple vista, quizá es una especie de cadalso con balaustres.

Se han alejado agradecidos de poder volver a pisar piedra, y apenas pierden de vista a la cocinera, pasado el primer recodo, oyen los chillidos de otro conejo que ambos imaginan resistiéndose a ser atrapado en el interior de la caja.

—¿Cómo se te ocurre decirle que te gusta el chocolate? —le dice Franz a Greta.

—Tengo hambre.

Franz también tiene hambre. Se acuerda del *Sauerkraut* con costillas ahumadas que se cocina lentamente en el caldero de la cocina. Las costillas son de cerdo, eso lo sabe Franz, no de conejo, serían ridículamente pequeñas si fueran de conejo. ¿Gritarán los cerdos igual que los conejos? Si los chillidos de un conejo son

estentóreos, los de un cerdo deben de serlo mucho más, piensa, y a pesar de esa idea macabra cada vez tiene más hambre mientras recorren un patio tras otro, el de los talleres, el de la lavandería, el del almacén. El sol se ha puesto pero los perfiles de las cosas se mantienen visibles, sólo resulta difícil distinguir los colores. Cuando llegan al claustro Franz lo reconoce: eso tiene que ser; le recuerda a uno de los patios de su colegio, donde juegan los pequeños, sólo que aquí las columnas son viejísimas y están unidas por arcos de piedra.

Hay dos ventanas iluminadas; se acercan para ver si aquello es el comedor. Cuesta ver a través de los vidrios emplomados y borrosos, pero parece en efecto un refectorio, hay mesas y bancos en filas y un montón de niños sentados. Tampoco es muy distinto al comedor del colegio, parece un antepasado suyo. Los edificios también tienen hijos y nietos, piensa Franz: una larga descendencia.

La puerta que daba entrada desde el claustro no era la puerta principal del comedor, por eso cuando la abrieron con un chirrido todo el mundo se volvió hacia ellos, los niños sentados a las mesas y las tres monjas que los supervisaban. Estaban sor Fauna, sor Flora y otra monja que no conocían, más redonda que sor Fauna y más baja que sor Flora.

—Vaya, vaya, aquí tenemos a los dos rebeldes —dijo sor Fauna plantándose en jarras según su costumbre—. ¿Le habéis contado a la cocinera por qué no queréis cortaros el pelo?

—Sí —dijo Franz.

—¿Ah, sí?, ¿y qué os ha dicho?

—Ha dicho que mi hermana tiene el pelo muy bonito, y que no se explica cómo a alguien se le ha podido ocurrir cortárselo.

Franz ya había vencido a sor Fauna una vez y por si fuera poco la cocinera les había ofrecido pastel de chocolate en lugar de reñirlos, así que no había mucho que temer. Pero sobre todo estaba lo bastante lejos de ella como para que su masa física no le impusiera mucho.

—Así que tienes respuesta para todo, señorito sabelotodo. Ya hablaremos tú y yo mañana. Por el momento sentaos donde yo os vea antes de que me arrepienta y os mande a la cama sin cenar.

Fue sor Flora quien les señaló desde lejos una mesa cercana al lugar donde estaba ella. Franz y Greta caminaron hacia allí y todos los niños con el pelo rapado y bata de rayas los miraron. En su expresión se notaba lo que pensaban de ellos: ahí van esos dos niños ricos, sor Fauna los ha reñido severamente, ¿qué habrán hecho?, sin duda el niño se cree muy gallito, y la niña es una tonta presumida, con sus merceditas rojas manchadas de barro. Ya estaban llegando a la mesa cuando se encontraron de frente con Nula, que llevaba una olla humeante sujeta por las asas con dos trapos tiznados. Franz hizo una mueca de saludo y Greta agitó un poco la mano. Nula sonrió y se le vieron los dientes.

—*Monsieur le contestataire* —le dijo sor Flora a Franz, indicándole el lugar preciso que debía ocupar en la mesa—. *Mademoiselle* —le dijo a Greta.

Era una mesa incompleta, la ocupaban cinco niños y dos niñas, siete en total contando a los recién incorporados. Había una cuchara junto a cada plato y una sopera vacía en el centro de la tabla, con un cazo de servir que asomaba. Todos miraron a los nuevos, en especial a Franz, Greta era demasiado pequeña para merecer atención; él procuró mirar a otra parte para no tener que reaccionar ante la curiosidad que despertaba. Sor Fauna le hizo un gesto a Nula y ésta descargó el peso de la olla en la cabecera de la primera mesa. Con un cazo grande llenó la sopera que había en el centro; luego extrajo un cuarto de pan redondo del saco que le colgaba a un costado y lo depositó junto a la sopera. Después pasó a la mesa siguiente, pero nadie se movió todavía en la que ya había servido.

—Eh —le susurró alguien a Franz—, ¿qué le habéis hecho a sor Peluda para que se enfade tanto con vosotros?

La pregunta se la dirigía un niño de su misma edad, con las cejas muy puntiagudas y los labios rojos y carnosos. Algo le dijo a Franz que «sor Peluda» era el mote de sor Fauna: un buen mote no requiere explicaciones.

—Nada —contestó.

—Algo habréis hecho para que os mande a la mesa de los malos —dijo el niño.

—¿Ésta es la mesa de los malos?

—Es la mejor, siempre somos menos de ocho, así que no te

quejes.

Nula siguió sirviendo; la mesa en la que estaban ellos fue la última. Al llegar volvió a sonreír a Franz y a Greta, pero sobre todo a Franz, que era el valedor de su hada madrina. Franz habría dado cualquier cosa por que tuviera los dientes un poco más blancos y no le faltaran tantas piezas; su sonrisa lo paralizaba en un estado de compunción al que le costaba sobreponerse. Ella vertió el enorme cazo en la sopera central y Franz supo que aquello no era *Sauerkraut* con salchichas y costillas ahumadas: era un caldo ligero y marronoso, y traía tropezones gruesos que emitieron un *blub* al caer en la sopera. No le había llegado todavía el olor pero el aspecto no prometía nada bueno; Greta, que quedaba en la dirección hacia la que se desplazaba el vaho caliente, hizo una mueca de desagrado, y era aversión auténtica, una expresión que Franz le había visto rara vez.

Cuando todas las mesas estuvieron servidas, sor Fauna dio tres sonoras palmadas, *plac, plac, plac*, y a esa señal se desencadenó un cacharreo frenético en todo el refectorio. En la mesa de Franz y Greta varios niños se abalanzaron sobre la sopera tratando de agarrar el cazo de servicio, mientras los dos de la cabecera competían por hacerse con el cuarto de pan. Franz y Greta se miraron; jamás habían visto a nadie comportarse así en la mesa, ni siquiera en el colegio. Algunos habían llenado su plato hasta los topes y empuñaban la cuchara para engullir a dos carrillos, acodados y bajando la cabeza, justo como no se debe hacer. El ánimo de Franz empeoró. Sólo una niña algo menor que él, sentada al lado de su hermana, no se había lanzado hacia la comida. Era bastante guapa aun con el pelo rasurado, pero sobre todo le agradeció que mantuviera una compostura que a él le resultó tranquilizadora, indicaba que el orden en el que confiaba todavía tenía alguna vigencia. Cuando le llegó a ella la pieza de pan tenía el tamaño de un tomate, con un poco de corteza y la miga pellizcada alrededor; desprendió un poco y le pasó el resto a Greta, que no supo qué hacer exactamente con aquello. La sopera había quedado abandonada y Franz se la aproximó para mirar adentro. Quedaban dos dedos de caldo que no llegaban a ocultar unos pocos tropezones sólidos. Parecían pedazos de carne muy grasienta, con una corteza translúcida cubierta de pelillos duros. Franz miró a la niña sentada

al lado de su hermana y ella le devolvió un adusto gesto de negación con la cabeza: no iba a tomar sopa, le estaba diciendo. Luego miró a su hermana, que volvió a poner cara de asco auténtico. Franz decidió no dejarse llevar por prejuicios y probar, pero no recogió con el cazo ningún trozo de aquella grasa hirsuta, sólo un poco de caldo que vertió en su plato tratando de no manchar los bordes, detestaba los platos manchados más allá de una o dos salpicaduras nítidas. Cuando se acercó la cuchara a la boca observado muy atentamente por las dos niñas, notó un olor conocido, y no era tan repugnante como parecía anunciar la expresión de Greta, aunque tampoco propio de algo comestible. ¿A qué olía? Franz dejó un momento la cuchara en suspenso bajo su nariz mientras buscaba en su memoria olfativa. Después probó. El sabor no le añadía mucho al olor salvo una fuerte salazón. La segunda cucharada supo un poco peor y la tercera, peor aún. De pronto le llegó a la consciencia el recuerdo que estaba buscando. El día de su cumpleaños Linda los llevó al Bois de Châtillon— a montar a caballo. Greta compartió montura con ella ya él le adjudicaron un caballo más pequeño para él solo, se llamaba *Barrichelo* y era de color gris manchado. Tuvieron que alquilar botas altas, muy bonitas, con un fleco rojo como tirador de la cremallera. El cuero de las botas tenía ese mismo olor del caldo que estaba comiendo, recio y penetrante, y no había vuelto a encontrarse con él desde entonces.

Le costó terminar la última cucharada; por suerte se había servido poca, porque siempre procuraba terminar todo lo que tuviera en el plato, fuera lo que fuera, era lo mínimo que debía hacer un niño rico que no quisiera parecer un consentido. Greta le ofreció lo que quedaba del pan y Franz le arrancó un pellizco. Estaba algo seco pero la miga era densa y sabrosa, más que la del pan que él mismo iba a comprar los sábados. Se alegró de que algo le gustara en aquella mesa miserable. Quiso averiguar por qué le alegraba esos, pero alguien interrumpió sus pensamientos:

—Eh, tú, ¿por qué no habéis querido cortaros el pelo?

Era el niño de cejas puntiagudas, que le hablaba siempre en susurros que atravesaban el cacharreo ambiental. Franz no supo cómo contestar. Le parecía normal haberse resistido, la pregunta tal como él veía el asunto era por qué habían aceptado cortárselo todos

los demás, pero sabía que la palabra *normal* equivale casi siempre a *lo más frecuente*, de manera que lo absurdo se percibe como normal cuando es lo habitual, y en cambio a lo razonable se le exige explicación cuando no lo es. Franz no tenía ganas de discutir ahora sobre todo eso, sabía que no iba a encontrar fácilmente palabras para explicarse y no quería empezar a forjarse también aquí esa estúpida fama de decir cosas raras. Tenía una oportunidad de ser otro, de no ajustarse al patrón al que se veía encadenado en el colegio, en parte con su aquiescencia.

—No lo sé —contestó también en susurros.

Después se sintió enfadado consigo mismo y con ese niño que le hacía preguntas que él no podía contestar con sinceridad.

—Porque nosotros no tenemos piojos —dijo Greta, que al parecer tenía las ideas más claras que su hermano.

—¿Y qué? Yo tampoco tengo piojos —dijo el niño de la cejas puntiagudas.

Franz vio la oportunidad y no pudo evitar lanzarse:

—Entonces ¿por qué te has dejado cortar el pelo?

El niño hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Porque me gusta —dijo.

Nula había vuelto a recorrer las mesas repartiendo manzanas verdes que iba sacando de una cesta. A Franz le gustaban las manzanas, pero le aburría comerlas: había que masticar y masticar y masticar. Guardó la suya en el bolsillo de la bata y se quedó mirando cómo los demás la comían, incluida su hermana y la niña vecina. Lo hacían con satisfacción o con indiferencia, distraídos mirando al techo o ensimismados en sus propios pensamientos —los dos de la cabecera parecían estar corriendo otra carrera y devoraban la manzana como si les fuera la vida en ello—. Lo extraño, lo definitivamente desconcertante, era que nadie, ni un solo niño, mostrara la más mínima señal de disgusto, ni siquiera desconcierto, por todo aquello. Se habían metido en un lugar en que lo absurdo era lo normal, o quizá es que le habían llamado Departamento de Niños Perdidos a algo que más bien era una Cárcel para Niños Perdidos, pero como la palabra *cárcel* no aparecía en ninguna parte nadie se sentía prisionero. ¿Cuánto tiempo llevaban recluidos ahí estos pobres desgraciados? Parecían tan cómodos como si estuvieran en su propia casa cenando una

hamburguesa frente al televisor, o lo que quiera que hicieran en sus casas a esas horas. ¿Nadie se había ocupado de dar aviso por megafonía para que sus padres acudieran a buscarlos?

Tuvo que reconocer con pesar que el vagabundo tenía razón: meterse en el Departamento de Niños Perdidos había sido un error, uno de esos malentendidos a los que conduce un lenguaje engañoso, y llegados a esta certeza se imponía una solución obvia: salir de allí cuanto antes.

Pero seguramente salir de allí no iba a ser tan fácil como entrar. Las monjas no sólo supervisaban, también vigilaban las puertas y concedían o denegaban permisos para entrar y salir del comedor cuando alguien pedía ir al baño —esa insólita *toilette* invadida por las arañas—. Franz empezó a observarlo todo imaginándose —no pudo evitarlo— que era un aviador de las fuerzas aliadas que planeaba su fuga de Colditz, como en el juego. Había lugares en los que no existía más salida que la fuga, lugares como un campo de prisioneros de guerra; ¿era éste el caso, o todo eran imaginaciones suyas y podría marcharse de allí con sólo solicitarlo? Para salir de dudas podía preguntar amablemente por la salida y ver si todo se resolvía de un modo civilizado; pero caso de recibir una negativa —de que esto fuera realmente un recinto de reclusión ignominiosa—, la pregunta pondría en alerta a los vigilantes, y eso dificultaría la fuga que inevitablemente debería planear después. Por otro lado, marcharse de forma subrepticia de un lugar en el que nadie lo retenía resultaría muy poco educado, presupondría mala intención en unos anfitriones que acababan de ofrecerte su mejor sopa de grasa peluda —¿qué habría sido del Sauerkraut de la cocina?

Franz necesitó todo su pensamiento adulto —y todo el tiempo que sus compañeros comensales emplearon en terminar de comer manzanas— para hallar solución al dilema de la salida o fuga, que debía aunar inteligencia, intrepidez y buena educación, tres de las más altas virtudes a las que Franz aspiraba. Él y Greta esperarían a la noche y, discretamente, buscarían la salida de la que les había hablado la cocinera, pero antes dejarían una nota en alguna parte bien visible. La nota debería decir algo así: *Apreciadas sor Fauna y sor Flora: Hemos tenido que marcharnos urgentemente por un asunto familiar. Muchas gracias por su hospitalidad. Franz y Greta*. Cuestión accesoria era si convenía incluir en el encabezado a

la cocinera —*Sra. Cocinera*, con abreviatura—, o si sería un bonito detalle dejar también un mensaje para Nula: *Saluda de nuestra parte a tu hada madrina…* Lo fundamental era que, de este modo, tanto si estaban siendo víctimas de cautiverio como si no, y tanto si conseguían salir de allí como si no, habrían mantenido las buenas maneras sin renunciar a la astucia.

A otro toque de palmas de sor Fauna los niños se levantaron ordenadamente de los bancos, y en fila de a dos salieron por la puerta principal, que Nula había abierto a dos batientes. La formación perdió rigidez una vez abandonaron la sala; todos se encaminaron hacia unas anchas escaleras por la que los primeros en salir ya estaba subiendo. Ahora hablaban entre ellos; se había roto la ley del silencio que regía en el comedor. A Franz le pareció buen momento para abordar a la niña que estaba sentada al lado de Greta y obtener de ella alguna información. Era educada y por tanto digna de confianza, sin duda; iba caminando un poco por delante de ellos, Franz tuvo que apresurar a Greta mientras subían escalones para llegar a su altura y hablarle.

—Hola. Me llamo Franz —le dijo.

—Hola, yo me llamo Alicia.

Qué casualidad: Alicia, como Alicia.

—Ésta es mi hermana Greta. Acabamos de llegar y andamos un poco despistados.

—Ya, a mí también me pasó. Pero es todo muy fácil, ya veréis.

A Franz le pareció desenvuelta y bienhumorada. Mientras subían escalones —muchos y muy altos, Greta casi tenía que escalarlos—, Alicia explicó a Franz que se dirigían a los dormitorios, y como ellos eran nuevos, sor Merryweather tendría que asignarles una cama. Después deberían desvestirse, cepillarse los dientes y acostarse. Sor Merryweather les daría un camisón y un cepillo y todo lo que necesitaran, eso no era problema, lo peor era que a veces se sometía a los nuevos a alguna novatada, de modo que Franz no debía extrañarse si notaba algo raro mientras dormía, puede que le embadurnaran el pelo con dentífrico o algo por el estilo, y lo mejor en ese caso era aguantarse porque sor Fauna detestaba a los chivatos, sor Flora nunca quería saber nada de nada y sor Merryweather era buena pero un poco tonta, así que más valía callarse y lavarse la cabeza entera por la mañana, el agua estaba

fría pero no era para tanto.

Oyéndola, a Franz le gustó también la voz de Alicia; su dicción, su expresión inteligente. Sin embargo, algo fallaba en su discurso.

—¿Cuánto tiempo hace que te perdiste? —le preguntó.

—Bastante, creo que ya me queda poco de estar aquí.

—Pero cuánto tiempo hace exactamente, ¿dos días?, ¿tres?

Alicia sonrió, como si le pareciera una pregunta tonta:

—Uf, mucho más.

—¿Y no han encontrado todavía a tus padres?

—No es tan fácil, ¿sabes?, lleva su tiempo.

Alicia trató de explicitar las dificultades que entrañaba el asunto. Localizar a los padres de cada cuál era ya difícil, pero además luego había que verificar su documentación, pasar las pruebas de ADN, confirmar bajo juramento que deseaban recuperar a sus hijos y tenían medios para educarlos adecuadamente, recibir en el domicilio familiar la visita del inspector, pasar el trámite en los juzgados y un montón de otras peripecias burocráticas que a Franz le habrían parecido kafkianas de haber dispuesto de ese adjetivo, de modo que las calificó mentalmente de absurdas y complicadas y un poco estúpidas, que es lo que hubiera dicho Linda.

—Podríamos prescindir de todo eso y volver a casa en un taxi —dijo al cabo—. Basta con detener uno libre que pase por la calle y darle la dirección de tu casa.

—Y ¿cómo vas a pagar el taxi si no tienes dinero?

Franz pensó en Nicolás, el portero de tarde, pero sabía que no todos los niños viven en una finca con portero de uniforme que puede pagar los taxis por ellos. Él era un niño rico.

—Supongo que también podríamos parar un coche de policía. —Pero de pronto se le ocurrió algo mejor—: O nosotros podríamos acompañarte en taxi primero a tu casa y luego dar la dirección de la nuestra.

Alicia se quedó mirando a Franz con un punto de condescendencia.

—Se nota que eres nuevo: ¿crees que nos dejarían salir a la calle a buscar un taxi?

—Deberían. Si nos dejaran salir ya no estaríamos perdidos.

—No se puede permitir que un niño vaya solo por las calles en

busca de un taxi. Cualquiera podría secuestrarlo o hacerle cualquier barbaridad. ¿No lees nunca las noticias?

Aquello parecía zanjar la cuestión. Sin embargo Franz pensó en sus excursiones para ir a la panadería: jamás había tenido miedo de que alguien lo secuestrara, aunque también era cierto que nunca había salido a la calle de noche, y menos aún con Greta, que corría a la velocidad de un abuelo y resultaría facilísima de secuestrar a poco que los malhechores no padecieran asma. Con todo, aun admitiendo que los argumentos de Alicia merecían consideración, seguía habiendo algo estúpido en todo aquello. Se le ocurrían mil maneras de protegerse de hipotéticos secuestradores, por ejemplo pidiéndole al padre o la madre de otros niños que llamara a un taxi por teléfono, o al empleado de cualquier tienda del centro comercial cercana a las entradas. La gente común es lo bastante bondadosa para hacer algo así en favor de un niño perdido que le pide ayuda educadamente, no hay más que ver cualquier película para darse cuenta.

Al menos ahora sabía gracias a Alicia que no les estaba permitido marcharse sin más, así que aquello empezaba a ser una fuga de Colditz en toda regla.

Los dormitorios son en realidad un solo dormitorio, una gran sala alargada en el último piso, bajo los caballetes del tejado. Hay literas a lado y lado del pasillo central, con un armario metálico adjunto. Se oye un barullo de voces y portezuelas, niños en camisa de dormir van y vienen sin parar de los lavabos que están en el rellano. Franz observa que Greta es la menor de todos y sabe que será incapaz de hacer ella sola todo eso que hacen los demás, desvestirse y ponerse la ropa de dormir y cepillarse los dientes. Le sobreviene una abrumadora pereza cuando piensa que tendrá que asistir a su hermana en todo.

Se agacha hacia ella y le habla.

—Tú quieres que nos marchemos de aquí, ¿verdad?

Greta asiente.

—Pues si quieres que nos marchemos tendrás que hacer lo que yo te diga sin protestar, ¿de acuerdo?

Greta es en general muy poco dada a hacer lo que se le pide sin

protestar, pero vuelve a asentir.

—Primero los dos vamos a ser muy obedientes y vamos a hacer lo que nos digan las monjas, ¿vale? Y después, cuando todos duerman, nos marcharemos, pero si lloras o protestas lo estropearás todo.

—¿Vamos a escaparnos?

—No vamos a escaparnos, vamos a salir sin que se entere nadie. Es como un juego.

Greta nota que algo no encaja —¿un juego a estas horas?—, pero quiere marcharse de allí, tampoco le gusta este lugar y además tiene hambre, no ha comido más que una manzana verde y ácida.

Franz sabe que no bastará con la complicidad de su hermana. ¿Cómo va a salir de allí con una niña pequeña sin que nadie se entere? Puede recurrir a Alicia; conoce el lugar y le ha dicho antes que no convenía chivarse de las novatadas, así que ella tampoco se chivará si la entera de su plan de fuga —de salida discreta—. A lo mejor incluso querrá marcharse con ellos.

A él le gustaría.

La idea novedosa de ser tres en lugar de dos le infunde ánimo.

—¿Vamos a ir a comer pastel de chocolate con la cocinera? —dice Greta.

—No, nos vamos a casa y comeremos allí.

A pesar de todo, Franz piensa que quizá podrían salir del dormitorio por esas escaleras de las que les ha hablado la cocinera. Unas escaleras de caracol en el ropero, les ha dicho. ¿Dónde está el ropero?

Se oyen unas palmadas de atención.

—A ver, dónde están los nuevos —dice la monja bajita y redonda, sor Merryweather.

Se adelantan por el pasillo Franz, Greta y los otros dos que han llegado un poco antes que ellos: el pequeño que lloraba y el que estaba en la trona de la peluquería. Sor Merryweather considera sus tallas a ojo y les pide que la sigan al ropero, al fondo del dormitorio, separado de las literas por una gruesa cortina que parece hecha con mantas viejas. Mientras sor Merryweather remueve sábanas y camisones, Franz busca la escalera de caracol; hay una puerta cerrada que quizá da acceso a ella; por lo demás, hace lo que se espera de él: recoge con los brazos extendidos sus

sábanas y las de su hermana, los camisones y los cepillos de dientes. No piensa salir al centro comercial y mucho menos pedir un taxi en camisa de dormir —a veces ha soñado que está en la calle en pijama y es muy embarazoso—, pero por el momento está dispuesto a ponerse esa absurda prenda y hacer todo lo que le digan, sólo hay que confiar en que Greta lo secunde sin organizar una escena de las suyas.

Las camas que les asignan son contiguas y no están muy lejos de la de Alicia. Franz tiene que hacer la suya y la de su hermana. Detesta hacer camas aunque sabe hacerlas, Linda le enseñó cuando era pequeño. Después hay que desvestirse y ponerse el camisón.

—Póntelo encima de la ropa —le dice a Greta.

Greta se porta bien y no opone reparos tales como que la tela huele raro o que tiene calor. También él se pone la camisa de dormir por encima y se arremanga las perneras de los pantalones para que no se vean por debajo. Tienen que cepillarse los dientes, y en eso es Alicia la que asiste a Greta porque él no puede entrar en el lavabo de las niñas; ha sido muy amable al ofrecerse, y parece que le gustan los niños pequeños como Greta. El lavabo de los chicos es atroz, con una fila de lavabos con chorretones de óxido y letrinas parecidas a la del corral, aunque por suerte no hay tantas arañas en las vigas. Tampoco hay dentífrico en ninguna parte —¿lo habrán requisado otros niños para embadurnárselo en la cabeza mientras duerme?—. Ante el espejo se lleva una mano a sus cuernecillos imaginarios. Ahora más que picarle casi le duele ahí, como si estuvieran a punto de salirle dos chichones.

Todo esto se le hace a Franz largo y penoso. Así como encuentra una gran felicidad en comportarse educadamente, le deprime obligarse a hacer algo que no quiere hacer. Tal como le enseñó Linda, trata de explicarse sus sentimientos con palabras, y esa búsqueda interior lo abstrae del ambiente lúgubre del lavabo con lagrimones de óxido, de la bombilla desnuda que hiere los ojos a través del espejo, del áspero camisón con el cuello raído tras el que cuesta ocultar la camisa que lleva debajo. La educación nace de la consideración hacia los demás, piensa, la obediencia forzada nace de la falta de consideración hacia la propia persona, equivale a ser maleducado con uno mismo, a no respetar la propia libertad y los propios deseos. Eso se dice Franz ordenando cuidadosamente las

palabras, aunque puede que sea Linda la que lo dice a través de él. Sin embargo Franz obedecía a Linda —casi siempre, al menos—. ¿Por qué no era triste y deprimente obedecerla a ella? Porque Linda no doblegaba su voluntad, porque sólo le mostraba una manera de hacer, ella conocía las reglas del videojuego mejor que él y valía la pena observar sus movimientos y a menudo copiarlos, igual que cuando estudiaba en YouTube la partida de *Gotham City* que había jugado alguien más experto que él, una forma de quemar etapas en el tedioso proceso de aprender mediante prueba y error. Pero sobre todo Linda era educada con él, es decir que sólo le negaba lo que era su potestad negarle, su amabilidad, su buen humor o sus regalos —los coches a escala, la tarde de cumpleaños en el Bois de Châtillon —, todo eso era negociable, Linda podía darlo o retirarlo, pero jamás trató de quitarle lo que era suyo y sólo suyo, su libertad, su dignidad, el respeto que se debía a sí mismo y a sus deseos.

Por un momento —dos segundos de ensueño—, Franz cree que la casa a la que se propone regresar esta noche es su casa de verdad, la casa común de Franz, Greta y Linda en Ginebra, aquel apartamento alto y luminoso, su habitación con vistas al surtidor y a los tejados.

Abre el grifo roñoso y se lava la cara con agua fría, muchas veces, hasta que la repetición desplaza cualquier otra idea de su cabeza. No hay toalla, se seca con los faldones del camisón. Ha podido con el mal rato, pero hay que esforzarse en pensar en algo positivo y además posible. Se acuerda de esa misma mañana, cuando ha ido a por el pan y el mundo le ha parecido tan grande, tan repleto de estímulos. Ese es el universo que está allí afuera esperándolo y ese es el futuro al que hay que dirigirse, porque no se puede regresar al pasado, los viajes en el tiempo generan paradojas que, sencillamente, la realidad no puede permitirse.

Las dos niñas habían vuelto al dormitorio antes que él. Alicia explicó el protocolo a seguir a partir de aquel momento. Sor Merryweather daría unas palmadas, en dos minutos se apagaría la luz y para entonces todos debían estar metidos en la cama. Después habría bastante silencio, hasta que sor Merryweather se quedara dormida en su butaca; entonces uno ya podía decidir si dormir o

hacer un poco el gamberro, pero entre semana era mejor dormir porque sor Fauna los despertaba a las seis para formar y hacer gimnasia. Franz la oyó hablar abstraído en la idea de cómo podía Alicia mantener aquella compostura en un lugar tan horrible y triste. Después ya no tuvo ocasión de explicarle su intención de fuga porque se oyeron las palmadas y Alicia les dijo buenas noches y corrió hacia su litera.

—Ahora tienes que fingir que duermes hasta que yo te despierte, ¿vale? —le dijo a Greta mientras la arropaba.

—Tengo hambre.

—Déjate de hambre ahora, ¿has hecho pipí?

—Sí.

—¿Seguro? Luego no empieces como siempre.

Cuando sor Merryweather apagó la luz general quedó el resplandor de una lamparita en la mesa que había a la salida del dormitorio, ante el paso hacia los lavabos y las escaleras. Algunos niños rezagados corretearon hacia sus camas en la oscuridad y durante unos minutos se escucharon cuchicheos que sor Merryweather amonestó. Al poco, cuando ya solo rompía el silencio alguna tos o estornudo, la monja sacó un libro del cajón de la mesa y se sentó en la butaca orejera. Franz podía ver entre los travesaños de las literas cómo se humedecía los dedos para pasar páginas. ¿Y si no se dormía leyendo? Miró en dirección a la cama de Alicia; no vio movimiento, aunque era difícil percibirlo en la oscuridad. Su hermana tampoco se movía. El tiempo pasaría más rápido si no pensaba en su transcurso; reprimió las ganas de levantar la cabeza a cada momento y mirar hacia sor Merryweather. Cuando le pareció que había esperado un buen rato lo hizo al fin, pero la monja no dejaba de pasar páginas. Cerró los ojos y se propuso esperar aún más antes de volver a mirar. Hacía calor con la ropa puesta, la camisa de dormir y la manta cubriéndolo; se destapó para aliviarse y en la pequeña ganancia de bienestar le venció el cansancio y cayó en un sopor muy parecido al sueño. En ese estado se figuró a sí mismo sentado dentro de un gran caldero lleno de agua y colgado al fuego; el agua estaba cada vez más caliente y Nula llegaba sonriendo y echaba unas zanahorias cortadas. De pronto lo sobresaltó notar algo que hundía el colchón de su litera.

—Eh, ¿vais a escaparos?

Era el niño de las cejas puntiagudas; se había sentado a los pies de la cama y le hablaba otra vez en susurros.

—¿Qué? —dijo Franz por ganar tiempo.

—He visto cómo os poníais el camisón encima de la ropa. ¿Vais a escaparos?

Franz miró en dirección a sor Merryweather. Su gruesa barbilla le tocaba el pecho y ya no se veía el libro ante sus ojos; roncaba ligeramente, emitiendo un silbido.

—Se duerme enseguida —dijo el niño de las cejas—. Pero si vais a escaparos puedes tener por seguro que os pescarán.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Franz.

—¿Crees que eres el único que ha querido escaparse? La puerta del centro comercial está cerrada por la noche. El único camino es salir por el huerto y cruzar el cementerio y el río, pero después de todo eso tendrías que atravesar los Territorios Asombrosos, y no creo que seas ni tan valiente ni tan tonto para eso.

—¿Los Territorios Asombrosos?

Franz había oído antes esa expresión, pero no recordaba dónde.

—Ningún niño vuelve de allí —dijo el otro—, y si vuelve es porque se ha vuelto loco.

—¿Qué?

—Cuando esto era una inclusa para huérfanos, un niño se escapó y volvió al cabo de unos días, pero cuando lo encontraron en el huerto se había comido sus propias manos y no podía hablar, sólo ladraba. Las monjas tuvieron que ponerle el plato en el suelo para que comiera, y después de tres días se murió de rabia echando espuma por la boca, todo por algo que le había pasado en los Territorios Asombrosos.

—¿Quién dice eso?

—Sor Peluda, pero todo el mundo sabe que es verdad; en el suelo del comedor todavía está el plato de aquel niño, y una vez vimos su tumba en el cementerio de los huérfanos. «La Tumba del Niño Loco», eso dice en la cruz de madera.

—¿Y cómo sabe sor Fauna que se había comido sus propias manos?

El niño de las cejas tuvo que pensar un poco.

—Porque le abrieron la tripa para ver de qué se había muerto, y entonces le encontraron los huesos de las manos en el estómago.

Aquello tenía un aire inequívoco de patraña. Uno no puede comerse sus propias manos, seguro que algo lo impide, por ejemplo el dolor, o la sangre que se pierde. Una vez Franz se clavó un pequeño formón en el brazo en clase de manualidades y tuvieron que llevarlo al dispensario y darle tres puntos de sutura; el dolor no fue nada espectacular —le dolieron mucho más los puntos—, pero se mareó y casi se cayó al suelo en cuanto empezó a ver sangre que le brotaba de la herida. Uno seguramente se desmayaría mucho antes de llegar a comerse un solo dedo, a menos que le fallara el sistema automático de desmayo porque se hubiera vuelto loco —aquella historia poseía cierta endemoniada coherencia interna—, sin embargo, ¿cómo evitar morir desangrado como los conejos? Cuantos más detalles se tomaban en consideración, menos verosímil parecía el cuento.

—No me lo creo —le dijo al niño de las cejas—. Sor Fauna os cuenta eso para que no os escapéis.

—Bueno, cuando pases por delante de la tumba no pensarás eso, si es que todavía quieres escaparte para entonces.

—No voy a escaparme, sólo vuelvo a mi casa.

Franz se incorporó y bajó de la litera. El niño del piso de encima estaba también despierto, mirándolo, y eran unos cuantos a su alrededor los que habían seguido la conversación susurrada. «Se van a escapar», oyó que decía alguien. Varios torsos se levantaron sobre los colchones para ver como Franz se movía en la oscuridad hasta la cama de Alicia. Estaba despierta y se incorporó al ver la silueta aproximarse.

—Mi hermana y yo nos marchamos —le dijo Franz en voz baja—. Si quieres venir con nosotros podemos esperar a que te vistas.

—No te puedes escapar —dijo Alicia en susurros pero alarmada—. ¿Sabes lo que puede pasarte si te escapas?

—¿Me volveré loco y me comeré mis propias manos?

—¿Quieres que te pase eso?

—Son inventos de las monjas para que tengamos miedo de escaparnos.

—¿Cómo lo sabes?

Odiaba que lo obligaran a demostrar que algo no existía; ¿cómo demonios iba a hacer eso? Le pasaba constantemente en el colegio y la impotencia que le hacía sentir le irritaba. Pero se le ocurrió un

buen argumento, siquiera *ad hoc*:

—Si fuera verdad que un niño se comió las manos y se murió de rabia nadie nos lo contaría. Los adultos nunca les cuentan a los niños historias horribles que son verdad, sólo les cuentan historias horribles que son mentira. ¿Qué, vienes con nosotros?

Alicia no contestó de inmediato, pero en la oscuridad resultó visible su negativa con la cabeza.

—No puedo, mis padres estarán ya a punto de encontrarme —pronunció al fin.

Era una pena. Volvían a ser sólo dos.

—Bueno, entonces adiós —dijo Franz—. Y gracias por todo.

Al volverse vio que había varios niños fuera de las literas, siguiendo sus movimientos y cuchicheando en voz baja. Miró inquieto hacia sor Merryweather; seguía emitiendo pequeños ronquidos. Greta se había dormido también; Franz la sacudió un poco y ella protestó en sueños. Despierta era ya un problema, pero adormilada podía ser mucho peor, estaría de mal humor, como cuando se quedaba traspuesta en el coche y había que hacerla subir a casa. La notó empapada en sudor al tocarla; logró que se incorporara y tiró de sus piernas para dejárselas colgando de la cama y ponerle los zapatos. Ella se restregó los ojos y lloriqueó un poco.

—Shssst, calla, nos vamos a casa.

Trató de ponerla de pie para quitarle la camisola de dormir y ella estuvo a punto de caerse, pero al menos había dejado de protestar y ayudó levantando los brazos y dejándose hacer. Cuando estuvieron dispuestos para marcharse, la expectación que se había creado era notable, pero eran miradas anónimas, Franz sólo se sintió obligado a despedirse del niño de las cejas puntiagudas, que lo acompañó hasta el ropero como si fuera una especie de representante de los demás. Se preguntó si debía invitarlo también a marcharse con ellos.

—Espero que si volvemos a vernos no te hayas comido las manos —le dijo el niño Franz, y en ese momento supo que era mejor no invitarlo.

Salir fue fácil. La puerta que había en el ropero se abrió girando la manilla de porcelana y detrás estaba la escalera de caracol, embutida entre paredes. La luna iluminaba a través de unos

ventanucos. Franz pasó delante de Greta para poder sujetarla en caso de que cayera, pero eso la obligaba a bajar los escalones ella sola, agarrada a la barandilla. El descenso fue lento y entorpecido por la penumbra; llegaron abajo un poco mareados. Allí estaba más oscuro, pero se veía la puerta de salida de la caja de las escaleras. Franz giró la manilla con cuidado, abrió un poco y miró afuera.

Por un lado, el pasillo avanzaba hacia una estancia iluminada, por el otro, giraba en un recodo. Su sentido de la orientación estaba confundido, pero le pareció lo más sensato tomar el camino hacia la luz; la oscuridad presenta grandes inconvenientes al avance, aunque uno sea muy valiente. Greta estaba tranquila, eso era importante. Recorrieron el pasillo y al llegar al quicio iluminado Franz asomó la cabeza para ver a dónde habían llegado.

Era la cocina vista desde otra entrada, con el hogar y la larga mesa de madera gris.

No había nadie dentro, ni siquiera Nula, y el fuego ya no era de brasas, crepitaba en llamas bajo el caldero. Sobre la mesa, al lado de las calabazas de piel extraterrestre, vieron un gran pastel de chocolate de dos pisos de altura. En realidad parecía no haber nada más en toda la estancia, no pudieron evitar acercarse pisando con cuidado sobre las losas. Era como un pastel pequeño puesto encima de otro más grande, con una cereza confitada en lo más alto. Las paredes verticales eran de bizcocho muy oscuro; se veían en algunas partes los trocitos de cereza que trufaban la masa y densos chorretones de chocolate rebosaban componiendo festones cremosos.

Se acercaron aún más.

Alguien había cortado dos pedazos triangulares en la base; estaban un poco retirados hacia atrás y se ofrecían sobre la gran bandeja de porcelana verde que recogía toda la construcción de chocolate y cerezas.

Parecía una cabaña con la puerta abierta.

Franz y Greta se miraron.

Él estaba muy serio; sus tripas sonaron y siguió tan serio, entonces volvieron a sonar y Greta tuvo que llevarse la mano a la boca para reprimir la risotada. Volvieron atrás hasta el corredor y allí esperaron a que se les pasara el ataque. En realidad no era momento de risas, y además Greta estaba de pronto excitadísima,

sin rastro de sueño, como si el bicho goloso que habitaba en su interior hubiera anticipado una bacanal de azúcar.

—No vamos a comer pastel de chocolate —dijo Franz en susurros, y al instante se dio cuenta del error de haber pronunciado la palabra *chocolate*, eso no podía más que estimular aún más al bicho.

—¿Por qué no? La cocinera ha dicho que podíamos.

—Porque puede traernos problemas. Y has prometido hacer lo que yo te dijera, ¿te acuerdas?

Greta dio un zapatazo en el suelo y se enfurruñó.

—Tú siempre tienes que mandar, ¿no?

—No estoy mandando, pero si comes pastel me marcharé sin ti y ya te entenderás tú con la cocinera. ¿Qué prefieres, volver conmigo a casa o quedarte aquí comiendo pastel?

Franz se sintió algo mezquino, al fin y al cabo no iba a marcharse sin su hermana, así que en cierto modo le estaba mintiendo. Tendría que reflexionar sobre la licencia moral que se estaba tomando, pero no ahora.

—Siempre quieres mandar como si fueras mi padre —dijo Greta, que conocía los puntos flacos su hermano. Pero Franz ya avanzaba hacia la mesa de la cocina y Greta fue tras él, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. La idea era salir al patio por la puerta de la gatera, justo al otro lado de la mesa, y el pastel era realmente apetitoso, Franz tuvo que tragar saliva al pasar junto a él; ni siquiera se había comido la manzana, que finalmente se había quedado en el bolsillo de la bata.

Estaba ya a tres pasos de la puerta cuando oyó a su espalda una voz conocida:

—Ah, mis niños favoritos; habéis venido a comer pastel…

Franz se volvió hacia la voz y también lo hizo Greta, que venía detrás.

—Sólo pasábamos por aquí, ya nos íbamos —dijo Franz, pero cuando su hermana le mostró la cara vio que apenas podía cerrar la boca, orlada de chocolate brillante y llena de bizcocho a dos carrillos. Por un momento vio al bicho goloso mirándolo a los ojos como un lémur sorprendido.

—Venid, venid a comer un poco más; dejad que os dé un besito, sois tan guapos y oléis tan bien…

A Franz sólo se le ocurrió una respuesta:

—¡Corre! —le grito a Greta, mientras se atropellaba tratando de abrir la complicada puerta de dos piezas.

Se golpeó la cabeza con ella antes de conseguirlo y, sobre los latidos de su corazón, oyó otro golpe sordo tras él. Se volvió y vio a su hermana en el suelo, caída de bruces y demasiado asustada para llorar. Retrocedió para ayudarla a levantarse pero era demasiado tarde: la cocinera había alcanzado ya su altura y agarró a Franz al vuelo por el pescuezo de la camisa, «A dónde van mis niños guapos, mis favoritos». Franz se retorció tratando de zafarse —habría chillado con todas sus fuerzas si no le hubiera parecido tan humillante reaccionar como un conejo—, pero sólo consiguió que el cuello de la camisa se estrechara alrededor del suyo propio hasta quedar inmovilizado. Greta, que en la peripecia había quedado entre las piernas de la cocinera, se levantó del suelo y en el movimiento le hizo perder el equilibrio, momento en que la mujer soltó a Franz para agarrar no importaba qué, cualquier cosa le habría servido de asidero para no seguir trastabillando hacia atrás, sacudiendo los brazos para equilibrarse. Franz vio en plano medio como daba dos pasos, y luego tres y cuatro, todos en falso y en dirección a la chimenea, hasta que perdió pie en el escalón del hogaril y cayó de nuca contra el caldero. Se desplomó sobre el fuego y, mientras tomaba aire para lanzar el primer grito, recibió sobre la cabeza gran parte del agua hirviente y las verduras que se vertieron del caldero bamboleante. Entonces sí, entonces gritó de forma más horrísona de lo que cualquier conejo podría soñar jamás, y Franz y Greta, paralizados ante la visión, la vieron botar de nalgas sobre los troncos encendidos, chillando y moviéndose como si montara al galope sobre las brasas. No eran capaces de mover un sólo músculo; vieron como la mano de la cocinera tanteaba el aire para alcanzar la cadena ardiente del caldero, cómo se agarraba a ella con todas sus fuerzas a costa de recibir otro chorretón de agua hirviendo sobre la cabeza, y cuando consiguió ponerse en pie con el vestido llameando y la cadena marcada a fuego en la palma de las manos, se quitó la cofia y un puñado de pelo pajizo que se fue con ella dejando una calva enrojecida, volvió a gritar con los ojos muy abiertos y echó a andar hacia ellos con las manos adelantadas.

Sólo entonces se activó el reflejo de huida de los dos niños y

escaparon corriendo por la puerta de la gatera.

Corrieron y corrieron, atravesaron el patio de la cocina, pasaron ante el pozo y el muro de los gordolobos, giraron hacia el huerto, donde tropezaron con los repollos en la oscuridad. Franz no podía dejar atrás a Greta y eso le aceleraba aún más el corazón, impedido para trasladar toda su energía al aparato locomotor. Al final del huerto se encontraron unos matorrales altos y detrás un murete de rocalla oscura, invisible hasta que tropezaron con él. Franz se sentó encima para superarlo, pero no fue tan fácil para Greta, las piedras eran afiladas, puntiagudas, Franz tuvo que volver atrás y aupar a su hermana hasta que quedó sentada sobre la solera, y luego pasar al otro lado para ayudarla a bajar. Ambos se hicieron heridas con las lajas, Franz en el dorso de las manos y Greta en las pantorrillas, pero no notaron el escozor hasta un buen rato después.

Cuando estuvieron más allá del murete y bien alejados de él se sintieron lo bastante seguros para detenerse y respirar. Desde allí, mientras recuperaban el aliento, vieron como se encendía una luz en el piso superior del edificio, y otra más en la planta baja, y pareció también llegarles el rumor de distintas voces de alarma, aunque no parecía que nadie hubiera salido tras ellos.

Se echaron en la hierba baja hasta recuperar completamente el resuello. Habían ido a parar bajo las ramas de un espino cargado de bayas rojas que parecían azules a la luz de la luna, grande como la del cartel de *ET* que Franz había visto en Google Images. Desde esa perspectiva, el voluminoso arbusto nimbado por la luna dibujaba la silueta de un hermoso fantasma de sábana, que arrastraba la cola y levantaba los brazos hacia ellos. Franz se incorporó y a través de las ramas adivinó el camino por el que el fantasma parecía haber llegado hasta allí. A pocos metros de donde habían saltado el murete hubieran encontrado un paso franco desde el huerto, y el paso daba a ese camino apenas marcado por una franja de hierba pelada.

¿Eran ya, oficialmente, unos prófugos? En cuestión de minutos la escena que acababan de presenciar en la cocina no fue más que un recuerdo vago; lo inmediato era que seguían perdidos y desconcertados, en realidad más perdidos y desconcertados de lo

que habían estado hasta el momento. El lugar en el que se adentraban se parecía a un bosque con árboles demasiado ordenados, muy rectos y repeinados a los lados del camino. Eran viejos y altos cipreses, pero Franz no habría distinguido un ciprés de un sicomoro, y tampoco sabía que aquella circunspecta especie custodiaba los camposantos desde la antigüedad, de modo que hasta que no avanzaron un poco más por el sendero y vieron la primera cruz de piedra, Franz no captó las pistas.

Estaban en un cementerio.

De hecho en *el* cementerio: el primero que Franz y Greta visitaban, aunque ambos tenían amplia experiencia en lo que a cementerios de película, dibujos animados y videojuegos se refería. En ese escenario al que se habían asomado siempre a través de una pantalla, el peligro principal era bien conocido: los zombis. Franz, cuya cultura cinematográfica era algo más sofisticada que la de su hermana, sabía que los cementerios presentaban además otra amenaza: los vampiros, y en particular un vampiro de alcurnia llamado conde Drácula que podía transformarse en murciélago y volar —nada que ver con Batman—. Pero los vampiros, caso de habitar en un cementerio —casi siempre vivían en apartamentos minimalistas, como la gente normal—, reposaban en una cripta gótica, acomodados en un féretro capitoné de seda blanca y bien lejos de cualquier cruz, así que el peligro en este cementerio con cruces y sin criptas góticas sólo podían ser los zombis, que quizá fueran torpes, estúpidos e incapaces de volar, pero a cambio eran muchos, muy voraces y tremendamente maleducados.

Pero todo eso era fantasía. Ahora, en el mundo real, Franz debía pasar con su hermana por un camino que discurría entre tumbas hasta encontrar el río del que le había hablado el niño de la cejas en punta, y habría sido estúpido pensar en zombis y otros seres maléficos tan inventados como las hadas madrinas —aunque había que admitir que para algunas personas existían—; no era precisamente un acceso de terror infantil lo que le convenía ahora, para eso ya se bastaba Greta.

Ella no le dio en realidad mucha importancia al escenario, lo asoció a cierto programa infantil que había visto: los zombis eran cadáveres de peluche que celebraban el cumpleaños de una encantadora muerta viviente de largas pestañas azules. Para Franz,

en cambio, aproximarse a una tumba fue el momento solemne en que, por primera vez en su vida, se sintió en presencia de un muerto real, justo delante de él. Había alguien allí, acostado de cara al cielo con una pesada cruz de piedra a modo de cabecero, mirando eternamente a las estrellas. ¿Qué podía quedar de una persona muerta ahí debajo?, ¿huesos, una calavera? Había visto en los documentales momias egipcias que parecían muñecos calcinados con las mandíbulas hechas pedazos, y aunque fueran auténticas y no un atrezo de película, tampoco parecían haber sido nunca personas de verdad nadie las trataba como a muertos reales sino como a valiosos objetos de porcelana antigua, y uno se sentía impelido a creer que las momias habían sido siempre momias: primero cachorros de momia, luego momias adultas y por último momias muertas que alguien había encontrado bajo una pirámide. Sin embargo ahora, ahí enterrado delante de Franz, había alguien que había sido un ser humano de carne y hueso, algo en aquel lugar transmitía la convicción de que así era, quizá los cipreses, o quizá la luna que proyectaba la sombra de Franz tan cerca del pequeño promontorio en la hierba. Aquello era algo solemne, trascendente, y la curiosidad que sintió por leer el epitafio cincelado en la cruz fue enorme, aunque la presencia psíquica de aquel muerto real era lo bastante poderosa como para que Franz, caso de que las letras hubieran estado grabadas en un tipo más pequeño, no se hubiera atrevido a proyectar su sombra lunar sobre ellas para acercarse a leerlas:

> Aquí yace sor Filomena de los Dolores, que falleció a los LXII años de edad habiendo sufrido vómito de sangre con la mayor paciencia y en el último expiro, y le dedica esta memoria su hermano R.M.

Guau.

La fecha grabada al final era una colección larguísima de números romanos que en teoría Franz debía poder descifrar —había aprobado el examen correspondiente en la escuela—, pero eso era sólo en teoría. Por suerte eran pocas las tumbas con cruces de piedra y fecha en números romanos; enseguida, a medida que seguían el camino hacia el rumor del río, empezaron las filas de simples lápidas de hormigón, sin adornos cincelados ni guarismos

extravagantes.

> Aquí yace sor María Jacinta, que sabía hacer muy bien las yemas de san Leandro y los pestiños a la naranja.
>
> Aquí yace el niño Pascualín, que murió de tosferina. Y también yace su hermanito, que de seis años murió del destructor sarampión, y se llamó Manolito.

Otras lápidas en las filas de atrás no tenían inscripción, sólo una cruz pintada y una fecha. La más antigua que leyó Franz era de 1804, el año de la proclamación de Napoleón como emperador de Francia. Daba vértigo. Se le antojó investigar cuál era la sepultura más vieja de todas. Caminando entre ellas, Greta plantó una de sus merceditas rojas sobre un promontorio y presionó un poco, como si estuviera probando el mullido de un felpudo.

—Qué haces, tonta, ¿no ves que estás pisando a un niño muerto? —le dijo Franz.

A Greta no le gustó nada oír aquello. Se quejó y lloriqueó un poco, como cuando a veces Franz, perversamente, trataba de asustarla sólo por divertirse. Eso puso fin al entretenimiento y ambos niños regresaron al camino. Al final destacaba una última tumba, ya muy cerca de la linde con la ribera, marcada por unos álamos cuyas hojas hacían crujir el suelo. Era la única sepultura señalada con una cruz de madera, bastante rudimentaria. La inscripción estaba rotulada en pintura blanca, grande y bien legible:

> Aquí yace el Niño Loco, que quiso escaparse por este camino y perdió la razón, por eso ladraba y se comió sus propias manos, y al final se murió de rabia.

—¿Qué pone? —preguntó Greta.

—Tonterías. Vámonos.

Aunque él mismo era su único espectador —Greta no contaba en este momento—, sólo el prurito de no decepcionar a una platea por la que sentía el mayor respeto le infundió el valor necesario para desestimar la advertencia y seguir adelante. Al traspasar la linde de la ribera tuvo la convicción de que, ahora sí, eran dos prófugos, pero eso no era algo que mereciera festejarse: no se celebra una fuga hasta llegar a territorio aliado, o por lo menos neutral. Bajaron un desmonte tomado por los cálamos hasta el camino que bordeaba

la orilla. Se oía el sonsonete ubicuo de los grillos y un nítido rumor de agua que parecía atravesarlo en una dirección concreta. Desde allí, cincuenta metros río abajo, vieron un puente de piedra; se unía a su reflejo en el agua para formar un perfecto brazalete que embocaba el cauce. La hierba era resbaladiza y Greta cayó de nalgas dos veces mientras bajaban, había que fijarse mucho en cómo se plantaban los pies. Tan concentrados estaban en eso que, de pronto, se encontraron ya a pie del puente. Tenía altos pretiles de piedra y el ojo rampante, como si además de cruzar el río sirviera de escala para alcanzar la orilla de enfrente, más elevada sobre el curso del agua.

Un puente siempre invita a ser cruzado, sin embargo a Franz le asustó aquel paso expedito, que tenía algo de frontera abandonada. Si al menos hubiera habido un último vigilante, alguien con uniforme y gorra que pidiera pasaportes como en el aeropuerto, sabría que aquel era un tránsito normal, controlado, seguro. Pero nadie hacía guardia allí, no había indicaciones de dirección ni semáforos ni advertencia alguna, y sorprendentemente eso era lo que más le asustaba, mucho más que el miedo supersticioso a convertirse en el Niño Loco. Sintió una reticencia instintiva al acto de pura voluntad que implicaba cruzar. Seguramente a Alicia y a los demás niños tampoco les gustaba obedecer —a Franz le constaba que los niños no lo hacían por afición—, pero a cambio de la obediencia obtenían alguna seguridad, aunque fuera la triste seguridad de una miseria garantizada, en eso consistía el *quid pro quo*. Desobedecer se le reveló de pronto como la ruptura de un pacto, algo que comprometía a los niños con las monjas, y si quería liberarse de aquel lazo probablemente ya nadie le iba a garantizar nada, ni siquiera un plato de caldo rancio. ¿Tenía el valor de asumir los avatares de una aventura sin supervisión adulta? Estaba a tiempo de no cruzar y mantener el pacto tácito; romperlo iniciaba probablemente un camino sin retorno, algo como ver el mar por primera vez: después de eso, uno ya nunca puede dejar de haberlo visto.

¿Quería de verdad ver el mar?

Franz imaginó la perspectiva de deshacer el camino y lidiar con sor Fauna y las arañas que colgaban de las vigas mientras se cumplían aquellos trámites kafkianos de los que había hablado

Alicia.

Se detuvo justo a la entrada del puente; el empedrado en subida llegaba a un cambio de rasante que impedía ver el tramo de salida. Greta miró a su hermano; se dio cuenta de que sus ojos no veían, y eso significaba que estaba pensando. Lo que se preguntaba —Greta lo intuía y lo dejó pensar— era qué haría Linda en su lugar. Se lamió las diminutas gotas de sangre que le brotaban de los nudillos heridos en el murete mientras ordenaba bien las palabras.

Se podía pactar con alguien y en ese caso había que respetar los pactos, se dijo al fin, pero él no había pactado nada concreto con ninguna monja concreta, y sería un error ceder libertad genérica a cambio de seguridad genérica, sobre todo porque la libertad es la principal de las seguridades de las que disponemos.

Algo así, probablemente, hubiera pensado Linda.

Y después, casi sin duda, habría cruzado el puente.

II

DESPUÉS del convento y la inclusa fantasmales, después del cementerio de las monjas y los huérfanos, más allá del puente de ojo rampante, está el Bosque de los Suicidas, porque los suicidas son simbólicamente niños desobedientes que han cruzado el puente sólo para inmolarse un poco más allá, justo del otro lado. El suicidio es un pecado singular, no puede perdonarse porque hay que estar vivo para confesar y arrepentirse y después recibir el perdón, por eso el suicida es también un grandísimo soberbio que se hurta al escrutinio de la providencia; le da igual la expiación y la redención y la remisión, *il s'enfout*, le importa una higa, *chi se ne frega*. ¿Cabe mayor desacato, y más gratuito: pecar para morir en el mismo acto de pecar? ¿Y cabe sin embargo mayor canto a la libertad, a la autonomía humana?

Franz y Greta están cruzando el puente. Un pájaro nocturno que fluyera en vuelo sobre el río los vería apenas asomados entre los pretiles, encaminándose como muñequitos animados hacia el bosque de la orilla alta. Son robles retorcidos sobre un lecho de hojas secas; es otoño, noviembre, las copas han perdido parte de su fronda y el paladar del bosque ha quedado abierto a la luna. Se avecinan nubes, la atmósfera está en desequilibrio inmóvil, amaga un presagio de tormenta; no se oye nada ni huele a nada al otro lado de la orilla; no hay grillos, no hay juncos ni cálamos ni espadañas, y hace demasiado frío para que huela a algo, el aliento de los niños empieza a ser visible ante sus ojos. Ambos tiemblan por razones diferentes: Greta por el frío y un algo de miedo, nada que no pudiera soportar si llevara puesto su anorak; en Franz domina la excitación, después el miedo y por último el frío, así que temblaría aunque llevara dos anoraks superpuestos, porque la suya es la emoción del primer cosmonauta que abandona el sistema solar metido en una cápsula: una enorme nostalgia del hogar, un peso en el corazón y, al tiempo, una inmensa alegría por haber llegado tan lejos.

En otro orden de cosas ambos tienen hambre y están cansados. Cuesta subir el repecho que hay al pie de los primeros robles que sujetan la orilla con sus raíces. Las ramas peladas forman codos, rodillas, patas de elefante panza arriba, grises y arrugadas. Siguen caminando en ligera subida; Greta bosteza, su fatiga está derivando en somnolencia; y algo le ha ocurrido al cielo: la luna no llega ya tan nítida, se oscurece y trae una nieve fina como polen que vuela al viento frío. La pendiente es cada vez menos empinada, el sendero se allana sin conducir a ninguna parte, zigzaguea en el paisaje siempre igual a sí mismo, una maraña de troncos y ramas que componen una impresión fractal en el cerebro agotado de Franz. Greta sigue a su hermano sin perder de vista sus zapatos, toda su curiosidad está amortiguada por la fatiga y el sueño, y la nieve arrecia, las ramas emblanquecen y la detienen, y empieza a cuajar en el suelo. A ambos les gusta la nieve, la han echado de menos y sin embargo la habían olvidado igual que se olvida un juguete extraviado en una mudanza. La nieve delimitaba exactamente su hogar perdido, era lo que había afuera, tras las ventanas, cubriendo los tejados de la ciudad vieja con la catedral de Saint Fierre elevada sobre todos ellos. No habían vuelto a verla caer desde aquella tarde en que llamaron al timbre y en cuestión de horas estaban aterrizando dos mil kilómetros más al sur, en una tarde nítida y soleada que los deslumbró como un fogonazo. Ahora, al reencontrarse con la nieve, les parece que el frío remite un poco y se apodera de ellos una modorra inapelable, un dulce deseo de abandonarse al cansancio y dormir mientras cae lentamente sobre el bosque. Franz intuye peligro en esa lasitud; un calambre de estrés lo rescata de la llamada del letargo, le acelera el corazón, le refresca el cerebro embotado por la noche, por el largo día, por tanta información que su pensamiento adulto tiene pendiente de procesar, atorado como un hámster zampón con los carrillos repletos de semillas. Antes de descansar hay que encontrar refugio, el camino es sin duda más largo que la noche, no es posible seguir avanzando sobre la hojarasca blanca y mullida como un edredón, no es posible con este frío que muerde las orejas y ralentiza el pensamiento.

Basta entonces levantar la cabeza y mirar: ahí está el buen roble, esperándolos, el gran roble de tronco partido por el rayo,

inabarcable, inclinado sobre una roca mohosa que agarra con sus raíces. Y parece una hembra de cíclope recostada sobre un diván de terciopelo, sí, es una hembra de roble ciclópeo que ofrece su acogedor vientre hueco, y sus ramas maquilladas de sombra blanca reclaman a los niños en un abrazo múltiple. Es el mejor cobijo que podían haber imaginado, una cuna de madera viva, un atanor trasmutado por el rayo que rebrota en las ramas altas; ahí arriba está el muérdago, el relámpago en flor que procurará sueños confortadores a quienes se acomoden bajo su cautela.

Franz junta y recoge hojas con las manos para acolchar el interior del tronco horadado. Diseminadas por el azar entre la hojarasca encuentra unas pequeñas, extrañas bayas, con la misma media corteza de las bellotas y una cápsula violácea que sobresale a modo de glande. Franz toma una y le retira la corteza leñosa. Lo que queda en su mano es una de esas pastillas difíciles de tragar, como los antibióticos contra las anginas. Tienen una inscripción: *Nimbiax*, dicen las letras, y debajo hay números: 6mg/25mg.

Greta ha encontrado también una de esas, las hay por todas partes, y después de pelarla se la mete en la boca. Sabe dulce como un caramelo de violeta.

—Qué haces, no son caramelos —le dice Franz.

—Sí son caramelos.

—No: escúpela.

Franz ha de luchar físicamente con Greta, meterle los dedos en la boca y sacarle la pastilla. Greta llora, pero no ha tenido fuerzas para resistirse ni para protestar con energía. Escupe la tierra y la hojarasca que le han metido en la boca los dedos de su hermano, se limpia la lengua reseca con la manga del jersey.

—Tengo hambre —dice lloriqueando.

—Yo también tengo hambre, pero no podemos comer cualquier cosa. ¿Quieres morirte envenenada?

—No —dice Greta, pero no es una respuesta, sólo expresa frustración, impotencia—. Tengo sed.

—Ya lo sé. Aguanta un poco.

Franz también tiene sed, pero primero ha de pensar en el sonido de sus propias voces. Salvo un leve rumor de viento y hojas, es lo primero que oyen desde que han entrado en el bosque; las palabras han sonado amortiguadas, nadie las habría oído a unos pocos

metros tras la cortina de nieve tupida. Franz sabe que podrían regresar al río a beber en caso de necesidad, y también que pueden comer un poco de nieve, no se van a morir por eso, está limpia, recién caída, no es como la que caía en la calle y pisaban los coches. Le asalta un recuerdo perdido: su trineo de plástico rojo, el destello de su color Ferrari en una imagen mental. Estaba guardado en el trastero del sótano, cerca del cuarto de la lavandería, y era maravilloso cuando el sábado amanecía nevado y apresuraba a Linda para bajar corriendo a buscarlo. Su trineo rojo.

Hay ya bastantes hojas secas en el interior del tronco, parece el nido de dos ratones en un estuche de madera. Caben bien los dos si se enroscan capiculados como hermanos uróboros, formando un círculo que llena toda la matriz de roble macizo. Dentro el aire es más caliente, se nota nada más entrar, y pronto, a poco que se remueven para acomodarse sobre las hojas, el nido recoge el vaho tibio de sus respiraciones, el calor de sus cuerpos, y lo devuelve perfumado de almendras tostadas y caramelo. La ventisca exterior parece arrullarlos —*C'était dans la nuit brune / Sur le clocher jauni / La lune, la lune / Comme un point sur un i*— y a Franz y Greta les parece que huele a coco y a clavo; canta el viento y cae la nieve y parece que huele a manzanas, a albaricoques, a bálsamo de alcanfor; cierran los ojos calientes y recogidos y huele a cedro, a petricol y a raíces de vetiver. Están tan cansados, están tan lejos de donde quisieran estar, que se abandonan a la alternativa de un sueño feliz que tiene para ambos el mismo principio y el mismo final. Están en casa, en Ginebra, sobre la alfombra de arabescos rojo oscuro; Linda baila con Greta en brazos y canta muy suave —*Lune, quel esprit sombre / Promène au bout d'un fil / Dans l'ombre, dans l'ombre, / Ta face et ton profil?*—, Franz las mira sentado sobre una esquina de la misma alfombra, en calcetines, con su bata de cuadros azules, y mientras Linda baila con Greta se pone en pie y va a su habitación; la puerta está abierta, ve por la ventana el surtidor del lago y los tejados blancos, pero todavía nieva y no se puede salir con el trineo, y tampoco quiere entretenerse mucho mirando, sólo ha venido a ver si el surtidor seguía allí y a sacar su Ford Capri del aparcamiento; *Venez, Franz, danser avec nous*, está diciendo Linda desde el salón, pero a Franz no le gusta bailar, bailar es cosa de chicas; vuelve al salón porque le gusta ver cómo ellas

bailan mientras él conduce su Capri resiguiendo los complicados dibujos de la alfombra, y hay que tener mucho cuidado y gran pericia, porque ahora Linda tararea su vals favorito, *La belle au bois dormant*, y da vueltas y vueltas sobre toda la red de carreteras de cachemira. Greta se ríe porque le gusta dar vueltas bailando, y entonces parece que huele a café con leche y a bollos de mantequilla rellenos de frambuesa. Están llamando a la puerta, pero no importa, Franz no va a abrir y Linda tampoco abrirá, no esperan a nadie, no necesitan a nadie, no importa que el timbre suene con su voz pesada de carrillón, el vals de Linda ahoga su resonancia funesta, los niños quieren quedarse en este sueño sin cambiarle nada, y Linda quiere también quedarse en este sueño con ellos, por eso no van a abrir la puerta y nadie se los va a llevar nunca de allí, nunca, así que el timbre de carrillón deja de sonar y Franz y Greta pueden seguir durmiendo acurrucados en las entrañas del roble, y Linda puede también dormir abrazándolos mientras cae la nieve en Ginebra: puede descansar al fin del largo insomnio de los espinos. Los niños despertarán, ella los despertará por la mañana, tienen que seguir su camino y salir de este bosque venenoso, pero ella seguirá en su sueño eterno abrazada a sus cuerpecillos tibios; apenas abrirá los ojos un momento en una maravillosa tarde de otoño que parecerá una mañana de primavera, y terminará de arreglar el apartamento, preparará un ligero equipaje y les pondrá nombre a dos perros antes de regresar al Bosque de los Suicidas, ése será el sueño soñado, porque Linda es ya ahora y para siempre un roble majestuoso que duerme bajo la nieve.

Lo primero que se oye por la mañana son unos ladridos agudos, y la imagen mental que le llega a Franz es la del niño loco que se comió sus propias manos. Entra luz solar en el cofre de madera, pero ha de atravesar la pared de nieve que se ha acumulado al pie del tronco. Greta se remueve y sigue acurrucada mientras su hermano derriba la pared con las manos, quizá un poco asustado. El que está ladrando afuera no es un niño loco sino un pequeño terrier de pelo corto, blanco con manchas color chocolate. Menea el rabo y no puede contener las ganas de saltar sin propósito definido, sólo para hacer con sus patas pequeños agujeros en la nieve. A su lado hay un

setter inmóvil de color blanco y anaranjado, con las orejas gachas. El pequeño terrier da vueltas sobre sí mismo, se detiene mirando a Franz para ladrar, se acerca, levanta las orejas, sacude la cola erguida como una antena vibrátil. Franz avanza la mano y el perrito acude en busca de ella, frenético, su cola es un ventilador a toda marcha. Lleva un collar de cuero con una placa metálica. *Je m'appelle Albinoni,* dice la inscripción grabada.

—*Bonjour, Albinoni* —dice Franz, pero el centro de interés del animal ha virado hacia Greta que está saliendo del árbol. El setter no se mueve, sigue sentado en la nieve mirando a Franz con ojos saltones, un poco tristes. Franz se le acerca; tiene que levantar la mano ahuecada para alcanzar la altura de su cabeza; el animal apenas la agacha un poco para recibirla, con más docilidad que entusiasmo. En su collar también hay una pequeña placa grabada. *Je m'appelle Berlioz,* dicen las letras.

—*Bonjour, Berlioz* —le dice Franz— *Pourquoi êtes-vous si triste?*

Greta tiene ganas de hacer pipí y Franz también, pero la novedad de los perros, sobre todo *Albinoni*, que no deja de ladrar y correr y perseguir cualquier cosa que se le lance, los entretiene hasta que no pueden aguantarse más las ganas. A Franz se le ocurre lavarse los dientes con nieve y trata de que Greta haga lo mismo; no lo consigue: a Greta no le gusta cepillarse los dientes ni siquiera en casa, Úrsula tiene tres batallas diarias con ella por culpa de eso. Hace sol, el bosque reluce, los zapatos se hunden en la nieve y el sendero de hojas que empezaron a seguir por la noche se ha borrado, no hay dirección definida ni orden alguno en la maraña de árboles. A Franz se le ocurre buscar las huellas de los perros: tienen collar, procederán de algún lugar donde habrá gente, casas, teléfonos, taxis que puedan acudir a recogerlos. Busca alrededor del roble pero *Albinoni* no hace más que estropear el lienzo saltando y pisando por todas partes. De pronto el perrito se queda mirando a la lejanía, levanta una pata y yergue las orejas. Después empieza a ladrar y corre en esa dirección, sólo unos metros, enseguida se detiene para darse la vuelta hacia *Berlioz* y los niños y volver a ladrar. Ladra tanto y con tanto ímpetu que termina girando sobre sí mismo como una peonza, es evidente que quiere que lo sigan.

El pensamiento adulto de Franz le informa de que a veces es mejor seguir el instinto de un perro que el pensamiento adulto de un niño, sobre todo si el niño no tiene la más mínima pista de hacia dónde empezar a caminar. De modo que apremia a Greta para seguir a *Albinoni,* que comprende la intención de los cachorros humanos y echa otra vez a correr en su dirección favorita.

—Eh, *Berlioz,* ¿no vienes? —dice Franz.

El Setter lo mira con sus ojos de rana y agacha un poco más las orejas.

—*Venez, venez* —le está diciendo Greta.

Berlioz opta por mirar a otra parte y *Albinoni* vuelve a aparecer de entre los árboles para ladrarles a los tres: *Allez, les gars, vous venez ou pas?* Pero no resulta fácil hacer andar a *Berlioz,* Cuando Greta lo empuja se mueve, da un par de pasos y vuelve a sentarse, como un coche metido en un atasco imaginario. A Franz se le ocurre tomarlo por el collar y tirar de él a lo largo de un trecho —no es fácil sobre la nieve—, y en efecto *Berlioz* termina tomando inercia hasta seguir él solo a velocidad constante. Franz no ha oído hablar de perros con síndrome de indefensión adquirida, pero sospecha que han topado con un perro newtoniano que perseverará en su estado de reposo o movimiento a menos que algo lo fuerce a cambiar. *Albinoni* en cambio recorre un camino cuatro o cinco veces más largo que el grupo que le sigue, yendo y viniendo para ladrar a cada rato; da la impresión de que su cuerpecillo fibroso esconde una pila atómica inagotable.

El bosque sigue pareciéndose a sí mismo como una espiral en avance, pero el rumbo *de Albinoni* es consistente, Franz comprueba que siempre tienen el sol detrás, siguen la dirección de las sombras, de modo que avanzan al oeste, *go west.* Se agradece el sol que les calienta la espalda; la nieve tiene cada vez menos consistencia bajo los pies y siguiendo el paso vivo del terrier los niños no echan de menos el anorak.

Caminan tanto rato que a Franz le extraña que *Albinoni* haya sido capaz de oír o percibir algún rastro desde tan lejos. Se empiezan a ver claros de hierba y los robles van dejando paso a olmos, hayas y arces. Ya no hay tantas hojas secas en el suelo, vuelve a distinguirse el espíritu de un camino entorpecido por la

vegetación baja; hierbas de la bruja y pies de lobo, jacintos de los bosques y flores de madreselva. Ya casi hace calor, uno podría librarse también del suéter, pero hace rato que no se ve a *Albinoni* regresar en su avance en vaivén, sólo se le oye ladrar desde un punto fijo, como si ya hubiera llegado a donde quería guiarlos.

Lo alcanzan en un claro que atraviesa un camino. Es un verdadero camino digno de ese nombre, con roderas que han pelado la hierba; podría circular un automóvil todo terreno por allí, aunque quizá no un taxi urbano, el optimismo que infunde el hallazgo no justifica confiar del todo en ello.

Franz felicita a *Albinoni* por haberlos guiado tan bien, y luego tiene que correr a detener a *Berlioz* que sigue su inercia y está a punto de meterse otra vez en el bosque por el otro lado del claro. Lo detiene agarrándolo por el collar y ahí mismo se queda *Berlioz*, sentado. *Albinoni* empieza entonces a ladrar hacia el camino que se pierde en bajada, pero no corre hacia allí, se limita a girar como una peonza y ladrar, como si lo siguiente fuera aguardar a que pasara alguien que ya se aproxima.

La espera es lo bastante larga como para que Franz y Greta se acuerden de su estómago vacío. No han comido casi nada desde hace… ¿cuántas horas? Franz no sabe cuándo puede uno empezar a morirse de hambre, pero entonces ocurre algo que lo distrae y merece una apoteosis de ladridos por parte de *Albinoni*. Subiendo por el camino asoma el techo de un carromato de madera. A medida que se acerca se ve que tira de él un caballo percherón, y detrás llega otro carromato y luego otros más, todos de madera pintada de colores, con molduras de plata y doradas.

El conductor del primero en llegar lleva un pañuelo de lunares atado a la cabeza y sombrero negro de ala ancha. También se distinguen las botas altas de ante azul, un chaleco, y parece que una camiseta de muchos colores debajo, pero cuando está ya muy cerca se ve que son los brazos desnudos tatuados hasta la muñeca.

—So, *Pendragon*, bonito —dice, y tras él se detienen los carromatos que le siguen—. ¿De dónde salís, tunantes? —La pregunta es para *Albinoni* y *Berlioz*, que naturalmente no contestan, aunque *Albinoni* se desvive en saltos y *Berlioz* llega a mover el rabo barriendo el suelo—. Veo que habéis hecho un par de compadres…

Franz se siente interpelado, y como los perros no saben hacer presentaciones se ocupa él mismo:

—Hola, somos Franz y Greta.

—Bonitos nombres, a fe mía. ¿Y qué os trae al borde del camino, Franz y Greta los aparecidos, de tan estrafalaria guisa ataviados? ¿Acaso sois pajes llegados con plácemes de algún país remoto?, ¿o tal vez os dirigís como nosotros a amenizar los esponsales de la infanta?

Dejando aparte la jerga quizá barriobajera, un tipo con una indumentaria indecisa entre el pirata y el guitarrista de *metal* está en mala posición para calificar de estrafalario el atuendo de nadie, piensa Franz, pero se alegra de haber encontrado a alguien que quizá puede llevarlos y no quiere mostrarse picajoso de partida.

—Estamos buscando un taxi —dice.

Alguien asoma la cabeza por una ventana del carromato. Es una mujer aún joven y muy hermosa, se ve enseguida: tiene grandes ojos verdosos y lleva un pañuelo rojo en la cabeza bajo el que asoma una voluminosa melena, casi azul de tan negra.

—¿Paramos ya a almorzar? —dice a voz alzada.

—No; son un par de mozuelos que buscan algo —contesta el conductor desde el pescante, y pronto son ya varias las cabezas que asoman a las ventanas de los demás carromatos detenidos.

—Pues es hora de almorzar, es casi mediodía —dice la mujer morena.

El conductor vuelve a hablarles a Franz y a Greta:

—¿Os place compartir almuerzo con estos truhanes? Seréis nuestros invitados: traemos salchichas cocidas y pan de hogaza, y creo que quedará vino en el odre si es que Calibán ha dejado algo para mojarnos el gaznate.

La palabra *salchichas* surte un efecto mágico: Franz y Greta empiezan a segregar saliva como si los hubieran tocado con una varita que sirviera precisamente para eso.

—Muy amable de su parte —dice Franz, bien a sabiendas de estar aceptando la invitación.

En realidad el almuerzo aún se demoró un rato. Primero hubo que apartar los carromatos del camino y detenerlos bajo una sombra

para que los caballos reposaran a la fresca; luego empezaron a salir los ocupantes de las tres caravanas haciendo contorsiones de desentumecimiento. Franz y Greta, intimidados por la sensación de haberse unido a un grupo poco menos que familiar, se quedaron junto al conductor del sombrero y los brazos tatuados. Después de todo, era su anfitrión.

—Mi nombre es Jean de Belamel, pero estos mastuerzos me llaman Belacus, para serviros. —Después fue señalando al azar a los que salían al camino y se diseminaban por los alrededores—: Ese es Golardo, esa Zinorina; allí están Neptunia y el Comendador; Teluro, Sagaz, Malóptica; Falacio, Mordisco, Bacalada…

Los nombres eran tantos y tan raros que los niños no pudieron más que escucharlos sin tratar de retenerlos, excepto el de Neptunia, que era la mujer del cabello moreno y los ojos verdosos. Era evidente que todos ellos formaban una comunidad, o más bien una cuadrilla desigual unida por algo que Franz no lograba definir.

—¿Quiénes sois? —se atrevió a preguntar.

A juzgar por los aspavientos que hizo Belacus, la duda resultaba pueril:

—¿Quiénes somos? Somos los comediantes, alma cándida. Somos magos, rapsodas, músicos, danzarines, trovadores, dramaturgos, poetas, acróbatas, volatineros, payasos, faquires, tragafuegos… Somos los artistas, eso es lo que somos, y yo de toda la compañía, el más humilde de todos.

Al terminar dibujó una rúbrica con el sombrero que parecía un saludo de mosquetero o de pirata, definitivamente no de estrella del rock. Hasta el momento la palabra *artista* le había sugerido a Franz la imagen de alguien que se llamaba Jeff Koons y hacía enormes perros de globo, pero al lado de cualquiera de aquellos individuos Jeff Koons parecería un secretario de las Naciones Unidas. En particular uno de esos extraños artistas, no muy alto pero fornido como un buey, daba poco menos que horror. Tenía un lado de la frente abultado y los ojos desiguales, y llevaba bajo el brazo el pellejo hinchado de un animal negruzco, como un cochinillo demasiado asado.

—Calibán, viejo borracho, trae aquí ese odre antes de que revientes como una garrapata —le gritó Belacus.

—¡No, te lo suplico! —impostó el eccehomo en tono teatral;

después hizo un aparte dirigiéndose a los niños, y su aliento no olía precisamente a mentol—: He de obedecer, pues su magia es tan potente que vencería a Setebos, el dios de mi madre, la vieja bruja.

—Ni bajando de las tablas citas como es debido —dijo Belacus —, ¿es que siempre has que meter de canto una morcilla?

—Al autor de la línea le complacerían más mis morcillas que tus obras completas.

—Siempre que tú pagaras el vino para regarlas, cabestro.

—Y tú, baladrón, el papel que malbaratas con comedias de tercera.

—Bah, dame ya ese odre, fardo beodo, y quédate por una vez con la última palabra.

Cuando Belacus agarró el pellejo se alejó con él hacia una gran piedra plana a la sombra. El cuero negruzco tenía un tapón donde debería estar la cabeza del animal, y atado a él colgaba un cacillo de metal.

—Sólo una gota antes de almorzar —les dijo a los niños—. Éste es morapio de buena ropa; no colijáis del envase que los comediantes trasegamos cualquier aguachirle.

A Franz le costó entender las palabras, pero el ademán no dejaba duda de que le estaba ofreciendo de beber en el cacillo. Nunca había probado el vino. Sabía que es una bebida alcohólica y que los niños no deben beber alcohol, pero nadie le había explicado exactamente por qué, de manera que, como todo veto injustificado, sólo podía valorarse después de transgredido, y era difícil saber cuándo se le presentaría otra oportunidad de catar ese licor misterioso. Aceptó el cacillo con un dedo de líquido y dio las gracias. El color era atractivo, parecía zumo de cerezas maduras, sin embargo al probarlo ardía en la boca, en eso se parecía al enjuague verde que le daba el dentista. Contra lo esperado no sabía dulce en absoluto, pero tampoco era amargo ni salado: dejaba un cosquilleo en las encías y el paladar seco como si uno hubiera masticado una esponja; después escocía garganta abajo, y se podría señalar con precisión por dónde iba abriéndose camino hacia el estómago. No le gustó nada el sabor pero la experiencia completa resultaba interesante, como cuando uno disfrutaba viendo una película de terror.

Belacus le ofreció también a Greta una gota en el cacillo, pero

Greta lo olió primero y no tuvo empacho en rechazarlo de plano.

—Quiero agua —dijo con su habitual falta de tacto. «Se pide por favor», le dijo Franz con una mirada.

—Bien dicho, cuando yo sea niña la beberé todo el día. —Belacus llenó el cacillo esta vez hasta más de la mitad, lo apuró de un trago largo y dijo: «ah» abriendo mucho la boca—. Eh, Neptunia —gritó después—, haz honor a tus cántaros y traeles agua fresca a estos zagales, y échales también a los canelos en un bacín.

—¿Sabrá tu boca mentar sin mandar? —contestó Neptunia a gritos.

—De sobra sabes lo que sabe mi boca, y sabe mejor a la tuya que a otra.

—Guarda tus retruécanos para quien ofrezca una perra por oírlos, perdulario. ¿No les habrás dado de beber vino a los niños, con el buche en ayunas?

—¿Qué otra cosa han de beber los pobres cristianos? Bendito licor nacido entre matas, que a todos nos hace doblar las patas.

—Bah, enfunda ya la sin hueso y deja en paz a los chicuelos.

En poco tiempo se estaba organizando un pequeño campamento junto a los carromatos. Varios de los artistas —si así se proclamaban, eso debían de ser— trajeron brazadas de leña menuda, otros acercaron caballetes y desmontaron los paneles laterales de un carromato para situarlos encima a modo de larga mesa, y luego todavía aportaron taburetes y sillas que dispusieron a banda y banda. *Albinoni* estaba muy ocupado fisgando y olisqueando a todo el mundo; *Berlioz* seguía sentado en el mismo sitio en el que lo había detenido Franz, mirando aquel cardumen de cómicos y aparejos con la misma parsimonia que si estuviera viendo hojas caer. Franz sentía un calorcillo que parecía irradiar a lo largo de todo su tracto digestivo, como si lo recorriera el filamento de una estufa eléctrica. El agua que les había traído Neptunia en un botijo le hizo bien a su sed —Greta bebió con fruición, dejando que le resbalara por la barbilla—, pero a Franz le resultó inesperadamente insípida; casi habría preferido dar otro trago de vino, aunque lo correcto era esperar a que Belacus volviera a ofrecérselo, y parecía que Neptunia no se lo iba a poner fácil. Por lo demás Neptunia inspiraba confianza: Franz dejó que atendiera a Greta e incluso que ambas se perdieran de vista para hacer algo, no

le dijeron exactamente qué, cosas misteriosas de mujeres. Eso le dio a Belacus ocasión de volver a ofrecerle vino, de modo que Franz bebió por segunda vez y dijo: «ah» al terminar de beber, un poco a destiempo. Belacus, entre trago y trago, daba órdenes y hacía recomendaciones que a nadie parecían importar, pero tampoco se le recriminó que siguiera ahí sentado mientras todo el mundo se ocupaba en algo, de modo que Franz decidió unirse a su anfitrión en la tarea de beber a la sombra y observar el trabajo de los demás con fino espíritu crítico.

Sobre la pequeña fogata rodeada de piedras se dispuso una trébede y una gran parrilla negruzca. La anciana con las manos empedradas de sortijas a la que llamaban Malóptica acomodó encima ristras enteras de salchichas de colores, pardas, rojizas y negras. En la mesa, un hombretón con bigotes ganchudos y la cabeza afeitada cortaba grandes rebanadas de un pan que apoyaba contra su pecho de Sansón. Otro tipo menudo y de nariz larga ocupó un taburete con su guitarra, y eso, en un continuo baile de centros de atención que aturullaba a Franz, dominó incluso sobre el delicioso olor de las salchichas en el asador que le hacía sonar las tripas. Franz nunca había visto tocar una guitarra fuera de YouTube, *y de* inmediato algo que creía tan conocido como la música adquirió una dimensión desconocida. No era un aparato el que la emitía, no era un speaker o unos pequeños auriculares que uno debía introducirse en los oídos: era una caja de resonancia de madera sucia y apedazada, de ese humilde vientre procedía, y estaba íntimamente asociada a la vibración de las cuerdas que pulsaban dos criaturas vivas y autónomas, la izquierda veloz y precisa sobre la oscuridad del diapasón, la derecha tejiendo sus hilos como una araña. Esta música se oía y se veía y se sentía en el pecho en un mismo acto de percepción concreto, físico, pasmoso, tanto que dificultaba la respiración, y Franz concibió la grandiosa revelación de que toda la que había escuchado hasta el momento había sido un sucedáneo, un videojuego, una fantasía. Si el vino tuvo algo que ver con esa constelación de emociones tendentes a la euforia, Franz no pudo discernirlo, pero le pareció que en ese momento era feliz. Todos iban ocupando taburetes y reían o discutían con brutal naturalidad, y allí sentado en la piedra concibió la certeza de que él también formaría parte algún día de un grupo

así, que sería un artista y andaría por los caminos y bebería vino y escucharía música hecha con las manos.

—Dice Neptunia que soy un carnero —llegó diciendo Greta cuando las dos volvieron. Ambas tenían un aire de recompostura que las hacía resplandecer al calor del vino y el ambiente festivo.

—¿Un qué? —el picor de los cuernos de fauno regresó por un momento a su frente.

—Yo soy un carnero, Neptunia es un escorpión y Belacus y tú sois peces —dijo Greta—. Dos peces chiflados —añadió riendo y enseñando dos dedos que agitó como sardinillas ante sus ojos.

Se trataba de alguna complicidad entre ellas; Franz se fijó en la bolita azul del colgante que Neptunia llevaba al cuello y fue también capaz de hacer la asociación con su nombre: era el planeta Neptuno; hasta parecía que tenía su misma mancha meridional y unas tenues bandas de ágata azul. Pero ya las salchichas de lomo tostado se habían acumulado por colores en tres bandejas repartidas sobre la mesa; casi todos estaban sentados; Belacus había ocupado un taburete y perdido el control del odre, que empezó a circular de mano en mano.

—Que se sienten a mi vera los que quieran tomar ejemplo de bien —dijo en voz muy alta y guasona, como siempre hablaban todos. Franz, embobado en sus pensamientos, tardó en entender que se estaba refiriendo a ellos.

—Pobres criaturas, más les valdría mamar la teta de una rata —replicó Malóptica.

—Préstales pues una de las tuyas, bruja de albañal. Sabed que éstos son Franz y Greta, amigos de los artistas, que se dan por saludados y pronto nos relatarán sus cuitas, si es que así se les antoja.

—Calla y come, mamarracho —dijo Calibán— *Porcus qui fecit totum…*

—*Benedicat cibum et potum* —contestaron todos. El pertrecho de la mesa era singular, sobre todo porque no había pertrecho, ni platos ni cubiertos ni vasos ni servilletas. Las bandejas de salchichas circulaban de mano en mano y los comensales las pinchaban con navajas y cuchillos para después recostarlas sobre una rebanada de pan tostado. Neptunia había sentado finalmente a los niños uno a cada lado de ella en la cabecera opuesta a Malóptica, y se ocupó

también de cortarle una salchicha en pedacitos a Greta; eso libraba a Franz de atender a su hermana, pero las probabilidades de volver a tomar un poco de vino caían en picado. Había una navaja clavada en la mesa delante de él y Franz la supuso destinada a que pudiera imitar el protocolo de los demás. Los modales no eran principescos, pero al menos nadie se abalanzó sobre la comida como en la inclusa, aunque sólo fuera porque en esta mesa la comida era abundante. Durante un buen rato nadie habló más que para pedir algo. Franz observó cómo Greta tomaba un primer pedacito de salchicha y se lo llevaba a la boca; hizo gesto de que estaba demasiado caliente pero le gustó, Franz le conocía la mueca, era la misma que hacía al comer plátanos azucarados. Él dio buena cuenta de una gran salchicha de color parduzco y después todavía se sirvió otra de color rojo; la segunda era fuerte, picante, y empapaba el pan en un delicioso aceite. No se sintió con apetito suficiente para finiquitar una de las negras, que eran cortas pero mucho más rollizas. Sorprendentemente fue la propia Neptunia la que le pasó el cacillo del vino cuando el odre llegó a su altura.

—*Bautiza la manduca, rapazuelo* —le dijo con aire divertido, y Franz le dio otro tiento a ese licor maravilloso que además sabía mejor después de haber comido salchicha picante.

Aún no había terminado de tragar el vino cuando Belacus lo interpeló.

—Y ahora dinos qué andáis buscando por estas tierras, pequeño Franz el aparecido, antes de que nos amodorre a todos la hora de la siesta.

La atención general se centró en Franz cuando él todavía asimilaba el calor del trago que le bajaba por el esternón. No es que la audiencia estuviera muy pendiente de sus palabras, todo el mundo parecía ahíto y tranquilo, pero Franz tuvo la impresión de estar a punto de hablar en público por primera vez en su vida —hacer una exposición en clase no contaba: un público auténtico ha de estar formado por desconocidos—, así que en semejante primera y comprometida ocasión hubiera preferido poder decir que andaba en pos del Vellocino de Oro o del Santo Grial, pero ni la modesta verdad de su aventura ni tampoco su inventiva daba para discursos de mucho lucimiento.

—Solo buscamos un taxi —dijo tratando de ilustrar con un

ademán la escasa importancia que él mismo le concedía al asunto. Sin embargo, inopinadamente, su respuesta elevó en un grado la atención de la audiencia. Eso desconcertó a Franz, que por otro lado notó cómo le brotaban en la frente pequeñas gotas de sudor, justo alrededor de sus cuernecillos imaginarios, aunque eso se debía al rebote del vino de sus tripas a su cabeza, no tenía nada que ver con el público.

—¿Untaxi? —dijo una voz—, ¿qué reino inaudito es ese?

—Yo sí oí hablar de ese país, cuando viajé por tierras del norte —dijo la voz de alguien tan bajito como Franz pero con la cabeza mucho más grande al que llamaban Bámbola.

—Pues yo nací en el norte y jamás oímos mencionar por allí ese nombre —dijo Neptunia.

—Panda de tarugos mal leídos —dijo Belacus, y le guiñó un ojo a Franz—, ¿no habéis oído hablar de las andanzas de Untaxi de Skoda, el mercenario, que recibió un carro con ciento diez caballos invisibles en recompensa por haber servido al rey de los Carburantes?

—¿Quiénes son esos Carburantes de los que tampoco oyó hablar nadie? —preguntó otro comensal en tono descreído.

—Bah, cállate ya, Belacus —dijo otro más—, ¿vas a improvisar ahora otra majadería como la del gigante de Google?

—Ah, necios que creéis en todos los gigantes menos en los de verdad. Sabed que el de Google es el más poderoso de cuantos jamás existieron, porque aloja en sus dominios a Goliat y a Polifemo, y es señor también de hidras y esfinges, y hasta la medusa y el minotauro habitan en su palacio de cristal líquido, que se abre en infinitas ventanas para que los monstruos asomen por la noche y espeluznen a los mortales.

Belacus había impostado la voz para tratar de causar un efecto truculento, pero sus dotes de actor no resultaban del todo convincentes.

—Tendrás que inventar algo mejor para que hoy me salte la siesta —dijo Calibán levantándose de la mesa.

—Dormid, atajo de incrédulos, hasta que salgan los monstruos a morderos las posaderas.

Greta estaba soñolienta, y Neptunia se la llevó al carromato. El odre de vino quedó sin vigilancia y Franz se sirvió un poco más sin

que nadie excepto Belacus se apercibiera. Los que no se habían levantado de la mesa se ocupaban ahora de cargar y encender sus pipas, no sólo los hombres como en las películas: Malóptica también sacó una de su faltriquera, una cachimba muy larga de caña y de cazoleta pequeña.

—Veo que no te desagrada la vida del artista —le dijo Belacus a Franz.

—No —dijo Franz un poco avergonzado al intuir que se refería veladamente al último trago que le había visto dar.

—Sin amo ni señor, ¿eh?, siempre vagando por los caminos, explorando el ancho mundo en alegre y libre compañía. ¿No es eso lo que tanto te agrada de nuestra vida, pequeño Franz?

—Tú, Belacus, divagarías aunque en vez de artista fueras comadrona —dijo alguien.

—¿Cómo se consigue ser un artista? —preguntó Franz, impulsado por la audacia que le transmitía el vino.

—Esa sí es buena pregunta, sí señor —dijo Belacus—. ¿Crees que ser artista consiste en andar libre por ahí, sin más servidumbre que rendirle culto al vino y las estrellas? Estás en lo cierto, sin duda, pero ¿de verdad quieres saber dónde empieza ese camino?

Franz afirmó con la cabeza.

—Yo te lo diré: el camino empieza en el primer aplauso, ¿y te imaginas cómo se consigue esa primera ovación, y en realidad todas las ovaciones?

Franz negó, siempre con la cabeza.

—Nada más fácil: se consigue desvistiendo tu alma ante la platea; pero antes tendrás que descubrir que sólo lo más grotesco atrae la atención del público, y eso justamente es lo que tendrás que darle. Hay que enseñar los muñones, querido Franz, hay que mostrarle las pústulas al respetable. La cumbre de nuestro oficio es para el engendro más desvergonzado y procaz, para aquel que dispensa el espectáculo más vil, por eso no hay señor de predios y ganados que quiera ser artista. Ah, sí: quizá verás a Don Próspero y a su esposa Moralina aplaudiendo la función desde sus asientos de terciopelo, pero sólo sus vástagos más decadentes, aquellos que causan vergüenza a su propia estirpe, sueñan con ser uno de los nuestros. Nosotros los artistas somos desde siempre los esperpentos, los miserables, los tullidos, los niños perdidos que vendieron su

inocencia jaleados por voces que alabando la belleza apetecían la carnaza, y así es como, si hay suerte, alcanzamos la ilusión de ser libres por el camino de ser el más servil de los bufones. ¿Y quieres saber quiénes somos, de entre todos los artistas, los más abyectos?

Franz asintió esta vez.

—Yo te lo diré también: los más ruines, la escoria, la hez de los que persiguen el aplauso y la gloria somos los que ponemos en boca impostada lo más negro que del alma nos sale, porque la tinta y el garabato, a diferencia de los tendones del contorsionista y el estómago del tragasables, no conocen freno ni tope ni brida, y así no hay infamia que rehusemos perpetrar en nombre de nuestro arte. Con el mejor verso apuñalamos la memoria de nuestro padre y de nuestra madre, escupimos en su retrato con tal de ser la pluma más solicitada; por el mísero pan ordinario vendemos a hermanos, amantes, amigos y vecinos, y si algún día alcanzamos el privilegio de no estarle obligados a nadie, será porque ya se lo habremos dado todo a cualquiera. Así que sígueme estos dos consejos, niño perdido que vas en busca de Untaxi: si alberga tu tierno caletre alguna esperanza de servir para otro oficio, aléjate de ser artista; y sobre todo sígueme esta otra sugerencia: hazme caso pocas veces, así puede que aciertes más que yo.

Alguien en la mesa levantó la voz:

—Por fin Belacus ha dicho la primera verdad de la tarde: apartadle el odre de vino, que ya debe de estar borracho.

—Tú qué sabes, mameluco, ¿acaso has dejado alguna vez de estarlo?

Hubo más risas y siguieron los comentarios malévolos cruzados, pero todos los que quedaban fumando en la mesa habían escuchado con atención las palabras de Belacus, fieles al flujo de su voz, a la música con que habían depositado su significado. Y todos, en algún momento del parlamento, habían bajado la vista ensimismados, como si de una forma u otra hubieran escuchado una verdad profunda y vivida. Sin embargo Franz seguía deseando poder hablar como Belacus algún día, y beber vino y comer pan tostado y salchichas a la sombra de un carromato, y en el acto mismo de formular esa aspiración supo que contravenía todo lo que acababa de oír, pues así parecía ser la naturaleza del deseo, que no se arredraba ante los vetos que le imponía la razón. Estaba ya tan

embotado por el vino y por el esfuerzo de entender lo que se decía con tan alambicadas palabras, que terminó apoyando la cabeza en los brazos cruzados sobre la mesa, hasta que las voces se difuminaron a su alrededor y poco después se sintió alzado en vilo. Entonces abrió los ojos sólo para ver los bigotes del Comendador que cargaba con él y lo depositaba en algún lugar oscuro, sobre un estrecho lecho en el que también estaba Greta dormida, reconoció su olor a azúcar en la oscuridad.

Allí, dulcemente borracho por primera vez en su vida, se abandonó a un sueño de gigantes con grandes gafas de colores.

III

EL traqueteo del carromato se hizo más brusco en algún momento del camino. Franz despertó con la sensación de irrealidad del que no acostumbra a dormir la siesta y amanece entresudado a media tarde. Entraba luz por un ventanuco abierto en el fondo de la carlinga; afuera vio el cielo y la fronda alta de los árboles que quedaban atrás, a velocidad decepcionante para tanto zarandeo. *Albinoni* se acercó para poner las patas sobre la litera y gruñir apremiándolo a levantarse. Oyó la voz de Greta y la de Neptunia pero no podía verlas, una cortina dividía el carromato en dos partes. Reconoció también, entre un millón de pequeños sonidos, crujidos, chasquidos, el golpeteo de los zapatos rojos de su hermana: toc-toc. Distraído en eso tardó en caer en la cuenta de que si todo ese armatoste con ruedas se estaba desplazando —y no sabía cuánto tiempo llevaban en movimiento— es que iban a alguna parte. ¿Adónde?

Saltó del catre para alegría de *Albinoni*. En la parte trasera, más allá de las cortinas, entraba mucha luz por el portón abierto. Vio el siguiente carromato de la caravana, con el penco que tiraba mirando al suelo pedregoso con resignación equina. A contraluz se perfilaban Greta y Neptunia sentadas la una frente a la otra, y también *Berlioz*, inmóvil como un adorno de recibidor. Lo que Greta golpeaba con los zapatos era un baúl con refuerzos que quedaba entre los dos asientos enfrentados, toc-toc. Encima del baúl había medio limón, un salero y un estuche grande y plano con joyas acomodadas en sus encajes forrados de terciopelo azul. Neptunia frotaba con otro medio limón la tiara de brillantes que faltaba en el estuche.

—¿Adónde vamos? —preguntó Franz en un tono demasiado urgente en aquella tranquila atmósfera de viaje.

—Al desposorio de la infanta en Plainpalais, ¿adónde iríamos si no? —Neptunia espolvoreó sal por encima de la tiara y empezó a frotarla con un paño que le colgaba del hombro.

—*¿Desposorio?*

A Franz le pareció una palabra fea; sonaba a algo relacionado con la ortopedia.

—La infanta Brunela se casa mañana con Sigfrido, que es muy guapo y le ha pedido la mano —dijo Greta, ya al corriente de la vida sentimental de la alta sociedad del lugar.

La explicación sólo satisfizo a medias la curiosidad de Franz, que quería saber, primero, dónde se celebraba exactamente ese desposorio, segundo, si sería posible encontrar algún taxi en el lugar y, tercero, por qué se dirigían todos allí. Sus preguntas desconcertaron a Neptunia, que no entendió cómo alguien podía desconocer el célebre reino de Plainpalais, que hasta en sus norteñas tierras natales era renombrado por el esplendor de su rey Blasvindo el Sensible. Tres hijas tenía de belleza sin parangón, la primera la princesa Natilia, desposada con el marqués de Carabas, la segunda la infanta Brunela, prometida al apuesto Sigfrido, y la tercera la pequeña y lindísima infanta Rosalinda, niña de los ojos de su padre, el rey, cuya mano no sería jamás concedida por ser la única alegría del anciano monarca. Todavía se recordaba cómo la esposa de Blasvindo —la bella reina Zoraida— se había ahogado una tarde que salió a remar en su bote para darles de comer a los cisnes, y tan querida y admirada era la reina que nadie daba crédito al insidioso cuento tabernario según el cual habían sido los propios cisnes, celosos de su belleza, los que la cosieron a picotazos hasta hundirla en las aguas frías y oscuras del lago. También contó Neptunia que a propósito de la boda de Brunela y Sigfrido se habían organizado en Plainpalais ferias, torneos y justas, y también grandes certámenes de ingenio a los que acudirían los artistas más afamados del propio reino y de allende. Precisamente para esa ocasión había compuesto Belacus una comedia en dos actos que todos habían estado ensayando. A decir verdad nadie en la compañía confiaba en que la farsa de Belacus ganara el Gran Premio que fallaban el rey y sus críticos palaciegos —las comedias de Belacus eran siempre demasiado melancólicas y rara vez terminaban en boda y banquete, no había manera de hacérselo entender—, pero una vez terminada la función podrían al menos ganarse unas perras entreteniendo a los villanos cada cual con su arte, porque cuando los patanes andaban borrachos eran más espléndidos con los artistas y menos suspicaces

con los trileros, y al menos era seguro que se escanciaría abundante vino de balde, todo el que uno pudiera beber a cuenta del rey, de modo que allá iban a buscarse el sustento. Por lo pronto la función de Belacus debía representarse esa misma noche, así que en cuanto llegaran a palacio tendrían que afanase en descargar la tramoya y el atrezo, y después vestirse y maquillarse a toda prisa para no hacer esperar al rey, porque ciertamente Blasvindo el Sensible se reputaba de ecuánime y bondadoso, pero no hay afrenta que más irrite a los reyes que tener que esperar a los cómicos, son capaces de mandar decapitar a los actores principales antes de iniciar el primer acto. Así eran los nobles, ni más ni menos: tan pronto querían cortarte el pescuezo como, si les complacía la función, te sentaban a su mesa y te atiborraban a pichones con farsa de nueces y aderezo de colocasias, que eran unas raíces tan exóticas que los proveedores tardaban tres años en completar el viaje en su busca, de modo que cada mes había que enviar a un paje y cada mes se recibía a otro de vuelta, lo que, según un rápido cálculo mental que Franz se ofreció a hacer —y que dejó a Neptunia estupefacta ante aquella cábala propia de druidas— indicaba que debía haber 36 pajes viajando continuamente, cifra que daba cumplida idea tanto de la exquisitez de aquel plato como de la magnificencia del rey en cuya mesa se servía.

Los relatos anidados de Neptunia parecían no tener fin, y los niños sólo miraron afuera cuando las ruedas del carromato empezaron de pronto a pisar adoquín y el traqueteo menguó considerablemente. Los tres quisieron sentarse entonces a contemplar la villa desde el portón abierto, dejando colgar las piernas al aire tibio de la tarde. Vieron banderolas prendidas entre las fachadas y blasones de púrpura y gules adornaban los balcones de madera oscura; los villanos se cruzaban cargando pulardas atrapadas por las patas o haciendo rodar barriles sobre el empedrado, y un grupo de niños harapientos saludaron con entusiastas gestos obscenos el paso de los cómicos. Al rato cruzaron una amplia plaza romboidal en la que los carpinteros ultimaban un entarimado, y admiraron las opulentas casas con tejados de pizarra azul y ventanas de tela empapada en sebo que flanqueaban el palacio. Se detuvieron un momento mientras Belacus, en el estribo del carromato, hablaba con los centinelas apostados en la

barbacana. Al poco reanudaron la marcha y cruzaron el puente levadizo para entrar en el patio de armas. Allí terminaba el viaje; los carromatos fueron estacionando de cara a los muros de la torre del homenaje, una construcción formidable alzada en siete pisos de altura desigual, con torreones adosados. La circulación era aún más confusa que en las calles de la villa, un constante bullir de mozos, porqueros, pajes, frailes, escribas, pinches, heraldos, arqueros, funcionarios, animales domésticos y otros transeúntes difíciles de categorizar que producían un efecto de actividad febril, a la que se añadió la compañía entera de cómicos descargando su utilería.

Albinoni ladraba de excitación y Belacus preguntaba a cualquiera que quisiera detenerse dónde estaba el salón de actos del castillo. Una mujer cargada con una gruesa de tulipanes le dijo que encontrarían al maestro de ceremonias en el gran salón del castillo, supervisando el atavío de la mesa real, y que si eran los cómicos más les valía ir aligerando porque el escenario tenía que estar listo antes de que los floristas empezaran a componer la ornamentación. Franz había bajado a *Berlioz* del carromato y lo depositó en un lugar en el que no estorbara demasiado —allí se quedó, mirando aquel frenesí como si estuviera a punto de desencadenarse el Armagedón—, y después se ofreció a echar una mano descargando artilugios. Fue a parar al carromato en el que Teluro y Sagaz trataban de bajar la máquina de olas, un artefacto casi tan largo como el carromato mismo, con tres filas de dientes de sierra pintadas de azul y blanco. Después hubo que ocuparse de la máquina de truenos y de la de fragor de tormenta, y no habían terminado de lidiar con aquella furia de Zeus cuando Belacus volvió de alguna parte para informar de que había que subir al tercer piso con los pertrechos.

De inmediato se organizó una procesión de hormigas acarreadoras que se adentró en uno de los torreones. Franz quiso asegurarse de que Greta estuviera controlada; se le había encomendado portar el estuche de las joyas y seguía al cuidado de Neptunia, quien a su vez cargaba con una gran cesta cubierta con un mantel a cuadros. Alguien le entregó entonces a él un objeto bastante voluminoso; a primera vista parecían unos cuernos de carnero gigante, y en efecto lo eran, aunque sorprendentemente livianos, de cartón pintado para imitar la textura de las astas. Se

unió a la fila de hormigas tras Teluro y Sagaz que llevaban la imponente máquina de olas; la geometría de la escalera toleró con dificultad el paso de aquel mar tieso como una botavara que iba dejando cicatrices en las paredes, y un poco por delante resonaban las máquinas de truenos y tormentas confirmando la inminencia del Armagedón que *Berlioz* había sospechado.

Llegados penosamente a la tercera planta avanzaron por corredores y vericuetos hasta la sala de música y eventos teatrales, que apareció tras una puerta de servicio disimulada. Allí, el maestro de ceremonias dio instrucciones en voz alta sobre en qué momento debía empezar la función, qué había que hacer si el rey mandaba llamar al verdugo, o en qué momento preciso, a una orden gestual suya, debían interrumpir inmediatamente la representación y salir todos corriendo.

Mientras el rey y los cortesanos cenaban en la sala de banquetes y la compañía tenía el tiempo justo para preparar el montaje y después caracterizarse, Franz y Greta volvieron a quedarse juntos desocupados. Tomaron un pedazo de pan y queso de la cesta de Neptunia y, maravillados por la magnificencia del palacio, se alejaron curioseando hacia el patio de butacas. Más allá, la puerta principal de la sala daba a un distribuidor de suelo tan brillante que parecía que acabara de lamerlo un perro. El siguiente paso fue traspasar el umbral para admirar las columnas salomónicas torneadas en oro puro. Al fondo, dos alabarderos custodiaban una puerta doble, y sus jubones de púrpura y gules brillaban como semáforos en rojo contra el gris de la piedra; ambos tenían la vista inmóvil en el aire, como acostumbran las estatuas. A Greta, siempre más atrevida que su hermano, se le antojó poner a prueba la imperturbabilidad de los guardias por el método de hacer tonterías cada vez más tontas. Ellos, adiestrados en pruebas mucho más arduas, aguantaron impertérritos a Greta primero saltando a la pata coja, después haciendo gestos de mono y, por último, la vieron acercarse y esbozar el gesto de pisarles la borla de los escarpines, insinuación que no se atrevió a consumar por si acaso. Franz la reconvino, pero la prueba de impavidez fue suficiente para que ella se sintiera libre de acercarse al picaporte de la puerta doble, y Franz, que le vio las intenciones, no llegó a tiempo de impedir que se colgara de él y que se oyera el chasquido metálico de apertura.

Los centinelas siguieron tan impasibles como enanos de jardín mientras los grandes batientes se abrían hacia dentro con exquisita suavidad. Ante Greta, con su pedazo de pan y queso en la mano y Franz justo detrás, tratando de que la puerta no terminara de abrirse, apareció el comedor real repleto de marquesas y barones y capitanes de alabarderos.

El mismísimo rey Blasvindo, sentado a la cabecera con su peluca empolvada y su corona radiante, se quedó mirando a los intrusos justo en el momento de expeler un largo y resonante eructo, *broooug*.

Después se hizo un enorme silencio de mil milésimas de segundo.

—*Bon appétit* —dijo Franz desde la puerta.

La corte en pleno contuvo la respiración, pero por suerte a todos los reyes les gusta mostrarse campechanos de vez en cuando, y Blasvindo de Plainpalais no era una excepción.

—Vaya, ¿quiénes sois vosotros? —dijo de buen humor—. Mirad qué niñita más hermosa viene a vernos, se parece mucho a ti, Rosalinda.

El comentario del rey Blasvindo se refería a Greta —que trató de disimular el bulto de pan con queso que acumulaba en un carrillo— y se dirigía a una niña sentada a su siniestra, en la cabecera de la mesa. Su parecido con Greta era relativo pero plausible, pensó Franz: era una niña rubia de la misma edad que su hermana, y dos niñas rubias de la misma edad se parecen entre sí al menos tanto como dos cocodrilos de tamaño equivalente.

—No se parece en nada a mí, yo soy mucho más bella —dijo sin embargo la infanta Rosalinda, y la corte celebró la ocurrencia con alguna indecisión al principio, pero al rey le hizo tanta gracia que volvió los ojos a derecha e izquierda para recibir las felicitaciones que sin duda merecía el progenitor de tan encantadora criatura.

—Quizá tú pareces más bella sólo porque tu vestido es más bonito que el suyo —le dijo a su hija buscando risueñas complicidades entre los concurrentes, que enseguida celebraron el desafío con *ohs* y *ahs* divertidos.

—Ja: podría ponerse el mejor de mis vestidos y yo seguiría siendo mucho más bella.

Tanto desparpajo arrancó chillidos de hilaridad en varias

señoras. Greta por su parte estaba terminando de tragar pan con queso y parecía calibrar de reojo a aquella bocazas disfrazada de bombón de fresa. Franz llegó a temer que en cualquier momento se lanzara a sus pelos —ya la había visto hacerlo en el patio de los pequeños—, de modo que la sujetó por el tirante del peto sin dejar de sonreír ante la concurrencia.

—Si tan segura estás de la superioridad de tu belleza deberíamos dejar que se probara alguno de tus vestidos —siguió la broma el rey, muerto de risa.

—Muy bien —dijo la infanta sin alterarse—, que elijan para ella el mejor atuendo de mi ropero.

Todos reían y el rey, un poco congestionado —era un rey más bien gordo y sanguíneo—, alzó las manos para dar dos palmadas.

—Pronto, que lo dispongan todo —ordenó—, y que vistan a esa niña con las mejores galas de la infanta Rosalinda; todos queremos verla en cuanto termine la representación de los cómicos.

Con las carcajadas no iba a resultar fácil que Franz se hiciera oír. Levantó la mano como se hacía en clase y trató de captar la atención del rey, que al ver el gesto mandó callar a todos con un ademán, quizá a la espera de un nuevo motivo para atragantarse de risa.

—Disculpe Su Señorial Majestad —dijo Franz lo más respetuosamente que supo—: soy Franz, y esta es Greta, mi hermana, y tenemos que marcharnos enseguida porque los cómicos nos esperan…

—Ah, sí, claro —dijo el rey—, tú también eres un niño muy guapo. ¡Que los vistan a los dos como príncipes herederos!

La explosión de risotadas no dio oportunidad a formular más objeciones, aunque, a decir verdad, ni a Franz ni a Greta les causó mucho disgusto aquel asunto. A Franz le daba oportunidad de documentarse un poco más en asuntos de la vida palaciega —aquellos sí eran ricos de verdad, no como los de las películas—, y Greta, ofendida en su vanidad, estaba decidida a demostrarles a todos que aquella infanta bocazas no era más que una simia con ricitos de oro.

De modo que siguieron a las tres asistentas de la infanta hasta el cuarto piso de la torre del homenaje, donde se ubicaban los aposentos reales.

La alcoba de la niña era previsiblemente enorme y suntuosa, equipada con cama con dosel, begonias en el mirador y profusión de almohadones sobre los que cinco preciosos gatitos de pelo largo, los favoritos de la infanta, dormitaban. Pasaron al vestidor repleto de trajes y allí las tres asistentas y la misma Greta —a su tierna edad era ya consciente de qué cortes, tejidos y tonos favorecían sus rasgos— eligieron un brial blanco de manga ceñida, calzas rosadas y una hopalanda corta de terciopelo azul medianoche, con pequeñas estrellas labradas en cordón de oro que parecían esquirlas de sus cabellos cepillados sobre los hombros. Completó la impresión una deliciosa diadema de anémonas naturales y algunos polvos de angélica molida que otorgaron a sus mejillas el rubor de un querubín. Al terminar, las asistentas miraron a Greta como pigmalionas ufanas de su obra, e incluso Franz, poco avezado en moda infantil femenina, supo que la bocazas de la infanta habría mordido el polvo frente a ella en cualquier casting para un anuncio de yogur con frutos del bosque.

En cuanto a él, las tres doncellas estuvieron dándole vueltas un rato, mirándolo de arriba abajo y atusándole el cabello para probar distintas posibilidades. Como no había ropa de niño de que proveerse tuvieron que apañar lo mejor que pudieron la estrafalaria indumentaria que ya vestía, y después le peinaron el flequillo hacia adelante con abundante agua florida para que le quedara pegado a la frente. Cuando Franz se miró en el espejo de plata con el olfato embotado de neroli se encontró a sí mismo ridículo, pero no quiso desairar a tres doncellas tan amables y educadas, hijas de tan esclarecidos nobles y con tan opulentos escotes.

Fueron conducidos de vuelta a la sala de actos con la advertencia de que permanecieran entre bastidores hasta que el rey reclamara su presencia. Para entonces el montaje de la tramoya estaba terminado y los actores, a falta de espejos, se maquillaban unos a otros. La estampa aristocrática de Greta —Franz tardó poco en desbaratar su engalanamiento grotesco— despertó admiración entre las féminas de la compañía que manifestaron sin ambages desear morderle una mejilla, y ella, sabiéndose irresistible, posó de buena gana deteniéndose en el delicado gesto de una pequeña Alicia de Doré.

El telón estaba corrido ante el decorado de la primera escena, un

dormitorio parecido al de la infanta Rosalinda. Detrás se escondía el complicado aparataje que Teluro y Sagaz, vestidos de riguroso negro y con las caras tiznadas, terminaban de ajustar. Franz trató de comprender para qué servía aquel barullo de cabos, poleas y polipastos, pero justo entonces llegó el maestro de ceremonias dando palmadas apremiantes:

—Atención, cómicos —gritó—, el rey está terminando el tercer postre, cinco minutos.

Aquella señal desató la vorágine y todo el mundo echó a correr componiéndose las vestiduras por el camino. Teluro y Sagaz se vendaron las muñecas haciéndose los nudos el uno al otro, luego se escupieron las manos —cada uno las suyas— y después se las rebozaron en talco como saltadores de pértiga preparando la final. Sólo Franz y Greta quedaron de nuevo libres para asomar la cabeza entre los cortinajes del telón y otear la platea. Las butacas empezaban a llenarse de cortesanos, los mismos que habían visto un rato antes en el comedor.

—¿Ha entrado ya el rey? —preguntó Belacus en susurros; vestía unas mayas mitad rojas mitad negras y un sombrero con una gran pluma verde. Franz negó con la cabeza—. Avisa en cuanto llegue. Atento.

Franz hizo suya la misión mientras oía a su espalda cuchicheos, pasos a la carrera y golpetazos poco halagüeños. En la escena se dispusieron tres actrices, una de ellas, Neptunia, apenas reconocible con la peluca rubia y el corpiño azulino a medio ceñir. El público iba ocupando butacas y divanes alrededor de las mesas bajas, y pronto el salón estuvo casi lleno excepto por un tresillo que ocupaba el centro de la platea, justo enfrente del escenario, sin duda el lugar reservado para la familia real.

Por fin, al cabo de unos minutos agónicos entre bambalinas, entró Blasvindo llevando de la mano a la infanta Rosalinda. Los seguían de inmediato sus dos hijas mayores, Natilia y Brunela, y sus respectivos acompañantes, el marqués de Carabas y el joven Sigfrido.

—Acaba de entrar el rey —avisó Franz al verlos. El monarca se había acomodado en la butaca de más prestancia, y todavía se oían voces y toses en la platea cuando Belacus se acercó a mirar por la rendija del telón. Ya no se movió de allí: les susurró a Franz y a

Greta que se escondieran en alguna parte y, cuando oyó las tres palmadas convenidas con el maestro de ceremonias, respiró hondo. Enseguida, dando una grácil zancada, salió al proscenio y dejó a su espalda el telón cerrado, aunque todos desde bastidores pudieron oír sus impostadas palabras de presentación y figurárselo haciendo gentiles movimientos con el sombrero:

Majestad, altezas reales y reverendísimas, ilustres damas y caballeros del gran reino de Plainpalais: henos aquí para asistir a la fabulosa peripecia de la bella hija del cónsul cuya enseñanza cantan bardos, vates y juglares, y vos mismos podréis juzgar al concluir el relato si no fue tarea digna de reseña. Mas antes imploro condescendencia para estos ignaros comediantes, pues grande empeño pusieron en componer espectáculo digno de tan elevada audiencia, y si con todo no os complace al término, al verdugo el pescuezo infame mostraremos, a menos que encontremos… puerta falsa por la que escapar. —Discretas risas entre el público—. Arriba pues el telón, y que empiece al punto la pantomima.

Suena la música, el cortinaje se abre y, en la escena iluminada las actrices siguen una coreografía que sugiere a dos doncellas asistiendo a su joven señora en el acto de vestirse. Al final del breve preludio musical que complace a la audiencia y recibe algunos aplausos, se hace un profundo silencio que da paso a los diálogos. Para entonces, Franz, Greta y toda la platea han sucumbido a la magia del espectáculo, que con sus artimañas hace tomar por cierto y sentido lo que un actor ha memorizado y repite proyectando la voz:

Ah, si todos los jilgueros volar pudieran
y al abandonar la dorada pajarera
no hirieran de muerte a su buen anfitrión…

Las líneas que ha escrito Belacus son bastante enrevesadas —más incluso que su manera natural de hablar— pero Franz va entendiendo que la bella hija del cónsul representada por Neptunia sueña con ser una gran bailarina y recorrer el mundo de teatro en

teatro, y hasta le parece comprender que el baile se emplea como metáfora de libertad y alegría de vivir; Greta, muy atenta a la escena, capta también lo esencial en el lenguaje de los gestos y el tono de las voces. La bella hija del cónsul ha aprendido ya todo lo que podían enseñarle en el liceo de danza de su ciudad natal, sólo si viaja a Camelot, la corte maravillosa que nunca duerme, hallará maestros que puedan iniciarla en los últimos secretos de su vocación. Sin embargo el cónsul, por mucho que la bailarina le ha implorado, no consiente en que viaje sola a lugar tan lejano; es doncella, casi una niña todavía, y el buen señor ha perdido el ímpetu de la juventud, quizá imagina peligros donde no los hay, desea que su hija permanezca junto a él y reciba educación acorde con su rango. De modo que allí sigue la bailarina, confinada en la estrechez de su jaula dorada, mirando el surtidor del lago por la ventana y soñando despierta con la inmensidad embriagadora del mundo. Su madre sin duda la hubiera comprendido, porque su madre había sido artista también, antes de conocer precisamente en Camelot al joven viajero que puso término a sus aventuras al recibir el cargo de cónsul en la ciudad del lago. Sí: su madre la comprendido si viviera, y eso tranquiliza la conciencia perturbada de la joven, que ha estado maquinando en secreto con sus doncellas.

En este punto Malóptica mueve un resorte para oscurecer las lámparas y las tres muchachas en escena murmuran algo sobre esperar a la noche, cuando todos duerman. Se las ve preparando un hatillo; la joven bailarina se sienta a escribir una rápida carta de despedida para su padre el cónsul, en voz alta la va leyendo mientras escribe: ha resuelto fugarse para viajar a Camelot, y espera de todo corazón volver a ver pronto a su querido padre, una vez ella haya cumplido sus sueños: *Padre y buen preceptor al que debo obediencia / si soy golondrina por herencia materna / volar es pecado que sabréis perdonar*.

Al concluir los versos se han levantado algunos murmullos entre los espectadores y Franz reconoce el rumor de la desaprobación. Entonces, mientras la guitarra ensaya un *pizzicato* que simula pasos rápidos y sigilosos, las luces se oscurecen aún más, hasta que sólo vemos la luna y la silueta de las doncellas, que anudan sábanas y las arrojan por el balcón. La bailarina se despide de ellas y traspone la

balaustrada para escapar de la casa del padre. La platea vuelve a murmurar, esta vez con enojo evidente.

Las luces del escenario se han apagado y hay bastante ajetreo entre bambalinas. Falacio alza el lienzo en el que está pintada la ventana sobre el lago y Malóptica descubre una fila de candilejas para iluminar la máquina de olas en movimiento. Desde la sala parece un mar espléndido, con una nube en el cielo que Mordisco hace flotar y un bajel de tres palos que se desliza sobre las espumas del agua. Suena el viento generado por dos botellas que Malóptica y Bacalada soplan por turnos y se oye de nuevo la voz de Belacus, que moviendo su sombrero ha vuelto al proscenio y trata de apaciguar las protestas de la concurrencia:

—Sed benevolentes, noble platea, con la insumisa hija del cónsul, pues la llamada de la las musas aturde al corazón sensible, y la juventud impetuosa no admite demora en sus anhelos…

Parece que está improvisando para ganar tiempo mientras el escenario cambia por completo en la penumbra. Un taconazo de Sagaz es la señal para que Belacus cambie el tono y anuncie algo que sin duda será deslumbrante:

… pero veámosla ahora, ilustres damas y caballeros, ¡en el legendario reino de Camelot!

Al momento se encienden todas las luces en la escena, se oye un *oh* de admiración entre el público y a los músicos con instrumento se añade todo el cuerpo técnico armonizando voces y percutiendo cacharrería. Ahí, trepidante, está Camelot, con sus altísimos tejados rojos de capuchón y sus calles atestadas de actores vestidos y maquillados de las formas más extravagantes; hasta se ven pasar carros de fondo y falsas multitudes cruzando los puentes, que subrepticiamente gobierna Sagaz tirando de un control de hilos. Aquel es sin duda un lugar maravilloso donde todo es posible, y la joven aspirante a bailarina quiere bailar, bailar, bailar, la vemos hacerlo feliz, pero necesita quinientos dólares semanales sólo para pagar la academia, hay que servir desayunos en un *dinner* del bajo Broadway y compartir habitación en Washington Heights, al otro extremo de la línea A, y están también los problemas con el Departamento de Inmigración, pero la han admitido en la Sharon Bloomberg SoHo Dance, en el grupo de Stephen Klys, que sólo

acepta diez alumnas por temporada, y una de las alumnas ya es ella, Linda, que se ha jurado a sí misma entregar todo su esfuerzo, y lo hace, y tanto trabaja y destaca entre sus compañeros que un día Steve la llama a un aparte al terminar la clase. Hay un inversor de Europa del Este interesado en producir una adaptación de *The Afternoon of a Faun* en Broadway, Steve está trabajando en una coreografía siguiendo el montaje clásico de Nijinski: el fauno dormita su siesta cuando aparecen tres ninfas, él quisiera retozar con ellas pero las asusta y huyen, una pierde su pañuelo, el fauno lo recoge y sueña que ama a la musa. Para el fauno están pensando en un jovencísimo Ethan Van Mili, deslumbrante aunque todavía por consagrar, y la musa principal va a ser seguro Julie D'Allesandro, pero una de las segundas bailarinas está comprometida para una adaptación de *Le Corsaire*, y Steve, el gran Stephen Klys, cree que ella, Linda, la hija soñadora de un cónsul circunspecto, está preparada para hacer la prueba.

Y la hace.

Y consigue el papel.

Segunda bailarina en *Prélude à l'aprés-midi d'un faune*.

Coreografía de Stephen Klys.

Con Ethan Van Mili y Julie D'Allesandro.

En el Imperial de Broadway.

No todo el mundo ha experimentado esa sensación de triunfo: sólo al artista le es dado vivirla; pero no cuando recibe el premio Benois de danza, es siempre mucho antes, quizá cuando le ofrecen su primer papel profesional en un teatro de provincias, ese puede ser el mágico momento en que el artista comprende que su sueño no es sólo un sueño, que tiene visos de verosimilitud. Eso experimenta la hija del cónsul una preciosa tarde en Camelot: la prueba de verosimilitud de su sueño, y ese es el momento central en la vida de todo artista, porque después, suponiendo que no se agoste y llegue a la gran consagración, descubrirá que el sueño tenía contrapartidas, y hasta quizá sospeche que lo mejor de sí mismo lo dio hace mucho tiempo.

Pero Teluro y Sagaz ya están moviendo ruedas y manivelas, Malóptica trastoca las luces para que resplandezca otro escenario en el escenario que ha descolgado Falacio. Se oye otro suave *oh* en la platea y suena la llamada hechicera de la flauta de Debussy.

Estamos en el Imperial de Broadway, en el estreno del *Preludio a la siesta del fauno*—, todas las localidades están ocupadas, todas menos una, la que la bailarina ha reservado para su padre el cónsul, a quien escribió con tiempo para viajar a Camelot y asistir a la representación. Pero la bailarina no quiere pensar en eso ahora —no puede pensar en eso esta noche—, han acudido a la *première* notables de Camelot, y muchos artistas conocidos, y los críticos más influyentes, cuyos sentenciosos dictámenes repetirán mañana los pregoneros. En realidad los críticos han venido a ver a Ethan y a Julie, pero empieza la función y todo el mundo se fija en la segunda bailarina; está maravillosa, vuela, es la musa que quisiera amar cualquier fauno, ¿quién es esa niña? ¿Es posible que debute esta misma noche?

Cuando la música y el sueño del fauno terminan, el público de Camelot aplaude, aplaude y aplaude. También en la platea de Plainpalais el público aplaude, y se diría que la compañía va a salvar hoy la cabeza, porque Golardo y Zinorina han estado meritorios en los papeles principales del ballet, y Neptunia ha interpretado una segunda bailarina de altura. Pero esta pequeña platea de Plainpalais no entiende de danza, aplaude sólo porque respeta y admira el éxito. Si la hija del cónsul no hubiera conseguido el papel de segunda musa, si no hubiera triunfado ante los críticos el día del estreno, jamás le habrían perdonado la desobediencia al padre, la fuga insensata, su motín intolerable. Pero el éxito emborracha incluso al que lo vive de forma subrogada, y ahora todos —el rey Blasvindo, las infantas, las marquesas y condes y capitanes de alabarderos— se sienten partícipes de la gloria de la joven, les parece que la han acompañado paso a paso hasta ella, jurarían que jamás la abuchearon cuando franqueó la balaustrada para escapar del hogar paterno, nadie quiere acordarse ahora de eso.

De modo que si la obra hubiera terminado aquí —quizá añadiendo la coda de unos desposorios entre la bailarina y un apuesto heredero de Camelot—, todos habrían quedado satisfechos con la farsa. Sin embargo la obra que ha escrito Belacus sigue, y la flauta y la iluminación nos advierten de que vamos a asistir a una escena sombría; un tambor late, vemos a la tierna y triunfante joven en su camerino; alguien llama a la puerta y ella dice que pasen sin

abandonar su posición de espaldas al espectador, frente al espejo. La figura que entra en el camerino es heladora; los espectadores contienen el aliento y se retrepan en sus butacas: el actor en penumbra es Calibán, con una capa negra y grandes astas de carnero que acentúan la deformidad de su rostro. Son los mismos cuernos que Franz ha cargado hasta el tercer piso de la torre del homenaje, quizá también los mismos que ya despuntan imaginarios bajo su testa infantil y que ahora se acaricia como si le escocieran. Como él, todos en la platea ven en esa figura siniestra al que se nombra sin nombrar porque cualquiera de sus apelativos convoca su presencia; están mudos de espanto mientras la figura habla y se presenta a la bailarina como el inversor extranjero del que le había hablado Steve. La bailarina, que oye su voz profunda y tranquila hablándole en su propio idioma —tiene el mismo acento extranjero de su padre el cónsul, *J'ai vu le bon et le beau danser ce soir…*—, lo toma por un respetable y opulento caballero que viene a halagar su vanidad de niña, y se estremece hasta el tuétano con las palabras de admiración que le profesa aquel benefactor rendido al vuelo de su danza. Ella quiere ver su rostro pero él le pide que no, que no lo mire, pues su fealdad es horripilante y no la quisiera espantar: su corazón sensible la ama, no dejará que sus ojos la hieran. El maligno es astuto, sabe que basta decirle estas palabras a Bella para que empiece a amar a Bestia; es un cervatillo conmovido por las garras del león, y no importa que la platea entregada a la fábula la advierta de la falacia de Asmodeo, de nada sirve que silben y abucheen a la cornúpeta sombra, porque Bella, enamorada de su propia piedad ante Bestia, ha consentido ya en apagar la lámpara, y la negra capa se cierne sobre ella justo un momento antes de que triunfe la oscuridad en el escenario.

Fin del primer acto y cae el telón.

La indignación en la platea es más que audible. ¿Qué invención es ésta, cómo osan los comediantes asustar así a las señoras? El galeno asiste a una baronesa con sales de amoniaco, los camareros sirven licores medicinales entre la trastornada audiencia.

Greta tiene miedo.

—No seas tonta —le dice Franz—, ¿no ves que era Calibán disfrazado?

Pero él mismo siente algo peor que miedo. ¿Qué es peor que el

miedo, Franz? Que el miedo seas tú, que no puedas alejarte de él porque va contigo; pero eso no es ya miedo, eso es la semilla de la locura. Puedes imaginar para explicártelo que eres tu propio parásito pugnando por abrirse camino a través de la piel de tu frente, y sabes que cada célula de tu cuerpo lleva la herencia del monstruo, responde a su huella genética, atisbas sus gestos aborrecidos en el espejo cada vez que te miras, por eso no te gusta mirarte aunque todo el mundo diga que eres un niño muy guapo como lo dicen de Greta, y comprendes vagamente que no podrás vivir toda una vida temiéndote, odiándote, de modo que estás ya estás construyendo un refugio contra ti mismo, lo llamas *pensamiento adulto* y es una pequeña bolsa de aire en la que puedes respirar a salvo; procuras ser muy educado, todo lo educado que puedes, y procuras ser bondadoso, todo lo bondadoso que puedes, porque eso expresa tu voluntad, no la del demonio, eso es lo único que tienes por tuyo: tu buena educación y tu bondad, y también tu amor por las palabras, la justicia y la belleza, todo lo que has aprendido de Linda y de las películas y de tu profesor de literatura, con esas herramientas precarias tratas de contradecir al demonio y apuntalar un refugio dentro de ti mismo, un reducto en el que solo tu voluntad tenga vigencia. Pero las paredes son débiles y el diablo que te rodea las comprime, temes que tarde o temprano salten los puntales y te aplaste, y eso tan horrible no le pasa a nadie que tú conozcas, ni siquiera a Greta aunque comparta al diablo contigo, porque ella jamás se parecerá a la sombra tanto como tú. Por todo eso, aunque eres educado y bondadoso, no tienes verdaderos amigos, nadie podría entender lo que te mueve y lo que te paraliza, eres un monstruo único, un parásito de ti mismo condenado al ensimismamiento, pero no puedes pensar directamente en esto durante mucho tiempo, ese pensamiento te ahoga, te envenena, te mata. Procuras distraer tu juicio y desviar tu atención y te fuerzas a seguir las palabras del maestro de ceremonias, que ha pasado al escenario para asegurarse de que la obra enderece su pésima deriva, no va a consentir que se alce el telón para el segundo acto si continúan los despropósitos, y si el rey no ha mandado decapitar a toda la compañía es porque las señoras no pueden irse a dormir después de asistir a esa última escena horrenda, de modo que el autor de ese dislate empedrado de ripios

verá cómo pone un fin sensato a la extravagante fábula. —Juro que la historia termina bastante bien —le dice Belacus—, muy bien —añade temiendo haberse quedado corto—, tan bien que vos mismo aplaudiréis entusiasmado; se trata de un innovador estilo narrativo, la corte dormirá sonriente a al final de la velada, podéis quedaros tranquilo.

Pero se alza el telón para el segundo acto con una melodía tristísima. En escena, un cadáver en su catafalco, con los bigotes caídos y la cara enharinada, rodeado de cirios y plañideras. La platea lo acoge con paciencia y el maestro de ceremonias empieza a morderse los pellejos del pulgar. Entra la bailarina en el velorio cubierta con manto y caperuza: acaba de llegar de la lejana Camelot para encontrarse a su padre, el buen cónsul, de cuerpo presente. La bailarina se arrodilla y llora en silencio ante el féretro. La soledad minó su salud, le cuentan sus doncellas, jamás se le volvió a ver sonreír y aun rara vez hablaba desde que su hija lo abandonara; ellas que fueron sus cómplices habrán de ingresar ahora en algún convento de regla severa. Por un momento el maestro de ceremonias quiere creer que la bailarina se hará también monja y aquel disparate terminará de forma casi piadosa, pero no es eso lo que ha tramado Belacus. En la siguiente escena, la joven, en su dormitorio, se libra del manto que la cubre y se hace visible un hecho que indignaría a cualquier audiencia: la desvergonzada prófuga ha vuelto a casa preñada. El maestro de ceremonias se sangra el pulgar tirándose de un pellejo con los dientes, pero todo puede empeorar: llaman a la puerta y, en la propia casa del cónsul todavía caliente en su tumba, entra un niño representado por Bámbola el enano, y mientras todos miran con asco a ese infante contrahecho con dos cuernecillos incipientes, se oye fuera de escena la voz de la sombra: *Este es hijo de mi sangre cuya madre murió departo* —le dice a la bailarina—, *a ti te lo encomiendo para que lo críes junto al que ha de nacer*.

Justo en el desconcertante momento en que Franz se reconoce a sí mismo representado en escena, el rey Blasvindo el Sensible decide que no va a tolerar un insulto más a la decencia, y menos en su propio palacio.

—¡A las mazmorras! —grita desde la platea tratando de levantarse de la butaca—. ¿Dónde está la guardia?, que venga

enseguida la guardia…

Belacus salta al escenario y trata de explicarse a golpes de sombrero, pero tras él sale también el Comendador todavía maquillado de cónsul difunto. Hay raptos de ansiedad entre las damas; el mismísimo rey cae de nalgas en el asiento.

—¡No estoy muerto! —repite el Comendador limpiándose el maquillaje para que se vea el artificio, pero sólo consigue que las ojeras violáceas se le corran y parezca más muerto aún.

Las mazmorras eran convenientemente lóbregas, con la única vista de una cámara de torturas ocupada casi por completo por la máquina de descoyuntar huesos. Los guardias arrojaron a los comediantes a la celda grande, provista de una larga fila de grilletes herrumbrosos en la pared más húmeda y verdosa. En la confusión de empujones y abucheos escaleras abajo desde la sala de actos, nadie se acordó de la competición de belleza entre Greta y la infanta, de modo que los niños fueron a parar allí junto con la compañía. Poco después llegaron también arrestados Frailungo y Maternina, que se habían quedado en el patio vigilando los carros, y por último los dos perros —a *Berlioz* tuvo que traerlo en brazos un guardia especialmente grande mientras *Albinoni* le mordía las pantorrillas—; de modo que allí estaban todos menos los percherones, que no cupieron por las escaleras. En realidad tuvieron suerte, porque si el rey Blasvindo el Sensible hubiera sido Blasvindo el Justo o el Ecuánime, habrían rodado cabezas aquella noche, y con razón. Muy al contrario, el alguacil había traído una mesa y un taburete para que Belacus pudiera sentarse a reescribir su *engendro intolerable* —palabras literales del rey—, y se le proveyó también de papel, pluma y tintero bajo la admonición de que no saldrían de allí hasta que tuvieran una comedia *normal y decente* que presentar a la corte.

En estas circunstancias la presión de toda la compañía sobre Belacus era tremenda, y el atribulado dramaturgo, incapaz de enfrentarse al pliego en blanco, paseaba sobre la paja mientras sus compañeros aventuraban sugerencias en voz alta.

—¿Por qué no hacemos que la bailarina se case en Camelot? —propuso alguien.

—¿Con quién? —preguntó Belacus.

—Qué más da: con un joven financiero amante de la danza. Lo importante es que sea guapo y buen vasallo de algún rey.

—¿Y dejamos a la bailarina sin castigo por desobedecer a su padre el cónsul?

—Supongamos que el cónsul la acompaña de buen grado a Camelot. Quizá recibe un cargo diplomático allí y se traslada con su hija.

—Pero entonces no hay conflicto, alma de cántaro.

—¿Y por qué tiene que haber conflicto?, ¿es que no puedes escribir una comedia *normal*, sin demonios libidinosos ni doncellas atormentadas?

—Agh, dejadme pensar tranquilo, atajo de ignorantes.

El cansancio por la larga y ajetreada jornada empezó a pesar al poco. Casi todos, mientras Belacus recorría la celda hasta socavar un camino en la paja, fueron arrellanándose y sucumbiendo a la modorra. Incluso *Albinoni* se echó patas arriba para darle un respiro a su pila atómica, y Greta se durmió junto a él en postura parecida, olvidando por completo su nueva estampa regia. Franz permaneció en la discreción de la penumbra observando a Belacus en plena crisis creativa. Ahora, al revés que de ordinario, era él quien trabajaba mientras los demás dormían y tal vez soñaban. En un determinado momento se detuvo en mitad de la paja, chascó los dedos y, con una prisa injustificada después de tanto paseo, se lanzó al taburete y mojó la pluma de ganso. Así, en el silencio poblado de ronquidos —los de Calibán descomunales—, empezó a oírse su rasgueo sobre el papel y de tanto en tanto algún juramento de inapropiada transcripción, pues así son los escritores, que cargan a cuenta de alguna divinidad sus propias torpezas de mal poeta y se atribuyen el mérito cuando de vez en cuando les brilla un verso. Franz pensó en la bailarina y en su padre el cónsul, pero también en Sarah Connor y el terminator líquido, y cayó en la cuenta por primera vez de que todo aquello, todas las historias que en el mundo habían sido, los libros, las películas, las series y los videojuegos, habían salido alguna vez del cálamo de una pluma que trenzaba el hilo mágico, un camino azul que podía conducir a cualquier parte, para bien y para mal. Aquel mismo día Franz había escuchado por primera vez la música brotando entre las manos de

un ser humano, y ahora veía por primera vez a un escritor trabajando en la soledad de su noche mientras todos dormían, sentado bajo un haz de luna que entraba por el lucernario, esforzando la vista para garabatear su letra picuda, extremadamente desvalido y sin embargo desplegando toda la potencia del Ser en lucha contra la Nada, porque sobre esa mesa se estaba construyendo el mundo que al día siguiente los demás vivirían. Franz recordaba haber querido ser astronauta desde antiguo, esa había sido su primera vocación infantil, pero en algún momento había pensado en sí mismo también como escritor —de ahí sus fantasías en las que lo entrevistaban y él respondía con brillante modestia—, pero esa noche en las mazmorras sospechó certeramente que el escritor no es el que responde a las entrevistas, ni siquiera el que presenta la obra con voz impostada antes de alzarse el telón: el escritor es este que se debate a solas en su tosco asiento, agitado a veces en pequeños gestos de sufrimiento y muecas de dolor, porque el suyo es el difícil parto de la pulga que quiere alumbrar a un elefante.

Franz se durmió forzando la fantasía de que era astronauta pero en algún viaje largo, mientras sus compañeros dormían y la nave cruzaba la noche interminable del espacio, escribía relatos inspirados en sus propias aventuras, de ahí que todas las revistas quisieran entrevistarlo en cuanto llegaba a la Tierra.

Ya era de día cuando los despertó a todos un barullo de guardias que aporreaban la puerta de las mazmorras. Cuando el alguacil les abrió, entraron en tropel para acercarse a la celda de los cómicos.

—¿Dónde está esa niña que semeja una princesa? —preguntó el guardia que parecía más importante.

—¿Qué niña princesa? —preguntó Belacus todavía sentado en el taburete, con los dedos de la mano armada manchados de tinta hasta la segunda falange.

Como el jefe de la guardia era bruto pero parlanchín, informó a todos de los malhadados sucesos de la noche, tan infaustos que hasta el cielo había amanecido en llanto. Hete aquí la noticia que había corrido como un calambre: a medianoche, cuando ya todos se acostaban, un alacrán escondido bajo las sábanas había picado a la infanta Rosalinda. Los médicos alertados de madrugada no habían podido preparar el antídoto —requería pétalos de no recordaba qué flor rara—, así que a la infanta se le empezó a hinchar la lengua

hasta que no le cupo en la boca cerrada, y luego se le puso toda azul, y entonces a los médicos se les ocurrió darle el antídoto contra el mal del alturas siquiera a modo de placebo, pues se podía componer con una simple infusión de hojas de laurel en abundante orina de felino. Por eso destriparon a los cinco gatitos de la infanta, para extraerles la orina y preparar el bebedizo, pero al ver que la niña no acusaba mejora después de hacerle tragar con una cánula tres copas enteras de revulsivo humeante, y al ver también que no sólo su lengua sino toda ella se ponía azul, y que movía los ojos como loca porque la inflamación no la dejaba respirar, los médicos le trepanaron la garganta para insuflarle aire con un fuelle, pero entonces a la niña se le encharcaron los pulmones con toda la sangre que tragó y lo mismo terminó ahogándose sin remedio ante los ojos de todos.

—Por los pergaminos de Melquíades —dijo Belacus arrugando la faz—, si yo hubiera escrito algo tan macabro en mi comedia ya me habrían hecho decapitar.

En efecto: todo el que oía el relato arrugaba la cara y sentía un espeluzno que le recorría la espalda. Pero el rey era, naturalmente, el más afectado, y al astuto marqués de Carabás se le había ocurrido llevar a su presencia a la niña de los cómicos, tan bella y parecida a la infanta Rosalinda que quizá su compañía podría consolar al afligido monarca. Así que allí estaban los guardias, con el encargo de encontrar a la niña.

Como el propósito era piadoso ninguno de los cómicos opuso inconveniente; tampoco Greta, que después de todo iba a poder lucir su vestido ante el rey, ni Franz, aunque quiso dejar claro que a donde fuera su hermana iba él. Por otro lado cabía la posibilidad de que el gesto predispusiera a Blasvindo el Sensible a favor de los cómicos y este les permitiera preparar la nueva comedia fuera de las mazmorras —o siquiera les hiciera llegar un odre de vino—, de modo que a varias manos recompusieron el maltrecho atuendo de Greta, la peinaron lo mejor que se pudo, y el alguacil abrió la puerta para que los dos niños, escoltados por ocho guardias, iniciaran el ascenso a las plantas nobles por las mismas escaleras por las que los habían hecho bajar a empellones.

Desde una ventana del torreón, Franz y Greta vieron los carromatos aparcados en el patio de armas. Junto a ellos había un

enorme coche blanco con doce caballos blancos también; estaban engalanados con plumeros y eran tan altos y esbeltos que a su lado los percherones de los cómicos parecían cebones empapados por la lluvia. El jefe de la guardia, siempre locuaz, les explicó que aquella era la berlina fúnebre que los cocheros habían preparado para llevar el féretro de la infanta Rosalinda, que en paz descansara, y que él mismo llevaba ya tres hijitas enterradas, no muy agraciadas pero las tres llamadas Gunilda, que era un nombre bonito aunque no daba buen resultado, así que si a la cuarta Gunilda se la volvía a llevar el sudor del páramo, tendrían que empezar a pensar en algo mejor.

Cuando el jefe de la guardia se quedó sin aliento, en el tercer piso siguieron en silencio hasta los aposentos reales. Ante la puerta custodiada del dormitorio se apelotonaban los cortesanos, algunos en ropa de dormir. Pasadas las horas todavía se explicaban cómo movía las manitas la infanta en su agonía, que daba horror de verla y hasta parecía endemoniada, y al acercarse Greta algunos saltaron sobresaltados ante el aparente fantasma de la pequeña Rosalinda, más bella aún muerta que en vida.

Se les abrió paso a los niños hasta la misma puerta y sólo el jefe de la guardia entró con ellos en la alcoba del rey. El guardia se cuadró ante el espectro de Blasvindo, pero el desolado anciano apenas reparó en su presencia. Estaba acompañado de sus dos hijas mayores, el marqués y el joven Sigfrido. Natilia, la primogénita, tomaba la mano de su padre, abatido en una butaca, y le apartaba la borla del gorro de dormir.

—¿Qué va a ser de mí? —decía el rey con la mirada extraviada—, ¿quién será la flor de mi palacio ahora que he perdido a Rosalinda? —de pronto se incorporó en la butaca para hablarle a Brunela en un arrebato—: Ya no puedes casarte, Brunela, hija mía, tendrás que cuidar de mí en adelante, y sería muy egoísta de tu parte que insistieras en contradecirme.

—Pero padre…, pero señor… —se opusieron al unísono Brunela y Sigfrido, que ya habían hecho ensayos para el viaje de bodas.

—Querido suegro —intervino el marqués de Carabas en su habitual tono templado—, no debéis tomar decisiones precipitadas. Mirad qué niña tan bonita ha venido a consolaros, ¿no es encantadora? Vos mismo la encontrasteis bellísima anoche, ¿os acordáis de ella? Decidle algo a la niña…

Greta compuso la figura adelantando un pie y doblando levemente las muñecas hacia arriba. El rey se quedó un momento embobado.

—Rosalinda, hija mía, eres tú… —tendió los brazos confundido por el atuendo y los cabellos dorados de Greta—. Ven aquí, mi tesoro recuperado, ¿qué espíritu malvado me indujo a soñar que te veía morir? Sin duda esa horrible función que representaron los cómicos anoche tuvo la culpa.

Los otros adultos intercambiaron miradas de complicidad y enseguida la infanta Brunela se acercó a Greta para tomarla de la mano.

—Ven aquí, hermanita mía —dijo—, abraza a nuestro padre querido, que esta noche ha tenido una espantosa pesadilla.

Eso no le gustó tanto a Greta, desconfiada de aquella nueva hermana mayor con uñas casi tan largas como las de Úrsula. Pero Brunela le retorció el brazo para obligarla a caminar hacia el rey y ese fue el momento en que Franz alzó la voz:

—No es la infanta Rosalinda, es mi hermana Greta, y hemos venido a…

No pudo terminar de hablar porque la manaza del jefe de la guardia le tapó la boca y lo atrajo hacia sí para sujetarlo.

El rey, arrobado ante su hijita reencontrada, abrazó a Greta estrechándola mucho:

—Pero ¿qué haces vestida y engalanada tan temprano? Ah, sí…, hoy celebramos los desposorios de tu hermana Brunela y el apuesto Sigfrido… Qué día más hermoso para un padre; soy tan feliz que no podría negarte nada. ¿Qué trofeo le apetece a mi pequeña infanta en premio por ser tan bella?

Greta tardó un poco en contestar, pero cuando lo hizo Franz supo que tenían un problema.

—¿Tienes gominolas de plátano? —dijo.

Ninguno de los presentes excepto el amordazado supo a qué se refería, pero no importó mucho porque el rey ya estaba dándole órdenes al vacío.

—Pronto, que le traigan a la infanta Rosalinda lo que ha pedido.

El marqués de Carabás le hizo un gesto con las cejas al guardia, y este, que bastante tenía con sujetar a Franz, le devolvió otro gesto de ignorancia. Hubo que consultar a Greta. La niña repitió sus

palabras dibujando con las manos un pequeño plátano.

—Son amarillos, y tienen azúcar por encima —explicó con cierta impaciencia.

Al menos la mención al azúcar dio a entender que la falsa infanta quería algo de comer, y el marqués de Carabas se apresuró a indicarle al guardia que se llevara a los dos niños a la cocina en busca de esos…, lo que fueran.

El propio marqués los siguió hasta el corredor para dar noticias a la corte.

—Queridos nobles de Plainpalais —dijo hablando bien alto para que todos lo oyeran—, aquí tenemos sana y salva a la bella infanta Rosalinda, pues su horrible muerte ha sido sólo una pesadilla del rey Blasvindo que por alguna extraña magia hemos soñado todos. Que así se pregone bien alto para que los villanos lo sepan; que se disponga según lo previsto el desposorio de Brunela y que por todas partes se divulgue la magnificencia de Blasvindo el Sensible, que hasta sus sueños comparte con el pueblo llano el día en que desposa a una infanta.

Los *oh* de admiración fueron muchos, y también los *ah* de alegría por no ver interrumpidas las festividades a causa de un asunto tan inoportuno. Franz, amordazado e inexperto en asuntos de alta política, no daba crédito a semejante muestra de estulticia; sin embargo, como suele ocurrir en casos semejantes, a ningún notable ni vocero se le ocurrió aguar la fiesta poniendo en duda la patraña del marqués de Carabas, y todos sin excepción corrieron a buscar sus banderas de púrpura y gules y otras señas de identidad colectiva susceptibles de ser agitadas por las calles en día tan grande. El marqués dio entonces instrucciones a la guardia para que hiciera desaparecer el coche fúnebre y se descuartizara bien el cadáver de Rosalinda antes de arrojarlo a las porqueras, donde los cerdos darían sin duda buena cuenta de los restos.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, el jefe de la guardia le destapó por fin la boca a Franz.

—Y tú, pequeño bastardo —le dijo el marqués adelantando su mentón prominente y señalándole la nariz—, más vale que no digas tonterías si no quieres servir también de engorde a los puercos. ¿Me has entendido bien?

Franz asintió sin abrir la boca, realmente asustado. Una cosa

eran las amenazas de sor Fauna y otra muy distinta las de un sociópata de verdad, respaldado por un título nobiliario y con mando sobre los alabarderos.

El guardia lo agarró por el pescuezo de la camisa y lo obligó a caminar hacia las cocinas junto a Greta, que, ajena al complot urdido en torno a ella, se complacía en su aristocracia caminando con depurado estilo palaciego.

—¿Estás loca? —le dijo Franz en voz baja—, ¿sabes en qué lío acabas de meternos por ser tan golosa?

Ella lo miró de arriba abajo con una caída de ojos.

A la cocina había llegado ya la noticia de la pesadilla del rey; los cocineros y pinches volvían a trabajar febrilmente en el banquete nupcial como si nada hubiera ocurrido durante la noche. Pero la presencia de una infanta allí —aunque fuera una infanta impostora— no era en absoluto habitual, de modo que el mismísimo cocinero en jefe lo dejó todo para atender a Su Alteza Real. Fue incapaz de entender qué diantres le pedía: el concepto *gominola* era ya difícil, pero el concepto *plátano* resultó desconcertante tanto para el chef como para sus ayudantes venidos de tierras lejanas para estudiar con el maestro. Untuosamente, se le mostraron a Greta pepinos, salchichones, nabos y cuantas viandas pudieran aproximarse a la forma que la niña, cada vez más impaciente, esbozaba con las manos. Franz seguía sin dar crédito y observaba cómo su hermana, contrariada, mandaba destapar compotas de almizcle y mermeladas de frutas y metía los dedos en el tarro para probarlas desdeñosamente. Le trajeron pan de especias aromatizado, violetas cristalizadas, codoñate, miel rosada, caramelos de mantequilla, turrón, anises y almendras garrapiñadas; nada terminó de satisfacerla.

—Basta ya, golosa —le dijo Franz, viéndola atiborrarse y relamerse sin perder la expresión ceñuda.

—No soy golosa, y tú ya no mandas —contestó Greta.

Franz trató de hacer valer su autoridad de hermano mayor quitándole de las manos un pirulí de azúcar cocido, pero de pronto se sintió alzado del pescuezo por el jefe de la guardia, y Greta, en su mal humor de laminera contrariada, se mostró implacable con él:

—A las mazmorras —dijo repitiendo la orden que le había oído dar al rey la noche anterior, y hasta su gesto con el brazo.

No había pasado una hora cuando Franz volvió a dar con sus huesos sobre la paja sucia, y no era fácil saber si lo que dominaba en su estado de ánimo era la tristeza, el escándalo o la estupefacción. La compañía en pleno —incluido Belacus, que dejó un momento la pluma para atender a las novedades— escuchó cómo el malvado marqués de Carabas había engañado al rey y a la corte con la patraña de la pesadilla colectiva, y cómo todos habían creído aquella mamarrachada sin chistar, y cómo su hermana —su propia hermana, esa era la parte triste— se había acomodado encantada al papel de infanta y lo había enviado de vuelta a las mazmorras.

Pero la reacción de la compañía ante tanta ignominia fue muy distinta a la que Franz había esperado.

—En verdad ese marqués de Carabás será un gran rey cuando falte Blasvindo —dijo Frailungo.

—Hay que ser muy noble caballero para resolver tan bien la situación —añadió Sagaz.

—Y los desposorios de Brunela serán sin duda espléndidos —dijo Goliardo—. Apuesto a que los patanes estarán felices y borrachos y serán más que generosos con los cómicos.

—Y la nueva infanta Rosalinda es desde luego hermosísima —dijo Malóptica.

—Muy hermosa —reforzó Maternina en mitad de un coro de asentimientos.

—Pero ¿no lo entendéis?: es todo mentira —dijo Franz—, han engañado a la gente; la infanta Rosalinda murió anoche, el coche fúnebre estaba en el patio, yo lo vi, y esa impostora no es más que la golosa de mi hermana…

Se hizo un silencio.

—Más vale que el marqués de Carabás no te oiga decir esas cosas —dijo Bacalada en voz más baja.

—Más vale que no te oiga nadie si no quieres que nos corten a todos la cabeza —añadió Frailungo—. Y con razón.

Después volvieron cada uno a su rincón sobre la paja.

Ese fue un momento duro para Franz, muy duro. Había creído que si la corte y los pregoneros del reino se avenían a una estúpida mentira —y no alcanzaba a dilucidar si era peor por mentira o por estúpida—, al menos podría confiar todavía en los artistas, que tan libres y lúcidos le habían parecido y a los que tanto admiraba. Pero

también ellos estaban dispuestos a seguirle el juego al marqués con tal de asegurarse algunas monedas. Se podía entender que quisieran conservar la cabeza sobre los hombros, nadie está obligado a ser un héroe —tampoco él lo había sido ante la amenaza del marqués—, pero era muy deprimente que hubieran decidido creer tan de buena gana la mentira, o comportarse como si la creyeran; no había ni siquiera oposición intelectual ante aquello, un contubernio secreto, algo que permitiera mantener al menos la dignidad. Franz comprendió entonces que aquella era una conjura de los necios tan espontánea como redonda y acabada: los nobles procuraban por su negocio, los villanos por su fiesta y los cómicos por su función, y todos creían, equivocadamente o no —eso era secundario y en cualquier caso discutible—, que la mentira los beneficiaba. ¿Por qué iban entonces a defender la verdad? Eran muchas las cosas que le estaban ocurriendo a Franz por primera vez en su vida, y ahora, también por primera vez, sintió la soledad del disidente, y su fantasía se embarcó en un viaje al exilio, atenazado por esa asfixia de la razón que sólo remite marchándose a cualquier parte donde no triunfe la estulticia y la mendacidad, al menos en ese mismo momento, porque —aunque eso Franz no lo sabía todavía— la estulticia y la mendacidad rigen o han regido alguna vez en todas partes, no hay lugar sobre la faz de la tierra libre de estúpidos y embusteros.

Tan desconsolado vio Belacus al pequeño Franz que dejó un momento la pluma para acercarse a él. No hay trabajo más urgente que consolar a un niño triste.

—¿Qué rumias? —le preguntó, sentándose junto a él sobre la paja.

—Nada —dijo Franz.

—No te preocupes mucho, te acostumbrarás a sobrellevarlo.

Franz pensó un momento.

—No sé si quiero acostumbrarme.

—Me refiero a que te acostumbrarás a sortear la censura.

—¿Qué censura?

—La censura invisible… Muchos piensan que la censura es sólo cosa de marqueses que dictan prohibiciones, pero la más férrea de todas es la que ejercen los propios villanos y patanes, porque no está formulada, no tiene consigna que se pueda discutir y sin

embargo es aplastante. No hay nada más difícil de decir que lo que nadie quiere oír, así que hay que decirlo sin decirlo, usando palabras con truco, y en parte en eso consiste mi arte y eso hago con mi pluma. Pero eso no debe importarte ahora, no debes amargarte por causa de los estúpidos y los embusteros, no acabarás con ellos, es como tratar de acabar con la gripe: simplemente muta y aparece una nueva epidemia. Lo importante ahora es tu camino, tu búsqueda, en eso has de enfocar tu energía.

—¿Qué búsqueda?

—La de Untaxi de Skoda, el mercenario, que recibió ciento diez caballos invisibles en recompensa por haber servido al rey de los Carburantes…

Franz sonrió al fin y Belacus le atusó los cabellos.

—Pero Greta se ha vuelto loca también, y está con ellos —dijo Franz.

—Bueno, ya sabes que le pierden las golosinas; y esta es tu historia, no la suya.

—Greta es mi hermana, tengo que cuidar de ella.

—Esa encomienda tuya no es para siempre, ¿sabes? Crees que se lo debes a tu bailarina y eso te honra, pero tarde o temprano Greta habrá de seguir su camino, y quizá ha llegado el momento. Hay viajes que se tienen que completar en solitario; seguro que encontrarás a tu hermana más adelante, quizá cuando ella haya resuelto también su búsqueda.

Franz pensó otro poco.

—Pero no sé a dónde tengo que ir ni qué tengo que hacer. Me siento perdido en un lugar extraño.

—Estás perdido, sí, pero sabes qué tienes que hacer, por ti y también por Greta y por nuestra bailarina. No lo sabe tu pensamiento adulto, no le preguntes a él, lo sabe el niño que fuiste y siempre serás en algún lugar de tu corazón. Pero saber lo que tienes que hacer es sólo una parte del camino: tendrás también que averiguar cómo, cuándo, dónde, por qué y otro montón de cosas para las que sí te resultará útil tu pensamiento adulto.

—¿Te refieres a que tengo que enfrentarme a la sombra, la misma que salía en tu obra de teatro?

Belacus chascó con la lengua:

—Chico listo.

—¿Y cómo voy a salir de esta celda y de las mazmorras?

—Piensa un poco. Ahora eres el hermano de la infanta favorita del rey, ¿no se te ocurre cómo sacarle partido a esta circunstancia?

—Pero eso es mentira, la verdadera infanta ha muerto.

Belacus se levantó de la paja para volver al trabajo.

—Y qué —le dijo a Franz mirándolo un momento a los ojos—, ¿acaso alguien te lo podrá reprochar?

Franz se quedó sentado en la paja con la espalda apoyada en la piedra húmeda. Tuvo que pensar un buen rato hasta que se le ocurrió una idea, y luego aún pensó más tratando de redondearla, lo que siempre conviene a las ideas si uno pretende que rueden. La clave estaba en los 36 pajes que salían cada mes en busca de colocasias, esa fue su inspiración.

—Alguacil —gritó al fin acercándose a los barrotes—: mandad decir al rey y a la infanta Rosalinda que yo sé dónde encontrar gominolas de plátano azucarado.

—¿Encontrar qué?

—No tenéis más que repetir mis palabras y la infanta Rosalinda sabrá entenderlas —replicó con firmeza.

El resto fue fácil: Franz explicó ante el anciano rey y la falsa infanta que el legendario árbol de las gominolas de plátano crecía bastante lejos, en los confines del reino, y que tendría que ponerse enseguida en camino si la infanta quería que sus golosinas llegaran a tiempo para el banquete de bodas; además necesitaría algunas provisiones, y tenía que viajar sin escolta porque había que cruzar el puente de Elastos, que sólo soportaba sin romperse el peso de un niño de su complexión.

Chico listo.

IV

La lluvia había cesado y el sol iluminaba las vides, los trigales recién segados, los cotos de caza del rey que se abrían a los márgenes del camino, cada vez más estrecho y tosco a medida que Franz se alejaba de la capital de Plainpalais. Había decidido dirigirse hacia unos montes lejanos que se dibujaban azulados bajo el sol; si uno no sabe hacia dónde ir lo mejor es subir al lugar más alto posible y otear, pensó, aunque fue el niño en estado puro el que eligió caminar hacia las montañas: le apeteció, y ya había echado a andar cuando su pensamiento adulto se las ingenió para encontrarle sentido a esa elección.

Durante largo rato siguió adelante sin mirar atrás, atraído por la silueta de las colinas lejanas que parecían un perro echado al sol, los hombros de una mujer durmiente o el perfil de un carnero con báculo y tiara, según los giros y altibajos de la ruta propiciaban otra perspectiva y su imaginación recomponía las formas. Caminó deprisa sobre la ligera pendiente, y cuando entró en calor y notó el sudor en la frente apresuró aún más la marcha, impulsado por la euforia del viajero que acaba de partir. Le pareció que lejos de palacio el aire era más grato de respirar, aunque en realidad Franz no era en absoluto un amante de la naturaleza; difícilmente hubiera podido serlo un niño de ciudad que, excepto por algún corto viaje en avión de un país a otro y la pequeña excursión para ir a montar a caballo el día de su séptimo cumpleaños, nunca había estado extramuros urbanos. Era, por así decir, un animal humano nacido y criado en cautividad, de modo que si podía elegir siempre prefería un jardín con césped a un prado abierto, y un lago con surtidor y tejados en primer plano a otro que no los tuviera. Su mente había trazado una asociación entre lo que significa la educación para una persona y lo que representa el urbanismo para la naturaleza, y ambos procesos civilizadores le parecían preferibles a una espontaneidad del todo asilvestrada cuyo encanto se veía atenuado por multitud de inconvenientes —falta de farolas en los bosques,

por ejemplo, o de zonas wifi—. Por otro lado admitía que un cierto aire natural favorecía tanto a los paisajes como a las personas y, por lo demás, le parecía de muy buen tono abogar por la protección de selvas, ballenas y koalas, eso no era incompatible con reconocerse urbanita a carta cabal. De modo que durante largo rato y ya sudando de manera visible, disfrutó de aquella caminata que carecía de la abigarrada densidad informativa de sus paseos hasta la panadería pero a cambio inducía una sensación de viaje trascendente muy superior: era un ser humano en busca de su destino, caminando solo hacia las montañas lejanas, demasiado lejanas quizá, y cada vez más cuesta arriba.

El camino ganó rugosidad, complejidad, el calor se hizo sofocante; saltaban insectos en el suelo a cada paso que daba, y unos pequeños hierbajos de aspecto alienígena se le enganchaban a los bajos de los pantalones como bolitas de velero de color esmeralda. Empezaba a ser ya demasiada naturaleza.

Se detuvo a beber agua sólo cuando pensó que algo malo podría pasarle si no lo hacía. Llevaba en el zurrón colgado en bandolera un pequeño pellejo de agua que el sol había calentado, un cuarto de hogaza de pan, otro de queso y algunos pedazos de tocino no muy apetitosos. Se suponía que aquello debía mantenerlo satisfecho durante un camino de ida y vuelta de varias horas, y aunque Franz sabía que su viaje hasta el siguiente avituallamiento podía ser mucho más largo, no insistió en que le llenaran más el zurrón en la cocina, en parte por no levantar sospechas y en parte por no cargar con mucho peso.

Cuando hubo bebido unos tragos largos y el pellejo perdió la mitad de su contenido, se arrepintió de no haberse llevado un poco más de agua. Aprovechando la parada miró hacia atrás por primera vez desde que había salido de palacio y se dio cuenta de lo mucho que había ascendido y se había alejado de la torre del homenaje. Le costó distinguirla muy a lo lejos, diminuta y desdibujada por la distancia. Ante él, en cambio, los montes habían adquirido una presencia apabullante, y después del último tramo empinado en el que sólo había mirado al suelo, supo que lo que estaba subiendo era un repecho tras el que se alzaba otro volumen mucho más alto, con un pico nevado que descollaba.

Alcanzar la cumbre de aquella colina le costó un buen rato y

considerable esfuerzo, y no vio lo que había en la ladera opuesta hasta que apareció ante sus pies detrás de las últimas rocas. A un verdadero amante de la naturaleza aquel le hubiera parecido un bello paisaje montañoso —suaves sierras cruzadas bajo la presidencia del pico níveo, silente e inalcanzable—, pero a Franz le produjo una vívida sensación de desorden. No había nada llano, ni una línea recta ni una curva de intención bien definida, imposible saber qué estaba torcido y qué no, qué elemento era más alto o más grande o más lejano que otro; los peñascos parecían encajar unos sobre otros en un equilibrio extraño, sólido y sin embargo inestable, como en un majestuoso juego de escalinatas proyectadas por un arquitecto demente. Por suerte —de no haber sido así probablemente Franz hubiera dado media vuelta y ensayado otro destino—, en el paisaje vio algunas trazas de intervención humana. Más que trazas: toda la cresta de la colina estaba recorrida por un sendero estrecho pero bien definido, que bajaba hacia el valle en amplia curva y después ascendía de nuevo por la ladera de enfrente. Allí, entre la discreta foresta de pinos y cipreses, se distinguían algunas construcciones. Le pareció un buen destino parcial —donde hay construcciones suele haber agua—, y no creyó que pudiera llevarle más de una hora alcanzarlo. Tomó el sendero en media umbría y durante un rato fue un respiro caminar cuesta abajo y protegido del pleno sol que había cargado a la espalda desde su partida, aunque perdió definitivamente la referencia de la llanura de Plainpalais y de pronto se sintió inmerso en un paisaje agreste y caótico, que transmitía la impresión de encerrar al viajero en una enorme jaula de montañas.

Al llegar a la vaguada se detuvo a mirar la ladera que tenía que subir, de nuevo a pleno sol. A esta distancia, lo que le habían parecido construcciones eran más bien ruinas todavía indefinidas. Dio otro prudente trago de agua para tomar fuerzas y comenzó a subir mirando arriba, ya más atento a lo que pudiera aparecer ante su vista que a sus propios pasos sobre el polvo. Lo primero que encontró, en una explanada que se abrió a lado y lado del camino, fueron los restos de un edificio circular rodeado de cientos, quizá miles de grandes piedras caídas. Franz sabía que los capiteles de las únicas tres columnas todavía derechas eran de estilo dórico, pero no se detuvo mucho allí, siguió camino sorteando las grandes piedras

talladas que reposaban en el suelo y en ellas reconoció también elementos jónicos y corintios en completo desorden, como si se hubieran mezclado en el suelo derribos de distintas épocas. Distraído en aquellos escollos resecos, tropezó y al caer se hirió una rodilla contra un fuste quebrado en cantos vivos. No le dolió mucho pero se rasgó los pantalones y el corte en la piel sangraba. Cuando empezó a escocerle por el sudor pensó en sentarse a la sombra y limpiarse la herida usando un poco del agua del pellejo. Un bosquecillo de laureles que se veía a la derecha parecía el lugar propicio: emanaba frescor a simple vista. Al acercarse oyó el inconfundible sonido del agua, que corría entre las rocas hasta un pilón de piedra, grande como una alberca.

Allí se detuvo a descansar y comer antes de seguir camino. Primero sació su sed atrapando con las manos el agua que saltaba hacia el pilón; estaba fresca y rica, ligeramente metálica. Luego se descalzó y se quitó los pantalones para ocuparse de lavar su rodilla herida. Anduvo chapoteando en el agua del pilón y terminó quitándose también el jersey y remojándose entero para librarse de la sensación pegajosa del sudor. Al terminar las abluciones se sentó en una piedra para secarse al sol y volvió a vestirse antes de abrir el zurrón —no hubiera sido de buena educación disponerse a comer con el torso desnudo, aunque estuviera completamente solo—. Mientras masticaba pan y queso —el tocino era, decididamente, demasiado grasiento, y lo guardó para caso de apuro— pensó que aquella era otra situación para su lista de primeras veces: la primera vez que almorzaba solo. En realidad era también la primera vez que estaba solo en sentido estricto, lejos de cualquier ser humano, y esta forma de soledad no le gustó tanto como la de sus viajes a la panadería, porque en la ciudad la soledad es sinónimo de libertad, no de aislamiento, y tampoco era como estar solo en su habitación con la puerta cerrada, porque tras las paredes, sobre el techo y bajo el suelo, había vecinos, otras personas, y bastaba bajar a la calle para mezclarse con ellas. En este lugar en cambio sólo quedaban ruinas, lo que casi era peor que si no hubiera vestigio humano: aquellos cascotes monumentales transmitían la impresión de que la humanidad se había extinguido y él, como en aquella película, era el último humano sobre la Tierra.

Iba a ponerse de nuevo en camino cuando, sobre las voces de los

pájaros que llevaba horas oyendo, escuchó un graznido potente, como una bocina de autobús. Levantó la vista. Desde arriba, muy alto, se acercaba planeando un pájaro grande con flecos en las puntas de las alas, quizá un águila. Franz la seguía con la mirada cuando, inesperadamente, se oyó otro graznido y el ave chocó contra otra igual a ella que llegaba planeando en sentido contrario. Ambas cayeron unos metros en barrena y volvieron a alzarse graznando y batiendo poderosamente las alas; trazaron círculos la una en torno a la otra y se alejaron de allí, quizá cada una por dónde había venido. Franz permaneció unos segundos escudriñando el cielo vacío y preguntándose si acababa de ver algo extraordinario o no; quizá no era tan raro que dos águilas chocaran cuando volaban distraídas en busca de alguna presa sobre el terreno.

Siguió caminando, pero un poco más arriba encontró algo que lo dejó clavado en el suelo. Era una enorme serpiente enroscada en mitad del paso, con la cabeza atenta y alzada sobre el cuerpo, que olfateaba el aire con su lengua pulsátil. No le constaba que las serpientes comunes pudieran alcanzar a un niño a la carrera —quizá una mamba negra como la que había visto en un documental de la BBC—, pero se acercó muy lentamente y con mil precauciones, y desde unos metros lanzó piedras rodando hacia ella para ver cómo reaccionaba. La serpiente no se inmutó, así que Franz se acercó un poco más para tantear si podía pasar sin molestarse mutuamente, hasta que, cuando mediaban tres o cuatro pasos, la bestia se alzó silbando y mostró unos colmillos corno ganchos brillantes de baba que Franz imaginó capaces de inyectar veneno con la eficacia de una jeringa hipodérmica.

Aquello daba miedo de verdad, no del que se pasa si enciendes la luz o piensas en otra cosa.

La solución obvia era rodear el sendero, pero por la izquierda caía en desmonte hacia la quebrada y a la derecha se elevaba una pared rocosa entorpecida por espinos crecidos en las grietas. Pensó en cómo alejar a la serpiente del camino; lo primero que se le ocurrió fue lanzarle un pedacito de tocino y ver si se movía siguiendo la carnaza, pero el cebo le interesó a la serpiente tan poco como las piedras. Luego empezó a tirarle más piedras, esta vez con fuerza e intención de ahuyentarla, pero la serpiente se enfureció tanto que se encaró con él y lo obligó a retroceder. Al repetir los

disparos sólo logró que se moviera al ataque sin abandonar nunca el camino; parecía mantener la expresa voluntad de impedirle el paso, y él cedió terreno como un ajedrecista en retirada. Empezó a pensar entonces en matarla. Cabía la posibilidad de que fuera más fácil que apartarla, pero en realidad había empezado también a odiarla —qué cerca estaban los verbos *temer* y *odiar*—, de modo que la idea de acabar con aquel bicho furioso le resultó atractiva en sí misma: ¿cómo osaba esa bestia vetarle el camino que los humanos habían trazado para sí mismos? Franz nunca había matado nada tan grande; recordaba haber aplastado mosquitos, hormigas y algún escarabajo, pero ¿cómo acabar con una serpiente venenosa?

Se puso a la labor con cierta excitación predadora. Subió unos metros por el peñascal de la derecha y desde allí arrojó un pesado pedazo de capitel un poco a ciegas —no podía mirar abajo y lanzar a la vez—, pero acertó casi de pleno. Cuando bajó de nuevo al camino y vio a la serpiente enroscándose sobre el peso que le apisonaba una curva reventada del vientre, no sintió ni asco ni piedad, sino un ligero temblor de piernas y una punzada de orgullo de especie. «Yo soy un humano y no necesito colmillos venenosos —pensó—, porque tengo manos hábiles e inteligencia para darles empleo, y una inmunda serpiente no puede obligarme a abandonar el camino de mis congéneres.»

Apenas se había apaciguado su euforia de *Homo Sapiens* victorioso cuando se encontró un poco más arriba, siempre siguiendo el camino, con las puertas del santuario. Una rampa ascendía suavemente desde el liminar hasta el umbral, abierto bajo un dintel ciclópeo en el que dos águilas esculpidas frente a frente giraban la cabeza para mirar a los ojos del que entrara. Más allá, ya dentro del recinto amurallado, el camino se convertía en calzada de piedra y a ambos lados filas de estatuas observaban también al caminante. Estaban fundidas en bronce, cubiertas de una pátina verdosa; la mayoría eran figuras masculinas de tamaño natural, guerreros a juzgar por el pertrecho o cubiertos con sencillas túnicas, sobre todo las mujeres, bellísimas en su hieratismo, congeladas para observar por los siglos al visitante que entraba. No se oían los pájaros allí dentro, imperaba un silencio denso bajo el sol oblicuo que acentuaba la inmovilidad de las sombras; el suelo y las ruinas tenían el exacto color de las montañas que asomaban de fondo,

como si en su desmoronamiento buscaran volver a fundirse con el paisaje: era un mundo que lentamente se convertía en polvo, y Franz avanzó por él con la creciente sensación de que nada de aquello era real pese a que sentía el calor y la luz del sol y la carga de su propio peso sobre el suelo ardiente.

La vía ascendía en un solo zigzag tan amplio como el recinto entero y parecía conducir a un templo cuya parte alta sobresalía entre todas las ruinas. Franz giró en el agudo codo de la calzada para seguir acercándose a ese punto culminante, y, cuando menos lo esperaba, oyó una voz humana que lo rescató de la fascinación del ascenso.

—Eh, quién eres tú —dijo la voz.

Arriba y un poco a contraluz, sobre una gran roca que parecía emerger junto a un templete, Franz vio a una mujer vieja —la palabra *anciana* no daría idea precisa de su estampa—, que apoyaba pies y manos en la piedra, con largos cabellos blancos y cubierta con jirones de tela renegrida.

—Yo soy Franz —dijo el *Homo Sapiens* victorioso con voz segura.

—Y qué has venido a buscar aquí, Franz —volvió a preguntar la mujer.

Responder a eso era más difícil de lo que parecía, y además la pregunta tenía algo de capcioso, aunque Franz no podido usar esa palabra para describirla.

—No busco nada, solo llego siguiendo el camino —dijo.

—Todos venís buscando algo por ese camino. Qué es lo que quieres saber tú, que llegas cuando Apolo ya no tiene morada aquí, y el agua parlante ha callado para los mortales.

Demasiadas preguntas difíciles, pensó Franz. Se hizo visera con una mano para ver mejor a la mujer. Ella también se asomó un poco más sobre la roca y pareció olfatearlo.

—Ah, ya puedo ver tus pequeños cuernos brotando —dijo—. Eres un joven fauno que husmea a las ninfas —luego rió más como una niña que como una anciana, *jijiji*—. Sí: la vieja Herofila ya ve tus cuernecillos, pero apenas ve nada más con sus ojos devastados, tendrás que subir hasta el templo y preguntar a la Pitia, ella sabrá leer mejor en tu mirada.

—¿Preguntar el qué? —dijo Franz.

—Eso sólo tú puedes saberlo, fauno orgulloso; pero si quieres un consejo, nunca debes preguntar lo que ha de venir. Los mortales siempre preguntáis lo que ha de venir, y el agua parlante sólo habla de lo que fue; los mortales sois estúpidos e impacientes, por eso Creso cruzó el río y perdió su imperio, y por eso ya no respondemos a vuestras preguntas. Pero tú no eres un mortal ordinario, eres un joven fauno extraviado y pareces listo, te purificaste en la fuente y mataste a la serpiente, quizá sabrás también sacar provecho de las tres preguntas que te concederá la Pitia. Recuerda esto cuando llegue el momento: no preguntes lo que ha de venir, pregunta sólo lo que fue y el oráculo será certero.

La mujer volvió a reír como una niña y se retiró a cuatro patas de la parte alta de la roca hasta desaparecer.

Franz siguió la vía hasta completar el zigzag, pero ya no atendió más al paisaje fantasmagórico: en su cabeza daban vueltas obsesivamente las palabras que acababan de dirigirle, y hasta se detuvo un momento a echar un trago de agua y pensar en ellas. Conocía la palabra *oráculo*, se usaba mucho en una película que le había gustado, cuando Neo el protagonista no sabe si es o no el elegido y acude a una especie de pitonisa para que se lo diga. La pitonisa se equivoca, porque le dice a Neo que no es el elegido y sin embargo termina siéndolo y adquiere tal poder que vence a los Smith. Quizá su error fue preguntar por *lo que ha de ser*, y no por *lo que fue*, y eso quería decir que no había que preguntar por el futuro sino por el pasado, porque el futuro no existía todavía, ni siquiera para las pitonisas.

Sin embargo todas las preguntas que a Franz le venían a la cabeza se referían al futuro: ¿Alguna vez seré astronauta, o al menos escritor? Trató de concentrarse en sus sentimientos y pensar en otras cuestiones que le importaran. ¿Volveré a ver alguna vez a Linda?, ¿y a Greta?, esas sí eran buenas preguntas, aunque seguían refiriéndose al futuro; el tiempo le daría respuesta a cualquiera de ellas, preguntar ahora sólo anticiparía lo que algún día sabría de todas maneras. «Los mortales son estúpidos e impacientes…» ¿Podía sacársele más provecho al privilegio de hacerle tres preguntas a un oráculo? Sí, obviamente: preguntando algo que uno jamás llegara a saber a menos que preguntara a un oráculo. Entonces comprendió la ventaja de interesarse por el pasado, porque lo que ha quedado

oscuro en él puede permanecer oscuro para siempre, en cambio el futuro se revelará tarde o temprano, de modo que sólo inquirir acerca de *lo que fue* puede dar respuestas reveladoras.

Entonces se hizo otra pregunta, ¿estoy seguro de querer desvelar lo que ahora me parece oscuro? De otro modo: ¿será mejor saber, o no saber?

Esa pregunta fue la que lo mantuvo durante largo rato inmóvil delante del templo, tan concentrado que no reparó en la belleza del frontón historiado en el que Apolo vencía a Python, pues sólo su padre Zeus y su madre Leto podían dominar el poder de aquel joven dios impetuoso.

Volvió a pensar en Linda.

¿Qué habría hecho ella?

Cuando se hubo respondido, empezó a subir la rampa hacia el peristilo.

Franz había entrado media docena de veces en la *église évangélique* de Champel; Linda tenía amigos en un coro de góspel que cantaba los domingos allí, por ejemplo Dominique, que era muy simpática, y Jean Pierre, su novio. Ese era el único templo que había visitado en su vida, con mucha luz que entraba por los ventanales, feligreses que cantaban alzando las manos en señal de loa y músicos con guitarras eléctricas y batería. Franz incluso llegó a aprender el estribillo de una canción que siempre dejaban para el final porque era la más rápida y animada:

Oh, Mary don't you weep, don't you mourn
Oh, Mary don't you weep, don't you mourn…

Nada de eso podía compararse a este otro templo. Ni siquiera servían como referencia las imágenes del Partenón que el profesor de Ciencias Humanas les había proyectado en la escuela, porque uno imaginaba el Partenón del tamaño de una casa normal, como un chalet entorpecido por absurdas columnas, y en cambio este templo abatido que ahora tenía delante debió de ser tan grande y alto como una estación de tren.

Tras subir la rampa y alcanzar la perspectiva central hacia la nave ocurrió algo impresionante. En un efecto parecido al de esas

postales de impresión lenticular que cambian al mirarse desde diferentes ángulos, el templo ya no estaba en ruinas: tenía el tejado y todas las columnas intactas, y el tímpano pintado de colores vivos. En el pórtico brillaban dos grandes pebeteros de oro; en uno ardía incienso de sándalo y enebro, en el otro de benjuí, estoraque y mirra, y las dos vetas aromáticas se cruzaron al paso de Franz, que jamás había olido algo tan delicioso. El denso bosque de columnas, la penumbra de la nave al fondo y, ya en el interior, la colosal estatua que resplandecía a la luz de las lámparas de aceite terminaron de sugestionar su mente y embotar sus sentidos. Aquel tenía que ser, sin duda, un dios: un dios desnudo que tañía una lira de oro, más alto que los caballos del Bois de Châtillon—, quizá más alto que una jirafa —pero Franz no había visto nunca jirafas de verdad—, con la piel de mármol tensada sobre cada músculo de su anatomía. Trató de leer la expresión de su rostro, porque a las personas se la conoce mirándolas a los ojos, y eso vale también para las estatuas y probablemente para los dioses. En él vio la tristeza, la reprobación del que se ha mezclado con dioses y con mortales, y en la decisión con que se aferraba a su cítara, entendió la juventud eterna del que busca sin tregua y jamás da su conocimiento del mundo por terminado.

Absorto, Franz tardó bastante en darse cuenta de que no estaba sólo. A su derecha el suelo descendía en escaleras hacia un foso sin pavimentar. Allí había una mujer joven sentada en un taburete alto, mirando atentamente un cuenco que sostenía con su mano izquierda y en el que removía una rama de laurel que sujetaba con la derecha. Su rostro permanecía oculto bajo la sombra de un pañuelo rojo, pero asomaban sus pies desnudos bajo la túnica color siena, colgando del alto trípode en el que se aposentaba. Junto a ella, pequeñas lámparas de aceite iluminaban el manantial que resbalaba por la pared de granito, y tenues vapores brotaban de una grieta en el suelo de piedra viva.

Franz pensó que lo educado era saludar, pero mientras buscaba una fórmula adecuada —*hola* era demasiado informal, *bon aprés-midi* demasiado burgués, *salve pitia* ni siquiera se le ocurrió—, la joven pitonisa se le adelantó:

—¿Has pensado tus preguntas para la Pitia? —dijo con voz suave.

—Hola —Franz no pudo evitar decirlo—; sí, me parece que las tengo. ¿Cuántas son en total?

Ya sabía que eran tres, pero nunca estaba de más evitar malentendidos, aunque por un momento temió haber consumido ya una de ellas y se le aceleró el corazón.

—Tres preguntas te son concedidas, joven fauno —dijo la Pitia —. Piénsalas bien, porque el agua sólo hablará para ti una vez, y eres afortunado por obtener la gracia que grandes emperadores no merecieron.

La voz era tan pausada que en efecto convidaba a dar un último repaso mental, pero Franz se había puesto nervioso; le pareció que había olvidado alguna de las preguntas previstas y tuvo que reformularlas mentalmente, incapaz ya de juzgar si eran o no las más pertinentes.

—Las tengo —dijo al fin.

—Entonces toma un sorbo del agua, joven fauno, y haz tu primera pregunta si no temes saber la verdad.

El gesto indicaba un cuenco parecido al que sostenía ella misma, dispuesto al alcance de Franz.

Él bebió un trago prudente y formuló la primera de las preguntas:

—¿Quién fue mi madre?

La Pitia removió suavemente en su cuenco con el laurel y después de unos segundos respondió.

—Tus madres son tres —dijo—. Tu última madre es una bailarina; te llevó a cabalgar al bosque un día y viviste gran alegría junto a ella y la hija que dio a luz, tu hermana, que por un tiempo creíste hija del gran amor que sentías por tu madre esposa. Tu segunda madre es una cocinera que cuidó de ti y de otros niños, y a todos os daba de comer papillas y leche, y más tarde cocido de coles y puerco ahumado, por eso su recuerdo está en tu nariz y está en tu boca, y también en la lengua que ella os hablaba. Y tu madre primera, aquella cuyo vientre habitaste, es Sarah, y no te abandonó porque no te amara como hijo, se alejó de ti para protegerte de un exterminador de mercurio líquido, y después sucumbió en combate contra las máquinas del porvenir, por eso nunca pudo regresar a buscarte.

—Pero esa es Sarah Connor, y no es real —dijo Franz.

—El agua no distingue qué es real, joven fauno; sólo los mortales ven únicamente lo real: los dioses y los iniciados ven todo lo que es.

»La Pitia ha respondido a tu primera pregunta, ahora debes beber un sorbo y formular la segunda.

Franz habría querido disponer de unos segundos para reflexionar, se sentía confuso ante una respuesta mucho más complicada de lo que había previsto y que, sin embargo, sonaba a verdad: la reconoció como tal a medida que salía de los labios de la Pitia. Si ahora apareciera su madre de verdad, su primera madre, si no hubiera muerto como le habían hecho creer sino que hubiera estado secuestrada y de pronto volviera a él, esa sería en realidad su cuarta madre, tendría que añadirse a la colección, porque la primera seguiría siendo Sarah Connor exactamente como aparece en *Terminator II*, y la segunda aquella cocinera del internado que le daba de comer, y la tercera sería también para siempre Linda, su bella durmiente, su amada bailarina, que viajó a Camelot para encontrarse con la sombra y concebir a Greta.

Franz bebió un segundo sorbo de agua. La siguiente pregunta era la que más le había costado formular mentalmente con precisión:

—¿Por qué empezaron a salirme cuernos?

—Tu naturaleza viril pugna por manifestarse y tú la imaginas pérfida, como los cuernos de un carnero que te emparentan con la sombra. Por eso sientes escozor y desazón en la testuz, y por eso ves en tu reflejo un fauno horripilante, mitad diablo mitad persona, aunque no seas más que un humano que se hace hombre.

La tercera pregunta la reformuló Franz en el último momento, pero era en esencia la misma que tenía prevista al entrar:

—¿Mató la sombra a Sarah Connor?

La respuesta fue la más breve:

—No por su mano, pero sí por su causa, y la sombra es culpable de impiedad.

Después se hizo un largo silencio y Franz sintió algo parecido a cuando deja de llover torrencialmente y uno desea salir a la calle a respirar.

—Has preguntado sabiamente, joven fauno. Ahora deja a la Pitia en soledad, pues tras hablar necesita reposo.

Al salir del templo el sol era ya dorado y las piedras brillaban a su luz como alhajas descomunales. Bajó la rampa y se desvaneció el efecto óptico: todo eran de nuevo escombros sin vida. Echó andar por la vía por la que había llegado y giró hacia el lateral del templo. Respirar era lo único que le parecía importante en aquel momento. Caminó pensando en hacer acopio de aire hasta que llegó a las ruinas del teatro, cuyas gradas ascendían por la pendiente de la montaña hasta el amplio semicírculo exterior, punteado de cipreses. Un poco mareado por la hiperventilación, subió directamente por las gradas, desdeñando las filas de escalones. Al llegar a lo más alto había conseguido agotarse. Allí se sentó y a sus pies contempló el valle y el santuario, con el templo derribado en primer término y más cerca aún el escenario del teatro, redondo y hundido como el ombligo del mundo.

Se llevó las manos a los ojos y lloró sorprendido de sí mismo. No podía recordar cuándo había sido la última vez que lo había hecho, y ahora sus lágrimas se desbordaban saladas y amargas, porque los niños cuyo llanto nadie atiende pronto aprenden a no derramar lágrimas infructuosas, las guardan en algún lugar del estómago o de los pulmones hasta que un día brotan a trompicones, corno las arcadas de un vómito largamente acumulado. Franz comprendió cuán vasta y desolada había sido su infelicidad, y pensó que eso había ya marcado para siempre su destino, que el futuro no sería más que el escenario en que toda esa infelicidad, todo ese miedo, desamparo, abandono, expandirían sus consecuencias, que el único papel de su pensamiento adulto sería atenuar con la ironía una tragedia ya escrita, darle un aire *burlesque* que la hiciera tolerable para la platea, y supo también que jamás sería astronauta: sólo los niños felices viajan a las estrellas, los desgraciados se quedan para siempre escarbando en la tierra, y a su edad ya no le quedaba mucha felicidad que esperar, había vivido ya casi toda su vida, el grueso de sus años maduros serían variaciones de un par de temas que se expusieron al principio y se reexpondrían al final, y al cabo todo terminaría en una breve coda que complementaría al preludio de inicio, como en una sonata de Liszt.

Extenuado por el llanto y hundido en el abatimiento y la autocompasión, se enroscó en una grada y se quedó dormido.

Despertó tiritando de frío. El cielo clareaba tras las montañas y las estrellas se extinguían ya en el primer azul de día. Algo pasaba con sus zapatos, se le habían escurrido de los pies, y algo les pasaba también a sus pies mismos. En realidad ya no los tenía; vio en su lugar dos pezuñas hendidas, y sus muslos eran lanudos como los de una oveja oscura. Se incorporó para palparse el cuerpo constreñido por la ropa rasgada en jirones; también sus genitales eran lanudos y voluminosos, y al llevarse las manos a la cabeza descubrió las orejas caídas y aterciopeladas, y dos ásperos cuernos enroscados sobre ellas, sensibles hasta la misma punta. Se miró las manos y los brazos; eran humanos, como su rostro leído al tacto, pero se habían convertido en miembros largos y fibrados, y al poner a prueba sus pasos se sintió mucho más fuerte que de ordinario. Era en todo una criatura nueva.

El primer rayo de sol iluminaba la hierba cuando abrió el zurrón, hambriento, pero ni los pedazos de tocino ni los escasos pan y queso que todavía quedaban podían saciar su apetito. Su nuevo cuerpo estaba hecho para la caza, su alimento no podía ser ya la grasienta carroña y la leche cuajada que engullen los mortales. Se despojó de sus ropas en harapos para moverse sin trabas y, al sentirse liberado, su falo erecto emergió entre las lanas como un gancho carnoso. Ya nada era como antes: ahora era Pan el fauno, del que su propia madre huyó al verlo nacer tan salvaje y al que Hermes, su padre, se llevó lejos envuelto en una piel de liebre. Abandonó el zurrón y las gradas del teatro y trepó hacia los riscos veloz, brincando como un rebeco adolescente, y entonces gritó para oír su propio bramido resonante que se alejaba del mundo. Su galope le pareció incansable, y contra la brisa que le procuraba su propia carrera entornó los ojos y olfateó la salvia y el romero; se puso a prueba ascendiendo por el monte hacia las primeras nieves de la cumbre, donde crecía la delicada flor violeta de las cimas; refrescó sus cascos en la blancura y se dejo caer desde allí por la ladera que miraba a septentrión, boscosa y húmeda, precipitándose como un rayo entre los árboles. A su paso sorprendió a un faisán azul comiendo bayas de cerezo silvestre; el avechucho se espantó y voló pesadamente hasta una rama baja, y Franz el fauno detuvo su carrera y volvió atrás dando un rodeo para acecharlo; ya no sentía aversión hacia las aves, ahora aquella criatura torpe hacía salivar su

boca y tensar todo su cuerpo; esperó a que se confiara y volviera al suelo para acercarse a contraviento, con las orejas gachas y las pupilas dilatadas, y cuando estuvo a su alcance se lanzó sobre la presa como un leopardo encelado. La atrapó por una pata, el animal graznó piedad en vano, Franz lo inmovilizó entre sus muslos y le retorció el cuello con las manos hasta sentir el crujido de las diminutas vértebras. Ansioso, no esperó a que terminaran los estertores y comenzó a arrancar plumas azules, sintiendo el contacto de aquel cuerpecillo caliente en su verga inhiesta. Ensayó después sus dientes en la blanca carne desnuda, pero sus colmillos no eran de leopardo, ni siquiera de perro, y la musculatura agarrotada del muslo crudo ofreció resistencia tenaz a su apetito. Exasperado, mordió el fino cuello del animal y cuando empezó a manar la sangre lo alzó sobre su boca para tragar el tibio licor que aquella fuente le deparaba. Ahíto, arrojó el cadáver exangüe; entonces fue su sexo el que reclamó atención inmediata, y en un arranque recuperó los restos desechados del ave todavía caliente y los usó para satisfacerse.

Después se tumbó.

Aquella era su Arcadia ahora. ¿Qué le había dado el mundo de los vulgares mortales? Soledad, tristeza e incomprensión. Apoyado en un codo desde su lecho de musgo fresco contempló la ladera arbolada, atravesada por rayos de sol que hacían brillar una lluvia de Hores amarillas de acacia. Sintió entonces una enorme impaciencia por delimitar aquellos dominios con su mirada de señor, precisaba impregnarlos cuanto antes de su esencia caprina, y no tardó en alzarse de nuevo para trotar tranquilo a caballo de sus propias patas. Buscaba sin buscarla una fuente, porque un hogar ha de tener agua además de caza abundante, y buscaba sin buscarla una guarida, porque llegarían las nieves y necesitaría cobijo en las noches más frías. En el momento de concebir estas previsiones comprendió que entre sus atributos humanos seguía contando con un pensamiento complejo y miles de palabras con que darle curso; reunía la potencia del animal silvestre y la inteligencia del humano civilizado, y eso lo convertía en una criatura portentosa, cuya autoconciencia tensó sus músculos y le hizo proferir un largo bramido de poder que resonó en la floresta.

Encontró el agua y la guarida a unas pocas zancadas la una de la

otra, la primera en una fontana que resbalaba entre los helechos, en la que bebió y se lavó la sangre reseca del faisán, y la segunda en una pequeña caverna con boca a meridión, cuya luz tamizada por las hiedras que pendían sobre la entrada le complugo. Desde allí podía trepar a los riscos nevados y contemplar su mundo desde el cénit, o bajar hasta lo más frondoso de la ladera en busca de alimento y sombra fresca; ambos extremos apetecen los faunos en sus correrías, y allí mismo, patas arriba, durmió una siesta sintiéndose en su propia casa.

Despertó largo rato después de un sueño sin sueños, pues la vigilia de los faunos no conoce más ley que el deseo, por eso es cierto que precisan de dormir pero no les compete soñar. Se desprendió en la fuente del sopor de la tarde y salió a explorar la última linde de su territorio, en lo más bajo de la ladera, donde empezaba el valle. No salía esta vez de caza sino a recrearse en el paseo, y el semidiós descubrió que podía silbar y trotar graciosamente con la manos a la espalda como un lobezno seductor. Mientras recorría así los extensos jardines de su morada sonó por primera vez en aquellos parajes una melodía de Debussy, y el fauno gustó de caminar danzando al son de su propio silbido, porque danzar es metáfora de libertad y alegría de vivir y fue el deseo de su querida bailarina, que era también criatura inmortal.

Su falo ganchudo apuntaba al cielo cuando llegó soñador al valle y oyó el discurso reposado del río. Pero había por allí algo más que agua mansa: sus orejas velludas atentas a los cuatro vientos detectaron unas risas. Se le aceleró el corazón y sin embargo quedó inmovilizado, agachado sobre la hierba para desdibujar su estampa. Avanzó después dejándose guiar por su agudo oído, y aun le pareció que sus cuernos recogían y amplificaban la vibración de risas y voces. Parapetado tras un árbol vio a las jóvenes bañándose; eran al menos cinco muchachas, y distinguió que se pasaban un pellejo de vino del que bebían hasta anegarse en risas. El fauno las acechó de árbol en árbol como había acechado al faisán, pero esta vez su boca se vació de saliva y su priapismo se exasperó hasta volverse doloroso. No quería asustar a las ninfas; empezó a silbar el vals de *La Bella Durmiente*, primero muy quedo, después un poco más alto y más cerca, hasta que ellas oyeron la tonada sin escucharla de veras. Entonces Franz se presentó silbando y brincando garboso al

compás del vals, y las muchachas rieron llevándose las manos a la boca y se retreparon sobre las rocas al ver la rojez de su falo.

—Mirad, es el joven Pan que baja de su guarida.

—Aléjate de las ménades, adefesio.

Todo eso le dijeron, pero no se previnieron contra él; estaban tan beodas que siguieron riendo sobre las rocas, y Franz vio que no eran precisamente musas de belleza sin parangón; sus carnes eran algo fláccidas y sus senos más bien grandes y pesados, pero no desperdició la ocasión cuando la tuvo: se abalanzó sobre una cualquiera de aquellas grupas y la tomó desde atrás, tratando de hincar la verga entre sus nalgas apretadas. La presa se resistía, pero la risa menguaba sus fuerzas, y cuando sus compañeras se pusieron a tirar del fauno para que la soltara, borrachas y carcajeantes, terminaron todos en montón sobre la hierba. Franz aprovechó la postura para penetrar certeramente a su primera captura sacudiendo la pelvis impaciente, y no bien se hubo derramado en ella, su verga todavía tiesa buscó otra guarida a la que entregarse, de modo que entre risas, gritos y tironeos, Franz terminó de montar a las cinco, a cada cual como le fue dado tomarla, panza arriba, panza abajo o según su ingenio le dio a entender. Finalmente, con el glande dolorido pero apaciguado, cayó él mismo exhausto y boca arriba. Sin embargo las ménades seguían riendo; una se plantó con los pies a lado y lado de su pecho y dejó chorrear el pellejo de vino sobre su boca, que Franz abrió para tragar. Otra se acuclilló sobre su cara y restregó el sexo sobre su nariz, y la verga del fauno volvió a endurecerse para ser atrapada por algo suave y caliente, y pronto no supo ya qué estaba pasando, se dejó hacer en una madeja de carne y pelo y la tarde fue un largo infierno florido, hasta que las risas y los suspiros se extinguieron y todos cayeron derrotados sobre la hierba de la orilla.

Si ésta iba a ser su vida de fauno, ¿quién quería ser astronauta?, pensó Franz. Pero no pudo disfrutar mucho tiempo de la perspectiva porque al poco se oyeron otras voces que se acercaban al río.

—Marchémonos a toda prisa —dijo una de las ménades—, oigo a los sátiros llegar camino de la fiesta de Dioniso.

—Shhh, no les digas que nos has visto —le pidió otra de las muchachas a Franz.

—Shhh, guarda bien nuestro secreto —le advirtió una tercera.

Un momento después las cinco habían huido tratando de no olvidar su pellejo de vino y sus velos abandonados sobre las rocas, y allí se quedó Franz, solo y panza arriba.

Las voces se iban acercando y proferían grandes risas punteadas por repicar de címbalos. El fauno se puso alerta y saltó a la otra margen del río, donde se acuclilló presto al salto simulando que bebía. El grupo no parecía peligroso ni hostil. Eran casi humanos, pequeños y feos pero sólo verdaderamente distintos de aquellos por una cola de cabra y cuernecillos de buey. No repararon en Franz hasta que llegaron al borde del agua y lo vieron en la otra orilla, agazapado.

—Vaya, si es Pan el fauno —dijo uno de ellos, burlón—, ¿dónde has olvidado la flauta?

Habló otro:

—Eh, fauno, echa un trago y vente con nosotros a la fiesta de Dioniso. A cambio habla bien de los sátiros mortales cuando visites el Olimpo.

—No soy Pan, me llamo Franz —dijo el fauno atrapando el pellejo de vino que le lanzaron desde la orilla de enfrente, y esa fue la primera vez que oyó su voz humana, oscura como sus oscuras patas.

—¿No eres acaso tú aquel a quien cuya madre natural aborreció, y cuyo padre, el asesino de Argos, dios de los ladrones y los embusteros, se llevó envuelto en un pellejo de liebre?

Franz se reconoció en el retrato.

—Sí, yo soy —dijo después de tragar un buen buche de vino.

—Entonces eres Pan el semidiós, no importa qué otros nombres puedan darte.

Quizá era en efecto un semidiós, sin embargo su curiosidad seguía siendo humana y ya presentía el burbujeo audaz del vino en su cabeza, de modo que sin pensarlo mucho se unió al grupo en alegre comitiva. Así, caminando entre tragos por los bosques, Franz conoció que los sátiros eran mortales y miembros del cortejo de Dioniso, el que nació dos veces, y que las ménades eran las mismas ninfas que habían criado a su señor de niño, pero después él las había poseído y desde entonces eran sus compañeras de orgía, por eso hasta Sileno mantenía las manos lejos de las ménades, pero no

sólo para no enojar a su hijastro Dioniso, que en su furia podía hacer enloquecer a sus enemigos, también porque las ménades mismas eran temibles en su violencia cuando se las importunaba.

Al oír esto, Franz, ya achispado y lenguaraz, se jactó ante todos:

—Yo las he poseído a las cinco esta misma tarde —dijo, y como los sátiros no le creyeron detalló el episodio, con tan convincentes palabras que ya ninguno dudó de la veracidad del encuentro y durante el resto del camino le solicitaron pormenores que celebraron con risas y entrechocar de címbalos.

Al rato, cuando el cielo entre las copas ya magenteaba, vieron un fulgor anaranjado entre los árboles y enseguida les llegó una música de flautas, cuernos y tamboriles. Siguieron pisando los helechos que alfombraban aquella parte del bosque y llegaron a un gran claro, iluminado por una hoguera en el centro y antorchas de resina aromática fijadas a los árboles. Colgaban de las ramas máscaras con grandes bocas abiertas, y el palpitar del fuego agitaba sus rasgos grotescos hasta confundirlas con los de los reunidos en banquete, todos tocados con pámpanos, risueños y vocingleros. Unos títiros soplaban flautas dobles, los coribantes punteaban su danza alrededor del fuego, canéforas y efebos servían el vino de las cráteras, y los festejantes alzaban una mano con la copa vacía y acariciaban con la otra las nalgas que asomaban bajo las clámides. En los aledaños, grupos de ninfas, sátiros y silvanos de toda naturaleza corrían y se agitaban en sus luchas incruentas, que añadían a la música un fondo de risillas y gemidos; otros arrojaban sus excesos de vino en las sombras cercanas del bosque, importunados por bufones que los atormentaban con sus burlas, y algunos caían derrotados sobre los helechos temblando en su delirio. Los invitados más ilustres ocupaban la cabecera de la reunión, indolentes y recostados junto a griales repletos de higos frescos, castañas asadas y pasteles de miel. En medio de ellos, asistido por las ménades y abrazado por Ampelos, reposaba Dioniso entre sus dos panteras pardas. Hasta él se acercó uno de los sátiros que llegaban con Franz y le habló largamente al oído. Después, informado de que traían a un singular invitado, Dioniso hizo gesto con su tirso para que el fauno fuera acompañado a su presencia.

—Salud, medio hermano Pan —le dijo—. Túmbate a libar junto a nosotros y háblanos de tus correrías, pues ya ves que acaba de

empezar el simposio y estamos un poco aburridos.

A una señal del dios, la canéfora entregó a Franz un cáliz de barro y le sirvió vino cargado hasta llenarlo. Él, alegre y obnubilado, lo tomó y bebió a intervalos mientras desgranaba su historia. Se equivocaba el que lo llamara Pan, porque él era Franz el fauno, nacido de una mujer guerrera llamada Sarah Connor que tuvo que abandonarlo para protegerlo de los dioses metálicos, y su padre, la sombra, se lo llevó entonces envuelto en una piel de liebre y lo dejó a cargo de una humilde cocinera que lo alimentó, le enseñó a hablar y fue su segunda madre. Pero también la perdió un día, porque la sombra se lo llevó otra vez para entregárselo a la bella bailarina hija del cónsul, y esa era la madre a la que Franz el fauno más quería, por eso algún día la buscaría y se reuniría de nuevo con ella, pues lo llevó a montar a caballo al Bois de Châtillon —, y lo abrazó muchas veces, y lo respetó y le enseñó a ser libre, que era lo que más amaba la bailarina. Tan felices fueron juntos que ella parió a una niña que se llamó Greta, y parecía que la dicha duraría para siempre y nunca más volvería a perder a una madre, pero la sombra quiso devorar a su propia hija y la bailarina se le enfrentó, por eso la sombra le arrebató a la bailarina sus niños, y así fue como Franz y Greta volaron hasta un país lejano, donde quedaron a cargo de una reina malvada llamada Úrsula, bella como el infierno, pero esta madre ya no fue una madre porque entonces empezaron a crecerle a Franz sus cuernos de fauno, y una tarde se perdió con su hermana en el centro comercial y comenzaron sus trabajos que superó con éxito, por eso la Pitia de Apolo le concedió tres preguntas y él supo preguntar con gran sagacidad. Desde entonces era Franz el fauno, que nada debía ni a los humanos ni a los dioses: la soledad y el miedo lo habían templado como el fuego endurece al acero y lo habían hecho inmortal, y por no tener igual moraba como señor solitario de los bosques, y hasta las ménades se entregaban a su falo poderoso cuando él se dignaba bajar al río y presentárseles.

No se sabe si el vino dice la verdad o sólo la exagera, pero terminado el relato, Franz quiso lanzar un bramido y le salió un eructo, y después ya no pudo dejar de hipar. Todos habían escuchado con atención y desaprobación creciente hacia el final, y cuando Franz mencionó a las ménades se oyó un *oh* de espanto y

todos se volvieron a mirar a Dioniso, temiendo quizá que explotara su ira y se convirtiera en león, o algo más horrendo aún.

—No fue culpa nuestra, mi señor —dijeron las ninfas—; tú nos diste un pellejo de tu mejor vino y con él fuimos al río a bañarnos, y entonces este adefesio saltó sobre nosotras y abusó de nuestra embriaguez.

Dioniso alzó una mano pidiendo silencio. Había sido ya advertido de la traición del fauno por el sátiro que le había hablado al oído, pero había preferido dejarlo expresarse antes de dictaminar su venganza, pensando con gran frialdad que cuanto más conociera su alma mejor podría atormentarla.

—Creo que te equivocaste al preguntar a la Pitia de Apolo —le dijo al fauno con calma; sus párpados caían abúlicos sobre los grandes ojos negros, y sus carnosos labios azulados dibujaban una sonrisa que no parecía cruel—. Si hubieras sido tan sagaz como presumes le habría preguntado a la pitonisa cuál era tu peor defecto y ella te habría advertido contra la soberbia, que pierde a los mortales que no se postran ante los dioses y confunde a los dioses que no se postran ante el destino. Dejaré que mis ménades se cobren a su gusto tu ofensa contra ellas, pero a mí como dios me corresponde escarmentar tu soberbia. ¿Crees que tu dolor ha sido grande?, ¿te crees endurecido por él? La vengativa Hera mandó descuartizarme por los titanes y luego hirvieron mis restos en un caldero, pero eso no es suficiente para ti, pues mi culpa no era tanta como la tuya. Tu castigo ha de ser no ver nunca más a tu amada bailarina, la hija del cónsul, porque Nimbiax mi hechicero la hará enloquecer con una pócima contra la tristeza, la bailarina la tomará confiada y a causa de ella se arrebatará la vida y será para siempre un árbol en el Bosque de los Suicidas. Pero eso tampoco sería suficiente para ti, fauno soberbio, por ello te condeno a saber que tuviste una oportunidad de detener a Nimbiax y no supiste aprovecharla, así veremos si estás hecho de la madera de los inmortales.

Dioniso arrancó de su corona de racimos un grano de uva violácea y se lo entregó en la mano a Nimbiax el hechicero, que se levantó, blanco y escuálido, y se cubrió la cabeza con su capucha de color morado. Al ver aquellos ojos de pupilas fijas y dilatadas, negras como el vacío, Franz quiso levantarse para detener al brujo,

para arrebatarle aquella uva ponzoñosa, quiso correr al encuentro de Linda para llegar antes que él, pero las patas no le respondieron, cayó al suelo y el mundo giró a toda velocidad; entonces sintió su estómago revuelto pugnando por verterse, y los bufones saltaron sobre él y las ménades afilaron uñas y dientes para darle tormento.

Pero el corazón del fauno ya estaba muerto.

V

El calor sofocante no lograba despertarlo pero hacía horas que su sueño era ligero e incómodo, asaltado por conatos de pesadilla que no producían terror sino un malestar intenso. En ese estado febril se esforzaba en ignorar el corcho de su garganta y el contacto hiriente con el suelo, y se protegió con las manos del sol que atravesaba sus párpados y se colaba en sus visiones. Empeñó toda la voluntad que le quedaba en seguir durmiendo; era un imperativo de su cuerpo magullado por el maltrato y estragado por el alcohol, pero también de su mente fragmentada en pedazos dispersos. Alguien lo obligaba a incorporarse, un brazo pasó bajo su espalda y lo impulsó hacia arriba; pensó que de nuevo lo arrastrarían por el suelo como a un guiñapo; los oficiantes aún no se habían cansado de herir, de vejar, de violar su cuerpo, no bastaba con arrastrarlo y abandonarlo apaleado en el desierto: el sacrificio no terminaría hasta que el cordero hubiera expirado. Pero inesperadamente notó algo fresco y húmedo en los labios y, sin pensar, se aferró con toda la boca a ese contacto. «Despacio, enseguida podrás beber», dijo una voz que le resultó vagamente familiar, como el ladrido de un perro conocido. Entrevió un suelo arenoso y matojos negruzcos que brotaban como cerdas supervivientes en un cepillo viejo. Quien lo abrazaba y le sostenía la espalda estaba mojando un paño en agua, y Franz chupó la tela con avidez para extraer unas gotas que su lengua enjugó de inmediato. Comprendió que le estaban prestando ayuda; alguien amable le humedecía la cara con un paño, presionaba con cuidado en la frente ardiente y en los labios agrietados, y pensó que quizá después de todo no iba a morir. El samaritano alzó después una cantimplora para dejar caer unas gotas de agua dentro de su boca; Franz lanzó las manos con ansia para atrapar aquella fuente mezquina. «Despacio —dijo la voz—, no te apresures a tragar, solo mójate la boca», pero aquel agua apenas mojaba, caía como una llovizna volátil sobre un secarral. Franz no habría sabido decir cuánto tiempo duraron aquellos primeros

auxilios; en algún momento se reconoció a sí mismo descalzo y desnudo en su desvalido cuerpo de hombre a medio hacer, y empezó a sentir que su piel tintada de cardenales y escoriada en arañazos no guardaba un sólo retazo que no le doliera. En algún momento quiso también pronunciar la palabra *gracias*, pero sólo pudo dibujarla con los labios. «Ahora traga un poco, muy despacio», dijo la voz, y le alcanzó la cantimplora con el último dedo de líquido. Franz se amorró a ella pero no pudo tragar el buche, en su garganta dolorida se coló apenas una gota y el paso se bloqueó.

Toser fue muy doloroso, por dentro y por fuera del cuerpo. «Animo —dijo la voz—, hay más agua en el remolque, sólo tenemos que llegar allí.» Franz jamás se había sentido tan débil y enfermo, ni siquiera estaba muy seguro de estar despierto, pero se esforzó por ayudar al que trataba de levantarlo del suelo. Sólo entonces, al verle la cara, reconoció al samaritano, su barba rala y su dicción cuidada.

El vagabundo tiró de él tomándolo por debajo de los brazos y Franz llegó a ponerse en pie. Sus piernas vacilaban, pero le habían prometido agua y eso le dio fuerzas. Algo brillaba a lo lejos; tardó en hacerse reconocible en mitad del paisaje pelado el remolque de chapa metálica, y detrás un abigarramiento vegetal del que asomaban unas palmeras. Al llegar, el vagabundo pudo abrir la portezuela sin dejar de sujetar a Franz, pero franquear el estrecho paso requería subir tres peldaños y eso tuvo que hacerlo él con sus propias fuerzas. Dentro la temperatura era sensiblemente más baja que en el exterior, dominaba la penumbra tras las cortinillas corridas. Sintió que su cuerpo dejaba de absorber calor y empezaba a irradiarlo en aquella oscuridad confortante. El vagabundo lo guió hasta la litera y cuando Franz sintió la blandura del colchón y el tacto de una sábana fresca, supo que estaba salvado y podía volver a dormir. Se abandonó, pero su sueño seguía siendo un duermevela agitado por pesadillas carentes de personajes, pobladas de ondas, luces y nebulosas sin forma precisa que producían una angustia inexplicable. Entretanto le llegaban noticias de la realidad: una mano que le levantaba la nuca para que bebiera, un paño mojado que se renovaba sobre su frente, el escozor de una herida tratada con antiséptico. En algún momento, después de años o tal vez siglos, cuando ya podía notar el tacto de su propia lengua en el filo

de los dientes, lo que llegó a su boca no fue agua fresca sino un caldo caliente y salado que le hizo relamerse los labios abotargados. Después se durmió de verdad y dormido recorrió edades siderales, hasta que las luces y las ondas y las nebulosas se agruparon en siluetas reconocibles, túmulos que semejaban montañas y vapores blancos que parecían nubes. Luego llegaron las células azules que tras muchos avatares fueron reptiles, y mucho más tarde hombres y mujeres que se reunían junto al fuego. Después empezó a sonar la música, primero tambores y flautas y de pronto el *Preludio a la siesta de un fauno*, las tres bailarinas del montaje de Nijinski estaban en el escenario y hacía su entrada el fauno, pero no era un fauno, era Nimbiax el hechicero con su túnica morada. Franz vio sus pupilas y quiso gritar, pero ya no tenía corazón desde el que hacerlo, por eso creyó que ningún sonido había salido de su boca cuando despertó incorporándose en la litera como si emergiera para respirar.

Oyó el sonsonete vulgar y tranquilizador de un noticiario de televisión.

—Bienvenido de regreso al mundo —dijo el vagabundo—. ¿Tienes hambre?

—No —contestó Franz, más con la cabeza que con la garganta.

—Respuesta equivocada. De todas maneras vas a intentar comer algo.

Fue servido en la misma litera, sólo tuvo que bajar las piernas para quedar sentado ante la bandeja de patas plegables. Encima había cubiertos, un vaso lleno de agua, una servilleta de papel azul, un bol de caldo caliente y un plato de merluza hervida, con guarnición de guisantes y pequeñas rodajas de zanahoria. Franz tuvo ante todo aquello la absurda sensación de que no sabía para qué servía.

—Gracias —pudo decir de todos modos.

—*Pas de quoi*. Primero unas cucharadas de caldo caliente; te hidratará y te hará bien en el estómago. La merluza es congelada, no te imaginas a qué precio está el pescado fresco en el desierto.

Franz bebió agua, el contenido entero del vaso.

—No tengo mucho apetito —dijo.

—Peor para ti. Para no perder tiempo en discusiones hagamos un trato: tú te comes al menos la mitad de todo lo que hay en la

bandeja *y yo no* te saco a rastras de aquí y te dejo otra vez muriéndote al sol. ¿Te parece justo?

Franz asintió.

—Vamos avanzando. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien —mintió Franz.

—Menuda paliza les has dado, ¿eh?

Franz quiso sonreír.

—Vas a necesitar un buen rato para digerirlo. Yo tengo trabajo, así que come todo lo que puedas y después atorméntate todo lo que quieras, pero sin hacer mucho ruido. Si en algún momento necesitas rasgarte las vestiduras o algo por el estilo aléjate al menos un par de kilómetros, aunque yo que tú esperaría a que cayera el sol. La *toilette* está también saliendo y alejándote en cualquier dirección, así que puedes aprovechar el viaje. Qué más… Encontrarás tu ropa en ese armario; en la nevera hay comida, en esa garrafa hay agua y en el aire hay wifi: si quieres mirar el correo o jugar a algo puedes hacerlo cuando yo no esté usando el ordenador. Ahí afuera hay una bonita poza de agua potable y unas cuantas palmas que aspiran a oasis, es un lugar estupendo para reflexionar, hacer planes, estudiar álgebra lineal no conmutativa o torturarse en silencio; tú verás qué te apetece. Y lo más importante: no me gustan ni las mascotas ni las visitas, así que cuanto antes te largues de aquí mucho mejor.

»¿Alguna pregunta?

Franz negó con la cabeza y se llevó una cucharada de sopa a la boca. El vagabundo dejó entonces de prestarle atención. El sonido de noticiario salía de un ordenador portátil que estaba sobre una estantería, en la pequeña cocina del remolque; el vagabundo lo tomó de allí para depositarlo en la mesa redonda central y se sentó ante él dándole el perfil a Franz. Al poco empezó a sonar música sobre el zumbido del aire acondicionado, algo que Franz reconoció, la segunda sinfonía de Sibelius, estaba en la lista de reproducción de Linda en YouTube. Pese a la herida que le infligía ese sonido trató de comer todo lo que pudo, al menos hasta cumplir con la mitad pactada, incluso un poco más para dejar clara su intención. Al levantarse vio estrellitas luminosas en el aire, pero pudo retirar el servicio de la bandeja y dejar los platos en la encimera tratando de no hacer mucho ruido; el vagabundo leía atentamente algo en la pantalla y tecleaba de vez en cuando, parecía que muy concentrado.

Después abrió el armario; allí estaba su ropa, recompuesta, limpia y planchada, incluidos los zapatos del uniforme del colegio muy bien lustrados. Se lo puso todo menos el jersey y salió en mangas de camisa al exterior.

El vagabundo dejó de fingir entonces tanto interés en la pantalla. Pensó dejar a Franz un rato a solas afuera, le vendría bien pensar, moverse a su aire sin que nadie lo viera. Se lo imaginó explorando la poza, dándole una lenta vuelta completa, fascinado por las sombras de un oasis en mitad del desierto: la curva cerrada de cañas y palmeras, el agua que emerge de la arena para convertirse en espejo. Le atraerá la idea de bañarse en la poza, el agua purifica, se lleva las penas, pero enseguida se preguntará si será apropiado bañarse en un oasis de agua potable y al final decidirá preguntar antes; aun después de su viaje sigue siendo un niño educado, ese rasgo de su personalidad ha sobrevivido al trance. Por ahora sólo se acuclillará junto al agua y examinará su cara, y tocará la superficie con un junco para desdibujar sus rasgos. Ya no ve cuernecillos que le salían de la frente, pero lo que ve le gusta mucho menos aún. Ahora sabe lo que ocurrió con Linda, y sabe que él pudo haber hecho algo para impedirlo.

Cuando terminó la segunda de Sibelius el vagabundo había logrado, después de todo, trabajar un rato. Pensó que Franz ya había estado suficiente tiempo solo y salió del remolque a estirar las piernas. Ahí estaba el niño ante el espejo, como un narciso mustio. El vagabundo se acercó al agua, a unos metros de él, y recogió un poco con la mano para llevársela a la cara antes de hablarle.

—¿Cómo va la autoestima? —le dijo.

—Bien —contestó Franz, y su voz había ganado aplomo sin saberlo ella misma. Su buena educación le indicó que debía ser amable y preguntar algo también. ¿Vives aquí?

El vagabundo se sentó en el suelo, a un paso del agua.

—Ya te lo dije: trabajo en los Territorios Asombrosos; la vida social la hago pidiendo limosna en el centro comercial. Pero últimamente trabajo mucho, así que paso la mayor parte del tiempo por aquí, entre el oasis y las mazmorras.

—También eres Belacus, ¿verdad?

El vagabundo chascó con la lengua, *Chico listo*.

—¿Qué tal va la nueva obra?, ¿la has terminado? —preguntó

Franz.

—Estoy en ello.

—A mí me estaba gustando la primera que escribiste…

—Muy amable, a mí también, lástima que fuéramos los únicos.

Se hizo un silencio. Quizá dos silencios.

Habló primero el vagabundo:

—Me puedo imaginar cómo te sientes, ¿sabes?, pero los dioses son listos.

—Sé que son crueles —dijo Franz, y aquello sonó bastante adulto.

—Bueno, la culpa tiene mala reputación hoy en día pero sigue siendo muy útil, sobre todo para alguien como tú. ¿Se te ocurre para qué sirve?

Franz negó con la cabeza.

—Sirve para combatir la soberbia. Sólo cuando uno siente que ha fallado es inmune a ella. Un héroe inocente se convierte fácilmente en déspota; un héroe atormentado por la culpa es más grande, conoce mejor el mundo. Ese es Hércules. Aquí lo importante no es si tú tuviste la culpa de la muerte de Linda, es obvio que no y tu pensamiento adulto lo sabe; lo interesante es que, quizá, si hubieras sido más inteligente de lo que tú creías, si hubieras comprendido un poco mejor el alma humana, habrías podido intervenir para evitarla. Es cierto que ni se te ocurrió que Linda corriera peligro de muerte, y nunca sabrás si en realidad habrías conseguido o no salvarla, pero el simple hecho de que no le enviaras un comentario a esa lista de reproducción será para siempre tu recordatorio de que no eres un dios, de que eres un mortal. Lo primero que ya te atormenta es la idea de por qué, en realidad, no enviaste ese mensaje. La respuesta *ni siquiera se me ocurrió* sirve ante cualquiera que pretenda acusarte, sí, pero suena falsa a tus propios oídos. ¿No se te ocurrió que Linda podía estar triste?, ¿no se te ocurrió pensar que habría querido saber de vosotros, de sus hijos?, ¿no sabías que os quería a los dos?, ¿cuántas veces con mucho menor motivo habías enviado comentarios a una demo de videojuegos? La respuesta a estas preguntas es lo que debes asumir ahora.

—No envié ningún mensaje porque estaba enfadado con ella, porque era otra madre que perdía y la hice culpable de ello, porque

sólo odiándola un poco podía dejar de añorarla, porque no se puede seguir queriendo a todas las madres que te arrebatan, la vida sería un permanente infierno si no me protegiera de eso.

—Perfecto, te lo resumo: la culpaste de manera injusta para mitigar tu propio sufrimiento, ¿es eso?

—Es exactamente eso. Soy egoísta, capaz de descargar mi sufrimiento en otra persona, incluso cuando la amo.

—Bien: ahora trágate ese sapo y sigue viviendo. Aprende y mejora. Cumple con tus trabajos. Hay algo casi tan malo como la soberbia, algo que se ha llamado a veces *pereza*, tú sabes algo de ese asunto ¿verdad? La pereza no es seguir jugando en el ordenador en lugar de ir a cepillarse los dientes o lustrarse los zapatos para el colegio. Lo que se llamó pereza era un compendio de abulia y tristeza, y luego la llamaron depresión y después distintas cosas. Ahora mismo debe de haber millones de especialistas recetando pastillas para combatirla, convencidos generación tras generación de haber descubierto la panacea. Cuídate de entrar en ese círculo: si quieres tomar drogas hazlo siempre para divertirte y descansar, como los monos y los osos, no para olvidar, como los humanos enfermos de pereza. Eso es lo que mató a Linda y le va a hacer mucho daño a Greta. Ahora sabes que también Linda creyó haber herido a su padre el cónsul, de modo que como ves la historia se repite y a veces hasta se complica.

—¿Así es siempre el mundo adulto? —preguntó Franz—, ¿como en los cien libros de Linda?

—Sólo para héroes y heroínas; para el común de la gente es menos estilizado, una colección de pequeñas ruindades que sin excepción termina en muerte. Por eso los dioses nos llaman mortales.

El vagabundo descruzó las piernas para ponerse en pie y emitió un sonido de esfuerzo. Luego miró a Franz y endulzó un poco la voz para volverle a hablar:

—Pero Prometeo nos dio el fuego y después nos dio la esperanza. La metió en una cajita junto con todos los males del mundo, así si alguien abría la caja y los males escapaban, la esperanza nos ayudaría a seguir adelante.

—¿Quién es Prometeo?

—Un titán que amaba a los humanos, y eso es más que un dios.

»Dale un par de vueltas a eso mientras trabajo otro rato y preparo la cena. Ah, y te puedes bañar si quieres; el agua de beber la recojo de la boca del manantial.

Franz permaneció un buen rato viendo en el reflejo del agua cómo el cielo viraba sin dejar de ser azul. Cuando la tarde ya declinaba apareció entre las hierbas una rana que interrumpió sus pensamientos. Por un momento Franz pensó que la rana le hablaría, pero ni siquiera pareció mirarlo. Estuvo un momento quieta y de pronto saltó al agua, blob, y Franz sintió ganas de hacer lo mismo. Las ranas tienen los ojos en la espalda, por eso no ven a dónde saltan y han de confiar en tener suerte y caer en un buen sitio; Franz lo había leído en alguna parte, o quizá se lo había inventado, pero si no era *vero* era *ben trovato*. Se desnudó y saltó también, aunque el ruido que hizo él fue mucho menos elegante. El agua le cubrió sólo hasta el pecho; estaba fría al contraste con el aire del desierto, pero se agachó para zambullirse entero, se frotó un poco la cara, volvió a zambullirse y salió deprisa. Se secó sin exponerse directamente al sol declinante pero aún potente; se vistió y se sentó de nuevo delante del agua. Los bordes del horizonte eran anaranjados cuando aparecieron las primeras estrellas en lo más alto de la cúpula. Franz las vio primero reflejadas en la poza y después directamente, tumbado de espaldas para poder alzar la vista. No había luna, sólo estrellas cada vez más brillantes y el trazo sinuoso de la Vía Láctea, nuestra galaxia. En el colegio le habían hablado de ella y Franz había prestado mucha atención, pero en el colegio nunca explican gran cosa, siempre que a uno le interesa algo de verdad tiene que ir al ordenador y navegar por ahí un rato. Franz lo había hecho y por eso sabía muchas cosas sobre el sistema solar, y las galaxias, y los agujeros negros. El universo de los físicos siempre le había parecido deslumbrante, y sin embargo ahora miraba el cielo y el espacio y ya no tenía el mismo misterio; el juego de identificar constelaciones se había degradado hasta parecer un frió Tetris. Eran bonitas las estrellas, sí, pero la apoteosis cósmica se producía aquí abajo, y si alguna vez un astronauta salía de la galaxia flotando en una cápsula y se metía en un agujero negro y encontraba un universo nuevo, lo más interesante seguiría siendo lo que ocurriría en la Tierra, la reacción humana ante la noticia. En su arrebato de antropocentrismo, Franz concluyó que la

verdadera batalla se libraba aquí abajo, o quizá en algún lugar dentro de su cabeza, porque pudiera ser que el universo entero fuera un fenómeno interior, una construcción de su mente, aunque eso tampoco podría averiguarlo nunca un astronauta.

Pudiera ser que hacerse astronauta no fuera suficiente.

Las luces del remolque estaban encendidas cuando Franz despertó de su larga, alambicada y trabajosa meditación, propia del que no dispone de muchas palabras todavía. No le pareció necesario llamar a la puerta; las cortinillas estaban alzadas y se veía a través de las ventanas al vagabundo trajinando en la cocina.

Adentro sonaba otro noticiario.

—¿Tienes hambre? —preguntó el vagabundo.

—Un poco.

—Eso está bien. Nuestro frugal menú de ermitaños incluye patatas con piel al microondas y alitas de pollo tostadas al horno. A mí me gusta comer todo eso con salsa barbacoa picante, pero yo que tú me limitaría a la mayonesa, no creo que te convenga todavía mi salsa picante.

Franz contribuyó a disponer la mesa —un poco testimonialmente, hay que decir—, y el vagabundo bajó el volumen en el ordenador hasta que sólo se oyó el murmullo de la enviada especial en algún lugar lleno de gente con pancartas ilegibles.

—Bueno —dijo ya sentado—, cuéntame qué cosas se te han ocurrido ahí afuera.

Franz esperó a tragar un bocado antes de hablar.

—He estado pensando en Prometeo. La caja con los males del mundo…

—Ajá…

—Es como Batman, aunque Batman sea un humano y no tenga superpoderes.

—Interesante asociación. ¿Por qué Prometeo se parece a Batman?

—Porque Batman cree que puede meter a todos los supervillanos en el psiquiátrico de Arkham y mantenerlos allí encerrados, como en una cajita.

—Esa es su vana esperanza. Y ¿de qué le sirve a Batman el esfuerzo si los supervillanos siempre escapan de Arkham?

Franz terminó un mordisco de alita de pollo antes de contestar.

—Qué sería de Gotham City si ni siquiera Batman tuviera esa esperanza y los supervillanos camparan sin oposición…

—Bien argumentado. Hete aquí por qué la de Batman no es exactamente la condena de Sísifo, aunque se le parece.

—¿Quién es Sísifo?

—Da igual, sigue, vas bien. ¿Cuál es entonces la tarea del héroe?

—La tarea del héroe es la lucha contra el mal, y no importa que nunca termine con él para siempre: su misión consiste en no cejar jamás, para que el mal siempre encuentre a alguien que se le oponga.

—Entonces ¿crees que el mal no puede ser aniquilado?

—Supongo que… ¿no?

—Vale, esa era una pregunta demasiado difícil para tu edad…

—… pero eso no significa que no haya que mantener a raya a los supervillanos.

—Muy bien, hasta ahí llegamos. Y ¿quién se ocupa de eso mientras el común de los mortales acude a su oficina y se afana en sobrevivir?

—El héroe. Batman.

—¿Y tú eres acaso como Batman?

—No, yo no soy un héroe.

—¿Por qué no?

—Porque soy demasiado débil y… egoísta.

—Tu debilidad es la razón por la que no eres un dios ni un titán. El héroe puede ser débil, y egoísta, y tener miedo, y las orejas de soplillo. El héroe es humano, ni siquiera un santo que se entrega voluntariamente al martirio, y dentro de los héroes los hay pequeños y grandes, famosos y anodinos, no todos son Hércules o Batman. Lo que sí tienen en común es que no eligen su destino: les es dado; no es un mérito, es una fatalidad. La mayoría de los mortales puede eludir estos asuntos, son para ellos ficciones que cosquillean su inconsciente igual que los cuentos de hadas, pero tú no puedes ser un mero espectador: hay un supervillano al que no vas a poder eludir en el mundo real. Lo conoces, ¿verdad?

—Sí.

—Y también sabes que si tú no vas a su encuentro, tarde o temprano él vendrá a ti, y querrá iniciarte en sus artes y convertirte en su sucesor. Así que no tienes tercera opción: serás un héroe

contra él o serás un supervillano como él, y en eso te pareces más a Luke Sky walker que a Batman. Todos los niños del mundo han de enfrentarse al padre, posicionarse respecto a él, pero tu caso y el de Sky walker adquieren una dimensión que el común de los mortales desconoce. Ése es tu destino, ¿has decidido ya cómo vas a afrontarlo?

Franz pensó un poco.

—No quiero ser un supervillano.

—¿Estás seguro? ¿Por qué no? A lo mejor te gusta…

—Porque así lo siento.

El vagabundo lo miró muy fijo a los ojos.

—Respuesta correcta. Ya sólo te queda resolver algunos asuntos prácticos: cómo, cuándo y con qué armas te vas a enfrentar a tu supervillano. —Se levantó de la mesa—. ¿Qué te apetece de postre, yogur o helado de chocolate? Qué pregunta: helado, seguro…

Durante un rato se oyó con nitidez el sonido de la sección de economía del noticiario y se vieron pantallas con números fosforescentes. La bolsa más bien subía, sobre todo en Tokio. Después apareció el tiempo para el día siguiente en diferentes capitales mundiales, bajo soles, chaparrones o nevadas en 3D; un astronauta que orbitara sobre el planeta, mientras tanto, sólo vería una bola azul por la escotilla.

Ambos comensales estaban terminando sus terrinas de helado cuando Franz rompió el silencio.

—¿Puedo usar tu ordenador?

—Si no es como arma arrojadiza, sí.

—Encontraré a la Sombra en Gotham City, esta misma noche. Y le venceré con las mismas armas que él usó contra Linda.

—¿Qué armas son esas?

—La mentira, si es necesario.

—Eso añade un punto de venganza a la justicia y la defensa propia, pero está bien a efectos dramáticos. Me parece que va a ser una noche muy larga. Has tomado ya café alguna vez, ¿verdad?

Primero hubo que despejar la mesa y meter los platos en el lavavajillas; uno sale en lucha contra el mal y no apetece encontrarse el fregadero repleto al volver. Luego se dispuso el ordenador sobre la mesa y el vagabundo, privado de su herramienta de trabajo principal, hubo de recurrir a los viejos pertrechos de

escritorio de Jean de Belamel, más conocido como Belacus. Situó el tintero, la pluma de ganso y los pliegos de papel justo del otro lado del notebook abierto ante Franz.

—¿Tienes una tarjeta de crédito? —preguntó el usurpador.

—¿Piensas lanzársela a los villanos a modo de estrella ninja?

—Tengo que descargar el juego…

—Júrame que no quedaré suscrito a nada ni me enviarán publicidad al oasis.

—No se puede jurar algo así.

Gotham City es el reverso de Camelot, su reflejo en las aguas de una bahía oscura. Jamás brilla el sol aquí, el día es permanente noche luminiscente bajo el auspicio de una luna descomunal que exacerba los azules. En el horizonte de azoteas se recortan los depósitos de agua, los condensadores de climatización corroídos por la llovizna, sobreviven pedazos tartamudos de neón incandescente para anunciar bebidas olvidadas. Las ventanas de los rascacielos, a lo lejos, fulgen como ojos de rapaz en la oscuridad; se traslucen en los pisos más altos las mansiones de los potentados, sus salones cargados de madera oscura, los tapices vencidos por el polvo y la penumbra eterna, los negruzcos balaustres asomados al abismo espectral de las avenidas. Por debajo suenan las sirenas, el foco de un helicóptero horada la sombra de una calleja y señala el asfalto alfombrado de papeles, el brillo de vidrio hecho añicos ante un escaparate saqueado. Sin embargo los focos no alcanzan jamás a nadie, son criaturas invisibles las que hacen saltar las alarmas; sólo en las calles más céntricas se dejan ver algunos transeúntes, pasa un camión para tragarse el detrito de los puestos de café y comida rápida que abastecen a los edificios gubernamentales, esas moles que resisten heridas por la desidia y la corrupción, desfondados los tejados, abandonadas las plantas que ya ningún ascensor alcanza, resisten y crujen regidos por el simulacro de decoro que afana a unos pocos funcionarios sudorosos y desbordados, con sus camisas mal planchadas y sus corbatas flojas y vulgares.

Desde la gárgola en la que está apostado Batman, de pie con el paso avanzado sobre la cabeza de dragón, Gotham se ve como un laberinto tridimensional sin límites. Siempre que comienza el juego

se detiene un momento aquí, y ahora le parece que tras un largo viaje ha regresado a su colmena oscura; escucha la trepidación wagneriana de la banda sonora, se recrea en los infinitos detalles de la ciudad, en su apabullante inmensidad crepuscular, dejando que la brisa juegue con su capa y silbe en sus oídos. Existe una rara forma de magnificencia en la degradación, exhala un hálito de grandiosa melancolía, y por un momento el caballero oscuro piensa que quizá ésta es más su ciudad que cualquier otra; está a punto de convertirse ya en uno de sus habitantes, sonámbulos empedernidos, adictos a la noche y la desesperanza.

Y aquí puede volar.

Se deja caer en un salto del ángel hasta que su capa de murciélago detiene el picado. Surca el aire sobre los tejados, sobrevuela encuentros de traficantes, riñas de borrachos, tugurios escondidos en las callejuelas. El transmisor incorporado en la máscara está conectado a la radio de la policía; mientras planea y lanza sus ganchos para volver a elevarse entre cornisas escucha las comunicaciones: «Tenemos un Uno Ocho Siete en el Manson City Hall, ¿alguna patrulla por ahí?», pero esta noche no le interesan los trucos del Jocker para secuestrar al alcalde, ni que Pingüino amenace los depósitos de agua, ni lo que haya podido tramar Two-Face en la convención del Manson Hall. Esta noche ha venido a buscar a la Sombra, y sabe dónde encontrarla.

Hay que pulsar *Ctrl. M* para localizar el hotel Plaza en el mapa, y después volar siguiendo la brújula que muestra el rumbo en pantalla. Batman evita tocar el suelo hasta llegar a las inmediaciones del edificio, de los más altos del Midtown, junto a los teatros y salas de fiesta que sobreviven para entretener a los magnates de la ciudad sin ley. Sabe que la Sombra se aloja en el Plaza cuando viaja a Gotham City por negocios, el hotel entero le pertenece, lo sabe cualquiera que lea el *Gotham Tribune*, y Batman sabe además que a la Sombra le gusta elegir sus presas en ese distrito.

Prefiere evitar la entrada principal del hotel: ya ha pasado por allí otras veces y una manada de turistas borrachos que bajan de un autocar le pide autógrafos y quiere fotografiarse con él. Se encamina a la discreta entrada de mantenimiento, en un callejón lateral. Espera a que salga el camión de la lavandería y pulsa en el

teclado *Ctrl. B* para acercarse en modo sigilo y no alertar a los dos vigilantes que charlan entre sí dándole la espalda. Puede escucharlos con su interceptor de conversaciones, «He oído que Batman a vuelto a la ciudad, ¿sabes algo de eso?», «Sí, ese murciélago loco cree que puede vencer a la Sombra». Batman no puede —no debe— usar armas de fuego, pero es fácil dejar fuera de combate a estos dos esbirros en camiseta que muestran sus automáticas en la funda sobaquera, basta acercarse sin salir del modo sigilo y pulsar *Ctrl. 2* para agarrar sus cabezas afeitadas y hacerlas chocar entre sí. Después hay que pasar bajo la puerta del garaje que todavía se está cerrando, y se requiere práctica con el ratón para que su cuerpo de murciélago humano se deslice rápida y limpiamente bajo la guillotina que cae. Ahora está en el muelle de carga del hotel, seguramente habrá algún empleado en las oficinas adjuntas. Pulsa *Ctrl. X* para pasar a modo de realidad aumentada; tras la geometría simplificada de las paredes localiza el calor que despiden tres cuerpos. «Eh, Jimmy —dice uno de los esqueletos luminosos—, tienes que subir a recepción, el gran jefe ha olvidado su llave del ascensor privado en la limusina.» La información es interesante, pero primero hay que deshacerse de los tres esbirros, de lo contrario darán la alarma de inmediato. Batman avanza en modo sigilo hacia el cuartito en el que están reunidos y entra de improviso; son dos guardias de seguridad uniformados y un chófer; no les da lugar a desenfundar: con *Ctrl. P* lanza puñetazos rápidos y *Ctrl. K* lo hace girar sobre sí mismo para disparar una patada inapelable sobre sus oponentes, que caen y se levantan de nuevo, porque se requiere derribar tres veces a los esbirros uniformados para dejarlos fuera de combate. Ahora hay que buscar la limusina y Batman recorre el muelle de carga hasta encontrar una barandilla que da al aparcamiento. Se deja caer dos pisos y su capa amortigua el descenso como un paracaídas. La limusina está cerrada pero funciona con control electrónico; puede usar su decodificador para emitir la frecuencia infrarroja precisa. Sobre el largo asiento en forma de L encuentra las llaves, remetidas en la junta con el respaldo; cuando las toma en su mano, *cling*, aparece en pantalla una indicación de que ha superado una parte de la misión y se le concede un nuevo gadget para mejorar su equipamiento de alta tecnología. Pulsa *Ctrl. W* para acceder a las bibliotecas y ver qué se

le ofrece. Elige la bomba de humo, una pequeña cápsula que libera gas adormecedor y que sólo podrá usar una vez durante la misión.

Ha llegado el momento de buscar ese ascensor privado. Una escalera de servicio lo lleva hasta el hall del hotel. Suelo de mármol ajedrezado, Chesters de cuero verde, lámparas de araña, espejos de marco dorado. Debe de hacer años que nadie limpia el polvo ni pone flores frescas en el jarrón que hay sobre el mostrador de recepción. En las butacas montan guardia dos tipos con sombrero de fieltro y un fusil ametrallador a mano. Están leyendo viejos cómics de Batman, un homenaje de los programadores del videojuego. Conviene conservar la bomba de humo por si la necesita más tarde; al recepcionista se le puede abatir lanzándole el batarang, los otros dos dan más trabajo, disparan ráfagas ensordecedoras que hacen saltar pedazos de mármol y espejo, el único refugio del caballero oscuro son las columnas, pero los esbirros han de cambiar el cargador y ese es el momento para lanzarles un ataque en vuelo, después machacar *Ctrl. P* y terminar con ellos de una patada que hace volar en redondo su capa negra.

Hay cuatro ascensores en el hall, viejas cabinas forradas de caoba. No es eso lo que busca; sigue explorando en modo realidad aumentada hasta darse cuenta de que un panel con molduras es en realidad una puerta. Se abre empujando; tras ella está el quinto ascensor, una cabina moderna, de acero. Batman pulsa el botón de llamada y aparece otro mensaje de submisión cumplida. Elige en la biblioteca un escudo de vibración sónica que puede detener balas; a buenas horas. Cuando vuelve al modo juego se abren ante él las puertas automáticas del ascensor privado. En el interior de la cabina sólo hay un número que pulsar, 66, y debajo una cerradura en la que encaja la llave que ha encontrado en la limusina. La hace girar y se enciende la luz del botón.

Batman lo pulsa y se acuerda de una película que ha visto un par de veces, cuando el replicante sube en el ascensor. Los números se suceden en el contador: 10,15,20; suena a toda potencia la música wagneriana mientras el programa carga el siguiente bloque. En realidad está resultando una misión demasiado fácil; contra Mr. Freeze o Poison Ivy le lleva más del doble de tiempo completar una submisión, ha de pelearse con muchos más esbirros y resolver algún enigma; y cuando se enfrenta a Pingüino o al Jocker es aún más

difícil.

Aparece el número 66 en el indicador y se abren las puertas del ascensor, pero Batman no puede ahora usar los comandos de teclado; empieza una presentación no jugable y ha de dejar que se desarrolle como si mirara una película, hasta que vuelva a entrar en modo juego. En la escena está la Sombra sentada a su escritorio, reclinada en el sillón con la cara oculta en la oscuridad. De pie delante de él se encuentra su abogado, un tipo grasiento y calvo que se refleja en las pulidas losas de mármol verde que cubren el suelo.

«Pero no podemos retrasarlo más», dice el gordo en ruso, con una traducción a inglés escrita en pantalla.

«¿Por qué lo estamos retrasando entonces?», pregunta la Sombra con voz tranquila y sin embargo atronadora.

«Nos comprometimos a entregar tres maletines además del VX, pero en el Naberezhnye no ha llegado más que el gas.»

«Eres un estúpido. Necesitas tres maletines, ¿ese es todo tu problema?»

El día en que el joven Franz fue a enfrentarse a la Sombra no necesitó escuchar la presentación del supervillano hablando con su abogado, ni tampoco pulsar *Ctrl. H* para acceder a su biografía detallada. La conocía ya en lo fundamental, aunque nunca mostró mucho interés en ella salvo para saber a qué debía enfrentarse. El nombre real de la Sombra, del viejo carnero, era Yegor Vasíliev, nacido en 1945 en Bertzian, a ochenta kilómetros al este de Kiev. Su familia era judía, moderadamente acomodada y pudo permitirle estudios a su primogénito. A los veintitrés años Yegor se licenció brillantemente en Ciencias Económicas y Derecho Internacional por la Universidad de San Petersburgo, entonces Leningrado. No era un muchacho agraciado, tenía la cara marcada de viruela y unos feos ojos de pez heredados de su padre, pero era inteligente y extraordinariamente ambicioso. A los veinticuatro años se casó con una estudiante húngara llamada Borsala Oláh, y con ella tuvo a su primera hija, Sonia Vasílieva, pero por alguna razón desconocida la joven madre escapó del hogar familiar con la niña para afincarse en Budapest, donde todavía reside Sonia, quien años después fue madre de familia y *deseosa de silencio* según sus propias palabras pronunciadas en mal inglés ante una abogada suiza que investigó esa parte del pasado de Yegor. En cuanto a Yegor mismo, en 1975

fue condenado a tres años por fraude en la gestión de una compañía dedicada a la exportación de bienes de equipo, pero al salir de la cárcel se le ocurrió algo mejor: ofreció a varias familias judías ucranianas que emigraban a Israel ocuparse de vender sus propiedades, en especial piezas de arte y diamantes, con el compromiso de enviarles después el dinero y reservarse una comisión acordada bajo contrato. Pero Yegor encontró un destino más provechoso para la fortuna que se apropió engañando a las familias judías. Invirtió principalmente en negocios de tráfico de drogas y jóvenes destinadas al comercio sexual, y ya en 1984, antes de caer el muro, era uno de los capos más ricos de la bratvia del Este. En los periódicos se empezó a mencionar su nombre en relación con el tráfico de maletines atómicos de la URSS, aunque dos de ellos interceptados por la policía resultaron ser simulacros rellenos de plomo que el ingenuo comprador, como es natural, nunca llegó a poner a prueba. Pero la inteligencia y la ambición de Yegor le aconsejaron cambiar de rumbo; se trasladó a Israel con varios de sus lugartenientes y desde allí empezó a invertir en negocios legales, aviones y artillería militar especialmente, más tarde medios de comunicación y gas ruso, pero sin dejar de controlar un enorme entramado delictivo a través de una cada vez más compleja red de compañías extranjeras. Se desconoce cuántos hijos e hijas engendró durante esos años de crecimiento en poder, lo cierto es que ninguno de los que se reivindican como tales lleva su apellido. El que sí lo lleva, después de Sonia, es Franz Vasíliev, su único hijo legítimo varón, nacido de madre desconocida, desaparecida sin rastro y más que probablemente muerta, que a falta de retrato su hijo Franz imaginó siempre con el rostro y la apariencia de Sarah Connor en *Terminator II*. La tercera y última de los vástagos legítimos de Yegor fue Greta Vasílieva, que nació de la relación del ya anciano magnate con Linda Sontag, hija única de un funcionario de la embajada de Israel en Ginebra. A los tres años, Linda denunció a Yegor a las autoridades helvéticas por abuso de menores, pero los abogados de él lograron darle la vuelta a la acusación y, entretanto, Yegor consiguió también sacar a los niños del país ilegalmente. Desde entonces Yegor Vasíliev vive en un retiro discreto, aunque existen indicios de que controla bancos privados del este de Europa y tiene acceso directo al sistema

financiero mundial. Nadie sabe ya con exactitud qué negocios legales o ilegales controla, probablemente ni siquiera él mismo; posee pasaporte ruso, ucraniano, israelí y húngaro, y pese a que es uno de los delincuentes más buscados por la policía internacional, se cree que en la actualidad viaja libremente entre una villa fortificada en las afueras de Bucarest, diferentes capitales mundiales en las que tiene intereses, y breves visitas a una pretendida actriz y en realidad prostituta de lujo española que se hace llamar Úrsula Monroe y a la que dejó en custodia a sus dos hijos pequeños, Franz y Greta, quienes siguen en paradero desconocido para las autoridades suizas, pero esto último sólo lo sabe Franz, además de Úrsula y el propio Yegor Vasíliev.

La presentación en pantalla está terminando. «Haz lo que te he dicho y apártate de mi vista», le dice Yegor a su abogado. Cuando el gordo se retira del despacho la imagen funde en negro. Después, Franz ya está en juego ante Yegor, con las manos congeladas sobre el teclado porque la Sombra se ha acercado a la lamparita y su rostro es ahora bien visible.

Hace años que Franz no lo ve, quizá cuatro o cinco, y ha cambiado mucho en ese tiempo, casi tanto como Franz. Lo recordaba corpulento y temible como un calibán, pero a la luz de la lamparita de mesa ve a un anciano con modestos cuernos de carnero retorcidos sobre unas hebras de pelo amarillento. Reconoce en ese rostro los rasgos de su propia cara reflejada en los espejos, es una versión pálida y decrépita de sí mismo; sólo cuando el anciano alza la vista hacia él y muestra su mirada exquisitamente indiferente a toda emoción, la semejanza se desvanece. Parece frágil y enfermo, es su alma desnuda y no su poder físico lo que paraliza a sus interlocutores; sin embargo Franz está inundado de adrenalina, puede enfrentarse a su mirada sin miedo.

—Bienvenido a la casa del padre —dice el carnero—. Te esperaba un día de estos.

—Sólo he venido a despedirme.

—Ah, muy considerado de tu parte. ¿Te marchas de viaje?

—He venido a despedirme para siempre, de ti y de tu nombre.

—Ya veo. ¿No quieres sentarte un momento?

—No es necesario. Sólo me queda advertirte de que soy tu enemigo y te combatiré. Haré lo posible por que pagues al menos

parte del daño que has causado.

Parece que el viejo sonríe.

—No es una estrategia muy inteligente la tuya —dice—. Me recuerdas a mí mismo a tu edad. Aún estás a tiempo de aprender de tu padre.

—No estoy interesado. Abomino de ti. No soy como tú.

—Y sin embargo te me pareces mucho. Creo que tengo por ahí alguna foto de cuando…

—Sólo es mi cuerpo el que se parece al tuyo.

—Ya… Y dime: ¿tu cerebro es parte de tu cuerpo? ¿Crees que el tigre deja de ser carnívoro alguna vez?, ¿crees que alguien puede enseñarle al lobo a rumiar por los pastos y a dormir en el establo junto al cordero?

—¿Acaso tu padre fue un criminal sin escrúpulos? Si tú pudiste ser diferente a él, yo podré ser diferente a ti.

El viejo carnero vuelve a sonreír.

—No te dejes engañar por las apariencias. A los lobos nos suele interesar disfrazarnos de cordero. A mí se me da algo peor que a mi padre; tú has salido al abuelo. Inspiras confianza, eres guapo, tienes buena planta y todo el aspecto de uno de esos chicos buenos. Esa es una ventaja magnífica, sólo has de aprender a sacarle partido.

—Tú no conoces mis sentimientos. No sabes quién soy.

—Sé que eres mi hijo, aunque quizá tienes los ojos de tu madre. Te serán muy útiles.

Ahora es Franz el que sonríe.

—Me subestimas —dice—. No he venido aquí como un cachorro en busca de noticias. Lo que pudieras decirme sobre mi madre no me afectaría aunque fuera cierto. Tampoco he venido a discutir; si crees que soy un lobo es asunto tuyo. He venido a decirte es que este lobo no formará parte de tu manada, no será tu sucesor ni te dará sucesores. Si he de ser una bestia lo seré contra ti, soy tu enemigo.

—Ah, entonces no eres Batman, sino Zeus. Te rebelas contra Cronos para liberar a tus hermanos, ¿es eso?

—Vengaré a Linda y también a Greta. Sabes que puedo hacerlo: ahora estás en mis manos.

—Ah, todavía te preocupa esa bailarina… Era buena en la cama, eso es verdad, añoraba tanto a su papaíto el cónsul… Pero era débil

y estúpida, por eso se lanzó desde un balcón. Creo que mi abogado guarda alguna copia de su historial médico, ¿quieres echarle un vistazo? No era más que una de esas viciosas neurasténicas, aunque creo que ahora lo llaman de otra manera.

¿Qué puede hacer Franz, pulsar *Ctrl. K* y patearle la cara al viejo? Además es cierto que Franz no ha llegado hasta aquí para discutir, que no le importa en absoluto lo que pueda decir o pensar la Sombra, sólo ha venido a declararle la guerra, y una vez cumplido el tramite no tiene más que decir. De modo que pulsa *Ctrl. T* y da media vuelta para marcharse.

—Espera un momento —dice el viejo carnero—. ¿Me concedes una pregunta?

—No te concedo la respuesta.

—Bien, no respondas si no quieres. ¿Por qué has venido expresamente sólo para decirme esto?

Franz se vuelve de nuevo hacia el escritorio.

—Para vencerte mirándote a los ojos. Para que afrontes tu muerte sabiendo que no volverás a ver a tu único hijo jamás. Sé que a tu edad la cárcel ya no es una amenaza y que tu reputación no puede empeorar; te combatiré en ese terreno, pero hay algo peor que puedo hacerle a tu mente egomaníaca. Piensas que yo soy lo más parecido a ti que existe, que podrías seguir al mando de tu imperio en mi encarnadura, lo sabía y me lo acabas de confirmar. Así que yo, en este acto, te niego la perpetuación y por tanto te inflijo castigo eterno. Te deseo salud para empezar a saborearlo en vida.

—Oh, a veces no hereda el hijo, sino el nieto. En realidad son los nietos los que más se parecen a los abuelos. No olvides que me llevas en tu sangre.

Franz está preparado para oír eso, no le afecta; camina hacia el ascensor cuando la voz del viejo vuelve a oírse a su espalda.

—Espera un poco, ¿no quieres saludar a tu hermana?

Franz rectifica la posición una vez más. Al primer vistazo no hay nadie más que el carnero sonriente, pero las puertas del ascensor se abren y sale de la cabina el traje de cuero de Catwoman, ajustado a sus andares de gata consciente de sus caderas. Su rostro es el de Greta, ni el carmín en sus labios ni la sombra en sus ojos azules desdibuja del todo su fisonomía, que ahora es más que nunca

también la de Linda.

—Hola, hermanito —le dice, y mientras pasa a su lado le da un pequeño lametón de gato en la máscara.

Franz la mira a los ojos sin contestar, mientras ella lo rodea y se acerca al viejo para pasarle un brazo sobre los hombros.

—Hola, Greta —dice por fin.

—Te veo tan serio como siempre. Pero bastante guapo con ese traje, he de reconocer.

—¿Te quedas o vienes conmigo? —dice Franz.

—¿A dónde? Aquí se está muy bien, y puedes comer todas las golosinas que te apetezcan.

Se ha sentado en el brazo de la butaca del viejo. Él le palmea un muslo en un gesto inesperadamente cariñoso, paternal, quizá.

Franz asiente para sí mismo. Ha comprendido.

—Hasta la vista, Catwoman. Quizá volvamos a vernos en otro lugar.

Franz entra en el ascensor y pulsa el botón de la planta baja. La última imagen de la mesa de despacho se va haciendo estrecha a medida que las puertas automáticas se cierran. El contador de pisos empieza a descender: 60, 55, 50… En la planta baja cruza el hall acribillado a balazos y sale por la puerta principal a la avenida. Un grupo de turistas borrachos se abalanza sobre él para pedirle autógrafos al caballero oscuro, al gran héroe de Gotham City. Quieren hacerse fotos estrechándole la mano, abrazándolo, riendo como idiotas.

Batman les lanza la bomba de humo.

Por la mañana olía a tostadas y a café y antes de abrir los ojos Franz pensó que despertaba en casa, en su casa de Ginebra. Cuando los abrió, ya no supo dónde estaba. Le bastaron unos segundos para recordar que se había acostado en la litera de un remolque instalado junto a un oasis, en pleno desierto de ninguna parte, pero lo que vio a su alrededor no se parecía ni remotamente a eso, aunque seguían allí el vagabundo y la mesa redonda a la que habían estado sentados la mayor parte de la noche, cada uno librando su propia batalla contra las fuerzas del mal.

Ahora el vagabundo hacía crujir una tostada a mordiscos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Franz.

—En el cabo Finisterre. Lo he remodelado un poco pero la idea es esa, ¿te gusta?

El espacio inmediato que los acogía seguía siendo una vivienda sintética, con una cocina, la *table rounde* y dos literas, pero la planta era circular y a través de las ventanas perimetrales se veía el mar y cielo limpio. Franz no había visto antes el mar salvo desde un avión y en las películas, y fue directo de la litera a una de las ventanas abiertas para asomarse. Afuera el olor del aire era muy fuerte, le recordó al de los cajones repletos de ostras que se exponían en un puesto japonés del centro comercial. El agua se veía desde la ventana mucho más cerca que desde un avión; oyó su roce contra los escollos insinuados bajo la bruma deshilachada. Entre aquellas hebras distinguió la forma de una barca amarrada a un poste de madera ennegrecida, subiendo y bajando con la tranquila respiración del agua.

—¿Estamos en un faro? —preguntó.

—Mazmorras, oasis, faro…, hay que engañar a la claustrofobia. Además he decidido que hoy es domingo, a los dos nos conviene un día de descanso. Brillará un sol espléndido y sólo pasará alguna nube de vez en cuando para decorar el cielo. ¿Qué te parece?

Franz se sentó a desayunar con apetito. Tomó zumo de naranja y tostadas untadas con mantequilla y mermelada de frambuesa. El vagabundo bebía café y fumaba un cigarrillo que previamente había liado con las manos. Ciertamente era domingo, un domingo que se olía en el aire, como en casa, con Linda.

—¿Le ponemos un poco de banda sonora? —preguntó el vagabundo.

Esta vez no sonaron pasajes empedrados de Sibelius, era alguna clase de jazz lento y suave. Franz había oído esa clase de música antes, pero nunca le había sonado tan bien como ahora; no sugería caminos tortuosos, faunos extraviados ni episodios truculentos, era música cálida y humana; cantaba una voz de mujer y la trompeta que asomaba era otra voz humana que decía lo mismo de distinta manera. Franz no entendía más que retazos de la letra, pero le pareció que hablaba de una lluvia de peniques que caía del cielo, y de asegurarse de llevar el paraguas del revés para recogerlos, algo absurdo y por eso mismo rebosante de humanidad.

—¿Quieres que nos demos un paseo hasta el pueblo? —dijo el vagabundo—. Yo podría tomar un vermut casero en la bodega y tú alguna de esas porquerías que os gustan a los niños.

Las escaleras del faro eran fantásticas, y una vez abajo el mar estaba aún más cerca, entre azul y verde. Se adivinaba bajo su superficie algo realmente grande, muy distinto de lo que mostraban los documentales del fondo del mar, que siempre parecían rodados en acuarios gigantes. Tampoco era como el lago Leman, no resultaba fácil imaginar cisnes flotando en esa superficie; el agua se ondulaba como la espalda de un coloso, y se adivinaba bajo su piel una profundidad que imponía el mayor de los respetos.

De pronto aparecieron esos seres delgados y oscuros.

—¡Hay peces! —exclamó Franz, y no habría podido expresar más entusiasmo si hubiera visto a un elefante africano chapoteando entre las rocas.

—Se llama mar, y suele contener peces, submarinos nucleares y residuos tóxicos.

—¿Y hay delfines?

—Por aquí más bien debe de haber atunes, o algo por el estilo. Son también enormes aunque en formato sushi no lo parezca, y creo que nadan aún más rápido que los delfines.

—Ya lo sé. ¿Y hay peces martillo? El pez martillo tiene visión prismática…

—Lo siento, el día que tocaba peces martillo en el colegio debía de tener la gripe. Tendremos que preguntarle luego a San Google.

Siguieron un camino cómodo que recorría la espina del cabo y descendía suavemente hacia el pueblo. Franz trotó un poco, deteniéndose a ratos para admirar una gaviota o alguna otra anodina maravilla que siempre resultaba mucho más grande que en las películas. Se asombraba por todo: por la parábola que describía una piedra lanzada al agua desde lo alto, por la luz del sol que encendía pedazos quebrados de hierba, por el aire marino que excitaba su pituitaria. Parecía tener al fin su edad después de haber sido mucho más viejo, quizá más de lo que algunos adultos llegan a ser en toda su vida, y aquel momento de infancia recuperada era un regalo enorme que no sabía por dónde empezar a desenvolver.

Pasó por la fase *cuánto falta para llegar* más o menos a mitad de camino, el espectáculo del paisaje que lo había fascinado durante

quince minutos de pronto se convirtió en una fatiga. Dejó de trotar de aquí para allá y se empeñó en sincronizar su paso al del vagabundo, dando zancadas forzadas que lo hacían jadear.

—No hagas el tonto —le dijo él—, camina normal.

—Camino normal.

El vagabundo empezó a andar como él, a zancadas largas, y eso obligó a Franz a corretear para seguirlo.

—Eso es trampa —lo agarró de la camisa para detenerlo.

—¿Por qué es trampa? Estoy caminando normal. Franz se estaba riendo.

—¿Es muy caro vivir cerca del mar? —dijo de pronto, cuando ambos hubieron recuperado un paso sensato para los dos.

—Menuda pregunta. ¿Para qué quieres saber eso?

Franz se encogió de hombros como si fuera obvio:

—Por saberlo.

—Pues depende. En algunos sitios es carísimo, en otros muy barato; entre Mónaco y Mozambique tienes dónde elegir. ¿Cuánto dinero piensas ganar de mayor?

Franz se lo pensó un poco.

—Mucho. O bastante.

—¿Ah sí?, ¿y cómo vas a conseguir eso?

—No lo sé, ya se me ocurrirá algo.

Hablaba con desparpajo, permitiéndose a sí mismo la frivolidad de decir lo primero que le pasara por la cabeza.

—Tendrás que ser muy bueno en tu oficio, estudiar y trabajar mucho, ¿ya lo sabes?

—Supongo.

—Y para qué quieres ganar tanto dinero, si puede saberse.

—Para vivir donde yo quiera. Y cambiar si no me gusta, o si me canso.

—Ya veremos si te quedan tantas ganas de cambiar cuando cumplas treinta años más. En cualquier caso tendrás que buscarte un trabajo que te lo permita, no puedes ser instalador de calefacción y marcharte a vivir al Brasil.

—Ya lo sé. —Estuvo pensando un poco—. ¿Qué hay que hacer para ser escritor?

—Lo primero asegurarse comida, agua y wifi. El resto se puede conseguir a partir de esos tres elementos.

El pueblo estaba ya lo bastante cerca como para convertirse en centro de atención para los dos. Idealizándolo un poco, se veían sólo los tejados rojizos y las paredes blancas apiñadas alrededor de la playa y el puerto. Cuando empezaron a pisar asfalto y cruzaron la carretera, Franz le tomó un momento la mano al vagabundo. Luego se soltó y siguió trotando un poco por la calle principal, hasta quedarse parado a la vista de una familia que salía de un portal: papá, mamá, una niña pequeña y un bebé en su cochecito. Parecían vestidos de domingo, la ropa era demasiado clara y se veía demasiado incómoda para ser de diario en un pueblo del fin del mundo. Siguieron calle abajo hacia el puerto y cada vez había más vecinos en la calle: parejas jóvenes con niños, matrimonios maduros, ancianos solos o en familia que se saludaban. Ambos, Franz y el vagabundo, los observaron haciendo saltar la mirada de unos a otros según se los iban encontrando, atentos a sus conversaciones de gente sana y llana. Pasaron entre ellos en silencio, zigzagueando como un par de peces martillo con visión prismática, recién llegados de las profundidades.

En la ribera había bares y restaurantes con terraza, la mayoría desmanteladas en espera del inicio de la temporada, cuando inundaban el pueblo los peregrinos que intuían que el final del camino no estaba en la catedral sino en el cabo. Se sentaron en la mesa exterior de una bodega tradicional, con grandes botas de vino que ya no se usaban y un mostrador de mármol blanco redondeado por el desgaste. En realidad sólo se sentó el vagabundo, Franz apenas le dio un sorbo a su bebida y se levantó a curiosear las máquinas recreativas que había en el interior.

—Tienen el Mario Kart GP2. Es para niños más pequeños, pero no está mal —dijo al volver.

—¿Quieres jugar?

—Vale.

El vagabundo le tendió un billete y le dijo que lo empleara como quisiera. Desde fuera vio como se desenvolvía pidiendo cambio al bodeguero. Luego lo observó jugar un par de partidas en la máquina, pisándose un zapato con el otro y haciendo gestos de fastidio porque algo ahí dentro no iba bien. Era increíble que los críos no se cansaran nunca de mirar pantallas y de jugar a cosas virtuales. Al rato volvió con una bolsa fosforescente que contenía

algo de color inverosímil y sin embargo comestible, muy crujiente. Se la ofreció al vagabundo, pero él declinó la invitación de llevarse a la boca algo de ese color. Después Franz le tendió el cambio. El vagabundo le dijo que podía quedárselo y Franz dio las gracias protocolariamente, como si ya supiera que podía hacerlo. Después se sentó muy formal, sorbió de la cañita de su bebida y, al parecer dispuesto a mantener una conversación, preguntó:

—Tú vienes del futuro, ¿verdad?

—Algo así.

—Como el terminator de *Terminator II*…

—Algo así.

—Pero se supone que los viajes en el tiempo no son posibles.

—Sólo en la ciencia ficción no son posibles. En la realidad sí lo son, porque la realidad de mayor rango de todas las realidades es la verdad poética, y a esa no le afectan las paradojas: lo admite todo, la geometría de Euclides y Pulgarcito, por eso es la forma más completa de realidad.

Era difícil saber si había entendido eso. Parecía preocuparle otra cosa.

—¿Y has venido del futuro a ayudarme porque estaba perdido?

—A ayudarnos mutuamente. Colaboramos en una empresa común. Somos *socios*, esa es la palabra.

Franz volvió a sorber de su cañita y sus ojos miraron durante unos segundos muy lejos, por encima del hombre del vagabundo hacia el mar.

—¿Qué es el Finisterre?

—¿No te lo han enseñado en el colegio? Viene del latín, *finis Terrae*, significa el fin de la tierra, el lugar donde la tierra se termina.

—Pero la Tierra no se termina en ninguna parte. Es esférica.

—No exactamente esférica, es un geoide, pero eso es ahora, antes era plana, aunque en el colegio te dirán que los que pensaban eso estaban equivocados. La Tierra es siempre como nosotros la percibimos, en eso consiste su verdad poética. ¿Viste ayer la Vía Láctea en el oasis?

—Sí.

—Pues la Vía Láctea le parecía a la gente un camino de estrellas sobre aquella Tierra plana, el mismo que recorría el sol cada día, y

si alguien seguía ese mismo camino, siempre tratando de llegar lo más al oeste que pudiera, terminaba aquí, éste era el final del recorrido y por tanto el final del mundo.

—¿Y por qué era el final y no el principio?

—Excelente pregunta, no esperaba menos de ti. En realidad es lo mismo. Terminar un camino significa estar a punto de empezar otro. Eso hace el sol cada día, eso hace la Tierra cada año, eso hacemos todos sin parar. Por ejemplo, ahora decimos que ahí a lo lejos está América, y ese fue un día el Nuevo Mundo que empezaba al terminarse Europa, que entonces pasó a llamarse Viejo Mundo.

—¿Y estamos aquí porque yo he llegado al final de mi camino?

—De uno de ellos. Ahora estás preparado para empezar el siguiente, pero antes tendrás que volver al centro comercial.

—¿Por qué?

—Porque allí es donde te perdiste.

—Y qué.

—Que un viaje es a veces una incursión, y por tanto su final es el punto de partida. Se va, se vuelve, y al volver uno ya está en otro nivel, como cuando un masai sale a cazar un león, o como cuando tú resuelves una misión con tu Batman querido.

—Ya no me gusta tanto Batman.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—Demasiado oscuro.

—Me alegro. Ya ha habido bastante oscuridad en tu vida, ahora tienes que tomar un poco el sol.

El vagabundo apuró su vermut.

—¿Quieres que vayamos a ver las barcas de los pescadores?

—Vale.

—Pero no se pueden pisar las redes, hay que ir con cuidado o se enfadan, y con razón. Oye, ¿cómo puedes comerte esa cosa de color radioactivo?, te van a crecer marcianos en las mucosas gástricas… ¿De qué te ríes?

—Mucosas ¿qué?

—¿Tampoco os han enseñado en el colegio lo que son las mucosas gástricas? ¿Qué demonios os enseñan entonces?

Después de las barcas y todos los asombros que deparaban, ambos tenían apetito. El vagabundo preguntó a Franz si le apetecía almorzar en el pueblo en vez de hacer todo el camino de vuelta al

faro. Franz dijo que vale. Si le hubiera preguntado si le apetecía lanzarse sobre las ortigas también habría dicho que vale. Al vagabundo se le ocurrió buscar algún lugar donde sirvieran bogavante, sabía que un bicho semejante —azul y con antebrazos de Popeye— le gustaría a Franz, pero sólo encontraron un restaurante muy formal cuya carta exterior ofrecía langosta, mucho menos vistosa que el bogavante y a un precio absurdo, así que se sentaron en una terraza cualquiera del paseo marítimo. Allí les dieron a roer toda clase de criaturas con armadura, no tan grandes como un bogavante pero igualmente estrafalarias. Fue imposible mantener una conversación sensata mientras comían; aquello se parecía más a desmontar juguetes, con la dificultad añadida de que a ninguno de los dos le gustaba manosear la comida, de modo que durante un rato estuvieron sólo concentrados en comportarse como mamíferos vertebrados de modales aceptables. Luego se limpiaron con toallitas con olor a limón pero tampoco a ninguno de los dos le pareció suficiente, así que fueron por turnos a lavarse las manos al baño. Franz pidió después helado de chocolate y el vagabundo café y un puro de tamaño considerable.

Aprovechó entonces para preguntarle a Franz algo que le rondaba por la cabeza desde hacía rato.

—¿Te acuerdas de Neptunia?

—Sí.

—¿Qué te parece?, ¿te gusta?

Franz hizo gesto afirmativo con la cuchara metida en la boca.

—Eso es un poco ordinario; retira la cuchara y luego asiente o habla.

Franz se retiró la cuchara:

—Sí.

—Pero te gusta mucho o sólo un poco.

—Mucho.

—¿Mucho mucho?

—O bastante.

—¿Qué demonios significa *mucho o bastante*?

Franz terminó de tragar chocolate antes de hablar.

—Me recuerda un poco a Linda.

Los niños son como demonios: o no dicen nada o lo dicen todo. El puro del vagabundo no terminaba de encenderse bien, tenía

ganas de aplastarlo en el cenicero cuanto antes y encender un cigarrillo. Franz seguía comiendo helado; era una copa enorme con trozos de brownie y chocolate blanco.

—Pues…, me parece que a Neptunia le gustaría tener un hijo. O una hija. O puede que las dos cosas. ¿Sabes lo que quiero decir?

Franz asintió.

—Y tú crees… No sé…, ¿a ti te parece que yo podría ser, no sé cómo lo llamáis ahora, un padre *cool…*?, ya sabes.

Franz lo miró un poco de medio lado y hasta levantó una aleta de la nariz.

—Serías un poco pesado.

—¿Qué quieres decir con pesado?, yo no soy pesado, ¿tú crees que soy pesado?

—Con los estudios, y el colegio y todo eso.

—¿No querías vivir en no sé cuántos sitios?, pues tendrás que estudiar, ¿no?

—Y también eres un poco viejo.

—Oye, mocoso, ¿tú sabes cuál va a ser la esperanza de vida de mi generación?, ¿tienes idea de la cantidad de cosas que están inventando todos esos chiflados con batas blancas?

—Y un poco cascarrabias.

—¿De dónde has sacado esa palabra?

—Me la dijo una vez mi profesor de Literatura. Significa lo mismo que gruñón.

—Vaya, alguien que se ocupa de desasnaros. Pero no soy cascarrabias, ni tampoco gruñón.

—¿Ah, no?

—No: soy susceptible y algo vehemente. Pero amable. Hasta simpático a ratos; en general de trato agradable, en absoluto gruñón.

Después de aquella defensa que el vagabundo se esforzó en pronunciar con mucha calma y buena dicción, Franz no replicó nada y él lo tomó como un otorgamiento, aunque a los diez segundos de silencio no pudo contenerse más:

—¿Y qué demonios pretendes que sea?, ¿perfecto?

Volvieron hacia el faro en un momento de bastante calor, pero el camino era largo y a la vuelta subía, estuvo bien salir antes y caminar despacio, dando un paseo. El domingo por la tarde se

notaba en el aire, era realmente el final de un viaje, y cada paso que daban, ahora de cara al sol poniente, los alejaba un poco más del mundo.

—No ha sido una buena venganza, ¿verdad? —dijo Franz.

—¿La de anoche en Gotham City? La venganza es un lujo que no siempre se puede uno permitir. Hiciste bien; habrías herido a Greta, no valía la pena.

Siguieron unos pasos en silencio.

—¿Qué voy a hacer ahora? —dijo Franz.

—Básicamente tienes dos opciones: quedarte en los Territorios Asombrosos o volver a la realidad. A eso que llamamos de esa manera. Tarde o temprano hay que volver; si pierdes del todo el contacto con el mundo de los demás las cosas se ponen feas.

—¿Qué pasa si uno se queda siempre aquí?

—Bueno, la descripción del Niño Loco que hace sor Fauna no es tan descabellada. Claro que no todos los locos son iguales, a algunos ni se les nota.

Franz pensó un poco.

—Entonces sería mejor que me marchara esta noche —dijo.

—Puedes quedarte un poco más si quieres, lo que te dije ayer de que te largases lo antes posible era medio en broma.

—Ya… Pero si me quedo más tiempo nos retrasaremos los dos. Lo malo es que no sé cómo marcharme.

—Yo diría que para un viaje por mar lo más oportuno es una barca.

—O un helicóptero.

—Nada de helicópteros, ¿te has creído que esto es una superproducción? Todo lo más podemos hacer es que todo sea un sueño. ¿Te acuerdas del sonido de los limpiaparabrisas en el coche, cuando llegabais al centro comercial con Úrsula y llovía?

—Sí, el reloj del hipnotizador, zip, zap, zip, zap.

—Era una argucia fácil, un punto al que regresar si en algún momento decidíamos que todo lo que venía después era un sueño. La siesta del fauno, ya sabes…

—Pero entonces quedaría el paréntesis sin cerrar.

—¿Qué paréntesis?

—La maldición del centro comercial. *Unsere zweite Mutter*.

El vagabundo le dio tres palmaditas en la cabeza, como si

probara un melón:

—Chico listo.

Caminaron otro tramo en silencio, un poco sin resuello, hasta que tras un repecho se allanó el camino. Las aguas brillaban como plata arrugada, había que hacerse visera con una mano sobre los ojos para evitar el sol. Las gaviotas graznaban sobrevolando el faro, a lo lejos.

—¿Volveré a verte? —preguntó Franz, y en su voz había una nota de miedo a la respuesta.

—Cada vez que quieras. Yo te necesitaré también, en realidad cada vez más que tú a mí. A veces me pondré muy cínico, parecerá que todo me da igual o que nada me importa lo bastante, y entonces tendrás que prestarme un poco de esa energía y ese coraje tuyos para defender las cosas en las que crees. Ahora eres ya casi un hombre, conoces en esencia todo lo que necesitas para empezar a vivir, y no creas que todo es tan descorazonador como lo que has visto hasta ahora. Este ha sido un paseo por el lado sombrío de tu vida, puede que sea lo peor que tengas que vivir nunca, aunque eso nunca se sabe porque ni los dioses ni los titanes conocen su destino, y nosotros dos solo somos mortales.

—Pero ¿me pasarán cosas buenas?

—Claro que sí, te pasarán un montón de cosas buenas. Y recibirás ayuda, y tendrás suerte. Todo el mundo tiene suerte alguna vez, y además siempre nos queda la esperanza. Pero tendrás que vivir como si no supieras qué viene después, por eso si esto no va a ser un sueño tendrás que olvidar el camino que has recorrido y todo lo que sabes que ocurrirá.

—Entonces de qué me ha servido llegar hasta aquí.

—Que algo no se recuerde no significa que no tenga consecuencias. Ni siquiera que algo no haya ocurrido significa que no tenga consecuencias, y la ruta que acabas de transitar podría tener muchas. No puedes imaginarlas porque todavía no has terminado este camino, sólo estás en el tramo final, acercándote al fin de este mundo. Cuando salgas de él verás que hay otros paréntesis abiertos y que la vida se parece a un juego de muñecas rusas.

Llegaron al faro. A ninguno de los dos le gustaban las despedidas; en realidad no le gustan a nadie, es sólo una frase de

película que hizo fortuna. El sol era una bola cegadora que se precipitaba hacia el horizonte, y el mar destellaba debajo como el tablero de pinball sobre el que estaba a punto de caer. Para aquel viaje no hacían falta maleta ni mochila ni zurrón. El vagabundo acompañó a Franz descendiendo entre los riscos hasta el agua. Lo ayudó a subir a la barca y se quedó un momento viendo como su niño empezaba a remar hacia el sol poniente.

Eso era todo lo que tenía ganas de explicar de aquella despedida.

Remar en una barca obliga a mirar atrás, al lugar del que la embarcación se aleja. Franz tardó un rato en tener el faro en perspectiva; vio cómo se encendía y empezaba a girar emitiendo señales. Se dio cuenta entonces de que no necesitaba seguir remando: la corriente lo arrastraba mar adentro. Metió los remos a bordo y se sentó en la bancada mirando a proa. El sol dio un último fogonazo que limpió el cielo de gaviotas y después desapareció dejando un aura que se extinguió como tinta evanescente. Cuando la noche fue completa Franz había olvidado ya el faro y las barcas del puerto; este era otro mar, tenía hechuras de espacio sideral, y sin embargo carecía de estrellas y luna visibles, era un todo oscuro y bajo que se confundía con el agua. Pronto empezaron a ganar fuerza los sonidos y él a perder la noción de la realidad. Primero fueron los golpes de mar contra el casco; no sintió miedo, no había razón para sentirlo, sólo se agarró y respiró hondo cuando las olas empezaron a elevarse en colinas corredizas. El sonido se convirtió en ruido blanco que ganaba fuerza bruta, cada vez más informe y caótico; soplaba viento de popa que hacía trepidar la lona que cubría la bancada y retorcía las cuadernas. Franz buscó refugio bajo la lona, no del viento ni del frío y la humedad crecientes, sino del ruido ensordecedor que le impedía oír su propio pensamiento. Aun cubierto hasta la cabeza resultaba difícil de soportar, de nada servía taparse los oídos, porque lo peor no era su intensidad sino su falta de significado. Supo que debía aferrarse a alguna forma conocida, encontrar un patrón en el estruendo que le permitiera seguir pensando de forma coherente. Quiso cantar mentalmente una canción y apareció enseguida, pero no la cantaba la voz mental de

Franz, era una voz que parecía venir de todas partes, la barca entera se mecía a su son. La reconoció: era ella, su primera madre, Franz la había escuchado antes de esta misma manera, desde el interior de una burbuja, sonando ubicua y reverberante. Oyó su corazón latiendo encima de él, sus pulmones respirando para alentar la tonada, y él pudo hablarle a su madre preñada, le susurró a través de la sangre que compartían y en el lenguaje de las substancias se enviaron mensajes de bienestar. No había nadie con él que pudiera amarrarlo al mástil de la embarcación, pero resistió la tentación de asomarse para buscar un rostro en todas direcciones, porque esa voz jamás había tenido encarnación, era solo un rumor amable que un día escuchó y después se perdió para siempre.

La travesía duró un tiempo sin horas, y en el interior de su marsupio de lona Franz no pudo saber si estaba dormido o despierto; flotaba, miraba los fosfenos que construían sus ojos y, sin saberlo, libraba batallas contra la muerte, pero eran batallas ganadas de antemano por su especie, él no habría podido siquiera nombrar a los monstruos a los que vencía. En cierto momento le pareció distinguir a una escuadra de delfines amarillos nadando ante él, fosforecían sobre el agua y marcaban un rumbo constante que él no tenía más que seguir con el pensamiento. Imaginó que los imaginaba y siguió navegando y olvidando hacia atrás, como olvidan los viejos cuando se acercan a la muerte.

La amanecida calmó las aguas.

El ruido era otra vez un chapoteo amable contra las tablas de la barca.

Fran tembló de frío y en esa reacción corporal se sintió dueño de su vigilia. Entonces asomó la cabeza para ver el sol saliendo otra vez a su espalda, y a proa distinguió la silueta de una costa de arribo.

Salió de su escondrijo y montó los remos en sus escálamos para vencer la deriva y acercarse a tierra. La costa era suave y sinuosa, cubierta de hierba y árboles a lo lejos. ¿Aquello era América? Avistó una ensenada pedregosa y allí encomendó su rumbo, hasta que se trasparentó el fondo de guijarros y finalmente los remos y la quilla embarrancaron con un sonido rasposo. Pese al frío —o precisamente a causa de él—, se descalzó y se quitó los pantalones en la incomodidad de la bancada escorada. Al ponerse en pie sobre el

fondo, el agua helada le llegó a la altura de los muslos y las punzadas del frío le entrecortaron la respiración. Cuando llegó a tierra firme la manga de su jersey chorreaba, pero los pies helados era lo que más atención requería, y se había herido una uña, sangraba un poco aunque no doliera.

Tardó un rato en vestirse, calzarse y estar listo para la marcha. Se ató las mangas del jersey húmedo a la cintura; los calcetines y los zapatos estaban secos, y fue agradable ponérselos y sentir que podía volver a caminar sobre tierra firme. Lo hizo con decisión, tratando de vencer el frío que le amorataba los labios, primero sobre la grava de la playa y después pisando al fin hierba para remontar un primer repecho. Desde arriba vio el curso final de un río que moría en estuario, allí mismo, a unos pasos. Los ríos atraen a la gente, pensó, las casas y los pueblos y las ciudades se afincan a sus orillas, y remontarlos es acercarse al mundo, o regresar a él. Le hablaba la voz renovada de su pensamiento adulto, la reconoció corno suya de inmediato sin recordar cómo había sido antes.

El río no bajaba caudaloso, dejaba un margen de pedregal que cedía a modo de camino transitable. Franz caminó deprisa hasta detenerse a descansar en una mancha de sol pálido. A lo lejos, donde el pedregal desaparecía invadido por una fronda densa y umbría, le pareció distinguir un puente. Su pretil alto y el ojo que rampaba hacia la otra orilla tenían algún pariente en su memoria. No recordaba ya que una vez lo había cruzado con Greta, pero no es necesario recordar algo para que tenga consecuencias, y el puente reencontrado fue la señal para que dejara de olvidar hacia atrás, el punto de referencia para su memoria de niño perdido en el centro comercial. Reconoció también la orilla por la que transitaba de vuelta: más arriba del puente, a la izquierda, estaba el cementerio de las monjas y los huérfanos, y la primera que encontraría sería la tumba del Niño Loco que se murió de rabia escupiendo espuma, todo por algo que le había ocurrido en los Territorios Asombrosos, más allá del puente que Franz no recordaba ya haber cruzado.

Trepó entre los juncos de la ribera para llegar al cementerio y ante aquella tumba impostada supo que lo que decía la inscripción no era una patraña de sor Fauna para mantener a los niños cautivos, era una advertencia honesta, quizá una verdad poética, porque la locura —y la culpa y la soledad y la muerte y todos los males del

mundo— amenaza al que desea gobernarse a sí mismo, aunque eso no significa que uno no deba arriesgar si su corazón lo impulsa con fuerza a ello, sólo significa que hay que estar prevenido. Todo eso lo sabía ya Franz en su nueva vida, porque incluso lo que nunca ha ocurrido puede tener consecuencias.

Pasó entre las otras tumbas, las reales, donde descansaban para la eternidad las ancianas monjas y los niños muertos; después siguió el camino de los cipreses y llegó al murete de piedras afiladas en el que él y Greta se habían herido las manos y las pantorrillas. Esta vez no lo saltó sino que buscó el paso franco hasta el huerto, y pasando junto al bancal de los repollos miró el amontonamiento de tejados del convento y la inclusa, iluminados por el sol que marcaba una sombra bajo sus aleros. Se detuvo un momento en el pozo para mirar su reflejo. De todo lo que había cambiado sin él saberlo, eso era lo que más, porque ya no había cuernos en su frente, ya no era un fauno sino un niño a punto de dejar de serlo, o quizá un niño que había dejado de serlo ya.

Llegó al patio de la cocina con ganas de llegar, como si volviera de visita a un lugar querido. Empujó la puerta de la gatera; antes de abrirse le llegó el aroma del *Sauerkraut*, y después vio a la cocinera de espalda inclinada sobre el caldero.

Ella se volvió al oír el sonido de la puerta:

—Ah, mi niño guapo ha regresado —dijo.

La mitad de su cara afable y regordeta mostraba las huellas de haber sido hervida, y su traje cosido en transversal recordaba que un día, antes de ser una cocinera muerta en un convento fantasma, había sido cortada en dos por un vagón de metro que rodó entero sobre su cuerpo.

_He venido a verte antes de volver a casa —le dijo Franz.

La cocinera sonreía sosteniendo dos chuletas de cerdo ahumadas:

—¿Y tu hermanita tan bonita?, ¿no la traes contigo?

La sonrisa de Franz menguó.

—Ella no ha podido venir, pero yo siempre vendré a visitarte.

—¿Tú me quieres, mi niño? Mi niño guapo… ¿Tienes hambre, verdad?

Sí, Franz tenía apetito, aunque él no lo recordara acababa de llegar de un viaje muy largo. Se sentó a la mesa y comió un buen

pedazo de *Brühwurst*, y pan de centeno y queso y leche fresca, y aun su segunda madre le sirvió un trozo de tarta de chocolate con chorretones brillantes que caían sobre el bizcocho. No había prisa en volver a casa en un taxi, quedaba todavía un buen rato hasta que empezara la tarde. Después, ya de noche, podría ver una película en el canal de ciencia ficción, porque era sábado y Úrsula saldría por ahí de fiesta, y Alicia les permitiría ver una película en la pantalla grande del salón.

Sin embargo algo, una certidumbre que su pensamiento adulto no logró desentrañar, le decía que los sábados y el resto de los días de la semana iban a ser a partir de entonces un poco mejores.

Franz y Greta, 2013

Tomó media aspirina, tres vasos de agua y una cápsula de Pharmaton para mitigar la resaca y la pérdida de vitaminas. Las vitaminas le preocupaban desde hacía algún tiempo, quizá desde que reparó en que sus encías no estaban todo lo sanas que debieran; ahí debió de empezar su obsesión.

Al salir de la ducha se preparó un café de cápsula para olvidar el sabor del enjuague y poder fumar un cigarrillo que no supiera a mentol y clorhexidina. Le complació la efectividad de sus propios movimientos mecánicos al abrir y cerrar armarios; dio los dos pasos justos para alcanzar a abrir el pequeño frigorífico bajero, giró hasta el punto exacto el temporizador del microondas, encontró las cucharillas en el cajón donde debían estar, todo sin necesidad de pensar en ello. Le había tomado las medidas a aquel diminuto apartamento de alquiler en el ático de una casa familiar de tres plantas —tenía entrada propia subiendo una escalera exterior, y también derecho a usar el jardín—, podía ya moverse en aquella cápsula espacial como si jamás hubiera vivido en otro lugar. Tres meses era tiempo de sobra para sentirse en casa; sabía exactamente qué iba a ver al abrir los ojos por la mañana, reconocía el ruido del portón del garaje y del motor del coche de sus caseros, una pareja con dos hijos adolescentes que ocupaba las plantas inferiores y que los sábados temprano salía de la ciudad para pasar el fin de semana en Vacheresse, al sur del lago cruzando la frontera francesa —al parecer tenían una cabaña allí; así la llamaban ellos, *cabane*—. Eso le había dado oportunidad durante el mes de septiembre de enseñorearse del jardín los sábados y usarlo como estudio en el que podía fumar sin limitaciones, pero a mediados de noviembre no era ya agradable trabajar al aire libre, ni siquiera en un día de sol: los

pies se le quedaban fríos, los dedos se movían torpes sobre el teclado, y la solución de escribir con mitones le parecía, sencillamente, ridícula.

Bajó a la calle poco antes de las diez pensando en algún lugar donde desayunar. No era un sábado alegre en absoluto, la mañana se había ensimismado en su atmósfera gris y pesada, pero adivinó una promesa de nieve en la temperatura y el cielo encapotado, y eso compensaba la insipidez de la luz. Vio otros presagios en el asfalto oscuro, húmedo; las fachadas con contraventanas de madera parecían más saturadas que de ordinario, el amarillo se había convertido en mostaza, el rosado en teja, el grisáceo en verde musgo, y en todo ello leyó otra misteriosa premonición de nieve que probablemente ningún meteorólogo habría corroborado.

Le gustaba recorrer su calle hasta el final para disfrutar de los parterres tras las verjas torneadas, punteados por hayas desnudas que ya reclamaban su camisa blanca alzando las ramas al cielo. Solían juntarse pequeñas bandadas de alondras en aquellos árboles, les atraía la zona tranquila, sólo perturbada por los coches de los vecinos que desaparecían antes de amanecer y volvían anochecido. Sin embargo el camino más directo hacia la sandwichería que se impuso como destino obligaba a quebrar por la Rue de Champel, mucho más convencional y anodina, con parquímetros y carril de bicicleta.

Al pasar junto a la l'École des Anges se detuvo a admirarla como solía hacer a menudo. En más de cuarenta años había cambiado un poco el entorno: delante había unos columpios modernos, el mobiliario urbano era otro, pero la verja, el patio y el edificio seguían igual que en su recuerdo, con sus complicados tejados quebrados en buhardillas y la torre del reloj en el centro, rematada por un capirote de tejas que parecía un sombrero de bruja. Durante años no había podido tropezar zapeando con una película de Harry Potter sin acordarse de su vieja escuela. Lo había sido durante exactamente tres cursos y medio, entre los seis y los diez años, y sin duda el edificio no le habría parecido tan admirable de haber sido una fábrica de fornituras, pero su aspecto era en sí notable. Alguna vez había pensado en acercarse a la conserjería y preguntar, alegando con una sonrisa su condición de antiguo alumno nostálgico, si le permitirían visitar el interior; no recordaba mucho

de él, apenas el suelo de parqué del gimnasio, que chirriaba bajo las suelas de goma, y larguísimos corredores que había que seguir para llegar a los lavabos. Un día pronunció una palabra sucia en clase —¿algo tan inocente como *merde*, quizá?— y *mademoiselle* Bigogno lo mandó a *les toilettes* a lavarse la boca con jabón. Tuvo que recorrer el enorme pasillo inusualmente vacío —así lo recordó ya para siempre— oyendo sus propios pasos encaminarlo a una penitencia que debía ser autoinfringida y que, de algún modo, ponía a prueba su plena integración en el a veces exasperante civismo suizo. Creía recordar también el horrible sabor de la pastilla de jabón, y que al volver a clase *mademoiselle* Bigogno le preguntó si después de lavarse la boca se había enjuagado bien con agua. Él contestó que sí con toda honestidad, sin saber si era eso o no lo que debía haber hecho. Tendría siete años el día que superó aquella prueba de obediencia, y más que cumplidos los cincuenta todavía no sabía calibrar cuánto de su carácter respondía al sabor de aquella pastilla de jabón. ¿Era quizá un español demasiado disciplinado, o un suizo un poco loco?, ¿cómo podía ser, al tiempo, tan dócil y tan celoso de su autonomía? Existía en ello una aparente contradicción que sin embargo consiguió resolver en una sola frase cuidadosamente pensada que olvidó de inmediato.

Enseguida se arrepintió de no haber metido unos guantes en los bolsillos de su gabardina larga, que por otro lado no abrigaba lo bastante y tenía los bolsillos demasiado bajos para andar con las manos en ellos. Llegó a la Rue de Carouge abriendo y cerrando los puños y evitando la tentación de echarse el aliento en los dedos, que no servía más que para empeorar las cosas. Aquella esquina sin importancia se le antojaba muy ginebrina, expresaba quizá mejor el espíritu de la ciudad que el Jet d'Eau o la señorial ribera del lago, con sus cisnes y sus veleros. En los bajos de un mismo venerable edificio de fachada pulquérrima había una charcutería, una peluquería, una clínica dental, una agencia de seguros, una bisutería y una pastelería, y todas ellas tenían idénticas cristaleras y los mismos toldos rojo oscuro rotulados con el mismo tipo de letra, *boucherie, coiffeur, bijouterie*, sin más anuncios ni distintivos, como si no se esperara que nadie acudiera a cada una de ellas atraído por sus colores corporativos o la estética de sus escaparates, sino porque sencillamente estaban allí y prestaban un servicio

cabal.

Aquello debía de ser la pesadilla de un neoyorquino.

Un poco más arriba la sandwichería tampoco se distinguía mucho de otros establecimientos, salvo por las dos mesitas con cenicero que había fuera. Al entrar olió a salchichas alemanas y se le abrió aún más el apetito. No había cenado la noche anterior, sólo había bebido, sin moderación, buscando un descanso rápido a semanas de trabajo ininterrumpido y especialmente penoso en los últimos días, mientras reconstruía la última tarde de Linda. Se había alejado a buen paso hasta la catedral y desde allí regresó zizagueando para entrar en cada bar con música aceptable que conocía o que descubrió por el camino. La última parada fue en la Taverne de la Friponnerie, lo más parecido a un antro que podía encontrarse en la ciudad; allí había rematado la metódica labor de emborracharse cerca de la hora de cierre, aunque de eso recordaba apenas una absurda conversación con un trío de jóvenes italianas tan borrachas como él, un poco ordinarias pero muy atractivas pese al atuendo mochilero y las extemporáneas botas de montaña que calzaban. Desde que había alquilado el ático a principios de septiembre sólo se había tornado tres fines de semana de descanso, aunque al menos una vez por semana se acercaba a la Taverne a beber y ver gente siempre desconocida, turistas *low cost*, estudiantes, inmigrantes de cualquier parte. Exceptuando a Alice, esos eran sus más cercanos compatriotas, su gente, su punto de referencia, y un poco de alcohol de vez en cuando era bueno para el trabajo; había comprobado a lo largo de los años que dos vodkas triples conseguían elevarlo a un estado de lucidez difícil de alcanzar por otro método. En sus primeros años de profesión, cuando al fin pudo dejar todo otro empleo y dedicarse por completo a escribir, salir y beber después de cada larga y concentrada sesión de trabajo era parte de la jornada, la coda final que servía de transición entre el encierro monástico y la vida social; pero cada vez fue necesitando más alcohol para salir de la ficción y poder comunicarse con alguien, y las resacas se volvieron más crueles, hasta que al borde de la cuarentena empezaron a implicar demasiado a menudo no poder trabajar al día siguiente, de modo que empezó intercalando un día de abstinencia entre dos salidas, y luego dos días, y luego, como en los últimos tiempos, quizá una semana entera.

Precisamente la pérdida del hábito diario hacía que esta mañana la resaca fuera especialmente severa, aunque por fortuna no incluía jaqueca, sólo dolor muscular, sed y vacío estomacal, nada que no pudiera arreglar un buen desayuno con huevos, salchichas y zumo de naranja recién exprimido. Pensó sin embargo que debía contenerse un poco ahora; no quería mostrarse inapetente en su cita de las doce y media para almorzar con Alice, habría sido una impertinencia después de cuatro semanas sin verla ni llamarla. Por añadidura era su cumpleaños, llevaba un pequeño regalo para ella en el bolsillo interior de la gabardina; habían hablado por teléfono la tarde anterior, sólo un momento, él la llamó con intención de citarla para almorzar y charlar, lo que no dejaba de ser una manera indirecta y algo impertinente de decirle que quería seguir apartado de ella: estaba dispuesto a concederle dos o tres horas de su tiempo por ser su cumpleaños, *c'est tout*.

Sonrió al darse cuenta de lo estúpido que debía de parecer su simulacro de alejamiento. ¿Se pretendía un ermitaño porque había alquilado un apartamento por semanas a treinta minutos de la *rive droite* y se había llevado su ordenador y sus altavoces y sus cien libros? Aquello debía de parecerle a Alice infantil y fatuo, sin duda: el escritor subiéndose al faro para apartarse del mundo y componer su trascendental obra. Ella no podía adivinar el pánico y, al tiempo, la alegría que sentía él; no imaginaba hasta qué punto ahora más que nunca necesitaba un espacio y un tiempo únicamente suyos, no sólo para trabajar en su novela: para vivir la transición. En realidad si algo lo unía de verdad a Alice —si no disparaba el reflejo de huida en él— era que ella jamás había intentado negarle nada de eso: su permanente vindicación de la soledad y la independencia, taciturna la mayoría de las veces, pero en ocasiones un ligero desvío de su mirada transparentaba su pensamiento, su íntima incomprensión, su confusión ante algo que, sencillamente, no podía entender. Alice era una mujer feliz y sana, del todo feliz y sana, y ese era quizá su único e irreprochable defecto.

Pidió al empleado un sándwich de ensalada y pollo, agua mineral y zumo de naranja. Comió con apetito y después tomó un café *noisette* mientras fumaba en la mesa exterior. No pasaban ni mucha gente ni muchos automóviles; sólo uno de aquellos tranvías verde fosforescente, tan inoportunamente llamativos cuando no

había niebla ni nieve, parecía seguir su ruta ordinaria aunque apenas lo esperaba un viajero sentado bajo la marquesina translúcida. Eran las diez y media cuando terminó de fumar; tenía dos horas para vagar por las calles; hacía tiempo que no hacía eso un sábado por la mañana, aspirando en el aire la premonición de nevada inminente —las señales eran inequívocas, y el tranvía fosforescente era otra de ellas.

Se le ocurrió pasar por el Marché aux Puces de la explanada de Plainpalais; la cita para almorzar era en el Alighieri, allí mismo. Caminó al norte por la Rue de Carouge pensando si le faltaba algo en el apartamento que pudiera comprar en la Migros, quizá cápsulas de café, o sopa preparada para tomar de noche, cuando quería alargar la jornada dos o tres horas más y le desvelaba demasiado tomar otro café. Decidió que no quería andar por ahí con una bolsa en la mano, y le convenía caminar más que comprar sopa: hacía meses que no iba al gimnasio y su espalda se resentía. Se acordó otra vez de los mil francos por un año de inscripción en el Exersuisse que apenas había aprovechado cuatro o cinco días a principios de verano; se acordaba de vez en cuando aunque ya no tuviera remedio. Apresuró el paso, la temperatura invitaba a ello; procuró adoptar la misma actitud que si estuviera sobre la cinta de correr, dando pasos largos y acompasando la respiración. A la altura del Théâtre Pitoeff la acera empezó a estar demasiado concurrida y tomó una travesía para seguir por Dancet, más ancha y tranquila. Llegó enseguida a la gran explanada romboidal de Plainpalais; quiso bordearla hasta el extremo norte para retroceder después hacia el rastrillo por la avenida que limitaba los otros dos lados del rombo. Estaban montando un escenario, altavoces, *racks* de luces. No se detuvo hasta llegar a la nueva pista de *skateboard*, magnífica, parecía la huella que dejaría una inmensa rosa en el cemento fresco, o quizá las circunvalaciones de una oreja empotradas en el suelo. Allí se sentó a fumar y a ver cómo unos jóvenes con gorras de béisbol del revés hacían piruetas increíbles sobre sus tablas, recorriendo los pliegues vertiginosos de la gigantesca oreja y resbalando al filo de bancos y barandillas dispuestos para complicar las posibilidades de los acróbatas. No era raro verlos caer espectacularmente y levantarse de inmediato como si estuvieran hechos de goma. ¿En qué momento de la vida los huesos se vuelven

quebradizos? ¿Cuándo se hace uno consciente de que tiene un esqueleto frágil y empieza a notarlo bajo la piel y los músculos, doliente? En sus últimos tiempos de gran bebedor —vivía entonces en un pueblo de mar—, se descolgó de una cornisa durante el transcurso de una fiesta demencial por las azoteas y de resultas de semejante estupidez se aplastó el talón del pie derecho. Tardó seis meses en volver a caminar sin muletas, y tuvo que aprender a hacerlo de tina forma parecida a como lo hace un niño, sólo que él recordaba con nitidez la emoción del primer paso que se atrevió a dar sin apoyarse en nada, en su sala de estar, entre dos sillas, toda una ceremonia a la que asistieron varios invitados y que fue motivo de celebración. Aquello fue el principio del fin; el tiempo siempre parece comprimirse cuando se lo contempla en perspectiva, pero debió de ser poco después cuando empezaron las hemorragias nasales. Una amiga a la que veía por aquel entonces lo llevó a rastras a la farmacia para que le tomaran la tensión, y de allí lo enviaron directamente al hospital, donde tuvieron que inyectarle algo para normalizar su presión sanguínea. Fue una tarde de Nochebuena, no recordaba el año; guardaba alguna foto de aquellas fiestas en el ordenador y su aspecto en ellas era el de tener diez años más de los que aparentaba ahora, más de diez años después. «O cambias de vida, o te mueres antes de cumplir los cincuenta», le dijo uno de los médicos a los que visitó después de aquel episodio. Iba en serio, y aquello tuvo un efecto en él. Era razonablemente feliz por aquel entonces, hacía muchos años que lo era, la vida había llegado a resultarle fácil *—fish are jumping and the cotton is high—*, pero el mundo adquirió en la misma medida algo de insustancial, perdió su magia, y escribir, superada la prueba iniciática de publicar la primera novela —aquel deseo infantil tan largamente perseguido—, se había convertido en un ejercicio rutinario y alimenticio. ¿Era su vida una forma de suicidio amable? Sí, sin duda lo era: el suicidio de los perezosos. Pero no fue el miedo a la muerte o a la enfermedad el que le hizo adquirir otra perspectiva: lo salvó un libro que todavía no había escrito, porque si no lo hacía él nadie lo haría, sería para siempre un agujero negro en el pasado, de modo que se encomendó ser su oráculo y desvelar la historia de la bella hija del cónsul, que viaja al otro lado del mundo para ser bailarina. ¿Un acto de expiación? Quizá; un homenaje en

cualquier caso. Pero antes de escribir una sola línea había que cambiar de vida y viajar a Ginebra y probablemente instalarse allí, en busca del rastro de la bailarina y también de su propia infancia en aquella ciudad. En ese momento, tomadas las decisiones, pudo interpretar todo lo que había garabateado sin sentido durante años como un ejercicio de preparación para su único libro auténtico, el que le faltaba por escribir y que casi tenía ya título: *Linda*.

Ahora, diez años después, el libro estaba por fin en marcha aunque probablemente ya no se titularía así, y de nuevo todo se daba la vuelta y quizá empezaba otra vida en su vida.

Cuando terminó el cigarrillo siguió camino cortando por la explanada, muy distinta al recuerdo que tenía de cuando la visitaba de niño con Linda y su hermana. La versión moderna tenía una solera artificial de color rojo, fea, práctica, y seguramente de algún material que recibía el codiciado título de ecológico. En los tenderetes del rastrillo sin embargo parecía haber la misma morralla de siempre, a la que se habían incorporado nuevos desperdicios como discos en CD o teléfonos móviles periclitados. Se detuvo en la parada de ropa en la que había comprado su gabardina de vagabundo en septiembre; después, en un puesto de libros de viejo que no recordaba haber visto antes. Examinó algunos títulos desestimando de partida enciclopedias y libros ilustrados. Entre las novelas distinguió un lomo que le gustó, con cubierta de papel y aspecto de libro a la vieja usanza, un grueso tomo de tapas duras. Oscar Wilde, alcanzó a leer de lejos, pero tuvo que acercarse y desprenderse de sus gafas de miope para leer el título. *The Complete Illustrated Stories, Tales & Poems*, Vio una oportunidad: quizá podía substituir con un solo libro varios de los Cien. Lo tomó y buscó en el índice; en efecto estaba incluido *Dorian Gray*, todo el teatro y los cuentos completos, todo excepto los ensayos. Podría desprenderse nada menos que de tres volúmenes a cambio de este, y aún salía ganando un montón de relatos que le gustaban y de los que se había obligado a desposeerse en algún momento: «El crimen de Lord Arthur Saville», «El fantasma de Canterville»…

El tendero era extranjero, quizá portugués a juzgar por el acento. Le pidió 60 francos que él habría pagado gustoso —ni siquiera los rastrillos eran baratos en Ginebra—, pero siguiendo la costumbre ofreció 40 y acabaron acordando 50. En cuanto el libro

fue suyo buscó la página en que empezaba «El natalicio de la infanta», su cuento favorito que hasta entonces sólo había leído en traducción al español:

> *It was the birthday of the Infanta, She was just twelve years of age, and the sun was shining brightly in the garden of the palace.*

Aquella cruel infanta. Se desembarazó en la primera papelera de la bolsa de plástico que le había dado el vendedor; prefería llevar un libro en la mano que una bolsa colgando. Estaba impaciente por hojearlo y todavía quedaba casi una hora hasta su cita; podía sentarse en la terraza del Jardin des Renards y pedir un vermut rojo con hielo. Rara vez bebía de día, pero una copa suave ayudaría a enmascarar los últimos coletazos de la resaca y le templaría el humor para el almuerzo. No quería resultar adusto con Alice esta vez, no estaba en su ánimo serlo ni siquiera las últimas veces que se habían visto, pero inevitablemente lo había sido desde hacía demasiado tiempo, desde que la conoció, en realidad. A partir de ahora las cosas serían diferentes.

Antes de que le sirvieran abrió el libro al azar sobre el mantel amarillo. En la primera línea de la página izquierda hablaba un tal lord Illingworth:

> *The only difference between the saint and the sinner is that every saint has a past, and every sinner has a future.*

Sonrió. ¿Era él un pecador? Desde luego no era un santo y además quería tener un futuro, de modo que trató de convencerse de que sí. Había pecado de soberbia, de lujuria a temporadas enfurecidas, aún más de ebriedad y casi siempre de pereza. Y ahora había llegado a esa edad en que la vida pasada se nos aparece como una larga espera en la que podíamos haber aprovechado mejor el tiempo. Desperdició años enteros en un delirio báquico sin objeto, quizá una década, una de las mejores sin duda, la década en que era ya un hombre maduro pero todavía joven, Ahora ya no era en absoluto joven, o sólo en el sentido en que todo el mundo parecía serlo en estos tiempos, incluso los más ancianos se resistían heroicamente a envejecer. Sin embargo la juventud contiene una potente carga de optimismo que se pierde, se desgasta, se desvanece. De niños imaginamos poder ser cualquier cosa; a los

cincuenta tratamos de aferrarnos a lo que ya fuimos, o de recuperar una emoción que ya sentimos. ¿Puede uno publicar dos veces su primer libro?, ¿puede enamorarse dos veces por primera vez? Sin embargo estaba sintiendo cosas nuevas por primera vez, como las sintió en la adolescencia o en la infancia.

Lo apartó de sus pensamientos una pareja de treintañeros que llegó con una niña pequeña y un niño algo mayor, de edades parecidas a los dos de su novela. Se fijó en ellos, en parte por la novela, en parte porque últimamente le llamaban la atención las familias con hijos. Hablaban en francés y no parecían turistas, era una simple familia que había salido a pasear por Plainpalais un sábado por la mañana. Quizá el niño estaba deseando que cayera la primera nevada para salir en su trineo en cuanto amaneciera el domingo, igual que él cuando tenía su edad —aquel trineo rojo Ferrari—. Oyó a los padres pronunciar el nombre de los dos: ella se llamaba Greta y él Franz; muy guapos, parecían sacados de un anuncio, sobre todo Greta, había algo de principesco en sus manguitas abullonadas. Se le ocurrió que esos podían ser unos buenos nombres para sus dos niños, Franz y Greta; sonaban mejor que los que les había dado provisionalmente y sugerían algo que le iba bien a la historia: dos niños que se pierden en el centro comercial.

Apurado el vaso de vermut consideró pedir otro. Un poco de alcohol siempre le producía ese efecto de querer más, por eso rara vez lo probaba durante el día. Se convenció de que en realidad no quería beber, sólo seguir un rato ahí sentado, y se le hacía raro ver en la mesa un vaso vacío, de modo que puso un billete de diez francos en el plato y llamó al camarero. La niña Greta se lo quedó mirando cuando él se puso en pie y su figura destacó entre las mesas, con su gabardina larga. Él la saludó con la mano y Greta devolvió el saludo. Franz en cambio fingió que no había visto nada. Debió de parecerle demasiado infantil saludar tan ostentosamente a un desconocido.

Aunque sólo era medio suiza, Alice llegó puntual cuando él llevaba diez minutos instalado bajo las estufas en forma de seta de la terraza del Alighieri, bebiendo bíter sin alcohol y buscando

sincronicidades entre su estado de ánimo y su nuevo libro. *The only possible society is oneself*. Ella lo apreció un poco más delgado —no sólo por efecto de la sombra de la barba en las mejillas—, y además esa fea gabardina le confería un aspecto desastrado, más de lo que la moda imperante reclamaba. Por alguna razón todos los hombres que ella conocía insistían últimamente en parecer mendigos, y se permitían cualquier aburguesamiento a condición de ir siempre mal vestidos y afeitados. Él sonrió al verla mientras ella ya movía ruidosamente una silla para sentarse frente a él, y Alice notó en ese momento que algún cambio se había operado en su mirada. Lo confirmaron sus labios cuando se besaron con un pequeño rebote que duplicó el contacto.

—¿Te has comprado un libro? No me lo puedo creer.

—Y puedo comprar dos más: éste gordinflón sustituye a tres de los Cien.

Él se ofreció a regalarle los dos a los que substituía y ella declinó la gentileza, había leído a Oscar Wilde siempre en versión francesa y se le haría raro traducido al español. De pronto todo el mundo quería desprenderse de sus libros, añadió, ya nadie deseaba exhibir esas pesadas librerías cargadas de Ilíadas y Odiseas que habían atesorado durante la juventud. El libro se estaba revelando al fin como el signo de decadencia que siempre había sido, dijo él aparentemente en broma. Durante un rato hablaron de eso y de cualquier otra cosa. Él tendía a sonreír más de lo habitual y lo cierto era que la sonrisa le sentaba bien, parecía un niño bueno con barba canosa y voz grave, conmovedor como un soldado convaleciente; casi guapo, en realidad. Ella estuvo estudiando detenidamente los cambios en su rostro y sus gestos; la metáfora del soldado era acertada: parecía haber estado librando alguna clase de batalla Dios sabía dónde, y ahora se le había concedido un breve permiso antes de volver al frente.

—Te he traído un regalo de cumpleaños —le dijo él metiendo la mano en el bolsillo interior de la gabardina. El tono invitaba a restarle pompa al obsequio y ella fingió creer que, en efecto, él estaba a punto de entregarle algo sin importancia, un colgante bonito o cualquier cosa por el estilo. Abrió el estuche y sacó un decepcionante colgante bonito, con una bolita de amatista azul engarzada que representaba el planeta Neptuno. Al parecer Neptuno

había entrado en Piscis y allí iba a quedarse hasta 2026, eso decía la tarjeta que acompañaba a la piedra, y también explicaba cómo iba a afectar eso al horóscopo de Alice: la visión del mundo de los Escorpio iba a experimentar una sacudida mágica, algo procedente de un mundo paralelo, creativo, fantasioso, de alta tensión imaginativa, estaba a punto de irrumpir en su vida como una lluvia de estrellas; palabras textuales de la tarjeta. Durante unos segundos ella había esperado algo más significativo, algo que le permitiera saber qué estaba pasando por la cabeza de él, pero ¿qué significaba un colgante bonito?, ¿qué diantres quería decir eso en el enrevesado lenguaje emocional de él?; no daba explicación a las novedades en su mirada, más bien las sorteaba, y sin embargo cada vez estaba más clara esa inquietante vivacidad en sus ojos, jamás la había visto con tal intensidad. No era exactamente alegría, pero sí algo emparentado con ella que se exteriorizaba en una sonrisa de gato de Cheshire.

Ella le habló del montaje de la *La Belle au bois dormant* que estaban preparando en el Leman; la compañía era rusa, retrasos en el transporte de material, estrenaban el 27 y no tenía la planificación ni podía solicitar la inspección del sindicato, bla, bla, bla. Luego le preguntó a él por su novela. Él dijo que iba bien, dolor de espalda, algo cansado —eso se veía también en la mirada y los gestos—, no se extendió más, llegaron las pizzas y las ensaladas que habían pedido sin prestar atención y siguieron superando trámites previos a una verdadera conversación. Sorprendentemente no discutieron; siempre discutían —nada personal; libros, música, gustos y opiniones distintas en casi todo—, pero hoy no: nada. ¿Se había alzado entre los dos un muro de sonrisa, un anuncio de dentífrico interpuesto? En los intersticios de aquel largo preámbulo ella trató de imaginar qué podía estar ocurriendo. Descartó enseguida que él hubiera conocido a alguien por ahí, no era eso, si fuera eso no sonreiría, trataría de parecer compungido, sinceramente o no. Quizá lo que fuera que lo impulsaba a marcharse de todas partes había triunfado una vez más; ¿acaso ella había pensado que él se quedaría en Ginebra para siempre? Ningún signo externo permitía suponerlo, jamás en tres años se había interesado en cultivar amistades duraderas —ella le presentó a varios de sus amigos y él no congenió con ninguno—, doce meses

de contrato de alquiler o de inscripción en el gimnasio era el más largo plazo que alcanzaban sus compromisos, ni siquiera se esforzaba mucho en enriquecer su precario francés infantil y mantenía en todo momento la tensión postural del que está de paso. Quizá se había aburrido ya del lago y de aquella ciudad y planeaba un salto de rana a alguna otra parte. Las ranas tienen los ojos en la espalda y no ven a dónde saltan, sólo saltan en espera de que el lugar de aterrizaje sea mejor que el de despegue: eso le había dicho él una vez, hablando de algo que ahora no recordaba. También pensó —lo había pensado repetidamente durante los últimos tres meses— que todo aquel movimiento de piezas —que él alquilara un apartamento diminuto apenas al año de haber dejado el que ya tenía para compartir con ella un piso grande en la *rive gauche*, con dos habitaciones separadas que daban a sus encuentros un cierto aire de sexo entre desconocidos, desprovisto de esa camaradería matrimonial que une a las verdaderas parejas— empezó poco después de la mención que ella hizo al asunto de tener hijos: de pronto, como si el mundo estuviera a punto de terminarse, él tenía que escribir urgentemente esa novela que llevaba años sin tomar forma —*su* novela decía—, y además necesitaba alquilar un apartamento para él solo en alguna parte, ya no podía trabajar en el estudio con vistas al Jet d'Eau que compartían en el piso y que ella no usaba más que para almacenar sus decadentes Odiseas. En realidad ella no había mencionado los hijos como objetivo ni a corto ni a medio plazo, sólo como aspiración genérica; «siempre he pensado que algún día me gustaría tener hijos», fue exactamente lo que dijo —naturalmente en el contexto de una conversación que admitía el comentario—, y tampoco pretendía implicarlo a él en ello: una mujer puede tener un hijo de mil maneras, no lo estaba enfrentando a ninguna tesitura. Eso era lo que se decía ella —lo que habría alegado si en aquel momento hubieran hablado francamente del asunto—, él en cambio habría opinado que ni siquiera en el peor relato de ciencia ficción una mujer que acaba de cumplir los treinta y nueve le mencionaría algo así sin intención al hombre con el que ha empezado a compartir domicilio, de modo que sólo el hábito de tomar a sus congéneres varones por emocionalmente idiotas era lo que le permitía a ella creer que podría sostener lo contrario en una conversación seria. Él habría preferido con mucho

un acercamiento más directo a la cuestión, esa insistencia en decirlo todo de forma indirecta —cuando no tergiversada— era lo que menos le gustaba del trato con las mujeres en general y con ella en particular, le gustaba tan poco que ante tales situaciones había aprendido a reaccionar fingiendo que no captaba el mensaje —si me tratas como a un tonto vengaré el insulto a mi inteligencia comportándome como tal, era su estrategia en esta particular guerra de sexos—, y eso fue exactamente lo que hizo cuando ella habló de hijos, no darse por aludido, y su apartamento con derecho a jardín y su prisa por escribir *su* novela no habían tenido nada que ver con ese comentario concreto, o, para ser justos, el comentario era una sincronía del destino, participaba sólo como un asteroide incorporado a la constelación de causas y efectos que desde hacía tres meses rebotaban en su cabeza como pelotas en una pista de *squash*.

Pero nada de eso se dijeron en aquel momento.

A ella le resultó tan incómodo seguir hablando de cualquier cosa que empezó a comer deprisa para terminar cuanto antes —pensó que llegados al café alguno de los dos diría algo que rompería el hechizo de la banalidad— y cuando se dio cuenta de la compulsión de sus movimientos dejó los cubiertos sobre el plato a medio terminar y se dedicó únicamente a sorber vino. Él en cambio comía con apetito y hablaba con pasmosa naturalidad de las alondras que se reunían a piar en su calle —*mi calle*, dijo—. Desde luego ella se cuidó de no explicitar su impaciencia; intercaló entre sorbo y sorbo alguna apreciación perfectamente baladí y se complació en confundirlo con los detalles de una reciente avería en la fontanería de los camerinos que terminó alcanzando dimensiones fáusticas.

—En realidad no te llamé sólo para felicitarte por tu cumpleaños —dijo él al fin, cuando ya esperaban los café *noisette*—. También quería darte en persona una noticia que te parecerá un poco rara.

—Después de haberme tenido una hora hablando de alondras y desagües más vale que sea realmente rara.

Él no sonrió.

—Mi padre murió a finales de agosto.

Ella no supo cómo reaccionar. Sonaba a frase incompleta.

—Me enteré a principios de septiembre —continuó él—, por una carta de mi hermana; no te dije nada en ese momento, pero tiene

consecuencias importantes para mí.

La noticia era bastante rara, no cabía duda. En primer lugar porque no parecía venir a cuento, se alejaba de cualquier revelación que ella hubiera podido anticipar; en segundo lugar porque la había anunciado con una expresión que —aunque seria— no se avenía con el carácter luctuoso del anuncio; y en tercer lugar —pero eso tuvo que pensarlo un poco más detenidamente— porque no encajaba con lo que a ella le parecía posible en aquel momento.

—Me contaste que tu padre había muerto cuando eras joven —le dijo, y su expresión contenía un ligero fruncido de cejas.

Él dijo que le había mentido y añadió que sólo en eso. Ella alzó entonces las cejas y se habría quedado así si no hubieran traído en ese momento los cafés. Ni remotamente se le ocurrió un porqué a semejante mentira —en nada podía afectarle a ella que el padre de él siguiera vivo o no cuando se conocieron—, pero su intuición le dijo que acababa de tropezar con la punta de un iceberg y de pronto sintió una punzada de aprensión por lo que pudiera haber allí debajo, bajo las brumas azules del planeta Neptuno. Él trató de explicarse breve y claramente, sabiendo que sólo podría marcar unas pocas coordenadas simples: no se trataba de nada grave, le dijo, solo era como si se hubiera desembozado un fregadero, por eso en su cabeza todo había empezado a dar vueltas en espiral, esa fue la poco elegante metáfora que usó, tenía la palabra *vorágine* en mente y sin duda se dejó contaminar por lo sucedido con la fontanería de los camerinos del Leman. Se trataba de algo que no podía explicar más que por escrito, añadió al comprender que las cejas de Alice seguirían suspendidas por mucho que él insistiera en imágenes de albañales. Luego, con sorprendente solemnidad, le pidió que en cuanto estuviera terminado leyera lo que estaba escribiendo.

—¿Lo harás? —le preguntó esperando de ella un compromiso explícito.

Alice recordaba muy bien que una vez él le había dejado caer —fue en su primera cita a solas, cuando le contó que se dedicaba profesionalmente a escribir novelas usando un seudónimo— que no le gustaba que nadie que lo conociera en persona leyera sus libros, y ella decidió complacerlo pese a que sintió curiosidad y no pudo evitar consultar qué decía de él la Wikipedia —poca cosa, y casi

nada interesante o que ella no supiera—. Ahora en cambio le pedía con apremio que leyera lo que fuera que estuviera escribiendo febrilmente en un ático asediado por las alondras, y por añadidura estaba casi guapo pese a parecer un vagabundo. Aquella era una petición tan insólita —a esas edades— como ambigua. Desde luego podía adivinarse una intención romántica en todo aquello, pero no estaba claro en qué sentido: ¿se trataba de una rebuscada forma de acercamiento o de una rebuscada forma de despedida? En cualquier caso tendría que esperar meses a leer ese dichoso libro, él sólo habló confusamente de un niño que aparecía en él y que era preciso que ella conociera —usó ese verbo, *conocer*, como si hablara de alguien real, y Alice temió por un momento que pudiera ser el trasunto de un hijo secreto—. Añadió que avanzaba concentrado y a buen ritmo, aunque apenas había cubierto el primer tercio del relato y no tenía ni idea de cómo abordaría las partes más difíciles, acababa de enfrentarse a una de ellas y había sido agotador. Sin embargo estaba animado, dijo, todo iba bien. Al final sonrió y sus ojos parecían estar de acuerdo con la conclusión, así que ambos la dieron por buena.

Cuando se levantaron de la terraza, Alice tuvo la leve y un poco inquietante sensación de haberse asomado demasiado a la madriguera del conejo, y en ese momento le vino a la memoria que el planeta Neptuno había entrado en Piscis, cualquiera que fuera el verdadero significado de eso. En cierto modo esa clase de cosas desconcertantes eran las que la habían atraído de él en los primeros días; bajo una armadura de utilitarismo más propia de un *broker* de Wall Street que de un escritor de novelas —jamás daba por supuesta la abnegación de nadie, ni parecía interesado en los grandes temas a los que tan intensamente se entregaban sus otros amigos artistas, el calentamiento global o los derechos de las mujeres musulmanas—, de pronto afloraba una sensibilidad que hacía parecer materialistas desaforados a todos sus amigos coreógrafos, escenógrafos, músicos, bailarines y actores, hasta el extremo de que bajo el influjo de él había llegado a entreverlos en algún momento como a un grupo de comediantes cortesanos rendidos al aspaviento libertario. Aunque él no carecía de humor —le hubiera resultado imposible salir con un hombre que no entendiera sus chistes—, sus comentarios eran extremadamente agrios en ocasiones —cierto día, un poco

borracho, llegó a calificar a sus amigos de *petimetres*, y eso fue muy ingrato de su parte—. Después, inesperadamente, se abría una brecha y ella podía entreverlo en otro universo, sorprenderlo por ejemplo con lágrimas en los ojos escuchando algo de Bach en un concierto, pero la ventana de acercamiento era brevísima, enseguida se cerraban las compuertas y volvía el hermetismo, la impermeabilidad, la acritud. Seguramente era en parte el misterio asociado a todo eso lo que la había atraído de él, esas puertas que se cerraban en cuanto ella trataba de asomarse, y se preguntó qué ocurriría si algún día llegaba a penetrar en su fondo. Quizá no deseaba leer ese libro tan revelador que él estaba escribiendo; temió por un momento que desprovisto de su disfraz de caballero oscuro apareciera uno de esos tipos buenos y aburridos, un Bogart deslucido cuyo misterio fuera la sombra de alguna iniquidad antigua y sin remedio. Como tantas mujeres, Alice oscilaba en su atracción entre el caballero y el villano del mismo modo que tantos hombres dudan entre la madre y la prostituta, y probablemente ni ella misma sabía en qué fase del péndulo estaba en aquel momento. Si hubieran hablado de eso, él le habría dicho que la pareja humana había dejado de ser el binomio fundamental, que no tenía la menor importancia la elección que uno hiciera porque el vínculo se rompería más pronto que tarde, y que para una mujer como ella, joven pero acercándose a la cuarentena sin haber concebido aún el hijo que deseaba —llegada a ese momento crucial en que ya no le bastaba con haber adoptado a dos perritos desamparados—, todo consistía simplemente en decidirse por un progenitor apropiado, y las opciones eran básicamente tres: podía elegirlo con cuidado entre sus amistades y relaciones —los *petimetres*—, podía aventurarse al azar de algún encuentro fugaz y fecundo —los buscadores de sexo de una noche—, o podía ir a una clínica de inseminación y contratar los servicios de especialistas. Si en vez de eso lo elegía a él —y él consentía muerto de miedo en vivir la experiencia de la paternidad y atenerse a sus servidumbres—, no sería garantía de nada, igualmente dejaría de parecerle un hombre atractivo en cuanto hubiera cumplido con su función inseminadora y poco más, y lo que quedaría después sería a lo sumo una amistad bien cimentada, un vínculo familiar, respeto a su posición de padre si es que demostraba ejercerlo con responsabilidad, pero jamás nada

volvería a ser como antes, ahí terminaría una historia de la que ambos habrían sacado un hijo en claro, esa era, en esencia, la única expectativa que en este momento hacía atractiva su relación mutua.

Eso hubiera dicho él, y ella, escuchándolo, hubiera pensado que ahí volvía de nuevo el *broker* de Wall Street con su utilitarismo cínico.

Pero que en el fondo, la quería.

Sin necesidad de pensarlo echaron a andar al norte, hacia el lago, eligiendo calles anchas y bulevares. Los cristales de las ventanas reflejaban el plomo claro del cielo y los edificios neoclásicos del centro parecían transparentes; era un mundo plata, blanco y gris celeste, con una reminiscencia argentina que quizá fuera lo que enamoró a Borges. El resto de la conversación fue ya una bruma neptuniana, dejaron de hablar directamente del iceberg pero su masa descomunal siguió haciéndolos gravitar en torno a ella. Al pasar por Les Salons Alice dijo que había visto hacía poco a Adriano del Sal tocando a Tárrega. Los jueves programaban conciertos de guitarra clásica y solían darle invitaciones, dijo, la última vez acudió con Régine, pero podía unirse a ellas si le apetecía alguna noche; después del concierto cenaban algo en el Remor. Él alegó que le gustaría pero iba a estar demasiado ocupado para acudir a conciertos de guitarra clásica —el iceberg asomando otra vez.

Llegaron a la plaza del Grand Théâtre y él preguntó con voz irritada *por qué demonios* habrían envuelto en una red blanca la copa de dos de los árboles que había en la glorieta. Ella no entendió que aquello pudiera irritarlo. ¿Se trataba de la genial instalación de algún artista de renombre, preguntó él, o de proteger a dos árboles enfermos de un agente externo que los atacaba? ¿Por qué no ponían algo, un letrero de obras si es que eran obras, o un cartel con el nombre del artista si era una de esas estúpidas instalaciones? Ese fue el tema de conversación mientras avanzaban hacia la muralla que limitaba la ciudad vieja, y ella casi se alegró de que volvieran a discutir, del tono de cascarrabias de él: seguía allí, era conocido, tranquilizador.

Subieron en silencio la larga *promenade* hasta la estatua, disfrutando de los castaños y los tejados de las fortificaciones. El frío helaba ligeramente el aliento cuando entraron en la ciudad

vieja. Callejearon todavía un rato hasta la Place du Bourg y después de la caminata él preguntó si le apetecía otro café en alguna terraza. Ella dijo que mejor en un interior. La misteriosa premonición de nieve se había intensificado en el aire, pero la plaza estaba igualmente concurrida; grupos de jóvenes y turistas anticipaban la noche del sábado, la noche de la alegría, el sexo, la música, el teatro, las diversiones y la vida social por excelencia.

Se acomodaron en la barra de un café de fachada anaranjada y toneladas de madera maciza en el interior. Ella se sentó en un taburete y dijo algo sobre volver a casa a sacar a los perros. Él no la escuchó; por primera vez en público, se acercó para depositar en sus labios un beso cuidadoso, demorado, impregnado de deseo.

—¿Crees que tus alondras podrían arreglárselas sin ti hasta mañana por la mañana? —preguntó ella.

—Esta noche tengo que hacer una llamada.

Lo peor es que lo dijo con cara de preocupación auténtica, y eso desarmó cualquier intento de réplica humorística por parte de ella, sólo pudo sonreír y negar con la cabeza. A su casi provecta edad de treinta y nueve años tenía que habérselas con un Piscis escurridizo y contradictorio como un par de sardinas acorazadas en su lata. Y casi guapo.

—Si después de esto pretendes acompañarme a casa para dártelas de caballero juro que te daré un puñetazo en las narices —le dijo.

—Sólo pensaba darte dos francos para que tomaras el tranvía —fue la respuesta.

Cuando llegó a su apartamento en el ático las nubes parecían bulbos rojizos colgando sobre la calle. Ni rastro de alondras, barruntaban la nieve igual que él. Miró el reloj subiendo las escaleras. Eran poco más de las cinco de la tarde; no estaba seguro de qué hora sería en Nueva York, ¿seis horas menos?

Agradeció la temperatura interior. Se desembarazó de la gabardina, dejó el libro en la mesa baja y fue al baño para lavarse las manos con agua bien caliente. Después buscó en el armario un jersey fino de lana y cambió botas por zapatillas. En la sala tecleó en el ordenador siempre encendido y conectado al televisor: la

diferencia horaria entre Ginebra y Nueva York era de siete horas en ese momento del año, así que eran las diez de la mañana en Manhattan.

Se propuso aguardar al menos una hora; a partir de ese momento podía dejarse llevar por el primer impulso de empuñar el teléfono. ¿Debía servirse una copa para relajarse? Tenía cuatro latas de cerveza y una botella de Veuve Clicquot que ocupaban la mitad del frigorífico bajero. Beber en casa le parecía tan absurdo como pasear por ella, pero un poco de alcohol nunca debía faltar en un hogar, y desde hacía años una botella de champán bien frío en la nevera se había convertido también en una especie de amuleto. Mientras se decidía a abrir una cerveza buscó una lista de reproducción en su cuenta de YouTube. Tenía un aviso de vídeo nuevo de Jazz at Noon, las invitadas eran Toy Hearts, guitarra, mandolina y voz, pero no era eso lo que necesitaba escuchar en ese momento. Abrió la carpeta «Me gusta» y curioseó en el desorden de la lista. Había conferencias, viejas entrevistas a medio ver —la historia de la televisión mundial era un yacimiento repleto de tesoros enterrados—, y también compilaciones de música en espera de ser escuchada y clasificada en otra carpeta si es que merecía la pena. Eligió algo de JaBig que recordaba vagamente, un rhythm & blues tranquilo, y en cuanto empezó a sonar supo que quería esa cerveza. Se la sirvió de la lata en un vaso y después, quizá para recordarse a sí mismo que se había tomado el fin de semana de descanso, se sentó en la butaca modelo Poáng con reposapiés. En los últimos diez años se habría sentado en tres o cuatro de esas, de diferentes colores y en diferentes apartamentos alquilados. Esta era de cuero marrón y chapa de abedul, sin duda la más bonita que le había tocado en suerte hasta el momento.

Vio el grueso libro de Oscar Wilde sobre la mesa y algo en su portada de reminiscencias isabelinas le hizo pensar en los dos niños que había visto en la terraza del Jardín des Renards. Franz y Greta eran bonitos nombres, sí. Los imaginó cruzando un puente; en algún momento debían cruzar un puente. Dos orillas, el más allá, el bosque de los suicidas. De pronto el rhythm & blues no le iba bien a ese batiburrillo de imágenes mentales; dudó entre cambiar la música o pensar en otra cosa y decidió pensar en otra cosa para no tener que levantarse, aunque al final siempre terminaba pensando

en lo mismo, una novela empezada y en avance era como un agujero negro que atraía toda su atención. Se forzó a desmenuzar su conversación con Alice para anclarse en la realidad. Ya había aparecido en el relato alguien que se llamaba Alicia, la asistenta que les deja ver una película a los niños cuando Úrsula sale los sábados por la noche; pero esa no era en verdad Alice, sólo llevaba su nombre porque era un personaje positivo. Alice —Alix, Alicia y sus distintas variantes en cualquier idioma— tiene connotaciones afirmativas, viene de la palabra griega *alétheia*, un concepto nada trivial que designaba aquello que no estaba oculto, lo perceptible, lo que se revela sin dejar lugar a dudas sobre su existencia. Alice representaba pues la certeza, la realidad, el entorno infinitamente denso que en algún momento de su infancia aprendió a llamar así: *realidad*. ¿Cuándo sucedió eso, cuántos años tenía cuando de pronto apreció una diferencia fundamental entre *Flipper* y un delfín de los documentales de Cousteau? Hizo memoria: jamás en toda su vida recordaba haber visto un delfín real, ni siquiera en uno de esos parques acuáticos, y jamás en toda su vida, probablemente, llegaría a ver un pez martillo ni un baobab ni las selvas de Borneo. Alice en cambio estaba allí —miró el reloj, aún era temprano en Nueva York —, Alice era evidentemente cierta, como un delfín instalado en la bañera de casa, imposible de ignorar. Trató de imaginar una verdadera escena doméstica con ella —*prefiguración*, llamaba a estos ejercicios mentales, y se distinguían de la mera fantasía en que más que un devaneo de la imaginación eran ensayos, maquetas emocionales para poner a prueba un deseo, un proyecto, un riesgo que vacilaba en asumir—. La escena doméstica a prefigurar debía ser la propia de dos personas que están unidas de alguna manera formal, pública y notoria. Por ejemplo como dos gitanos que comparten carromato y quizá tienen a su cargo perros o niños o ambas cosas. El carromato compartido es además una buena metáfora para la vida familiar: un hogar que avanza hacia alguna parte, quizá en compañía de otras familias que viajan en su propio carromato. Los pioneros, *«Stving Loto, Sweet Chariot»*, Dvořák, *la Sinfonía del Nuevo Mundo, Go West*. Qué hermoso hubiera sido ser un pionero de algo, de la conquista del espacio; astronautas en su carromato galáctico, los perros con escafandra. El rhythm & blues tampoco le iba del todo a estas imágenes, aunque sonaba

bien, dulce y sofisticado como el beso de una negra. Labios carnosos. Miró la pantalla del televisor para ver el título del tema y el pensamiento se desvaneció.

Era extraño beber en casa, media cerveza dejaba ya notar su efecto, casi como un vodka triple en la Taverne. Se sintió en el pequeño ático como en una sala de embarque, uno de esos lugares de tránsito suspendidos en la nada. Quiso moverse para entretener la espera; se levantó para vigilar el cielo y la premonición de nieve por la ventana. Había anochecido completamente y las nubes relucían tapando la luna; ahora parecían cebollas tiernas, luminiscentes.

Se le ocurrió la extravagante idea de abrigarse y bajar al jardín para hacer la llamada.

Tardó veinte minutos en pertrecharse. Entorpecido por las botas, los guantes, el gorro de lana y el anorak con los bolsillos repletos, bajó las escaleras como un Neil Armstrong cargado de plomo. El silenció ambiental era absoluto, difícil de creer, la grava crujía estrepitosa bajo sus botas. Tomó la mesa redonda de piedra bajo el gran abeto azul como cuartel general; depositó allí el teléfono, el tabaco, la lata de cerveza y el cenicero —si sus caseros se tropezaban con una brizna de ceniza en la hierba podían sufrir un ataque de ansiedad—. Desde allí, entre arbolitos acicalados por un jardinero que venía a lavar y marcar el primer sábado de cada mes, apenas se veían algunas ventanas iluminadas en las fachadas de enfrente, como escaparates colgados en la oscuridad por los que se movía de vez en cuando un maniquí. El frío no era agresivo, sólo el justo para tensar la piel de la cara y hacer sentir las propias orejas. Se desenfundó uno de los guantes para abrir la lata de cerveza pero no llegó a hacerlo; volvió con ella al ático y la cambió en el frigorífico por la botella de champán. No había copas en los armarios, sólo vasos y tazas, dos malas soluciones —el recipiente hace la forma, la música no es igual envasada en una sonata que en una suite—. Se consoló pensando que una de aquellas tazas grandes con asa resultaría cómoda de sujetar con los guantes puestos. Buscó también una bolsa para los desperdicios; era fundamental evitarles ataques de ansiedad a sus caseros, por eso mismo se comprometió también a darle un repaso al jardín con la luz de la mañana, mucho antes de que ellos regresaran de su *cabane* al anochecer.

Cuando llegó de nuevo a la mesa del jardín sudaba bajo el anorak abrochado hasta el cuello; eran casi las once y media del mediodía en Nueva York. Descorchó la botella puesto en pie ante la mesa de piedra; llenó media taza de porcelana color hueso y brindó en voz alta, se permitió ese arrebato sentimental, *Il va pour vous, Linda*. Después bebió un sorbo y se sentó en uno de los tocones que rodeaban la mesa.

El número estaba grabado en la memoria de su teléfono desde hacía tres meses. Lo buscó y pulsó en aquella absurda pantalla táctil que obligaba a sujetar el aparato como si fuera un jarrón de Sèvres. Empezó a sonar el protocolo entre satélites que conectaban los dos mundos paralelos. Pasaron segundos, largos segundos, hasta que sonó algo articulado en el altavoz.

—*Hello?*

—*Greta?*

—*Oui… Who's calling?*

—*Je suis Franz, ton frère*.

Ahí, nada más empezar, se hizo el primer silencio.

—¿Te pillo en mal momento?, puedo llamar un poco más tarde…

—No, no —dijo Greta—. Hola.

—Hola. ¿De verdad tienes tiempo? Debe de ser una hora de mucho ajetreo allí, pero sólo tenía tu número directo, así que…

—No, estoy… Estoy en mi despacho. ¿Dónde estás tú?

—En Ginebra, debajo de un abeto.

—Vaya… Ok, perdona, no esperaba una llamada tuya ahora… ¿Me dejas un momento para pedir que no me pasen llamadas y organizarme un poco? Te llamo de vuelta en minutos.

—Perfecto, hasta ahora.

Franz colgó. Los teléfonos siempre distorsionan, pero la voz de su hermana había cambiado sin duda, era como ver una cara envejecida, distinta pero reconocible; el timbre tenía más grosor, imaginó su rostro un poco más rollizo, quizá con un principio de papada, y puede que su suave cabello rubio cargara ya con un baño de tinte que lo crispara. También había cambiado un poco su acento español y decía cosas ligeramente raras como «te llamo de vuelta en minutos». Sin embargo era sin duda ella, tan real y contundente como un delfín rebosando en la bañera. *Alétheia*. Se dio cuenta de

que tenía el corazón un poco acelerado, las piernas débiles. Quizá Greta también vacilara un poco ahora mismo, caminando sobre sus zapatos de tacón por aquella planta algo tétrica, enlosada en mármol verde —la misma que él había pisado la tarde en que fue a desafiar a su supervillano—, porque seguramente Greta llevaba zapatos de tacón y un traje sastre de mujer de negocios, así la imaginó Franz de acuerdo con su voz al teléfono.

Había terminado la primera taza de champán cuando sonó el jarrón de Sèvres. La voz de su hermana había cambiado otra vez. Ahora ya no transmitía sorpresa; quizá detectó un atisbo de impostura en su relajación.

—Así que estás en Ginebra debajo de un abeto.

—Un abeto azul.

—Hace tiempo que no veo uno de esos. No te he conocido la voz al principio, ¿cuánto hacía que no hablábamos?

—¿Veinte años?

—Bastante más. Veinticinco al menos. Te dieron recado, supongo.

—Sí, me reenviaron tu sobre desde la editorial.

—No eres fácil de localizar precisamente.

—No pretendo serlo. Tampoco me escondo, simplemente suelo andar perdido por ahí.

—He leído tus libros. Todos, creo.

—Sí, suponía que los habrías leído. En parte te llamo por algo relacionado con eso.

—Ah… Pensaba que llamabas por otra cosa.

Ese era ya un primer reproche, ¿no?

—También por otras cosas, pero ésta es una de las importantes.

—*Ok, shoot.*

—Es algo relacionado con la muerte de mamá.

—Ajá…

Todo estaba yendo demasiado deprisa, demasiado. Franz no esperaba eso; habían resbalado de pronto hacia la zona peligrosa, faltaba en las palabras de ambos el relleno con que suele acolcharse una conversación cordial. Franz no lo habría querido así; ¿en qué momento se había equivocado al dirigir la conversación? Trató de ralentizar el ritmo incorporando algunos detalles.

—Estuve investigando un poco… Cuando llegué a Ginebra hace

tres años busqué a su abogada. Fue relativamente fácil averiguar su nombre pero me costó entrevistarme con ella; ya no ejercía, estaba jubilada, vivía en un pueblecito de las afueras… En fin, la conocí, y también busqué a Dominique y Jean Pierre, ¿te acuerdas de ellos, los amigos de mamá que cantaban en la iglesia evangelista?

—No, pero supongo que eso no es importante.

—No… Bueno, hablé con algunas personas aquí y reuní toda la información que pude: historiales médicos, el atestado policial, el informe forense, ese tipo de cosas. Con todo eso compuse el relato de su última tarde. En realidad acabo de terminarlo, ayer mismo, aunque tengo la sensación de que hace mucho que lo hice, lo que acabé ayer fue sólo su forma novelada cambiando nombres y lugares y detalles.

—Ajá…

Greta no le iba a dar un respiro. Estaba siendo cortante, se adivinada una indignación contenida bajo su laconismo.

—La cuestión es que no quería publicarlo y que quizá leyeras el libro sin haber hablado antes conmigo.

—¿Contiene algo que te preocupe que yo lea?

—Sí. No te gustará.

—No soy crítico literario. ¿Es importante que no me guste a mí?

—No te gustará nada. Es mi visión de las cosas. Puede que te duela. En realidad preferiría que no lo leyeras.

—¿Y me llamas para enterarme de que lo vas a publicar?

A Franz empezó a irritarle su actitud.

—No me digas que no lo entiendes.

—¿Esperas alguna clase de aprobación por mi parte, hermanito?

Le irritó aún más el apelativo. Era directamente hostil.

—No, no espero eso. Llamo para avisarte de que si lees ese libro encontrarás cosas que no te gustarán nada y quizá te perturben. En cambio si no lo lees no tendrá ninguna consecuencia para ti y nadie será capaz de reconocerte en él porque los principales implicados están ya muertos. ¿Lo has entendido ahora, hermanita?

—¿Has escrito una especie de novela familiar sobre nosotros?

El tono era menos agresivo, contenía más curiosidad que otra cosa.

—Algo así. Aparecemos tú, yo, mamá… Te reconocerías fácilmente, y también reconocerías a Úrsula y seguramente a

alguien más. ¿Te acuerdas de aquel día que nos perdimos en el centro comercial?

—No.

—Tienes que acordarte; buscamos a una pareja de guardias y como no los encontramos volvimos a casa en taxi… Úrsula se puso como una fiera, ¿te acuerdas de eso?

—Me llevas algunos años, debe de haber muchas cosas que tú recuerdas y yo no. Ni siquiera me acuerdo mucho de Úrsula. Tenía las uñas muy rojas.

—Llegó a ser una actriz conocida… Un día la vi haciendo zapping en una serie de televisión, en el papel de maestra de escuela libertaria durante la guerra civil, ¿te lo puedes creer?

—¿Qué guerra civil?

—Da igual, hacía el papel de buena… Supongo que no era más que una niña perdida, como nosotros.

—Ya. ¿Y hay alguien más que aparezca y que yo también pueda reconocer?

Franz cambió a un tono contrariado:

—Ese es el meollo de la cuestión, pero hubiera preferido no tener que hablar directamente de ello.

—Ya veo. ¿Qué has hecho, presentarlo como a un criminal, un Corleone con acento ruso, o algo por el estilo?

Here we go.

—Algo por el estilo. Mis personajes suelen ser excesivos.

La pausa de ella fue larga.

—Siempre lo odiaste, ¿verdad?

—No. Conseguí desembarazarme a tiempo del juicio que me merecía. Preferiría no hablar de él, no lo he hecho nunca y no quiero empezar ahora.

—Esa es tu forma orgullosa de odiar. Ignoras a quien odias, le haces el vacío. Te crees tan excelso que privar a alguien de tu atención es el peor castigo que se te ocurre infligirle.

—Me conoces bien, pero no es eso. El odio no tiene mucho que ver; he tratado de sobrevivir al margen de vosotros, eso es todo.

—No esperaba que vinieras al funeral, ni siquiera que contestaras a mi carta; esperaba noticias de parte de algún abogado o algo así. Pero es una ruindad que hayas esperado a su muerte para vengarte de lo que quiera que creas que te hizo. Te juzgas

mejor que él y que yo y que todo el mundo, y no lo eres.

—¿Crees que te hubiera llamado si estuviera en mi intención la venganza?

—¿Qué buscas entonces? ¿entrevistas a las que presentarte como el auténtico hijo del monstruo? Seguramente habrá algunos periódicos dispuestos a atender a eso; eres tan gilipollas que quizá sueñas con reflotar tu carrera de escritor acabado.

Franz retrocedió de golpe treinta años en el tiempo. Eran adolescentes, lo era Greta al menos. Por aquel entonces ella había empezado ya a tomar pastillas y otras cosas, cualquier porquería que llegaba a sus manos; en apariencia discutieron agriamente por eso, él quiso hacer valer su autoridad de hermano mayor, ella se empleó a fondo tratando de menoscabarla. Fue tan ruin que Franz se enfureció y quiso golpearla, pero un tabú profundamente instalado en su conciencia masculina le impedía soltarle un puñetazo a una mujer, de modo que se abalanzó sobre ella y la agarró del cuello. Era increíble que nunca hubiera reconocido en ése el mismo gesto posesivo de Otelo. Apretó hasta hacerla enrojecer, ella le lanzó un zarpazo con las uñas, como un gato furioso, un gesto de Catwoman. Le hizo tres cortes largos y profundos en la piel de la sien que tardaron semanas en desaparecer del todo. Franz tuvo que decidir entre soltarle el cuello o matarla.

—Ahora voy a colgar el teléfono —dijo bajo el abeto azul—. La llamada era amistosa y tenía otras cosas de las que hablar contigo, pero no voy a tolerar que me insultes.

Después colgó, simplemente, aunque de haber podido habría mandado a su hermana a *les toilettes* a lavarse la boca con jabón. Estaba irritado, le temblaban un poco las manos. Encendió un cigarrillo y miró al cielo. Diminutas cebolletas luminiscentes. No le dio tiempo a pensar mucho, el teléfono volvió a sonar justo cuando estaba rellenando la taza con champán.

Descolgó.

—Tienes que saber algo —dijo Greta—, no era tan malo como tú crees, ¿sabes?

El tono era dolido.

—No te lo voy a discutir.

—Era una persona encantadora, jamás le oí alzar la voz o hablar malhumoradamente, era…, creo que procuraba hacer felices a

quienes tenía alrededor, ¿sabes?
—No me interesa esa información.
—Y le habría gustado que lo hubieras llamado alguna vez. Nunca hablaba mal de ti, hablaba bien, ¿sabes? No lo decía pero se sentía orgulloso, eras su hijo, su único hijo varón.
—Escucha…
—Si te hiciste una idea paranoica leyendo los periódicos, ese fue tu problema; no se puede conocer a una persona por lo que dicen los periódicos, hay que hablar con ella, pero tú eres demasiado orgulloso para eso…
—Escucha…
—¿Sabes lo cruel que has sido?, ¿lo sabes?
—Escúchame: tuve mi propia relación con él, no necesito que me hagas una hagiografía —el tono de voz había subido—. ¿Quieres que te cuente algunas cosas?, ¿te atreves? Mierda, no quería hablar de nada de eso, ¿quieres saber lo que me dijo de mamá?, ¿quieres que emplee solo medio minuto en hacer añicos a tu santo de porcelana?
—Estás enfermo, eres mezquino y cruel…
—Muy bien, estoy enfermo, pero no pienses que puedes darme lecciones; sigo siendo tu hermano mayor, te llevo siete años de ventaja, te vi nacer y te limpié los mocos, ¿qué demonios te has creído?
—Tú no eras mi padre, mi padre era él, ¿te enteras?…
—Tú padre ha sido siempre un maldito psicópata, entérate tú de una vez…
Ahora el salto temporal era mayor, habían llegado más atrás aún, eran otra vez los niños Franz y Greta. Nadie cambia verdaderamente, somos eternamente los niños que fuimos. Pero cumplidos los cincuenta aquello era absurdo, ya no era una conversación, era un combate carente de estrategia. Franz se tomó un momento para respirar hondo y calmarse. Carraspeó para aclarar la voz.
—Escucha, no quiero pelearme contigo, no era eso lo que…
Al otro lado, en el mundo paralelo a mediodía, oyó la voz quebrada:
—¿Cómo puedes hacerme esto? ¿cómo puedes llamarme para…?
—Escúchame, Greta: soy un monstruo que ni ama ni necesita el

amor de nadie, y esa maldición es la que me hace fuerte. Te haré daño si me muerdes, soy un pez inofensivo pero repleto de veneno…

—¿Por qué nos has odiado siempre así?, no lo entiendo…

Greta solloza. Ha tocado el quid de la cuestión, Franz, y tú lo sabes. ¿Odias a Greta, la odias? Quizá la temes como a una serpiente en mitad del camino. Está llorando, pero qué significa el gimoteo de una mujer a la que ya has visto llorar de niña, de la que ya sabes que puede emplear el llanto como herramienta. Pero sí: ha dado con el quid. ¿La odias? Quizá nunca te fiaste del todo de ella, a menudo tomaste algunas precauciones con la hija del carnero, sospechaste permanentemente que pudiera ser como él, su legítima heredera. Piensa, Franz, piensa… ¿Cómo saber si la serpiente es tu enemiga?, ¿cómo saber si puedes fiarte de ella, si pertenece a tu mundo o al otro, al de la sombra? Tienes sólo décimas de segundo para pensar, pero ya sabes que hay un método: ofrecerle tu cuello, ponerlo al alcance de sus colmillos y esperar a ver si ataca. Pero para eso hay que ser valiente, Franz, hay que ser muy valiente. ¿Correrás el riesgo? Tienes miedo: sería mejor lanzarle un cebo, ver si reacciona mostrándole algo que no te duela; pero no hay mucho tiempo, ya han pasado demasiadas décimas de segundo y tienes que encontrar algo, ya:

—Escucha, hay algo más que quería decirte sobre mamá. —No se oye nada al otro lado y Franz continua: Es sólo una pequeña… Yo podía haberle enviado un mensaje. Conocía nuestra dirección en Ginebra: podría haberle enviado una carta, una postal, algo…

Sí: la carta podía haber llegado antes que Nimbiax, el hechicero.

Greta tardó un poco en hablar.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—¿Crees que habría hecho lo que hizo si hubiera recibido un mensaje con noticias nuestras?

—Por el amor de Dios, no seas tan retorcido; ¿cuántos años tenías?

—Los suficientes para saber enviar una carta.

—¿Y de verdad te sientes culpable por eso?, ¿no has tenido otra cosa mejor que hacer durante todos estos años?

—No exactamente culpable. Siempre me he sentido más estúpido que culpable. Es una de esas cosas que no tienen remedio:

soy un cretino, con todo lo inteligente que yo pensaba que era.

—En eso tienes toda la razón.

Bien, Franz, bien. Respira, sonríe, relájate, dale un sorbo al champán.

—Oye, yo no te odio; aquellos pocos años contigo y con Linda fueron lo único bueno que recuerdo. Y tampoco lo odiaba a él, no es eso.

La voz de Greta era ahora serena:

—Pero vas a echarle un montón de mierda en un libro.

—Podría haberlo enviado a la cárcel, podría haberlo intentado al menos, ¿sabías eso?, y renuncié a hacerlo por ti. Simplemente no leas ese libro, no es para ti. Es como la cabeza de la gorgona, yo mismo tengo que mirarla a través de un escudo para que no me fulmine.

—¿Por qué lo escribes entonces?, ¿por qué hurgas ahí?

—Porque es mi historia y tengo derecho a contarla. Quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque me presenta ante el mundo bajo mi verdadera forma. Es… Hay personas cuyas claves son lo bastante complicadas como para no revelarse a través del trato diario, y si no las explicitan nunca corren el riesgo de terminar aislados, incomprendidos de por vida. Tú y yo somos de ese tipo de personas, y puede que yo empiece a desear que alguien me conozca y después de conocerme se le ocurra alguna forma de quererme; sólo cuando admití eso el libro empezó a tomar forma, me di cuenta de que no era un libro sobre mamá, era un libro sobre mí, sobre el niño que fui.

Era una declaración demasiado patética para que ella encontrara algo que decir inmediatamente.

—¿No has estado casado, o algo así?

—No. ¿Y tú?

—No. Pero tengo una hija. Desde antes de que naciera no tomo nada.

—¿Cómo se llama?

—Fedora. Tiene dieciséis años. Una edad horrible.

Franz tardó en encontrar algo adecuado que decir, y no quería pensar mucho para no pensar demasiado.

—Bonito nombre —dijo.

—¿Tú tienes hijos?

—No es probable, los he evitado cuidadosamente.

—¿Por qué?

—Sería largo de explicar. —Hubo un silencio y un titubeo—: Aaah… —¿Qué…?

—Está empezando a nevar en Ginebra.

—En Nueva York también, lo estoy viendo por las ventanas.

—Siempre me gustó la nieve, la eché mucho de menos en España.

—Me acabo de acordar de tu trineo rojo, en casa. Nunca me dejabas montar en él.

—Eras demasiado pequeña.

—Y un cuerno. Eras un mandón, eso es lo que eras.

—Era el guardián de una infanta caprichosa. La mandona eras tú, por eso ahora yo soy un escritor acabado y tú una supermujer de negocios.

—No te lo tomes a mal, tampoco yo soy tan súper… Por cierto, ¿leíste la documentación que te envié? Tenemos unas cuantas sociedades al cincuenta por ciento.

—Leí varias veces tu carta; la documentación no, no quiero saber nada de la herencia.

—No creas que es tan fácil desentenderse, tiene su trámite. ¿Es una cuestión de orgullo? Siempre te complicabas la vida por alguna estúpida cuestión de orgullo.

—No es orgullo. No me gusta el dinero que no he ganado, tiene algo de tóxico, es como la ambición sin vocación. Lo mejor que puede dar el dinero está en el juego de conseguirlo.

—Agh, sigues dándole esas vueltas mareantes a todo… ¿Sabes una cosa?, eso te lo envidiaba.

—El qué.

—La capacidad de vivir dentro de tu cabeza. Yo era más lista y más desenvuelta que tú, pero carecía de imaginación; no tuve más remedio que tragarme todo lo que pasaba en directo. Tú simplemente te marchabas a otro mundo a pensar en tus cosas, tenías como un oasis en alguna parte.

—Sí, supongo que nunca he tenido muy clara la noción de realidad, atravieso sus membranas de aquí para allá sin darme cuenta.

—Eso es una suerte, ¿sabes? Yo he necesitado siempre mucho más que tú para ser feliz.

—Oye, estoy ligeramente achispado y se me ha ocurrido una idea sentimental; estoy tomando champán bajo la nieve y es todo tan…

—¿En serio?

—Sí, debajo del abeto azul, y hay mucha luz de luna, es una de esas visiones increíbles. ¿Qué ves tú por las ventanas?

—Los edificios del Midtown. Borrosos, está todo muy blanco. Parece… Camelot.

—Ah, Camelot… Escucha, veámonos pronto y charlemos. Puedo hacer un viaje corto a Nueva York estas Navidades. Así conocería a Fedora, y puede que yo también os presente a alguien. Hagamos que toda esta mierda termine bien y no hablemos nunca más del asunto. ¿Por qué no?, ¿qué nos lo impide ya?

—Supongo que nada. —Hubo una pausa— ¿Lo cuentas todo?; es sólo curiosidad.

—Nunca se cuenta todo y siempre se cuenta de más. Yo escribo desde mis zapatos, tú tendrás que escribir tu propio libro desde los tuyos.

—Yo tenía unas merceditas rojas, de eso me acuerdo.

—Es curioso, siempre te acuerdas de las cosas rojas.

Sí, era muy curioso: Greta siempre se acordaba de las cosas rojas.

—Puede que tú te acuerdes demasiado de lo azul.

—Ya no —dijo Franz—. Estoy a punto de terminar con todo lo azul.

Linda, 1969

EN el programa de radio que escuchaba al levantarse —no muy alto para no despertar a Glenda—, hablaron con mucho entusiasmo del *Astronauts Parade,* y mientras esperaba el express en la calle 175 le pareció que los pasajeros en el andén eran más numerosos de lo habitual, aunque faltaban horas para que todo aquello empezara. No era la única novedad en el metro: habían cambiado los anuncios en los paneles. *McDonnald's introduces Big Mac, A meal disguised libe a sandwich, Come to where theflavor is, come to Marlboro Country*. La afluencia de viajeros se intensificó a medida que se acercaban al centro, a la carga habitual de oficinistas con corbata y empleados somnolientos en manga corta se iban añadiendo otros que no parecían encaminarse a su trabajo en absoluto, hablaban entre sí e incluso sonreían, el tipo de gente que no tomaba la línea A todos los días, ni siquiera todas las semanas. Linda se fijó en dos matrimonios de mediana edad que subieron en Columbus Circle; los dos hombres llevaban sombrero Trilby y chaqueta a cuadros, y las señoras eran versiones con sobrepeso de Doris Day. Su contexto correcto habría sido el de una barbacoa entre vecinos, con una copa de martini en la mano.

Después de cuarenta y cinco minutos de trayecto Linda emergió en la calle Fulton. Estaba amaneciendo y las tiendas permanecían cerradas o empezaban a abrir persianas, solo los delis que encontró al paso estaban plenamente activos. Miró al frente a contraluz de la aurora para verificar la altura creciente de la torre norte del World Trade Center, que cerraba la calle a lo lejos. Durante las primeras semanas no había sido para ella más que una jaula chaparra de hierro oxidado, un armatoste feo y seguramente provisional, como tantas otras cosas en aquella ciudad de locos en permanente

mutación. Hasta que conoció a unos jóvenes obreros del turno de noche que trabajaban en la obra. Llegaban a desayunar al *dinner* al terminar su jornada, recién duchados, perfumados con abundante loción Aqua Velva y mudados con camisas a cuadros de manga corta que doblaban un poco para exhibir los bíceps obscenamente abultados. Su cometido era dotar de recubrimiento ignífugo el núcleo de ascensores de la torre norte a medida que el esqueleto crecía *up to the sky*, según expresión literal de Vincent, el más guapo. Eran chicarrones bulliciosos, seguros de sí mismos y simples como sólo algunos jóvenes norteamericanos podían ser, y a Linda la halagaba que quisieran flirtear con ella, la conmovía esa masculinidad pueril que la hacía sentir una colegiala rodeada de admiradores dispuestos a hacer cualquier cabriola para llamar su atención. Al principio con sorpresa supo que se sentían muy orgullosos del trabajo que estaban haciendo en el interior de la jaula oxidada; le contaron que la estructura de los dos edificios gemelos se elevaba a razón de tres pisos cada diez días, pero lo que estaba ocurriendo allí mismo, a tres manzanas del *dinner*, batía toda clase de otros récords mundiales, era un equivalente a la carrera espacial en el universo de la construcción de edificios. Aquellas iban a ser las dos torres más altas jamás erigidas, y debajo de ellas se estaba construyendo una pequeña ciudad protegida de las aguas del río por una bañera de hormigón —*a concrete bathtub*, creyó entender Linda—, y todo ello no era solo una labor de fuerza bruta —que lo era, y ahí estaban sus bíceps para demostrarlo—, implicaba también soluciones de ingeniería desconocidas hasta el momento; los dos rascacielos tendrían una estructura de malla capaz de resistir la presión del viento y hasta la colisión accidental de un Boing 707, cuatro grúas que crecían con ellos como excrecencias en su cabeza la iban tricotando desde arriba, y la puesta en obra de todo aquello requería de una precisión exquisita —ahí es donde intervenían ellos, la alegre y bulliciosa brigada de ignifugadores de la torre norte—. Linda jamás había conocido a muchachos tan enérgicos y presuntuosos en Ginebra, y llegó a interesarse de verdad en el asunto de las torres el día que al salir de su turno en el *dinner* decidió tomar el metro en otra parada para asomarse al frenesí que bullía en aquel descomunal socavón pegado al río. A la mañana siguiente los chicos le contaron cómo el equipo

de excavación había roído el túnel del metro igual que un paleontólogo retira la tierra alrededor de una tibia quebradiza, y mientras el esqueleto metálico de las torres crecía —*up to the sky*—, el transporte seguía funcionando suspendido como una raíz desenterrada, y además con toda la tierra que habían sacado de la bañera —*the bathtub*, no cabía duda ahora que la había visto— estaban ganándole terreno al mar para construir un parque público de veinticinco acres y apartamentos de lujo por valor de billones de dólares. Linda era incapaz de imaginarse la extensión de un solo acre de parque pero entendió la epopeya. Era una más de aquellas demostraciones de fuerza, ingenio y voluntad tan norteamericanas, el nuevo espíritu de los pioneros, y ella misma había terminado por contagiarse de la euforia que vivía el país entero y en especial aquella ciudad que ya era de por sí trepidante y excesiva. De modo que cada mañana al caminar por Fulton comprobaba con un prurito de orgullo ajeno la estatura de aquel niño que cada semana crecía perceptiblemente respecto a cualquier punto de referencia que una tomara. Al fin y al cabo les servía café y panqueques de ricota con sirope de arce a aquellos muchachos simpáticos, guapos y exultantemente saludables, de modo que algo de la portentosa erección de su *North Tower* le pertenecía también a ella.

Linda misma se sentía crecer a toda velocidad en aquel ambiente de ascenso imparable. En pocos meses su forma física había mejorado radicalmente, su difícil metro setenta y dos de estatura empezaba a funcionar como una máquina de precisión, sentía que controlaba cada músculo de los glúteos y podía empujar su fuerza a través de los muslos y las pantorrillas para concentrarla en las puntas de sus pies de uñas amoratadas, empedrados por horribles callos amarillentos que le crecían sobre cada falange —era precisamente en el espejo de esos pies monstruosos en el que mejor veía reflejados sus avances inequívocos: en la curva del empeine, en la tensión de los dedos engarfiados, en los restos de goma de esparadrapo que se retiraba cada noche frotándose con alcohol porque la ducha no bastaba—. Todos los días antes de acostarse exhausta se los envolvía en una cincha elástica de la que tiraba como de las riendas de un caballo mientras hacía punta y flexión para fortalecer los extensores, los flexores, los tibiales y los peroneos, todos ellos precisamente señalados en un póster colgado

en los vestuarios de la Sharon Bloomberg SoHo Dance. En la barra se esforzaba en mantener cada posición marcándose tiempos cada vez más largos, repetía dolorosos degagés y forzaba la transición del pie plano a punta completa hasta que asomaban lágrimas en la comisura de sus ojos. Y naturalmente estaba la pesadilla de la dieta: nada de dulces o pasteles —esa era la renuncia más difícil—, nada de grasa, sólo verdura fresca, proteínas para sus músculos y los hidratos de carbono justos para no desfallecer durante la larga jornada que empezaba antes de amanecer y terminaba mucho después de anochecido. Ningún esfuerzo era eludible si uno quería encontrar su hueco en aquella ciudad feroz que exigía a todos lo máximo que pudieran dar, y ella había encontrado una forma de voluptuosidad en la mortificación, en el esfuerzo sostenido, se había iniciado en esa mística de la perfección técnica y la sed de triunfo que emparenta a los bailarines con los atletas y con el entero espíritu arrollador de aquella ciudad en proceso de Evitación.

Linda ya había cosechado alguno de aquellos triunfos, parciales pero tremendamente alentadores: primero la admisión en la Sharon Bloomberg, y después la recomendación de Stephen Klys para que se presentara a las pruebas de *La siesta del fauno* en un montaje con Ethan Van Mili y Julie D’Allesandro. Ni siquiera se permitía soñar que pudieran escogerla a ella para el papel —habría sido una estupidez hacerse ilusiones—, bastaba por el momento con haber llegado a postularse, y al recordarlo gozosamente mientras caminaba por la calle Fulton se premió a sí misma acariciando la suave piel de su bolso de cuero blanco en el que llevaba las mallas, las zapatillas, el neceser, el rollo de esparadrapo, su propio traje de Superwoman.

Cuando llegó al cruce con Broadway la alteración debida al *Astronauts Parade* era más que evidente. La policía había cortado el tráfico desde Herald Square hasta los muelles y todo el flujo hacia el distrito financiero se había desplazado hacia las vías del East Side. En la acera de la capilla de St. Paul vio una reunión de policías de gris y otra reunión de policías de azul, escuchando juntos pero no revueltos las instrucciones que les daba otro policía con uniforme de gala, orondo y colorado como un mariscal. Se habían dispuesto vallas amarillas que cortaban las travesías; sonaban silbatos y bocinas, un taxista obligado a retroceder

asomaba la cabeza por la ventanilla desesperado, tratando de convencer a los que le seguían de que todos tenían que salir marcha atrás de aquel maldito embudo.

Bajando por la acera oeste de Broadway vio tres sábanas cosidas que colgaban de una pared medianera con grandes letras pintadas: *NY laves you, boys*. Linda había terminado por entusiasmarse también con todo aquel asunto de los astronautas y lamentaba tener que perderse el histórico *ticker tape parade* que se preparaba. Alguien le contó que se llamaba así a esos desfiles triunfales por la vieja costumbre de lanzar desde las ventanas altas las interminables cintas de telégrafo en las que se leían las cotizaciones de la bolsa, y todos decían que éste iba a ser de los más espectaculares jamás vistos en la ciudad, de modo que Linda siempre tendría que recordar que los astronautas habían pasado a dos manzanas del *dinner* y ella no había podido verlos porque estaba de turno. En realidad se vivía en una excitación continua desde principios de julio, con altibajos de relajación y cumbres de éxtasis que se celebraban multitudinariamente entre vítores y aplausos. El primer hito de aquella fiesta mayor planetaria había sido el despegue del *Saturno* E, que Linda entrevió en directo en las dos pantallas de televisión mientras servía a los clientes embobados en la imagen inmóvil del cohete. Durante horas todos escucharon las conexiones radiofónicas erizadas de parásitos que viajaban entre cabo Cañaveral y el centro de control de la misión en Houston, donde docenas de ingenieros con camisa de manga corta y corbata —siempre esa informalidad tan norteamericana— escrutaban las misteriosas pantallas fosforescentes de sus computadores, los otros grandes protagonistas de aquella loca aventura futurista. Una vez lanzado el cohete blanco como el caballo de un príncipe, transcurrieron los tres días de viaje a la Luna en relativa calma, si bien los periódicos mantuvieron a los astronautas en portada y los noticiarios empezaban invariablemente con sus tareas ordinarias en el módulo de mando. Todos pudieron verlos calibrar instrumentos, estibar equipos, supervisar lecturas y untar pan con mantequilla de cacahuete en la mera ingravidez. La navegación estaba sin embargo punteada de oportunos toques de *suspense*, momentos críticos que mantenían a la humanidad en un sinvivir atento a las pantallas: la inyección translunar, las maniobras de transposición, los

ensamblajes y desensamblajes, la llegada a la gravisfera de la Luna, los sobrecogedores *blackout* de comunicaciones cuando la nave orbitaba la cara oculta del satélite. Ese silencio especialmente era un momento de terror frío en que los tres héroes ya talludos devenían niños extraviados en el bosque oscuro, hasta que se les volvía a escuchar de vuelta a este lado de la realidad, al mundo claro y seguro de la televisión y los anuncios de la Western Electric. Entonces confirmaban que todo iba estupendamente y quizá desayunaban queso Cheddar termoestabilizado y cubitos de beicon recubiertos de gelatina para evitar que una constelación de migajas de tocino crujiente flotara por toda la nave. Aparecían en todo momento tranquilos e ignorantes de la importancia que aquí abajo se le daba a cada uno de sus gestos cotidianos, y en cierto modo, pensaba Linda, ellos tres eran los únicos que se estaban perdiendo la fiesta, aunque era algo más que una fiesta, sin duda. Durante aquellos días los términos ingenieriles más abstrusos se mezclaban con vulgaridades acerca del régimen de comidas o la higiene corporal a bordo, y casi todo el mundo, en un momento u otro del día, prestaba atención a algún detalle suculento de la odisea espacial: los niños andaban intercambiando cromos del módulo lunar, los hombres adultos hacían alarde de su recién adquirido vocabulario aeroespacial, los columnistas de prensa glosaban la vertiente trascendente del viaje y las amas de casa se convirtieron en mamas cuyos niños salían por primera vez de excursión sin ellas, admiradas de la normalidad y hasta la indiferencia con que sus tres hombrecitos afrontaban la ruptura del cordón umbilical y se desenvolvían en el espacio con pasmosa soltura.

En el poste con el indicador de Liberty había dos hombres que colgaban una gran placa, *Welcome* Apollo XI, con la enseña del águila aterrizando sobre la Luna. La imponente águila americana de cabeza blanca tomando posesión. Aquel mundo apolíneo era en cierto modo el mismo que el de los jóvenes obreros del World Trade Center, pensó Linda, y también el de los elegantes caballeros maduros que siguió con la mirada mientras caminaban Broadway abajo hacia Wall Street. Pero ese mundo corría paralelo a otro, al mundo dionisíaco en el que Linda se introducía por las tardes cuando acudía al estudio de danza, en torno al mismo eje de Broadway pero media hora de metro más al norte. Allí el viaje por

excelencia era el que proporcionaban la marihuana o el LSD, y el héroe no era Neil Armstrong ni el tema el progreso técnico o económico: el adelantado en ese otro mundo era Timothy Leary, y los temas candentes eran el Vietnam, los jóvenes desertores que emigraban a Canadá, el Bed-In de Lennon en Amsterdam, los *black panthers* arrestados bajo cargos de conspiración, la redada de homosexuales en Stonewall. Eran mundos antagónicos y sus habitantes respectivos vestían el uniforme que se les había asignado: los chicos podían distinguirse claramente por la longitud de sus cabellos o por las barbas, y las chicas por si llevaban o no sujetador, o lo más o menos floreado que fuera su atuendo. Sólo durante la noche extraordinaria del *moonwalk*, ante las pantallas gigantes que instalaron en Central Park, los dos ejércitos parecieron concederse una tregua y llegaron a mezclarse sobre la hierba, incapaces de resistirse a la fascinación de aquella danza lunar que les pertenecía de algún modo a todos. Sin embargo de ordinario la distancia era nítida: entre sus amigos artistas —aspirantes a serlo, más bien— la aventura espacial era una actividad militarista y por tanto aborrecible, y seguramente a los chicarrones de la Torre Norte esa opinión les parecería propia de hippies holgazanes.

Linda recorría los últimos metros para llegar al *dinner* cuando se formuló una pregunta involuntaria: ¿cuál era su mundo, el de los unos o el de los otros? Decidió a tiempo de entrar que para ella se trataba de una falsa dicotomía: una bailarina que aspirara a la élite de su profesión necesariamente debía considerar las dos fuerzas; el arte requiere disciplina y claridad por un lado, inspiración e inconformismo por el otro; un verdadero artista podía ser un hippie y amar las computadoras, ¿por qué no?

La concurrencia en el *dinner* a esas horas era siempre moderada; estaban en las mesas de banco corrido los tres grupos de empleados de la limpieza que acudían cada mañana, y en la barra un cuarentón con aspecto de abogado caro que hojeaba el *Daily News* como si estuviera tocando un pescado no muy fresco. Linda procuraba llegar siempre al menos diez minutos antes de que empezara su turno a las siete y media; eso le daba tiempo a vestirse su uniforme naranja y blanco sin prisas y tomar después un café cargado —ya no se permitía el bombolone relleno de mermelada de moras: tomaba en casa fruta, cereales y leche—. Eran diez o quince

minutos preciosos en los que Mr. Molinaro, el encargado del turno de día, no había llegado aún y Mr. Ramires, el encargado de noche, estaba ya cambiándose en la trastienda, de modo que podía tomar el café charlando con quien estuviera en la cocina, y aquella mañana estaban todos los posibles excepto Betty, que atendía en la barra al abogado. En el transistor de Brian sonaba el Hot I00 del Billboard a volumen considerable, y Linda —sólo después de atisbar a través de los ojos de buey quién estaba dentro— empujó las puertas batientes e hizo una entrada cimbreante de *starlet* psicodélica, *Nothing but a heartache every day…* Paloma se unió a su iniciativa y bailaron un poco juntas. Paloma entraba de turno con ella; era la más antigua del *dinner*, estaba matriculada en ballet de acción también en la Sharon Bloomberg —le había facilitado a Linda la entrevista de trabajo con Mr. Molinaro—, y junto con Glenda su compañera de piso era una de sus buenas amigas en la ciudad. A esas horas Melissa y Loraine solían haberse marchado ya a dormir, pero no querían por nada del mundo perderse a los astronautas, aprovecharían para hacer algunas compras y verían si aguantaban en pie hasta que empezara el desfile; explicaron que la salida en Bowling Green estaba programada para las diez aunque no era probable que el coche de los héroes pasara por allí antes de las diez y media; con toda seguridad el gentío iba a ser increíble, parecía que todo el mundo quería formar parte de aquello. «Me chifla Neil —dijo Betty cuando terminó con el abogado y entró en la cocina—, ¿habéis visto su foto de niño?» Linda comparó mentalmente a Neil Armstrong con Vincent el ignifuguista de la Torre Norte. Vincent era más su tipo —moreno y más rudo, aunque por otro lado era demasiado joven—, pero Neil había estado en la Luna y ciertamente su foto de niño pesaba también a favor. Como dijo Melissa, ¿qué chica no querría tener algún día un niño así?

A las siete y media en punto apareció Mr. Molinaro. Melissa y Loraine pasaron al otro lado de la barra como si fueran dientas, Betty siguió en su puesto y Paloma y Linda tomaron las riendas del servicio de comedor. Seguía siendo una mañana extraña; por una parte tenía algo de festivo —era agosto, y el desfile flotaba en el ambiente— pero a medida que se acercaban las ocho se vio que iba a ser una jornada dura, peor que un laborable corriente. En los momentos de peligro de colapso, Melissa y Loraine, ambas vestidas

de calle, se levantaron de sus taburetes de dientas y echaron una mano con los platos sucios. Aquello debió de conmover a Mr. Molinaro —le caía un chorretón de tinte disuelto en sudor bajo el tupido nacimiento del cabello—, quizá por eso no protestó por el volumen del transistor de Brian que seguía sintonizando el Hot I00, de modo que Linda y Paloma imaginaron que participaban en la coreografía de un musical de Broadway, y podían volar con los platos a condición de que no parara la música. Lo peor fue que muchos de los clientes extra eran gentes de paso a la que había que explicar cada opción de la carta y anotar las mil variaciones que admitía el pedido. Eso fue lo que más le costó aprender a Linda durante las primeras semanas. El desayuno más demandado era el que se recomendaba como New York Breakfast: —pan integral o baggel de centeno, rodajas finas de salmón macerado o ahumado en frío, opción de muescas de cebolla tierna, tiras de cebollino, rodajas de pepino y tomate, crema de queso con o sin hierbas provenzales… —; pero eso no era lo más complicado que se podía pedir, siempre se corría el riesgo de que un cliente con tiempo se encaprichara de unos huevos benedictinos, el especial de la casa que Mr. Molinaro promovía con vehemencia, en cuyo caso no sólo las opciones admisibles se multiplicaban hasta el delirio sino que después había que enfrentarse en la cocina a la ira de Brian, que tenía que dejarlo todo para ponerse a preparar salsa holandesa en mitad de la batalla.

En dos horas pidieron huevos benedictinos cinco veces —dos a Linda y tres a Paloma—, y de repente, al filo de las diez, todo el mundo desapareció como si hubiera sonado un aviso de bombardeo. En los meses que Linda llevaba trabajando allí era la primera vez que veía el local sin un solo cliente sentado en alguna parte. Melissa y Loraine se marcharon también y hasta Mr. Molinaro encontró una excusa para escabullirse tratando de que no se viera su cámara de fotos. La multitud debía de abarrotar Broadway en aquel momento, bastaba asomarse a la puerta para intuir el gentío a lo lejos, soportando el calor que ya se dejaba notar en la calle.

Dentro quedaron las mesas con los restos abandonados en la estampida. Linda y Paloma procuraron no bajar el ritmo hasta haber adecentado el comedor y dejarlo listo para la previsible avalancha de vuelta. Eran poco más de las diez y cuarto cuando terminaron el trabajo y seguía sin haber un solo cliente, así que se

metieron en la cocina para compartir un Lucky Strike y escuchar el Hot I00 con Betty, Brian y los pinches. Brian estaba fumando marihuana bajo los extractores a toda máquina mientras los dos chicos —un brasileño y un italiano recién llegados que apenas hablaban inglés— vaciaban los lavavajillas y volvían a cargarlos con los platos acumulados en el fregadero.

—Si volvéis a pedirme huevos benedictinos juro que os estrangulo con mis propias manos —les dijo Brian, pero la canción número 37 de la lista sonaba estupendamente bajo el trepidar de los motores de aspiración —*Polk salad Annie / 'gators got you granny* —, de modo que Linda danzó alrededor de él agitando su cuerpo de bailarina clásica como si fuera el cascabel alzado de una serpiente, igual que había visto hacer a unas voluptuosas negras en Central Park la noche del *moonwalk* no eran siquiera las once de una maravillosa mañana de verano, tenía diecinueve años y una gran ciudad que conquistar.

Entonces ocurrió otra de esas cosas que serían extrañas en Ginebra y que no cesaban de ocurrir allí. Se oyó una voz afuera, *Hello?*, alguien había entrado en el local y esperaba en la barra. Debería haber salido Betty a atender pero Brian acababa de pasarle la colilla de marihuana y Linda se ofreció a ocuparse del cliente. A través de los ojos de buey vio que era un hombre de edad madura, con una gabardina algo arrugada y una barba incipiente y canosa. En agosto.

Por un momento le pareció uno de esos vagabundos que entraban a veces arrastrando algo, pero como vagabundo resultaba raro, demasiado erguido sobre el taburete, no empleaba el lenguaje gestual de un *homeless*. Linda saludó, él devolvió el saludo, muy educado, y después dijo en francés que no hablaba muy bien el idioma. *Pas de problème, monsieur*, le dijo Linda. Se alegró de poder hablar su propia lengua durante un rato, era como calzarse unas zapatillas de felpa. Él preguntó si servían algo parecido a un café *noisette* para tomarlo mientras leía la carta de desayunos; ella le ofreció un *expresso machiatto*, que no era lo mismo pero tenía reminiscencias. El acento de él era extraño, desde luego no era francés de Francia, era más oscuro en las vocales, a la manera suiza,

pero seguía siendo raro sin llegar a ser claramente extranjero. Linda se interesó por su procedencia y él dijo que era español pero que había pasado parte de la infancia en Ginebra, y que desde hacía tres años vivía otra vez allí. A Linda se le iluminó la cara, ¿Ginebra, en serio?: yo soy ginebrina, *genevoise*.

Se olvidó por un momento del Hot I00. El señor —de pronto ya no le parecía en absoluto un vagabundo— le dijo que tenía un apartamento alquilado en la parte baja de Plainpalais, justo al lado de la escuela en la que había sido colegial; Linda conocía el edificio, muy bonito, con una torre de reloj levantada en el centro. Él le dijo de buen humor que si alguna vez volvía a Ginebra y tenía hijos, ese sería un buen colegio para ellos. Luego le pidió consejo sobre el desayuno y ella, como si no estuviera hablando con un cliente —quizá como si aquel hombre fuera un vecino antiguo al que se saluda con gusto— le recomendó el New York y añadió sonriendo que los huevos benedictinos eran también estupendos, pero tardaban un rato y Brian el cocinero podía sufrir un ataque si se los pedía. Él se decidió por la primera recomendación, completa y con pan de centeno.

Brian se quejó porque sólo quedaba un último baggel de centeno y alguien tendría que ir al almacén de atrás a por más, pero no le costó nada apañar el plato; Linda esperó dentro de la cocina hasta que estuvo montado —sonaba el número 35 de la lista: *Grey, grey, my life is grey / cold is my heart since you went away*— y ella misma lo redecoró disponiendo las tiras de cebollino con más gracia, como un pequeño ikebana sobre la crema de queso con que quiso obsequiar a su vecino *genevoise*. Al salir sorprendió al señor restregándose los ojos y demoró sus pasos; había algo en el gesto que la previno. Él carraspeó mientras ella dejaba el plato delante; *bon appétit*, le dijo. Entonces él comentó con voz animada y los ojos húmedos que el plato tenía muy buen aspecto, y se le notó que no quería parecer triste, que prefería hablar un poco, así que Linda se quedó allí y le dio pie.

—¿No va a ver a los astronautas? —le preguntó—. Dicen que va a ser un buen desfile.

—No, esta mañana tengo otra visita que hacer —dijo él sonriendo, pero de pronto al mirarla se le derramó una enorme lágrima desde cada ojo y se tapó ambos con una mano. Enseguida

se disculpó y dijo que estaba bien. Linda jamás había visto llorar a un hombre de esa edad; fue un brote silencioso, sólo unas pocas lágrimas pesadas que le mojaron la cara entera.

Enseguida se limpió a manotazos. Linda le acercó el servilletero, sobrecogida; él le dijo que no se preocupara, que estaba bien, sonrió con alegría auténtica bajo los ojos irritados y para reafirmarlo cortó un pedazo de pan con salmón y se lo llevó a la boca.

—Puede hablar de ello si quiere —le dijo Linda—. Yo también estoy triste a veces y es bueno hablar con alguien. Sobre todo si uno está lejos de casa.

Entonces él le contó algo no demasiado claro ni detallado, el resumen improvisado de una historia antigua y sentida. Dijo que había venido a la ciudad a traerle un regalo a su madre, y que eso era triste y alegre a la vez, porque podía volver a verla después de muchísimos años pero ella ya no lo reconocería, por eso no podía decirle que él era uno de sus dos hijos perdidos hacía tanto tiempo, y que no debía preocuparse porque ambos estaban bien, él y su hermana pequeña.

—¿Está enferma de algo… psicológico? —preguntó Linda imaginando a una anciana senil.

—Tomaba unas pastillas que no funcionaron como debían.

Era una historia verdaderamente triste, siempre lo son las historias que no tienen remedio. Pero no podía decirle algo así a aquel pobre hombre.

—Nunca se sabe —le dijo—. Quizá su madre puede comprender de alguna manera que los médicos no alcanzan a imaginar.

Entonces Brian asomó la cabeza entre las puertas batientes de la cocina; le dijo a Linda que no quedaban más panes de centeno en el almacén y que tendría que acercarse a Maiden Laňe a por una cesta. Linda opuso resistencia, estaba ocupada con un cliente, pero entonces el señor de la gabardina le dijo que se fuera tranquila, que él estaba estupendamente, en plena forma. «Además te sentará bien ese paseo, ya lo verás», añadió alzando el pulgar y guiñando un ojo. Realmente parecía que estaba bien; a veces uno suelta dos lágrimas y después se siente mucho mejor, eso pensó Linda.

Fue a la trastienda a quitarse el uniforme —no pensaba pasearse

por la calle vestida de azafata de color naranja, por mucho que aquello fuera América—, después dijo hasta luego apoyándole una palma en la espalda al señor y salió a la calle.

Hacía calor. Desde lejos llegaba el soniquete agudo de los altavoces propalando himnos, un popurrí en el que no faltaban *National Emblem, Stars and Stripes, Semper Fidelis* y *American Patrol*, buenas melodías pero interpretadas en sus versiones marciales, desprovistas del swing —del *tumbao*, decía Paloma— con que Glenn Miller les había pulido las aristas. Linda echó de menos la suavidad que sincroniza con el corazón y el cuerpo del oyente; una marcha militar no se podía bailar, era un *andante* concebido para el desfile de autómatas, y le pareció que ese era el punto débil de los entusiastas de la carrera espacial, en eso consistía exactamente su torpeza. Caminó en dirección opuesta a Broadway —y a todos los transeúntes— para tomar la travesía hacia Maiden Lañe sin poder evitar ajustar el paso al rígido compás binario. Desde lejos destacaban tres extemporáneos y coloridos anuncios que algún comando contestatario había pegado torcidos sobre los sillares grises del edificio de la Reserva Federal; parecían sellos de correos en un paquete postal. En los sótanos de aquel edificio con vaga geometría de lingote se suponía que yacía la mayor reserva de oro del mundo —imposible saber lo que atesoraban los bancos en Zürich, o en su modosa Ginebra natal—, pero algún hippie colocado había logrado pegar de madrugada los tres carteles sin que los guardias de la puerta principal se apercibieran. *Woodstock Music and Arts Fair*, decía el cartel. Dominaba el fondo rojo sobre el que se recortaba una paloma blanca posada sobre el mástil de una guitarra. Glenda le había hablado de ese festival, pensaba pasar allí todo el fin de semana con dos amigas de la Juilliard. Eran algo menos de dos horas en coche, suficiente para sentirse muy lejos de la ciudad y tomarse un saludable descanso campestre; quedaba un asiento libre en el viejo Rambler convertible de color turquesa —habían ido las cuatro a Long Beach y a Fire Island en aquella bañera de color electrodoméstico—, pero Linda todavía no se había decidido a unirse a la excursión. *Three days of peace and music*, decía el cartel. Leyó por encima la lista de participantes, la mayoría desconocidos para ella y para el resto del mundo; le habría gustado quizá ver a Santana —alguien había llevado su único disco a la

academia para practicar los ritmos afrocubanos y sonaba realmente bien—, pero tres días de paz y música en territorio hippie le parecían tan excesivos como lo hubieran sido tres días de marchas militares con los Boy Scouts: sabía lo que significaba eso en términos de beber y fumar marihuana, y después necesitaría al menos otras tres preciosas jornadas para recuperar la forma y la concentración.

El despacho de la panadería estaba tan vacío como había quedado el *dinner*. El muchacho que atendía debía de estar fumando adentro, cuando salió era todo ojos saltones y espesas patillas que enrarecían su rostro infantil. Se le quedó mirando las tetas con los párpados caídos: no quedaban baggels de centeno, ni siquiera de trigo, todo el mundo andaba buscando baggels aquella mañana. Linda pensó que eso iba a elevar la probabilidad de que los clientes pidieran huevos benedictinos, pero no podía hacer gran cosa al respecto.

Al salir, los altavoces de Broadway habían terminado con las marchas y ahora rebotaba por las fachadas el soniquete de feria del *Yankee Doodle*. No le apetecía volver por el mismo camino, prefirió rodear la manzana al revés y acercarse al tumulto que se veía a lo lejos, por curiosear. Caminó de nuevo con una arista de la torre norte del World Trade Center delante hasta topar con la barrera de cuerpos que flanqueaba la calle. Se entremetió tratando de bajar hasta Liberty pegada a las fachadas, pero enseguida se dio cuenta de que era insensato tratar de avanzar así. Por la calzada pasaba una escuadra de aparatosas motocicletas policiales con las luces encendidas, a la velocidad de alguien al trote, y los gritos de la gente empezaron a competir con los altavoces. Linda se subió al escalón alto de un escaparate para ver mejor; caía una lluvia de confeti y pedazos de papel rasgado que los oficinistas lanzaban desde las ventanas, un efecto de nieve copiosa lo desdibujaba todo. Después de las motocicletas pasó un coche negro cerrado, y después un autobús de dos pisos sin capota, lleno de hombres en mangas de camisa y corbata que recibieron vítores y aplausos; inmediatamente llegó un descapotable verde laguna con una enorme cámara de cine instalada en el maletero, y justo detrás se acercaba un gran convertible negro rodeado de más motocicletas, con tres hombres sentados sobre el cabecero del respaldo trasero. Eran ellos: los

astronautas, vestidos con un traje normal, de calle, de pronto tremendamente apuestos. La gente se volvió loca y la música de los altavoces quedó ahogada por completo. Linda reconoció a Neil a la derecha en el coche, con un traje oscuro; saludaba en todas direcciones a la multitud, ya estaba ahí mismo, qué guapo. Entonces sus ojos se cruzaron con los de ella: Neil Armstrong la miró y sonrió, y le mandó un beso, y ella pudo reconocer con toda claridad al niño sonriente de la foto que habían publicado los periódicos, los grandes labios curvados en una mueca simpática, el arco sereno de los párpados, la frente limpia y clara sobre las cejas rubias apenas dibujadas: no era el hombre, era el niño el que había estado en la Luna. Todo fue muy rápido, un momento denso y concentrado, ella devolvió tres besos seguidos que depositó en la punta de sus dedos, después saludó con las dos manos y el corazón saltándole en el pecho, pero Neil ya no la miraba, saludaba hacia otra parte a su paso, los tres le daban ya la espalda y se alejaban entre la nube de asistentes con traje que correteaban a sus flancos.

Parte de la concentración humana echó a andar hacia el norte siguiendo a la comitiva cerrada por otro grupo de motocicletas, otros se dispersaron lentamente en todas direcciones; los altavoces volvieron a dejarse oír, *Yankee Doodle went to town / A-Ridingon a pony / He stuck a feather in his hat / And called it macaroni*. Linda permaneció encima del escalón del escaparate, cubriéndose parcialmente la cara con ambas manos. Sentía ganas de llorar de alegría; tenía la sobrecogedora certeza de que había vivido algo que no le correspondía, había recibido un regalo: por accidente había experimentado una epifanía al ver algo que a su otro yo, el que hacía cinco minutos servía un New York Breakfast con pan de centeno, no le habría sido dado ver: el niño que había estado en la Luna.

Porque no era el hombre: era el niño.

Esa frase se repetía en su cabeza: se repetía como una verdad hermética que sólo encuentra acomodo en un sinsentido.

—*What a hell are you doing here?* —dijo una voz conocida, demasiado conocida en aquel momento.

Mr. Molinaro la miraba alzando un poco la vista. Llevaba su cámara de fotos colgando del cuello, todavía fuera de la gruesa funda de cuero marrón. A Linda no se le ocurrió explicarse —había

salido a por unos panes de centeno, Brian se lo había pedido—, lo único que se le ocurrió decir fue que acababa de ver a Neil Armstrong.

—Todos lo hemos visto —dijo Mr. Molinaro—. Ya puedes salir zumbando antes de que lleguen los clientes.

Era evidente que no la había entendido, pero ella no se entretuvo en explicarse, dejó que Mr. Molinaro la ayudara a bajar del antepecho del escaparate y salió a toda prisa hacia el dinner, con las piernas temblando.

No era el hombre: era el niño.

Era el niño, sí, y había venido a la ciudad para hacerle un regalo a su madre.

Coda

Cuando los árboles empezaron a dar fruto en el jardín del tiovivo ya nadie se acordaba de la cocinera del convento ni de la terrible maldición que profirió sobre el centro comercial. Hasta que una tarde de sábado lluviosa y bañada en luz amarilla ocurrió algo extraordinario, pues se perdieron entre la multitud dos niños que, atendiendo a la recta interpretación del hechizo, en modo alguno debían haberse extraviado aquella tarde. Era explícito que los niños afectados debían ser *felices* —dichosos, satisfechos, venturosos, afortunados, niños con padre o madre o incluso dos progenitores enteros—, jamás dos pobres huérfanos como los que habían crecido en la inclusa, de lo contrario la condena hubiera carecido de sentido y, como todas las condenas hueras, se habría destruido a sí misma sin llegar nunca a surtir efecto.

Pero las Moiras que escudriñan entre las sombras cometieron un error previsible, pues los dos hermanitos a los que acosaron aquella tarde eran guapos y educados y bien vestidos, y además entraron en el centro comercial a bordo de un coche grande, oscuro y muy caro, lo que sugería también que eran niños ricos, quizá con un papá diplomático y una mamá cirujano; nadie hubiera dicho de ellos que no eran afortunados. El niño se llamaba Franz y de su frente brotaban dos cuernecillos de carnero; la niña se llamaba Greta, era bella como una rosa pálida y le gustaban con delirio las golosinas. Cuando en un descuido perdieron de vista a su madrastra de uñas afiladas, ni siquiera los Delfines Amarillos pudieron evitar que fueran a dar con sus huesos al Departamento de Niños Perdidos, donde los fantasmas de las monjas seguían habitando su convento espectral, con su huerto, su cementerio y una inclusa quimérica donde por la noche acostaban a los niños extraviados.

El error se fue extendiendo entonces como una mancha de aceite. La experiencia de un niño feliz le dice que no oponerse al mundo es una buena estrategia, por eso sigue la corriente allá a donde le lleve; en cambio los niños desgraciados tienden a buscarle las vueltas a la regla más simple, no se fían de consignas ni convenciones, todo lo ponen en cuestión. Los niños felices lloran cuando se pierden y en su desesperación buscan refugio en alguien que los proteja, porque a eso están acostumbrados; los niños desgraciados lloran rara vez cuando se pierden: maquinan soluciones y escapatorias, algunas efectivas pero las más de las veces insensatas. Eso explica por qué Franz se enfrentó a sor Fauna cuando ella quiso cortarle el pelo. Él no tenía piojos, dijo, y su hermana tampoco, así que no es necesario, gracias por su interés.

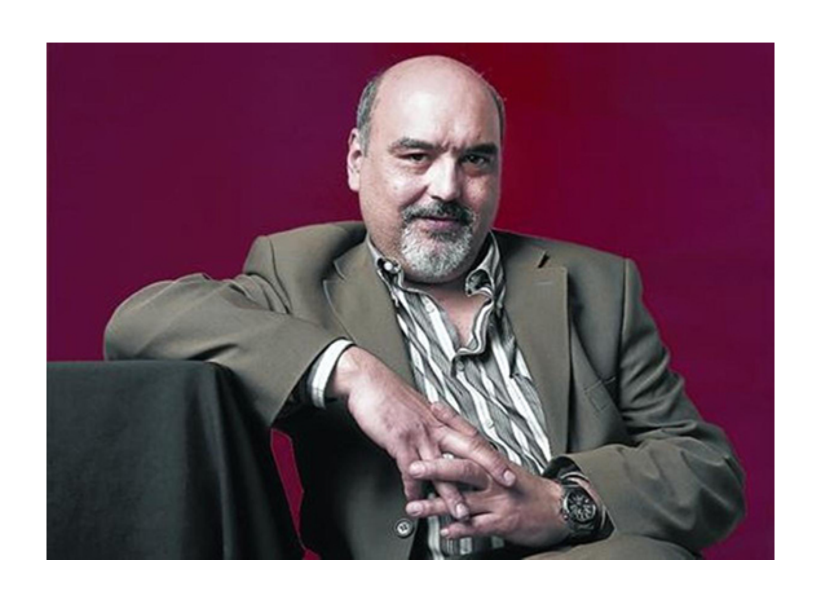
Nadie sabe en realidad qué fue de Franz y Greta cuando escaparon de la inclusa y se adentraron en los Territorios Asombrosos, sólo los pocos que han recorrido sus vericuetos conocen lo que puede acontecer allí, y aun pocos de estos suelen hablar de ello. Pero, al cabo de largos días, todos los niños de la inclusa pudieron ver cómo Franz volvía al convento, y no parecía en absoluto un niño loco, sus manos estaban intactas y hablaba todo lo bien que se suele hablar. Cuentan aquellos niños perdidos que hoy son ancianos que Franz volvió para reparar un dolor antiguo, que cruzó de vuelta el cementerio y el huerto y buscó a la cocinera ante el caldero que colgaba de la chimenea. Allí la abrazó y la besó y le dijo que la quería, y después comió del pastel de chocolate que ella preparaba cada tarde por si alguna vez regresaba su niño favorito. Entonces, con un estentóreo crujido de glaciar que hizo temblar todo el centro comercial, se desheló de cuajo el corazón de la cocinera: «Mi niño guapo», le dijo a Franz, y en el acto la maldición que un día había proferido encontró su término, su coto no pronunciado, porque alguien tan infeliz como lo había sido ella la abrazó y la amó igual que a una madre, y tanta fue la felicidad de aquella huérfana que se había hecho cocinera que en adelante fue incapaz de maldad alguna, por eso quiso igual que a Franz a todos los niños felices de la inclusa, que por su infausto hechizo se habían perdido.

Así, cuando el sol ya se ponía, todos formaron una larga fila ante el viejo teléfono de pared que manejaba sor Fauna, y a medida que

los niños decían su dirección completa, sor Flora buscaba en la guía el número de la compañía de taxis correspondiente. Por eso en las calles aledañas al centro comercial empezaron a formarse largas filas de coches de alquiler de todos los colores: amarillos de Nueva York, blancos de Madrid y negros de Berlín, de todas partes venían tocando sus bocinas, verdes de Milán, azules de Saigón y rojos de Casablanca, y viendo tantos taxis de colores, los villanos y los guardias feroces con caperuza se restregaban los ojos incrédulos, y cuando los niños liberados empezaron a salir por las bocas de la ballena, lanzaron vítores y silbatos y paraguas abiertos, y así celebraban el fin de la maldición.

Después Franz y Greta crecieron, se reencontraron una Navidad en Camelot con Alice y Fedora, y aún muchos años más tarde se hicieron tan viejos que les salieron biznietos, pero ya nunca, ni en las tardes más tristes de lluvia, volvieron a hablar de perros sin nombre o de niños perdidos, aunque digan algunos incrédulos que un libro para adultos jamás termina bien.





DAVID CAMEO había publicado bajo el seudónimo de Pablo Tusset, con el que debutó en 2001 con *Lo mejor que le puede pasara un cruasán*, novela que gana el Premio Tigre Juan, consigue un éxito extraordinario, se traduce a numerosas lenguas y se adapta al cine. En 2006 publica el *thriller* psicológico *En el nombre del cerdo*, en 2009 la sátira política *Sakamura, Corrales y los muertos rientes*, en 2011 *Oxford 7*, ambientada en una futura Barcelona distópica. La exploración de distintos ámbitos narrativos culmina por el momento en *Franz y Greta*, primera novela de su nueva etapa.